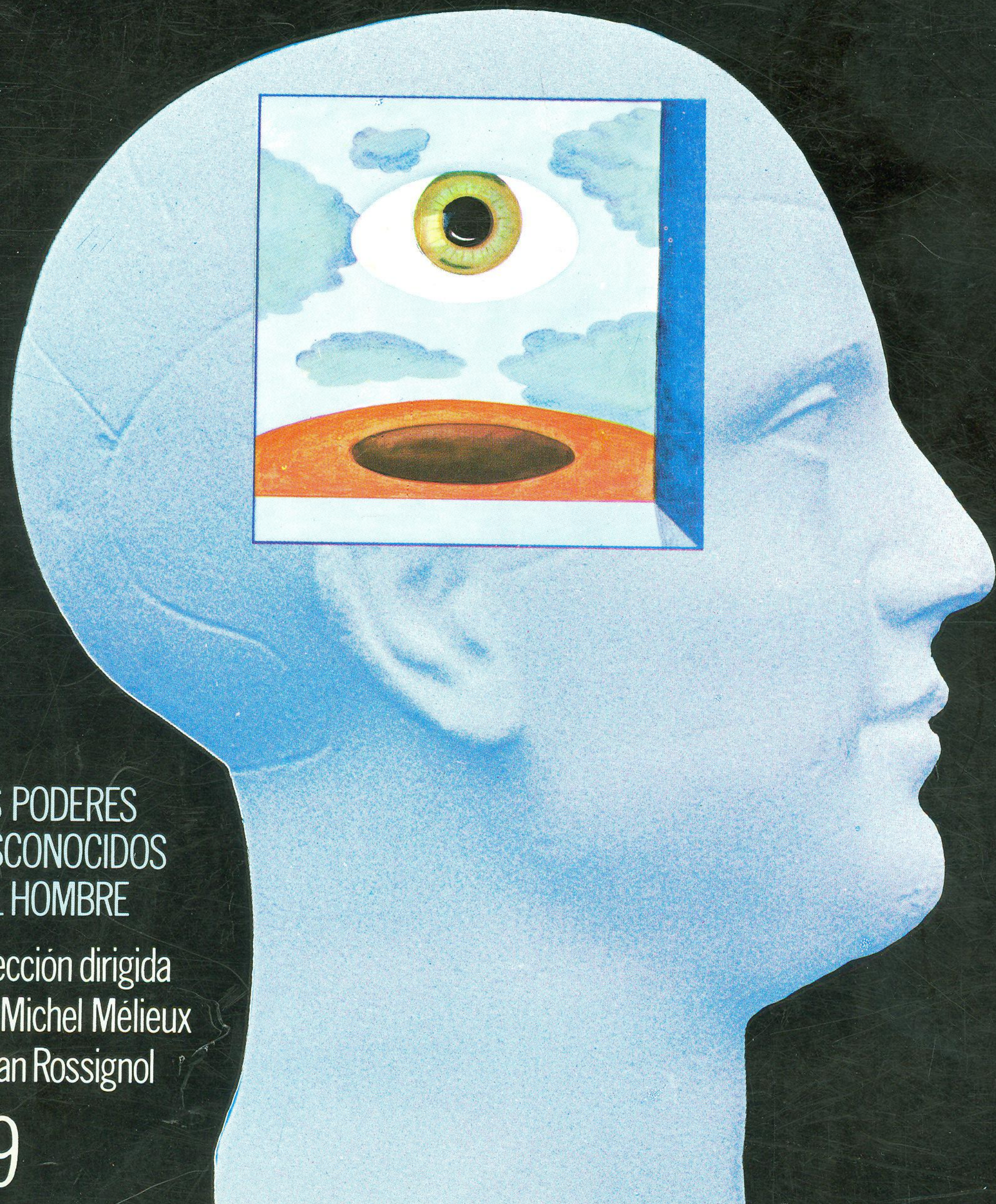
EL SABER ANTERIOR

Clarividencia Precognición Don de las lenguas Sexto sentido
Psicometria Sueños premonitorios Visión extraretiniana Conocimiento del futuro



LOS PODERES DESCONOCIDOS DEL HOMBRE

Colección dirigida por Michel Mélieux y Jean Rossignol

29

Los poderes desconocidos del hombre

Libro digitalizado por Pedro, más información y
libros en: www.survivalafterdeath.blogspot.com

EL SABER ANTERIOR

CLARIVIDENCIA | PRECOGNICION
DON DE LOS IDIOMAS | SEXTO SENTIDO
PSICOMETRIA | SUEÑOS PREMONITORIOS
VISION EXTRA-RETINIANA
CONOCIMIENTO DEL FUTURO

E. Bozzano | S. Freud | C. Richet | L. Leshan
E. Meric | J. E. Orme | J. B. Rhine | A. Leprince
D. S. Rogo | J. Romains | J. R. Smythies | E. Osty
L. E. Rhine | W. H. Tenhaeff | R. Thouless | R. Tischner

Los poderes desconocidos del hombre
Colección dirigida por Michel Mélieux y Jean Rossignol
Los textos de este volumen
fueron reunidos y comentados por Michel Damien

EDICIONES 29
Mandri, 41 - Barcelona-6

Indice

SEGUNDA PARTE

Los nuevos enigmas del cerebro

Introducción

Por qué la parapsicología es importante

Llámesela «parapsicología», «investigación psi», «estudio de lo paranormal» o «investigación ESP», la investigación psíquica abarca un campo infinitamente más vasto que lo que parece de primera intención. En el sentido más profundo, se trata del estudio de la naturaleza esencial del ser humano. A fin de demostrar lo que actualmente significa para nosotros este tipo de estudio, permítasenos comenzar por examinar, desde el punto de vista intelectual, cuál es la situación presente del ser humano. Podríamos empezar por la siguiente cita:

«¿Qué es el ser humano como para que nos interesemos hasta tal punto en su felicidad?» Un mono que no termina de rememorar su parentesco con los arcángeles mientras escarba el suelo buscando bellotas. Y sin embargo, me doy cuenta de que este mismo hombre es un Dios mutilado. So pena de castigos, ha sido condenado a medir la eternidad con la ayuda de un reloj de arena y el infinito con un metro y, lo admirable, es que estaría muy cerca de conseguirlo» (Janes Branch Cabell).

La pregunta: «¿Qué es el ser humano?» parece, en nuestro siglo antimetafísico, una pregunta de poca importancia. Empero, se trata precisamente de la pregunta más decisiva. Nuestra respuesta depende de la manera como consideramos a los otros y a nosotros mismos. Si creemos que el ser humano es bueno por esencia, lo trataremos como si lo fuese y, como lo señaló Goethe hace ya mucho, por tal razón lo volvemos un poco mejor. Si, por el contrario, creemos que es malo y lo tratamos conforme a esta idea, no sólo tal cosa lo vuelve peor sino que, como sabemos que participamos de una

humanidad común, nuestro ser interior tiene inclinación a dejarse asfixiar por la pérdida de alegría y espontaneidad que deriva de una posición semejante.

Así, una modificación de nuestra concepción del hombre implica modificaciones en nuestro comportamiento. Por ejemplo, el nuevo punto de vista que nos proporcionara Freud, ha modificado una parte de nuestra concepción en los últimos decenios. Saber que el ser humano posee un inconsciente que lo influencia poderosamente ha entrañado cambios considerables en el estudio de la medicina, el arte, la educación de los niños, el derecho y en muchos otros órdenes del conocimiento.

Cuando consideramos la imagen cultural que actualmente nos forjamos del hombre, ésta parece la de un ser «racional» y «sensato». El ser humano está hecho de carne, huesos y nervios. Es un material terrestre que tiene una forma de una complejidad insólita, y nada más. En esa perspectiva, cada uno de nosotros es visto «separado» de los otros, así como una bicicleta resulta distinta de otra. Somos percibidos como separados del mundo y de nuestros congéneres por los límites de nuestro cuerpo. [Lo cual influye poderosamente en la manera cómo nos tratamos mutuamente. Si veo que una persona es distinta y diferente de mí, hay muchas posibilidades de que no la trate de igual modo que a mí mismo. Si tengo la impresión de que ambos tenemos algo en común, trataré (consideraré) a esa persona de un modo semejante a como me trato a mí mismo.] Solamente en los momentos de amor, piedad, emoción religiosa, éxtasis, loca alegría, o en los momentos solemnes, podemos colmar el vacío y participar uno del otro. Cada ser humano es único, aunque el tipo de átomos y moléculas que lo componen, así como su estructura psíquica, sean semejantes. «¿Acaso no sangraré si me apuñalas?» pregunta Shylock.[1] *Aun cuando tenemos similar osamenta, comprobamos que cada hombre está encerrado en su piel y no conoce del mundo otra cosa que cuanto logra ver a través de las ventanas estrechas de sus sentidos y sólo a través de éstos se pone en contacto con su prójimo.*

¿Cómo definir la parapsicología?

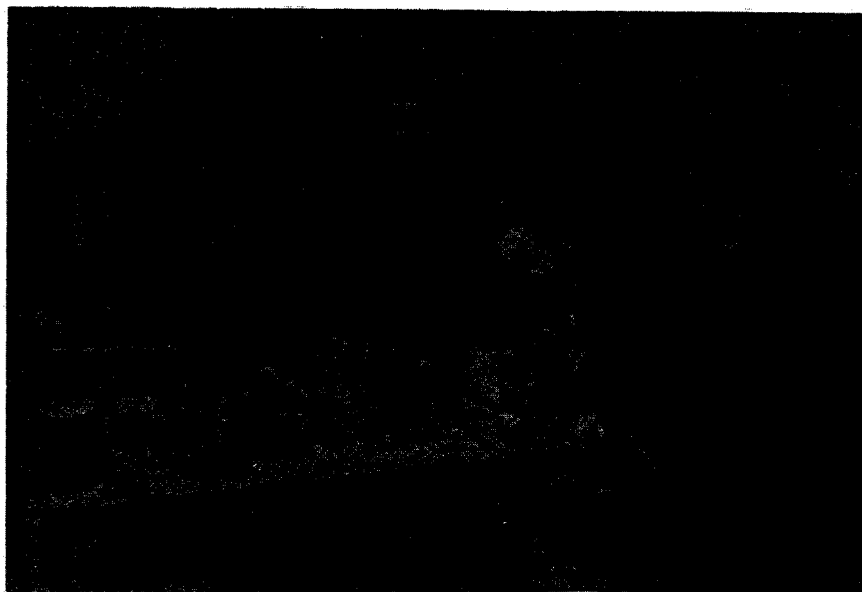
Los hechos científicos que conocemos parecen reafirmar la validez del siguiente punto de vista: podemos comprender al ser humano conforme a conceptos físicos básicos a los que apelamos para comprender a los automóviles y las computadoras. Todos estamos de acuerdo en que hay otros detalles que habría que comprender, pero nos limitamos a las líneas generales del asunto. Los instrumentos conceptuales esenciales que necesitamos son del mismo género y del mismo orden que aquellos a los que nos referimos anteriormente.

*Pero ¿*todos *los hechos que conocemos corroboran ese punto de vista, o solamente* casi todos*? Si examinamos las cosas con honestidad, advertiremos que se trata de* casi todos*; otros, en cambio, no lo hacen. Hay hechos que no encajan.*

La parapsicología es el estudio científico de lo que Charles Fort llamaba «esos condenados hechos»: los que no encajan. Estos hechos no pueden ser conciliados con los conceptos que habitualmente utilizamos para explicar al ser humano y al mundo

1. *Personaje del usurero en* El Mercader de Venecia, *de Shakespeare.*

que lo rodea. Ahora bien, si hay algo que aprendimos de la ciencia, ello es que el caso atípico, el incidente inhabitual, es aquel que nos proporciona datos sobre todos los otros.



En el transcurso de la historia de las ciencias los hechos más importantes han sido esclarecidos, a menudo, por otros aparentemente inhabituales o accesorios. (Pasteur en su laboratorio.)

La sustancia que relumbra en la oscuridad del laboratorio de la señora Curie es la que nos enseña la estructura fundamental de todas las otras. En el laboratorio de Fleming, es esa caja de Petri, en la cual los gérmenes mueren de manera inesperada, la que nos lleva al descubrimiento de los antibióticos. En el experimento de Pasteur, el conjunto de probetas en las cuales no aparece la vida, nos habla del origen de la vida en las otras probetas. La parálisis atípica, en la que ningún neurólogo logra descubrir lesión alguna, conduce a Freud al descubrimiento del inconsciente. Es justamente ese problema de física —la suma de velocidades— que los métodos tradicionales no consiguen resolver, el que acarrea la revolución einsteniana, permitiéndonos comprender más profundamente problemas que habíamos intentado «resolver» a la manera clásica.

Casi todos los hechos resultan proporcinados a la imagen que nos hacemos del ser humano, pero hay excepciones. Hay hechos que no van de acuerdo con la idea precisa que tenemos de nuestra unidad o con el hecho de que estemos constituidos de materia común, al igual que los aviones, las piedras y las computadoras. Hay hechos que no se compaginan con nuestras ideas preconcebidas.

Hace alrededor de tres años, un médico de una ciudad situada a más de 1500 kilómetros de Nueva York, donde yo residía, viajó para asistir a un congreso médico que debía durar cinco días. Este congreso se celebraba en un Estado muy alejado del lugar de su domicilio. A las 9 de la mañana, llegó a la recepción del hotel donde se alojaría; volvió a salir a las 5 de la tarde y desapareció. Yo nunca había conocido a este hombre ni a otro miembro de su familia. Varias semanas más tarde, no se sabía nada respecto de este profesional y su nombre figuraba en la lista de personas desaparecidas de todas las policías de los Estados Unidos. Por intermedio de una cadena bastante compleja de relaciones, la esposa del médico desaparecido supo que yo estaba estudiando a Eileen Garret, una de las clarividentes más dotadas y sagaces de todos los tiempos. La mujer del médico me escribió, preguntándome si podía ayudarla a encontrar a su marido; adjuntaba a la carta un trozo de tela de 6 centímetros cuadrados proveniente de una camisa que su marido se había puesto la víspera de su partida para el congreso.

La misma mañana en que recibí la carta, telefoneé a la señora Garret para pedirle una entrevista, sin darle a conocer el motivo. Me respondió que podía pasar a las 2 de la tarde. Cuando llegué a su casa, pasamos a la sala donde se habían desarrollado las sesiones, sin haber pronunciado palabra sobre el tema. Ella entró en trance, como era costumbre en tales casos; entonces le dije dos frases: «Un hombre ha desaparecido y su mujer está muy alarmada. ¿Puede ayudarla?» La señora Garret palpó el trozo de género y dijo en seguida: «Está en La Jolla. Ha ido allá debido a una lesión psíquica que se le produjo a los catorce años cuando su padre se marchó».

Al llegar la noche, llamé por teléfono a la mujer del médico para preguntarle si a su marido le había sucedido algo entre los catorce y los quince años. «Cuando tenía catorce años, me respondió, su padre abandonó a toda la familia y nadie supo nada más de él durante los veinticinco años que siguieron.» Tres semanas más tarde, aparecido el médico, se confirmó que había estado en La Jolla el día de la sesión.

Este es sin duda un hecho que no corresponde a la imagen que nos hacemos del ser humano y de sus relaciones con sus congéneres. Así como tampoco tiene relación con toda la ciencia fundada en la idea de la unicidad de los individuos en el sentido corriente del término.

«No obstante», argüiremos intentando preservar la bonita imagen materialista del ser humano y de su mundo a la que estamos acostumbrados, «es posible que se trate de algo parecido a las ondas radio. Eileen Garret habría recibido las ondas que emitiera el médico desaparecido, y el trozo de tela sirvió quizás para captarlas. Entonces se trataría simplemente del hecho de que captó sus señales. Una estación de emisora y un aparato de radio son distintos, y cada uno de ellos no tiene necesidad de saber dónde está el otro para que el segundo reciba las ondas que el primero transmite. ¿No está claro?»

No. No se trata de eso. Para demostrar por qué esa explicación no corresponde en absoluto al ejemplo que dimos, tomemos uno de los casos más antiguos que nos brinda la literatura existente sobre la investigación psíquica. (Yo daría más bien un ejemplo típico y más reciente, de laboratorio, pero pienso que un ejemplo anterior tal vez sea más útil para que percibamos el «aroma» de un aspecto de este género de cosas.)

Una relación distinta del hombre con el cosmos

Mrs. Verrall (uno de los sensitivos más brillantes y mejor estudiado de todos los tiempos) anotó en su diario, con fecha 11 de diciembre de 1911, la siguiente percepción paranormal:

«Hacía mucho frío y la única vela daba un débil resplandor. El hombre estaba recostado en el sofá o en la cama y leía a Marmontel a la luz de una sola vela... El libro le había sido prestado; no le pertenecía.»

El 17 de diciembre, prosigue: «El apellido, Marmontel, es el que corresponde. Un libro francés; creo que sus Memorias. Passy puede ayudarlo a recordarse. Passy o Fleury. La obra estaba encuadernada en dos volúmenes, la encuadernación era antigua y el libro le había sido prestado. El apellido, Marmontel, no estaba inscrito en la tapa.»

El 1 de marzo de 1912, Mr. Marsh, uno de sus amigos, le dijo a Mrs. Verrall que había leído las memorias de Marmontel, el 20 y 21 de febrero de 1912, en París, a la luz de una sola vela, con un frío glacial. Una noche, lo había leído en la cama, y la otra, recostado sobre dos sillas. La obra la había pedido prestada (eran tres volúmenes) y, el 21 de febrero, había descrito el capítulo en el cual Marmontel describe el hallazgo de un cuadro pintado en Passy, hallazgo relacionado con cierto señor Fleury.

Podemos entregarnos a las investigaciones que más nos gusten sobre ondas radio y los otros descubrimientos de nuestra ciencia y nuestro mundo cotidiano, pero nunca *podremos afirmar que las ondas radio preceden al tiempo y son recibidas antes de ser emitidas. Para explicar estos «condenados fenómenos», es preciso adoptar un punto de vista nuevo, una nueva definición del hombre y de su relación con el cosmos.*

De paso, señalo que por cada ejemplo de experimento psi o paranormal que cite en estas páginas, hay centenares de otros, tanto o más interesantes, referidos por personas serias.

Nuestros «condenados hechos» tienen cuatro fuentes principales. Las denominaremos «experimentos de laboratorio», «casos espontáneos», «casos mediúmnicos» y «casos psicoterápicos». Analicemos ahora un ejemplo característico de cada una de estas fuentes.

1. Experiencias de laboratorio

La psicóloga doctora Gertrude Schmeidler repitió en varias ocasiones el siguiente experimento, con unas pocas modificaciones. Se le pregunta a un grupo de personas (por ejemplo, un grupo de estudiantes): «¿Creéis (o no creéis) que la percepción extrasensorial puede existir?» Los interrogados escriben su respuesta, y la psicóloga entrega a cada uno de ellos un formulario con casilleros en blanco, donde serán asentadas un determinado número de respuestas. Acto seguido se les explica que al día siguiente se practicará un juego de cartas especiales y que el orden en que aparezcan dichas cartas deberá ser consignado en un formulario semejante. Los participantes del experimento tienen que adivinar el orden en el que aparecerán las cartas al día si-

guiente y anotar también lo que adivinaron ese mismo día. Una vez que cada uno anotó lo que había adivinado, se recogen los formularios y se los guarda en lugar seguro. Al día siguiente, se barajan cuidadosamente las cartas y se compara el orden en que aparecen con los resultados obtenidos en la víspera. Es posible demostrar científicamente que el grupo de estudiantes que creía en la existencia posible de la percepción extrasensorial, adivinó con más justeza que el otro grupo.

Este tipo de estudio no es tan solo la demostración científica de la existencia del fenómeno psi, sino que también permite que comencemos a comprender la relación entre la percepción extrasensorial y la personalidad. Los experimentos parapsicológicos de este género (en el presente caso experimento de precognición) se cuentan entre los más fáciles de realizar. La bibliografía sobre la materia está llena de testimonios serios de precognición, recogidos en laboratorio.

2. Casos espontáneos

Una niña de diez años se paseaba por un sendero, no lejos de su casa pero lo suficiente como para no divisar la casa. Iba aprendiendo su lección cuando, de repente, vio *enferma a su madre. Entonces fue a buscar un médico, sin cuya intervención la madre habría muerto.*[2]

3. Casos mediúmnicos

Los dos casos precedentemente descritos, el del «hombre que había desaparecido» y el de «Marmontel», constituyen ejemplos bastante característicos de estos casos.

4. Casos psicoterápicos

Muchos años antes del incidente que citaré en seguida, yo había trabajado con una paciente llamada Marla. Era una artista, experta en arte moderno. Como se sabe, un psicoterapeuta jamás menciona el nombre de un paciente a otro paciente.

En la época en que ocurrió el hecho, yo tenía una paciente a la que trataba desde hacía relativamente poco tiempo. Era una aficionada a la pintura y solía pintar; un día me trajo uno de sus cuadros. Lo comentamos un momento; luego, explicándole que yo no me consideraba autorizado para emitir una opinión al respecto, le pregunté si me permitiría mostrárselo a una persona amiga, la cual conocía muy bien la materia. En el instante en que me respondió: «Por supuesto», me pareció curiosamente desconcertada. En seguida me preguntó: «Dígame usted, nunca se sentó en este mismo sillón una persona llamada Marla?» Cuando, estupefacto, le pregunté por qué me lo preguntaba, ella sólo pudo responderme que le había sido necesario formular esa pregunta. Me afirmó que no conocía a ninguna persona de ese nombre.

Una vez más, me interesa subrayar que acabamos de hablar de algunos ejemplos característicos entre centenares de casos minuciosamente estudiados y precisos

2. Este caso es estudiado en el Capítulo primero por el Pr. J. B. Rhine.

experimentos de laboratorio, recogidos en obras especializadas en fenómenos de este orden.

Una herencia intelectual caducada

A parte del hecho de que la percepción extrasensorial (telepatía, clarividencia, precognición) existe, ¿qué quiere decir todo esto? En primer lugar, ello nos indica que el ser humano es infinitamente más complejo que como lo pensamos. Si estuviera hecho sólo de carne y huesos, si funcionase de acuerdo al mismo género de principio que una máquina y si fuese tan distinto de los otros seres humanos como lo creemos, entonces le sería imposible llevar a cabo cosas que sabemos que suele llevar a cabo. Todos estos hechos demuestran científicamente una nueva concepción del hombre, la certidumbre de que el hombre es más complejo que como lo describen nuestras ideas tradicionales. Y en ello reside la importancia verdadera de la percepción extrasensorial.

La modificación de nuestro punto de vista en lo concerniente a la naturaleza del ser humano que tales hechos implican, representa un acontecimiento colosal. Por consiguiente, no debemos subestimar la necesidad que tenemos de una nueva concepción del hombre. La herencia filosófica del siglo XII, de la que hasta el momento ha vivido la civilización occidental, está agotada. La metafísica materialista que nos legara la revolución industrial, nos está destruyendo. Nuestras instituciones se desmoronan unas tras otras; nuestro modo de vida se vuelve imposible. La manera como nos comportamos los unos respecto de los otros arrastra a nuestra especie al camino de la extinción total y hace que nuestro planeta sea ya un inhabitable recipiente de deshechos.

En 1969, el Secretario general de las Naciones Unidas, U. Thant, declaraba:

«No pretendo ser exageradamente dramático, pero conforme a las informaciones de que dispongo en mi calidad de Secretario general (de las Naciones Unidas), no puedo menos que deducir que a los miembros de las Naciones Unidas sólo le quedan alrededor de diez años para vencer sus disidencias y emprender una acción cooperativa global a fin de terminar definitivamente con la carrera armamentista, mejorar el medio ambiente humano, limitar las consecuencias de la explosión demográfica y aportar el impulso necesario para el desarrollo efectivo de la humanidad. Si no fuera posible llegar a una cooperación de esa índole, tengo la certidumbre de que los problemas que acabo de citar alcanzarán proporciones tan vertiginosas que no podremos dominarlos.»

Numerosos ecólogos e investigadores dedicados a estudiar los efectos de la presión demográfica sobre la conducta, nos dan entre veinte y treinta años para llevar a cabo los cambios necesarios antes de que sea demasiado tarde para salvar a la humanidad. Tal plazo sitúa el período crucial entre 1979 y 1999, es decir que nos queda muy, pero muy poco tiempo para modificar nuestras maneras tradicionales de actuar y de reaccionar para salvarnos.

La investigación psíquica nos provee indicios e indicaciones relacionadas con

una concepción nueva, una imagen más precisa, basada en una mejor comprensión. Aún no estamos en condiciones de ver nítidamente esta nueva imagen. Ella desafía todas nuestras ideas preconcebidas y cuanto consideramos nuestra experiencia. Las desafía así como lo hicieron las afirmaciones siguientes: «La Tierra gira alrededor del Sol». «Eso es ridículo, se respondía, ¿quién no ha visto que el Sol se levanta, atraviesa el cielo y se pone?» «La Tierra es redonda, no plana.» «¡Qué estupidez! Entonces caerían los que están abajo.»

«Las emociones pueden contribuir al nacimiento de una úlcera.» «¡Absurdo! Todos sabemos que la mente y el cuerpo son cosas distintas.»

En la actualidad estas ideas ya no valen y hemos aceptado las nuevas concepciones. Pero las viejas ideas poseían una gran fuerza y eran aceptadas como si tuvieran «la marca de la sensatez» en la época en que aparecieron las nuevas ideas.

En razón de que se oponen a todas nuestras ideas preconcebidas, la mayoría de nosotros tenemos mucha dificultad en evaluar objetivamente los «hechos imposibles» de la percepción extrasensorial, esos hechos que no pueden producirse y que, sin embargo, se producen. Así como lo señaló el doctor Gadner Murphy: «Si en cualquier otro campo científico tuviésemos una décima parte de las pruebas con que cuenta la parapsicología, aceptaríamos dichas pruebas sin la menor discusión».

El sueño de Coleridge

¿Por qué resulta entonces tan difícl que los fenómenos psi sean reconocidos? Esto se debe, en parte, a la situación que nos crean desde el punto de vista teórico. Los «hechos imposibles», considerados con la óptica de la lógica, parecen ponernos en una posición absurda. Podemos caracterizar esta posición del siguiente modo:

1. Si los conocimientos que poseemos respecto de la manera de funcionar del mundo son básicamente verdaderos, ciertas cosas (por ejemplo ver en el futuro) resultan imposibles.

2. En general, nuestros conocimientos sobre el tema son reales. Actuamos en la vida cotidiana con demasiada eficacia como para que todo lo que hacemos esté basado en un conjunto de suposiciones erróneas.

3. No obstante, esas cosas suceden realmente.

Expresada de esta manera, que corresponde a la que se emplea generalmente, esta posición es verdaderamente ilógica, y un espíritu razonable no podría menos que considerar (a pesar de las pruebas demoledoras) que la afirmación número 3 no es verdadera, que tales cosas no suceden. Muchos son los individuos (y la mayoría de los científicos) que esquivan el bulto a este contradictorio fárrago, negándose simplemente a considerar los datos, lo cual los lleva a ignorar totalmente el problema.

Sin embargo, existe otra respuesta que concuerda perfectamente con las pruebas y que aparece con toda claridad en cuanto abordamos el problema de manera científica. Esta respuesta consiste en decir que cuanto sabemos es verdadero, pero que el hombre y su relación con el cosmos son más complejos que lo que pensamos. Este «más complejo» entra en una categoría y en un orden diferente de todo lo que conocemos.

Esta respuesta sólo desafía a una idea preconcebida: que sabemos todo cuanto hay de verdaderamente importante respecto del ser humano. Se trata, como vemos, de una idea preconcebida que ninguna persona racional aceptaría conscientemente, se refiriera a lo que se refiriese. Justamente esta idea preconcebida es la que ha vuelto vanos todos los esfuerzos para impedir que la raza humana siga el camino de los dinosaurios. No quedan dudas de que ese preconcepto carece de valor y que tener el coraje de seguir los indicios de que disponemos, es posible que nos aporte respuestas nuevas.

Coleridge escribió: «¿Y luego, si usted se durmiese? ¿Y si mientras duerme, soñara? ¿Y si en su sueño fuese al cielo y recogiera una flor tan hermosa como extraña? ¿Y si al despertar, usted tuviese esa flor en la mano? ¡Ah! ¿Y después?»

La humanidad ha soñado. Hemos soñado con hombres semejantes a los ángeles y, al despertar, teníamos en las manos largas plumas doradas de las alas angélicas. Los «hechos imposibles» de la ESP (estudio de lo paranormal) son esas plumas. Nos hablan de una parte del ser humano que durante mucho tiempo permaneció enmascarada por las brumas de la leyenda, del arte, del sueño, del mito y del misticismo, hechos que los exploradores de lo real de los últimos noventa años demostraron que poseían un valor científico. Por lo menos, ahora sabemos que el ser humano es más de lo que parece, más que lo que el filósofo materialista pensó que fuera. Puede ponerse en relación con los otros y lo hace de un modo que todavía escapa a nuestro entendimiento, pero es un modo que obedece a leyes muy diferentes de aquellas que conciernen sólo a sus sentidos; su unicidad respecto de los otros y su soledad en el mundo son, al menos en parte, nada más que ilusión.

La investigación psíquica permite una aprehensión nueva y más eficaz de la eterna, crucial pregunta: «¿Qué es el ser humano?» Del otro lado del horizonte nos espera la comprensión de esta pregunta. Esforcémonos por llegar a tiempo.

Doctor Lawrence Leshan

Primera Parte

Clarividencia y premonición

1

Una historia de la revelación de lo invisible

La clarividencia y la telepatía son dos fenómenos diferentes. El primero es la percepción de un acontecimiento real o de un objeto sin la participación de nuestros sentidos ordinarios. El segundo es la percepción directa del pensamiento de otro individuo, también sin el uso de nuestros sentidos.

De hecho, estas definiciones simples, no son discutidas por los investigadores. ¿Es seguro que en la clarividencia nunca haya información emitida por un sujeto que uno no ve, pero que quizás existe? Supongamos que percibimos inmediatamente un incendio que se está produciendo a mil kilómetros de distancia; ¿qué se percibe, el incendio mismo o el pensamiento de la gente que lo presencia? ¿Podría practicarse la telepatía si el que percibe, es decir el individuo receptor, estuviese completamente privado del uso de los cinco sentidos?

La multiplicación de experimentos iniciados hace un siglo, permite afinar las preguntas y las respuestas, pero también deja entrever que tras la sutileza de las definiciones existen fenómenos cuyos mecanismos escapan a nuestra comprensión. El profesor J. B. Rhine, fundador con William McDougall del laboratorio de parapsicología de la Duke University (Estados Unidos), nos refiere los comienzos de aquellas investigaciones.

Con un ejemplo de clarividencia espontánea esclareceremos el sentido de

este vocablo. Los *Fantasmas de los vivos*[3] relatan la historia de una niña que tuvo la visión de su madre enferma en su casa. Se trataba de una niña de diez años que caminaba por un sendero campestre leyendo un libro de geometría, cuando, repentinamente, todo lo que la rodeaba se borró y entonces vio a su madre yaciendo, aparentemente muerta, sobre el piso de una pieza clausurada. La visión era muy nítida; la niña observó también que a corta distancia de su madre había un pañuelo bordado de encaje. El fenómeno fue tan real que la niña, en lugar de volver directamente a su casa, fue a ver al médico y lo convenció de que fuese con ella. La niña no podía darle ninguna razón de su alarma ya que su madre parecía estar en buena salud y, además, ese día debía ausentarse del hogar. Al llegar a la casa, el médico y la niña encontraron al padre; éste, al ver al médico preguntó quién estaba enfermo. Mamá, respondió su hija y en seguida los llevó a la pieza donde hacía tiempo ya que no entraba nadie. Allí, en el suelo, yacía la madre, exactamente como la visión se la había mostrado. El pañuelo de encaje se hallaba cerca. La madre había tenido una crisis cardíaca. El médico declaró que si no hubiera venido en ese momento, la mujer no se habría recuperado. Pasada la conmoción el padre se enteró de que su mujer se había sentido mal tras la partida de la pequeña. Ninguno de los criados lo advirtió y nadie había visto lo acontecido. Explicarlo diciendo que se trata de telepatía resulta muy poco convincente; aquí es preciso hablar de clarividencia, es decir el conocimiento extrasensorial de los sucesos objetivos. Sin embargo, es más prudente considerar cualquier hecho no experimental de este género más sugestivo que concluyente.

Los casos de clarividencia espontánea son casi tan frecuentes como los de telepatía. Pero al principio, la clarividencia incitaba menos a la investigación. A decir verdad, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, países donde se iniciaron la mayoría de las investigaciones telepáticas, la clarividencia fue durante mucho tiempo casi ignorada. Por el contrario, en algunos países europeos se efectuaron experimentos sobre las pretensiones de los clarividentes. Y puesto que esta vía lateral lleva eventualmente al gran camino que seguimos, la historia sumaria de estas primeras búsquedas merece ser contada.

Como en el caso de la telepatía, al comienzo se creyó que la clarividencia se relacionaba con la hipnosis. El propio Mesmer había conocido hechos de ese género en pacientes en estado de trance. Al referirse a un individuo hundido en lo que actualmente llamaríamos estado hipnótico, escribía: «A veces» gracias a la sensibilidad interna, el sonámbulo puede ver indistintamente el pasado y el porvenir». En uno de los sucesos relatados por Mesmer, se menciona el descubrimiento del paradero de un perro perdido que pertenecía a uno de sus enfermos, al que el terapeuta había llevado al estado de sueño «mesmérico». El sujeto se mostraba desconsolado por esa pérdida. Un día, encontrándose sonámbulo, llamó a un criado y le pidió que fuese a la esquina a buscar al policía de servicio. Cuando éste llegó le dijo que fuera en seguida a

3. *Phantasms of the living*, amplia encuesta de Gurney, Myers y Podmore, 1886. Traducción abreviada en francés con el título de *Las alucinaciones telepáticas*.

una esquina determinada, distante un cuarto de hora de marcha de la casa. Allí encontraría a una mujer paseando con un perro que el policía debía reclamarle, pues era el suyo. El policía obedeció. Y, en efecto, encontró en la esquina indicada a una mujer que llevaba a un perrito; el policía lo tomó y se lo llevó al sonámbulo, quien lo reconoció como suyo.

Algunos de los sucesores de Mesmer utilizaron los poderes clarividentes de sus pacientes adormecidos para diagnosticar las enfermedades. También se llevaron a cabo «viajes de clarividencia» algunos de los cuales eran de orden experimental. Por ejemplo sir William Barret, físico inglés, el Dr. Alfred Backman, médico sueco, y muchos otros fueron capaces de inducir a un paciente hipnotizado a que se proyectase mentalmente a lugares alejados y también a que relatara todos los acontecimientos o informaciones obtenidas durante el «viaje», las cuales eran más tarde verificadas. Como las personas que presenciaban el experimento ignoraban los informes obtenidos, éstos no eran atribuidos a la transmisión de pensamiento sino a la clarividencia.

Hubo otro tipo de experimento de clarividencia con pacientes hipnotizados. De un juego de cartas cualquiera, el profesor Richet tomaba al azar una



Percibir el velo de las apariencias, descubrir los mecanismos que animan nuestro mundo y, desde siempre, una ambición inscrita en el fondo del corazón humano.

cualquiera, la metía en un sobre opaco y preguntaba a la sonámbula Leonie que adivinase cuál era. Luego de una serie de experimentos de ese género, Richet pudo afirmar que Leonie podía indicar, en estado de hipnosis, cual era la carta.

Pero finalmente la clarividencia también se separó de la hipnosis. Al igual que en los casos de telepatía, la asociación había sido meramente accidental. Con el transcurso del tiempo, las demostraciones de clarividencia tuvieron lugar con el paciente en estado de vigilia normal. Experimentos de ese tipo fueron realizados por Naum Kotik, en Rusia, Rudolf Tichner en Alemania, Ina Jephson en Inglaterra y Upton Sinclair en los Estados Unidos. También en Polonia fue estudiada la clarividencia extraordinaria del famoso Stephan Ossowiecki. En todos estos experimentos, salvo los de la señorita Jephson, el paciente trataba de describir o reproducir dibujos u otros objetos materiales enteramente ocultos y que ninguna de las personas presentes conocían. Con la señorita Jephson el experimento se hacía con barajas.

En cada caso el experimentador quedaba convencido de que los resultados no podían ser completamente explicados como producto del azar, afirmando asimismo que sólo podía recurrirse a la hipótesis de la clarividencia. En el caso de la señorita Jephson era posible evaluar los resultados mediante la estadística en tanto que los éxitos rotundos obtenidos con Ossowiecki por Theodore Bestermann no tenían necesidad de ser constatados matemáticamente. Durante uno de esos experimentos, Bestermann dibujó un frasco de tinta y escribió en el papel SWAN INK, una palabra a cada lado del frasco. Trazó una línea azul sobre el primer vocablo y una roja sobre el segundo, luego plegó dos veces el papel. Lo metió en tres sobres opacos, cada uno de los cuales fue especialmente cerrado y marcado a fin de poder advertir cualquier tentativa de fraude. En el transcurso de las tres sesiones, Ossowiecki llegó hasta describir y reproducir casi perfectamente el contenido; ninguno de los asistentes lo conocía, excepto Bestermann que, en cambio, ignoraba el proceso de los experimentos.

Existe otro género de experimento de clarividencia que ha sido inapropiadamente denominado «psicometría». Se le da al paciente un objeto que tiene una historia. El paciente trata entonces de decir algo que esté en relación con los acontecimientos asociados al objeto. Un ejemplo célebre es el que nos refiere el Dr. Gustave Pagenstecher, médico de México, quien tuvo a su cargo diversos experimentos con una mexicana. Más tarde, la señora de Z. Walter Flanklin Prince, de la Sociedad de Investigación Parapsicológica, efectuó un estudio sobre la paciente, luego ratificado por el propio doctor Pagenstecher. También el Dr. Eugene Osty, de París, y el Dr. Oskar Fisher de Praga realizaron experiencias de psicometría y consideraron sus resultados como pruebas de la clarividencia. Cada clarividente empleaba una técnica diferente. El paciente de Fisher tenía un don particular y al igual que Ossowiecki era un hombre conocido. Se llamaba Rafael Schermann. Se le consideraba como un «metagrafólogo» porque para concentrarse pedía una muestra cualquiera de escritura. De acuerdo a los informes registrados, Shermann indicaba hechos que no podían provenir de la interpretación grafológica habitual. Por ejemplo,

informaba sobre el lugar en que se hallaba y los actos que caracterizaban a quien pertenecía la escritura que se le mostrara.

La telepatía desconcierta menos a la razón que la clarividencia

Tales eran los principales géneros de demostraciones. En 1930, las pruebas eran más convincentes y abundantes para la telepatía que para la clarividencia, a pesar de que hubo impresionantes ejemplos de este último caso. Muchos investigadores científicos calificados habían llegado a conclusiones favorables pero sin embargo eran menos numerosos que aquellos dispuestos a aceptar la telepatía. La clarividencia no fue estudiada de manera sistemática. En realidad, los experimentos son más fáciles que los de telepatía. Hay que dirigir solamente a una persona, mientras que de la telepatía participan el agente y el que percibe. Asimismo es preciso hallar buenos agentes y buenos individuos para recibir los mensajes. Pero en razón de la fuerte preferencia que se tenía por la telepatía, estos inconvenientes eran fácilmente olvidados.

Se pensaba que la transmisión del pensamiento estaba más allá de lo físico. La relación de mente a mente parecía trascender los principios mecánicos que implica la comunicación sensorial. Por otra parte, la clarividencia implicaba sin lugar a dudas una interacción con la materia. Para hacer que el fenómeno fuese inteligible, era necesario suponer que la mente obraba entonces sobre el objeto percibido. Así, la clarividencia se asemejaba más a un sentido complementario que a una función exclusivamente no sensorial, lo que parecía ser el caso de la telepatía. Por consiguiente, aquellos que estaban a la búsqueda de manifestaciones excepcionales de la mente hallaron que la telepatía era más significativa y más promisoria.

Cuando en 1930 comenzamos nuestros trabajos en la Universidad Duke, la clarividencia y la telepatía tenían para nosotros el mismo interés, pero esto no duró mucho tiempo. Muy pronto, durante los experimentos la clarividencia acaparó la mayor parte de nuestro interés, preminencia que aún se mantiene. En los años que siguieron, durante los cuales el tipo de investigación inaugurado en Duke se extendió a otras instituciones, se afirmó la preponderancia experimental de la clarividencia sobre la telepatía. Por eso creemos preferible empezar enseguida a dar cuenta de nuestras principales investigaciones, sin perjuicio de referir más adelante los progresos alcanzados en el estudio de la telepatía.

Los experimentos fueron realizados de manera muy simple, al menos en lo que respecta a su equipo mecánico. Intentamos simplificar y uniformar los experimentos para lograr que en sí mismas requiriesen un poco de atención. El mejor método nos pareció el de adivinar cartas escondidas, y así inventamos un juego limitado. El todo estaba compuesto de 25 cartas en cinco grupos pa-

rejos cuyas cartas representaban una estrella, un rectángulo, una cruz, un círculo y líneas onduladas. De tanto en tanto introducíamos ligeras modificaciones en esos símbolos.

Para empezar se empleaba generalmente el siguiente procedimiento. Se le enseñaba al paciente el mazo de cartas y se le explicaba la índole del experimento. Luego se barajaba, se cortaba y se ponía el mazo boca abajo sobre la mesa del paciente. (Más adelante mencionaremos las precauciones que tomábamos para impedir las interferencias sensoriales.) El experimentador se sentaba frente al paciente, teniendo en la mano su cuaderno de notas. Le pedía al paciente que adivinase la carta de arriba, anotaba su respuesta y luego se retiraba la carta sin que él la pudiera mirar. La carta siguiente también era adivinada, anotada y retirada, y así hasta que se acabara el mazo. Se comparaba entonces las cartas a las respuestas anotadas para contar el número de aciertos. Tras haber alentado convenientemente al paciente, se reiniciaba el juego luego de mezclar y cortar el mazo de cartas.

Para los aciertos por azar se preveían 5 adivinaciones sobre el total de 25 cartas. Si un paciente tenía un término medio superior a cinco, la diferencia, es decir el número de aciertos por encima del azar, era medida mediante un patrón matemático denominado «unidad de diferencia». Esta medida, desde hace mucho tiempo usada en diversas ramas de la ciencia, señala cuáles son las probabilidades de que sólo el azar haya producido los resultados obtenidos. Por ejemplo, si en 4 pruebas con el mazo entero hubo un 7,5 % de aciertos por prueba, el número total de aciertos será 30, o sea una diferencia absoluta de 10. Ahora bien, la teoría evalúa en 1/150 la probabilidad de que esta diferencia sea producto del azar.

Naturalmente cuanto más se mantiene el promedio, es mejor. Para 8 series de pruebas, sólo se requeriría un promedio de 6,5 aciertos, o sea una diferencia de 2,5 por serie, para obtener la misma probabilidad de 1/150 como producto del azar. Por regla general, al menos una probabilidad de cada 1/100 es admitida, desde el punto de vista científico, admitida como garantía de que los resultados no son «estadísticamente significativos». Esta expresión, o simplemente el vocablo «significativo» es utilizado con frecuencia para decir que, por un acuerdo general entre todos los científicos, es correcto explicar los resultados por otro medio que no sea el azar.

De más está decir que en un tipo de investigación de vanguardia como la que corresponde a la clarividencia, no hemos querido apoyarnos excesivamente en las matemáticas. Conocíamos la tendencia popular a desconfiar de la estadística, consecuencia de los tiempos en que los tres grados de la ficción era «la mentira, la condenada mentira y la estadística».

Por eso, desde el principio permanecimos en contacto con los expertos en matemáticas y de tanto en tanto les sometimos los procedimientos matemáticos que utilizábamos. Nunca hubo una observación negativa por parte de los matemáticos.

Pasemos a los resultados. El mejor paciente efectuó más de 700 veces el

experimento del juego de cartas durante los tres primeros años de nuestros trabajos, cuyo balance apareció en 1934 en la obra *Percepción extrasensorial (Extrasensory Perception).* Hubo un promedio de 8 aciertos por prueba de 25, o sea 3 aciertos por encima de lo que habría dado el azar. La probabilidad de lograr 8 aciertos o más cada 3 pruebas seguidas por el azar es de 1/100. Pero la probabilidad de obtener por el azar sólo este promedio de aciertos sobre 700 pruebas se traduce por una fracción cuyo denominador exigiría todo un párrafo de cifras. Esta marca obtenida por un solo individuo es tan significativa y excluye hasta tal punto el azar que las obtenidas por los otros tienen poca importancia. Cualesquiera que sean los resultados, no podrían anular el carácter «anti-azar» de esta demostración individual.

No obstante, hemos publicado los resultados de todos los experimentos. De hecho los hemos registrado en el balance de 1934, para mostrar que no habíamos seleccionado los datos expuestos. Por consiguiente, no es legítimo argumentar que hay una selección previa a la interpretación de los datos. El promedio de las respuestas justas superó 7 sobre 25. En realidad, algunos de los experimentos que fueron tenidos en cuenta en el total general fueron realizados para disminuir la tasa de aciertos. Tales experimentos tuvieron un carácter meràmente preliminar, participando pacientes que no eran conocidos por su idoneidad. Todos fueron computados, aunque algunos hubiesen quedado al nivel del azar (5 respuestas acertadas) o aún por debajo. Digamos sin embargo que en la mayor parte participó un grupo de pacientes elegidos que, en experimentos preliminares habían acertado en general de 6 a 11 veces sobre 25. Pero como ya hemos dicho, los resultados de todos los pacientes que fueron chazados en los experimentos de larga duración entraron en el total general. Los resultados representan un promedio general de 7 respuestas acertadas en más de 85.000 pruebas particulares efectuadas con nuestras cartas especiales.

Por otra parte, el hecho de que se haya mantenido este promedio a lo largo de una serie tan larga, es una magnífica demostración de que existe un factor diferente del azar. Las mediciones matemáticas le dan una significación que no deja la menor duda sobre la intervención de otro factor. Una simple serie de 6 pruebas con un promedio de 7 aciertos sería suficiente para considerar significativo el resultado. Un total de más de 3.400 de esas pruebas tiene una significación mayor que el que sugeriría la relación 3.400 a 6.

El azar puede estimarse también de otra manera. La primera vez que nos hallamos con una serie de 9 aciertos en una misma prueba, en la época de los experimentos iniciales de clarividencia, comprendimos que algo más que el azar estaba participando. La probabilidad contra una serie semejante es de 5^8, o sea más o menos 2 millones. Algunos días más tarde el mismo paciente acertó 15 veces seguidas y finalmente otro registró 25 aciertos sobre 25, o sea el éxito total. Estos registros sensacionales fueron raros pero cuando se producían barrían de nuestras mentes cualquier sospecha de que pudiese tratarse del azar.

Es evidente que sea cual fuere el experimento todo depende de las pre-

cauciones que se tomen. Hasta aquí no hice sino describir los experimentos preliminares de nuestros trabajos de clarividencia. Debíamos asegurarnos que ninguna especie de interferencias sensoriales pudieran afectar los resultados. Una de las primeras medidas consistió en intercalar una pantalla opaca entre las cartas y el paciente. A veces transportábamos las cartas a una pieza o a otro cuerpo del edificio. Otro medio de sustraer las cartas a la vista era guardando cada una en un sobre opaco sellado y marcado con un signo. En ciertos experimentos todo el conjunto de cartas era depositado en una caja y ahí permanecía durante el experimento. Muchas otras precauciones fueron tomadas para los experimentos especiales. Asimismo hubo cambios en la manera de marcar. No sólo se inscribían las declaraciones del paciente sino que también se anotaban las cartas una a una tras haberlas utilizado. Por último se decidió efectuar dos registros en hojas separadas para evitar cualquier error.

Un severo control

Algunas de las precauciones utilizadas eran de lo más insólitas. Por ejemplo en los experimentos con Pratt y Woodruff, llevados a cabo en 1938 y 1939, la casi totalidad de los experimentadores se hallaban presentes, los resultados eran registrados en forma independiente y con copia en hojas numeradas por serie, selladas oficialmente con el sello del laboratorio guardándose las copias en armarios cerrados con llave, antes de haber sido comparadas con el original. Solamente el encargado de los registros estaba en posesión de la llave. Inventamos otras condiciones experimentales para satisfacer la tensión y la ansiedad de los polémicos años que siguieron a la publicación de nuestra monografía en 1934. Es muy probable que no haya habido otro experimento realizado con tantas precauciones. No soy un especialista en psicología. Sería fastidioso meternos en detalles. Digamos simplemente que durante el experimento, el mazo de cartas permanecía detrás de una pantalla opaca. En los experimentos participaban los que se ofrecían, no había selección (entre ellos hubo un psicólogo incrédulo). La tasa de aciertos estuvo, en el promedio de la serie completa, muy poco por encima del azar: 5,20 en lugar de 5. Pero este promedio representa un total de 489 aciertos más de los que habría dado el azar por las 2.400 pruebas de la serie, lo cual es sumamente significativo. Según los matemáticos este resultado no podría provenir del azar más que en un caso en un millón de series semejantes.

Las precauciones demasiado minuciosas se pagan. Los experimentadores que trabajaron durante largo tiempo en este tipo de cuestiones notaron que la proporción de aciertos se reduce a medida que el experimento se torna más complicado, lento y pesado. En general, las medidas de precaución provocan trastornos. Una de las cosas advertidas por Pratt y Woodruff fue que la tasa de aciertos disminuía en forma muy pronunciada en el caso del paciente «término medio», aun cuando las condiciones del experimento no hubieran

sido cambiadas. Esto lo atribuyeron a la falta de novedad, a la pérdida de interés. Si hubiese alguna duda respecto del gran número de contra-explicaciones que fueron consideradas desde el punto de vista de las garantías experimentales, basta con consultar el artículo de Pratt y Woodruff publicado en el *Journal of Parapsychology* de 1939.

Es *vox populi* que el asunto de la clarividencia depende de las investigaciones realizadas en la Duke University. Pero esta opinión está lejos de ser verdadera. Podemos dejar de lado por completo la obra de la Duke sin que por ello se altere seriamente el carácter imperativo de las pruebas de clarividencia. Si bien es cierto que fueron efectuados muchos más experimentos en la Duke que en otra parte, queda una cantidad nada despreciable realizados fuera de nuestro laboratorio de parapsicología. En el transcurso de nuestros primeros experimentos un joven psicólogo alemán, el Dr. Hans Bender, realizó varias series de pruebas sobre clarividencia utilizando letras del alfabeto. Su conclusión fue que su paciente, una estudiante, tenía el don de la clarividencia para las letras escondidas. Salvo en el caso de G. N. M. Tyrrel, investigador inglés, que empleó una máquina eléctrica de su invención, nuestras cartas fueron utilizadas en todos los experimentos de clarividencia. El Dr. C. R. Carpenter, por entonces psicólogo en el Colegio Bard, y su colega, el matemático Dr. H. R. Phalen introdujeron cinco cartas de colores en el mazo de 25 y obtuvieron un porcentaje elevado de aciertos (que comparados, resultó más o menos el mismo de los dos casos).

También hubo modificaciones en la técnica del experimento, algunas de las cuales se produjeron en la misma Duke University. Uno de nuestros experimentadores, J. C. Pratt, quien trabajaba en colaboración con el Dr. Gadner Murphy, que entonces estaba en la Universidad de Columbia, inventó un método que dio significativos resultados en sus experimentos de Nueva York. El experimentador tenía el mazo de cartas volcado detrás de una pantalla opaca puesta sobre la mesa a la que estaban sentados él y su paciente. La pantalla tenía un agujero por el cual el experimentador podía ver el desplazamiento de un indicador movido por el paciente. Cuando el paciente pensaba que se trataba de uno de los símbolos (eran cinco en total) que correspondía a la carta de abajo del mazo que tenía el experimentador, lo señalaba sobre el juego de cartas-tipo. Conforme a este método, se convirtió en regla no ocultar las cartas más que en un solo sentido, es decir que el paciente no podía verlas desde ningún ángulo, en tanto que el experimentador podía ver el indicador y las cartas-tipo.

La cuestión de saber cuál de los métodos era el mejor estuvo a la orden del día de 1930 a 1940. J. L. Woodruff y el Dr. R. W. George, del Colegio Tarkio, Missuri, compararon los dos principales tipos de experimentos, el de la nominación y el del indicador. En el primer caso el paciente nombraba o escribía la carta adivinada; en el otro indicaba su posición ya sea desplazando un indicador o poniendo la carta que debía identificar frente a una de las cartas-tipo que supuestamente le correspondía. Estas dos importantes técnicas eran

más o menos equivalentes.

El éxito de los experimentos no fue total. Pero los fracasos suelen servir de lecciones. Uno de los descubrimientos de aquellos años fue la gran desproporción entre los experimentos de grupos y los individuales, siendo estos últimos los más numerosos. Vernon Sharp y el Dr. C. C. Clarck, de la Universidad de Nueva York, compararon los experimentos efectuados en clase con experimentos privados y encontraron, como nosotros en la Duke, que los test individuales daban mejores resultados. De hecho los experimentos colectivos apenas si superaron el promedio que resultaría de la intervención del azar solo. En Columbia, Ernest Taves y Gadner Murphy efectuaron seriamente los diferentes tipos de experimentos y obtuvieron también resultados semejantes, es decir que el azar apenas era superado en el promedio normal de respuestas. Sin embargo, al analizar mejor las relaciones entre ambos constataron que cuando en cierto género de experimento el paciente resultaba muy bueno en una sesión determinada, era igualmente muy bueno en la sesión que empleaba otra técnica, e inversamente. Esta co-variación persuadió a Murphy y a Taves de que algo más que el azar intervenía y que la clarividencia era la única explicación valedera. Así, más de una vez, al analizar los datos del experimento, se constató rotundamente la clarividencia.

Las investigaciones más importantes de percepción extrasensorial sólo fueron llevadas a cabo en la Universidad de Colorado. Tal vez haya sido el mayor de los trabajos emprendidos en parapsicología. Fue debido a una joven psicóloga, Dorothy Martin, y a una matemática, Frances P. Stribic, y duró aproximadamente tres años. Estuvo precedido por experimentos sobre 332 estudiantes voluntarios pero, por último, las experiencias decidieron trabajar con un solo y notable participante. No solo este joven estudiante conservó su forma mejor que los otros, sino que pareció mejorarse durante el año escolar, en tanto que su promedio caía de un año al otro. Las experimentadoras efectuaron 12.000 pruebas con sus pacientes utilizando las cartas Duke; de este número 3.500 constituyeron la obra del paciente principal. Es una serie verdaderamente grande si consideramos que el mazo de cartas era verificado dos veces cada vez que el paciente nombraba la carta, y además de que se trastocaba el orden de la verificación a fin de poder compararse el resultado con la teoría del azar. Esto dio más de 300.000 pruebas individuales para una sola verificación de esta serie monumental.

Pero también hubo recompensas estimulantes. El paciente principal marcó un promedio de 6,85 aciertos por prueba en más de 3.500 pruebas. La serie completa de 12.000 pruebas dio un promedio de 5,83 aciertos por pruebas, mientras que la serie de control inverso dio 4,98, muy cercano al número teórico del azar 5. El promedio de 5,83 es sumamente significativo. La probabilidad de que sea debido al azar equivale a una fracción cuyo denominador es una cifra astronómica; éste es también el caso de la marca principal del paciente considerado aisladamente. Ante semejantes números argumentar que se trata del azar es simplemente una explicación ridícula.

Los resultados de estos experimentos son aún más extraordinarios si se considera que el método utilizado en Colorado parecía ser el más riguroso en opinión del paciente para el que fuera inventado.

Este método fue llamado DT (*down through*). Por cada prueba se barajaba y cortaba el mazo de cartas, tras lo cual se lo ponía boca abajo sobre la mesa. Acto seguido se le pedía al paciente que mientras fuera nombrando cada una de las 25 cartas se esforzara en adivinar el orden en que aparecían. No se cambiaba el lugar de las cartas hasta que terminaba la prueba. Entonces, luego de algunas pruebas preparatorias, se ponía una pantalla opaca entre las cartas y el paciente. La mayor parte de las pruebas se efectuaba en estas condiciones.

Sin embargo a veces una investigación más modesta puede tener un gran mérito. Tal fue el caso de una investigación efectuada una noche por el Dr. Lucien Warner y su asistente Mildred Raible. Habían sido necesarios muchos años de experimentos para hacerlo posible; dichos experimentos habían permitido descubrir las notables dotes de la clarividente que tuvo a su cargo. Los dos experimentadores ocupaban una habitación alta de una casa privada en tanto que la paciente se hallaba ubicada en la planta baja, no precisamente debajo de ellos. Al alumbrarse una bombilla, la paciente anunciaba que estaba dispuesta a comenzar. Los experimentadores cortaban el mazo de cartas Duke, escogían una sin mirarla y la ponían boca abajo sobre la mesa y ahí la dejaban hasta que la paciente indicaba que ya había escrito la carta adivinada. Entonces los experimentadores miraban la carta y la registraban.

El experimento abarcó 250 pruebas sin detención alguna. Era el equivalente a 10 pruebas con el mazo, con la diferencia de que cada carta era intercalada en el mazo luego de haber sido registrada y que aquél había sido barajado y cortado. En lugar de 5 aciertos cada 25 atribuidos al azar, se obtuvo un promedio de 9,3. Este resultado, aun tratándose de una serie relativamente corta, es por demás significativo: supone una probabilidad contra varios millones. Warner, lo mismo que Pratt y Woodruff, había combinado este experimento para responder a las críticas formuladas contra sus trabajos de percepción extrasensorial. Hasta el momento, nadie encontró una falla seria en ninguno de los dos experimentos.

En este artículo me limité a mencionar algunos de los experimentos que confirman el fenómeno de la clarividencia, una parte de aquellos que fueron llevados a cabo en la Duke University y una parte de los que se efectuaron en otros sitios a partir de 1934. Si quisiese ser completo, mencionaría también todos los experimentos que no dieron resultados significativos. Hubo muchos fracasos, en particular tratándose de casos en que se estaba poco familiarizado con esos problemas tan especiales y sus correspondientes exigencias experimentales. Asimismo hubo un número considerable de resultados favorables que los autores no se decidieron a publicar a causa de la enojosa reacción que seguramente provocaría entre los psicólogos profesionales.

Pero creo que hemos dicho lo suficiente para demostrar que actualmente la posición de la clarividencia es sólida. Los trabajos que contribuyeron a con-

solidarla, sobre todo entre 1930 y 1940, la situaron sobre la clarividencia y telepatía. La aceptación de la clarividencia constituye una segunda etapa, un enorme avance hacia la solución del problema del hombre. Las investigaciones revelaron que la mente puede actuar de manera directa o extrasensorial respecto del objeto material percibido y esto a despecho de diversos obstáculos físicos destinados a excluir todos los contactos sensoriales.

Profesor Joseph B. Rhine

2

A la búsqueda de psi

Los antiguos griegos realizaban experimentos de parapsicología aunque no conocidos por ese nombre, ni se llevaron a cabo en laboratorios, pero en definitiva terminaban por plantear preguntas análogas a las de la actualidad, teniendo como base fenómenos idénticos[4]*. Las conclusiones que sacaban de la observación de los prodigios estaban frecuentemente influidas por el contexto religioso. Los interrogantes se referían a la vida después de la muerte, lo sobrenatural y la comunicación con los muertos.*

Lo mismo ha sucedido hace una decena de años con el espiritismo, que es una forma de fe religiosa. En este capítulo, Scott Rogo nos cuenta cómo el profesor J. B. Rhine se planteó a sí mismo el problema de la comunicación eventual con los difuntos, antes de emprender por otra vía el estudio de la percepción extrasensorial, llegando así a los resultados puramente estadísticos que caracterizan su obra.

El paso del estudio de individuos sumamente dotados al estudio de otros sin dotes especiales, constituye la etapa crucial de este género de investigación. En nuestra época, los investigadores piensan que las diferentes categorías de percepción extrasensorial, clarividencia, telepatía, premonición, retrocognición (o conocimiento paranormal del pasado) se relacionan con el mismo fenómeno, el cual se manifestaría con diferentes formas.

4. Un resumen de este tema figura en el artículo de Aimé Michel «Antigüedad clásica» publicado en el diccionario *Los poderes del espíritu*, obra colectiva dirigida por Roger Masson, 512 p. Ed. C. A. L., París 1976.

Cuando J. B. Rhine y su mujer llegaron a la Duke University, en Durham, Carolina del Norte, no pensaban que llevarían a la parapsicología a una nueva etapa experimental. Muy interesados en la fisiología de las plantas, ambos habían obtenido respectivamente los doctorados en biología y en botánica. Sin embargo, en 1925 empezaron a interesarse en lo paranormal y en la posibilidad de abordar este fenómeno científicamente. En aquella época estaban de moda los espíritus, los médiums y otras formas del espiritismo. En efecto, el gran drama de la Primera Guerra mundial había dado un nuevo impulso al movimiento. La posibilidad de que los muertos se pudiesen comunicar con los vivos decidió la carrera de los Rhine.

En 1926 conocieron a William McDougall, que desde bastante tiempo atrás se destacaba por ser un paladín de la audacia en psicología y en la investigación psíquica en general. McDougall había efectuado pocos trabajos en este último campo; pero sus numerosos artículos revelaban su interés de que dicho tema fuese reconocido en el mundo científico. Cuando dejó Harvard para ocupar una cátedra en Duke, los Rhine lo siguieron y consagraron su carrera a la parapsicología, como se empezaba a llamar a la nueva ciencia del ESP.

En un principio, sus estudios se orientaron hacia la mediumnidad y el siguiente problema: cuando un médium recibe informes verídicos sobre un difunto, ¿es porque ha sido informado por el difunto o por los vivos a través de la ESP (un término que Rhine inventó y popularizó)? Después de haber analizado innumerables informes y efectuado varios experimentos con el célebre médium Eileen Garret, los Rhine comprendieron que el problema era insoluble. Si un médium describía exactamente a un muerto o daba uno de sus sobrenombres, que le era imposible conocer por otro medio, ello podía deberse a una combinación de telepatía y clarividencia, y no tener nada que ver con una entidad del más allá que supuestamente estaba deseando comunicarse con los vivos. En consecuencia, los Rhine consagraron todas sus investigaciones al estudio experimental del ESP.

Estos trabajos empezaron en la Duke University en colaboración con McDougall, el Dr. Helge Lundholm y el Dr. Karl Zener. Lundholm se interesaba sobre todo en el empleo de la hipnosis para provocar el ESP, pero casi podría decirse que no tuvo éxito alguno, de modo que terminó por abandonar el programa. Zener, experto en percepción, fue consultado por Rhine para saber qué tipo de blanco sería el más neutro y el más apropiado para los test ESP. Esta consulta fue el origen de la creación de las cartas Zener, o cartas ESP, comúnmente utilizadas en este género de investigaciones. Se trata de un mazo de veinticinco cartas, cada grupo de cinco lleva dibujada la misma figura geométrica simple: estrella, círculo, cruz, líneas onduladas y rectángulo (más adelante reemplazado por un cuadro). Zener también se retiró del programa para dedicarse a la investigación psicológica pura. Finalmente, J. B. Rhine quedó solo para asumir la totalidad de la tarea programada. La técnica experimental era simple: una persona elegida al efecto debía enviar al paciente el símbolo de la carta. Sobre veinticinco «envíos», un promedio de cinco eran adivinados por azar. Pero si un individuo lograba en varias ocasiones dar más

de cinco respuestas correctas por serie, entonces ya no se considerarían debidas a la intervención lisa y llana del azar.[5] Más tarde, fueron empleados dos mazos cuyas cartas podían tener hasta cinco símbolos, por lo que fueron llamados «mazos abiertos».

Los tests preliminares de J. B. Rhine eran prometedores, pero lo que hizo que se lanzara verdaderamente a iniciar sus trabajos en Duke fue el descubrimiento de su primer paciente dotado. En 1931, A. J. Linzmayer pasó al laboratorio de Rhine. Este hombre había participado con éxito en algunos de los experimentos de Zener, Rhine le preguntó al azar qué carta tenía en la mano. Linzmayer estaba recostado en el diván del laboratorio y Rhine de pie junto a la ventana, fuera de su campo de visión. Linzmayer acertó. Rhine repitió el experimento; Linzmayer dio nueve respuestas buenas seguidas. Retomaron las pruebas al día siguiente. Linzmayer expresó su deseo de que se lo testara mientras se hallaba más bien distraído, de manera que Rhine se lo llevó a dar una vuelta en automóvil por el campo. Se detuvo para improvisar el test, y Linzmayer dio quince respuestas justas de un tirón. También logró excelentes marcas en las pruebas más vigiladas. No obstante, tras aquellos aciertos iniciales, que fueron numerosos, su puntuación empezó a descender y acabó por perder completamente su ESP. Para los experimentos, Rhine había recurrido a dos tipos de Test. En principio miraba las cartas (telepatía o GESP, percepción extrasensorial general, puesto que la clarividencia podía explicar los resultados). El segundo procedimiento consistía en test de clarividencia, en los que nadie miraba las cartas. Linzmayer se destacó en los dos casos.

Poco tiempo después, Rhine volvió a encontrar otros individuos dotados. El más notorio de ellos fue Hubert Pearce. Contrariamente a Linzmayer, en general Pearce no solía dar largas series de respuestas acertadas, pero se mantenía siempre por encima del promedio atribuido al azar. Sin embargo, hubo excepciones. Un día Rhine, bromeando, le dijo que le apostaba cien dólares a que no podía dar la respuesta adecuada. Pearce acertó 25 sobre 25, una de las raras marcas alcanzadas en parapsicología. Por esa época, Rhine tenía tres asistentes, C. R. Stuart (él mismo un individuo muy dotado); Sara Ownbey y J. G. Pratt (que terminó consagrando su vida a la parapsicología). Pratt testó a Pearce en el transcurso de una serie de experimentos que se convirtieron en clásicos del género, y pasaron a la historia con el nombre de «Experimentos Pearce-Pratt».

5. Este capítulo no tiene por objeto explicar las matemáticas de las probabilidades. Sin embargo, el cálculo de probabilidades simples se efectúa por medio del siguiente método: durante un test, al azar de las respuestas tendrá lugar cierta divergencia standard de la probabilidad exacta. Por ejemplo, si una persona efectúa cinco series ESP, dará aproximadamente veinticinco respuestas buenas, quizás veintidós o veintisiete. Finalizado el experimento, se hace el cómputo de las divergencias standard. Esto da lugar a un informe crítico (RC) que representa una tasa de probabilidad. En los experimentos ESP, la divergencia standard se calcula duplicando la raíz cuadrada del número de series. Si se llevan a cabo dieciséis series ESP, la divergencia standard será de 8 ($2\sqrt{16} = 8$). Si el paciente da dieciséis respuestas buenas suplementarias, el RC es de 2,0 ($16/8 = 2$). Un RC de 2,0 es igual a 20 posibilidades contra 1 o ($p = 0{,}05$). Se ha calculado que 20 posibilidades contra 1 superan al simple azar. En las investigaciones ESP, las posibilidades: 100 contra 1, o ($p = 0{,}01$), son consideradas como una prueba de la ESP. Es el método de cálculo más elemental empleado en este género de investigaciones. El texto de J. B. Rhine y J. G. Pratt, *Parapsychology - Frontier Science of the Mind* da más amplios detalles al respecto.

La crítica a los experimentos

Como puede apreciarse, en sus comienzos las investigaciones sobre el ESP eran bastante poco rigurosas y los métodos aún defectuosos. Cuando estos trabajos fueron expuestos en la monografía de Rhine, *Extransensory Perception,* en 1934, uno de los principales reproches que se le hizo fue que no se hallaban indicadas las condiciones precisas en que se habían desarrollado los experimentos. Por lo tanto resultaba difícil evaluar los resultados y el escéptico podía creer que la falta de rigor de las condiciones permitía el fraude, las indicaciones sensoriales, los códigos, etc. Por ejemplo, en un estado de ESP es conveniente observar rigurosamente las siguientes precauciones experimentales:

1. La carta blanco [x] nunca debe ser anotada antes de que la respuesta sea dada, a fin de que el paciente no pueda adivinarla por medios sensoriales, digamos por ejemplo, aún a nivel subconsciente, los trazos de lápiz o de pluma gracias a los cuales podría ser identificada por el paciente. (0 = Ø, ∟ = □, ═ = ≈, Λ = ☆, + = +). O bien el paciente debía permanecer aislado. También se puede utilizar el juego de cartas preparándolas por anticipado.
2. En caso de que se emplee un juego cerrado (cinco cartas de cada uno de los símbolos) no hay que decir al paciente si respondió bien o mal, pues, por simple deducción, podría adivinar la carta siguiente.
3. No se deben barajar las cartas con la mano, porque implicaría el riesgo de dar una secuencia de blancos semejantes a la de la primera serie. Si el paciente tiene cierta práctica, las marcas elevadas serán el producto de la concordancia accidental entre el mezclado defectuoso y sus hábitos.
4. No debe permitirse la presencia de espectadores, porque podrían alterar al paciente, o soplarle inconscientemente de uno u otro modo.
5. En cada prueba hay que emplear cartas diferentes. Si un paciente ve constantemente el mismo mazo de cartas, puede advertir aún inconscientemente, una mancha o una rayita cualquiera en el reverso de una carta, lo cual le permitiría identificarla.

Una o dos personas independientes del experimentador deben tener a su cargo la anotación de los blancos y las respuestas, para evitar el riesgo de un error de transcripción, consciente o no.

Estas precauciones fueron establecidas por Robert Thouless en *From Anecdote to Experiment in Psychical Research,* pero han sido modificadas, abreviadas o subrayadas según las necesidades de este artículo. A consecuencia de estos problemas de procedimiento en la experimentación de la ESP, deben ser explicadas en detalle las condiciones precisas en que se desarrollan los test. Al ser estudiados los experimentos de la Duke por algunos críticos, los defectos quedaron al descubierto. En primer término, no quedaba excluido que el paciente pudiese ver a través de las primeras cartas Zener, que eran bastante rudimentarias. Naturalmente es posible desafiar esa crítica ubicando al paciente tan

x. Blanco está empleado en el sentido figurado de objeto sobre el que se ejercita la puntería.

lejos como sea posible de los experimentadores, como durante los experimentos de Groningue. También fue lo que intentaron hacer Pearce y Pratt.

Esta serie de experimentos tuvieron lugar en 1933, en lo que por entonces era el pabellón de física de la Duke University. Pratt se había instalado en una de las salas y Pearce en otro cuerpo del edificio, a cien metros de allí. Para otro test, se había alejado doscientos cincuenta metros. A la hora señalada, Pratt comenzó el test de clarividencia sacando un blanco del mazo de cartas y dejándolo aparte durante un minuto. Después, se puso también aparte la carta siguiente y así sucesivamente hasta que el mazo de veinticinco se terminó. Para evitar lisa y llanamente toda crítica, tanto Pratt como Pearce se quedaron con una copia de sus cartas y de las respuestas. Una copia de cada una fue remitida a Rhine para que las sometiera a un examen independiente. Cuatro fueron los experimentos efectuados conforme a esta técnica. Se registró un total de 1850 respuestas de las cuales 558 fueron correctas, en tanto que el azar sólo explicaría 370. Si tomamos en consideración el argumento de los críticos de la parapsicología, sobre las «dudosas pruebas estadísticas», también debemos aceptar que los experimentos Pearce-Pratt alcanzan veintidos mil millones contra uno, contra el azar.

A pesar de este lujo de precauciones, tales experimentos no dejaron de ser criticados, sobre todo por C. E. M. Hansel en su libro *ESP — A Scientific Evaluation.* Hansel pretende que, al no ser vigilado, Pearce podía muy bien salir de su pabellón, dirigirse al edificio donde se encontraba Pratt, espiar por un tragaluz y anotar o memorizar la secuencia de cartas que Pratt iba descubriendo. O bien que un cómplice lo hacía en su lugar. La crítica de Hansel es válida en el sentido de que Pearce tendría que haber sido vigilado; sin embargo, desde un punto de vista práctico, su observación no es sólida. En su *Journal* de julio de 1967 de la S.P.R. (vol. 61, pp. 254-67), Ian Stevenson la refuta al describir la disposición de las salas y de los cuerpos del edificio. De acuerdo a Stevenson, el ángulo de los montantes de las puertas era tal que un eventual espionaje resultaba imposible ya que no quedaba a la vista la parte superior del escritorio.

Junto con Pearce, Rhine trató bien de determinar cuáles eran las condiciones que más favorecían la ESP. Y descubrió que si había algún testigo presencial, los aciertos eran menos numerosos; desde que las condiciones del experimento mejoraban, el puntaje aumentaba. Se ensayaron asimismo diversas drogas, en especial la cafeína, que dio notables resultados mientras que el sodio amital provocaba reiterados fracasos.

La mayor parte de los experimentos en que intervino Pearce concernieron a la clarividencia, pero Rhine incorporó también tests de telepatía. Al principio, la puntuación de Pearce bajó considerablemente sin que pudiera saberse si él era un mal telépata o si el cambio de las condiciones experimentales lo perturbaba. También en un comienzo, Rhine había introducido tests de clarividencia (nadie que mirase las cartas) en los experimentos del GESP, y escribió a propósito de esta modificación:

«... Así como al principio Pearce se equivocaba muy a menudo cuando

yo miraba la carta, acabó por hacerlo mejor que cuando no la miraba. Por consiguiente, dejando de lado las 175 primeras pruebas de transición, que dieron un promedio de 6 sobre 25... tenemos 350 ensayos de condiciones combinadas (telepatía más clarividencia) en que el promedio fue de 14 sobre 25, lo cual es sumamente elevado para Pearce o para cualquiera, y aún mucho más alto que el nivel habitual del paciente, que era aproximadamente 10 sobre 25. Es posible que se deba a la combinación de la actividad extrasensorial de las dos fuentes (la carta y el agente) o también puede ser el resultado de una mayor atención del paciente, provocada por el aumento de posibilidades. A menos que sea producido por la idea de que podrían obtenerse tales resultados. Sea lo que fuere, se imponía un perfeccionamiento de los procedimientos experimentales.»

Estos nuevos procedimientos implicaban la instalación de una pantalla entre el experimentador y el paciente, lo que impedía a Pearce de saber (en condiciones normales, es decir sin la ESP) si Rhine efectuaba un test de clarividencia o de GESP. Pearce logró resultados aún mejores para la GESP, pero sus tests de telepatía pura superaban ampliamente a lo atribuible al simple azar.

En esa misma época aparecieron muchos otros individuos dotados de estas facultades, entre los cuales destacamos a Sara Ownbey y George Zirkle; los resultados obtenidos por estas personas fueron registrados también por Rhine en *Extrasensory Perception.* Cuando se hizo trabajar a Ownbey y Zirkle juntos, se obtuvieron resultados sorprendentes. Y esto fue el orígen de un largo estudio sobre el efecto de diversas drogas sobre el ESP de Zirkle, siendo en su caso la telepatía la mejor manifestación del psi. En ese tipo de experimento, no se emplean cartas; el símbolo Zener es imaginado por el agente y anotado en la hoja de resultados luego de la respuesta. Zirkle alcanzó un promedio de 14,8 por serie, contra 5 que habría dado el azar. Si se le hacía tomar cafeína, su puntaje era más o menos el mismo. Rhine y Ownbey quisieron saber cuáles serían los resultados si antes de la prueba se le daba a Zirkle sodio amital y luego cafeína para combatir la apatía provocada por la primera droga. Ni Ownbey ni Zirkle sabían qué droga sería administrada en el transcurso del experimento e ignoraban lo que se esperaba de los resultados. El experimento tuvo lugar con Zirkle en una pieza y Ownbey en la otra. Podía advertir al agente del comienzo del experimento por medio de un manipulador de telégrafo. En principio se le hizo tomar sodio amital; a medida que la droga producía su efecto, sus resultados bajaron sistemáticamente, de 13,6 por serie a 7,8, siempre superiores al azar pero muy por debajo de sus puntuaciones habituales. Cayó a 6,2 y luego, cuando se le dio cafeína, los resultados se mejoraron y terminó con un promedio de 9,5.

Durante un experimento de telepatía pura, Zirkle, separado de Ownbey por dos piezas, no solamente acertó una serie de 23 sobre 25, sino una puntuación total de 85 sobre 100. Después de su matrimonio, George Zirkle y Miss Ownbey perdieron casi por completo sus facultades ESP.

Uno de los más importantes descubrimientos hechos al comienzo de los trabajos en la Duke University fue la constatación de que los mejores pacientes

son también los mejores agentes. Sobre cinco de los pacientes más dotados de ESP (después de Pearce y Linzmayer), Miss Ownbey, Mr. T. C. Cooper, May Turner y June Bailey obtuvieron mejores resultados que sus colegas cuando desempeñaban el papel de agente. También C. E. Stuart abandonó su papel de paciente para convertirse en agente. Rhine saca la conclusión de que la ESP podía ayudar al agente a «enviar» del mismo modo que permite «recibir». En otras palabras, la ESP funcionaría en un sentido como en otro.

Los primeros éxitos de los trabajos realizados en Duke animaron a otros experimentadores a confirmar el efecto ESP, y también provocaron la aparición de tests más audaces, practicados en el laboratorio de parapsicología de la Duke University. Uno de ellos tuvo lugar entre Miss Ownbey y Miss Torner. Para este experimento de telepatía pura a larga distancia, Miss Ownbey permaneció en Duke mientras que Miss Turner estaba a cuatrocientos kilómetros. Habían previsto una serie cotidiana de veinticinco «envíos», con cinco minutos de intervalo. Las dos mujeres remitieron sus blancos y sus respuestas en secuencia a Rhine, para ser verificados, y Ownbey aportó el primer informe experimental de tres días, directamente de la oficina de correos a Rhine, quien abrió personalmente la carta y la comparó con las notas de Ownbey. El porcentaje de aciertos era pasmoso, 19, 16 y 17 respuestas justas sobre 25. Desgraciadamente, en los días siguientes la puntuación no dejó de disminuir, y Turner confirmó una vez más el esquema típico de la experimentación de la ESP, el efecto de declinación gradual, del mayor éxito al simple azar. Muchos otros experimentadores y pacientes hicieron las mismas constataciones.

Cuando Rhine rememoró los experimentos de Duke en *New Frontiers of the Mind,* escribió respecto del ensayo Ownbey-Turner:

«Algunos considerarán fantasiosos estos resultados. Se imaginarán montañas, bosques, ciudades, ríos y hasta la curva misma de la Tierra separando a las dos mujeres entregadas a este experimento. Y sin embargo, dos de cada tres veces, una de ellas sabía la forma de la imagen en la cual la otra pensaba. Cualquiera que fuese el poder que poseían, lo cierto es que no era afectado por la distancia, puesto que los tres resultados figuraban entre los más altos obtenidos en nuestros trabajos de telepatía. En consecuencia, el espacio, tal como lo concebimos habitualmente, no es un obstáculo para la comunicación telepática de símbolos.

Tests que son un juego

J. L. Woodruff, entonces un joven estudiante de psicología en el Tarkio College, Missuri, se sintió vivamente atraído por los trabajos que se efectuaban en Duke. Imaginó una nueva serie de tests, empleando una serie de cinco cartas blancos, cada una de las cuales llevaba uno de los cinco símbolos de Zener. Se las desplegaba a la vista del paciente, que acto seguido debía retirar de un mazo volcado la carta que correspondía a cada una de aquéllas. A veces las

cartas claves también estaban boca abajo y el paciente tenía que cumplir la misma tarea. La idea que solventaba esta técnica, era que una reacción motriz —poner físicamente una carta sobre otra— sería menos complejo y más automático que tratar de visualizar el blanco. El test de Woodruff tuvo éxito, pero no mucho más que los viejos experimentos de GESP y de clarividencia (o de PC: clarividencia pura).

En la misma época, una maestra de Sarasota, en Florida, Miss Esther Bond, empezó a darles tests similares a los niños más atrasados y obtuvo promedios por encima del término medio. Era normal que se pensara en hacer participar a los niños en los tests de la ESP, ya que, siendo ellos más simples que los adultos, había menos riesgo de que sus facultades ESP estuvieran obstaculizadas. Cuando se sometía a sí misma a un test obtenía inmejorables resultados, pues las visitas o los observadores tenían un efecto negativo sobre su ESP. Cuando empezó a practicar los test en otras personas, descubrió a una jovencita, Lillian, con quien inició una profunda amistad. Lillian procedía de una familia desunida y vivía por entonces en un hogar de niños. Fue en 1936 cuando Miss Pegram comenzó, por azar, a examinar a los niños de ese hogar, cuyas edades oscilaban entre los seis y los trece años, para buscar la ESP. Con el objeto de volver más entretenidos los tests, los convirtió en un juego: el niño que obtenía los mejores resultados tenía derecho al caramelo más grande. Pronto Lillian se destacó sobre los demás, alcanzando en una oportunidad 23 de puntuación. Un día cerró los ojos y preparó las cartas. Acabada la serie, le dijo a Miss Pegram: «Todo el tiempo estuve deseando obtener 25.» Lo logró, y así se convirtió en una de las raras personas que en toda la historia de la parapsicología haya obtendio el 100 % de aciertos. En relación a las precauciones elementales de las que hablamos antes, conviene agregar aquí que Miss Pegram utilizaba un juego de cartas que la jovencita nunca había visto. En el informe oficial, se detiene largamente a considerar la hipótesis del fraude, pero por último, y con toda razón, la rechaza.

Hasta entonces, la historia del desarrollo de la ESP experimental tiene lugar en los Estados Unidos; lo que acabamos de reseñar no es sino una parte de los éxitos del programa de Duke y sus ramificaciones. Hubo también muchos otros estudios y muchos otros proyectos, que lamentablemente no podemos detallar aquí.[6]

La publicación de las obras completas de Rhine, en 1934, provocaron un escándalo científico. El autor fue criticado con violencia y una revista que lo había atacado le negó el derecho a responder. La mayor parte de las críticas apuntaban a las condiciones en que se desarrollaban los experimentos y a los modelos estadísticos utilizados para evaluar los resultados. Respecto de este último punto debemos aclarar que el American Institute of Mathematical Statistics replicó a los críticos declarando oficialmente que las aplicaciones y los

6. En su *Extransensory Perception*, Rhine procede a un análisis crítico de sus primeros trabajos en Duke. En *New Frontiers of the Mind* (1937) se ha hecho un resumen de aquellos experimentos y se relatan los últimos. A fin de dar un testimonio significativo de ese género de trabajo científico, Rhine y otros autores se unieron y, en 1940, publicaron *Extrasensory Perception after Sixty Years.*

procedimientos estadísticos de Rhine no eran en absoluto defectuosos. Los argumentos contra las condiciones experimentales se relacionaban también con el paciente y la hipótesis ya citada de las «indicaciones sensoriales»; empero, nunca pudieron explicar los resultados.

En 1938, se llevó a cabo el simposium anual de la American Psychological Association, en que se debatiría el problema de la ESP, que llegó a ser el tema central de la conferencia. Tras una ráfaga de acusaciones, afirmaciones, argumentaciones y arengas, la parapsicología fue por fin reconocida como una ciencia experimental. Un año antes, en 1937, Rhine había presidido la creación del *Journal of Parapsychology,* destinado a servir de banco de información sobre el ESP y los experimentos en curso; la revista era extremadamente rigurosa en cuanto a la aceptación y publicación de los informes o colaboraciones que se le presentaban.

Aun cuando el programa de la Duke University no había concluido, ya por entonces se efectuaban importantes experimentos sobre la materia en Gran Bretaña.

G. N. M. Tyrrell, un ingeniero apasionado por la parapsicología, descubrió en Gertrude Hojnson a una persona particularmente dotada. Con ella empezó en 1921 a practicar los tests ESP, empleando como blanco los colores de un mazo de cartas. Después de que aparecieran publicados los trabajos de Rhine, Tyrrell inventó toda una serie de tests con aparatos de registro automáticos para paliar los errores de transcripción y las indicaciones involuntarias del experimentador. Para lograr su objetivo, Tyrrell inventó un conjunto de cinco pequeñas cajas alineadas. Cada caja contenía una minúscula bombilla que podía ser encendida a distancia, constituyendo así una caja-blanco. Las tapas eran completamente opacas, por supuesto. El paciente estaba separado del experimentador por una gran pantalla, detrás de la cual había cinco cajas semejantes. Cuando Tyrrell decidía comenzar el experimento, un asistente advertía a Miss Johnson que entonces tenía que adivinar cuál de las cajas estaba iluminada. Más tarde fue agregado un refinamiento: las decisiones (de comenzar la prueba) y las respuestas eran automáticamente registradas en un cilindro de papel por un aparato mecánico.

Miss Johnson superó en mucho al simple azar pero aun contando con una organización como la preparada por Tyrrell se planteaban problemas. Al principio, el experimentador elegía. Esto podía causar un efecto acumulativo pues implicaba el riesgo de que tuviese predilección por una caja en particular. Pero también Johnson podía tener la costumbre de designar una caja en lugar de las otras, y tal coincidencia corría el riesgo de producir un puntaje muy superior al del azar pero que no tendría nada en común con la ESP[7]. Por lo tanto, Tyrrell agregó un selector mecánico, para evitar ese tipo de crítica.

Entonces se producía algo curioso. Si el selector era el único en elegir las

7. Un asistente a esos experimentos, G. W. Fisk, descubrió que mientras Tyrrell no empleara una secuencia al azar, él mismo lograba resultados bastante buenos abriendo sistemáticamente una caja hasta acertar y recomenzando luego con otra caja. Cuando, por el contrario, la secuencia utilizada estaba determinada por el azar, el método de Fisk fracasaba.

luces, los resultados de Miss Johnson no alcanzan un nivel óptimo. Pero si el aparato era utilizado para escoger los números de las cajas que el mismo Tyrrel designaba acto seguido, la puntuación mejoraba. Este hecho revela la importancia de la presencia de Tyrrell. También le sucedía utilizar un conmutador automático mediante el cual podía dar luz ignorando cuál de las cajas se alumbraría. Este sistema fue una vez más modificado; esta vez, la bombilla sólo se alumbraba cuando Miss Johnson levantaba la tapa elegida. Así nadie podía decir que la paciente oía, por hiperestesia, encenderse la bombilla en la caja-blanco.

Los resultados obtenidos luego de todas estas verificaciones y supervisiones fueron sumamente significativos. Cuando las secuencias escogidas al azar eran utilizadas conjuntamente con el conmutador (eliminando así la telepatía), los resultados eran de $3,55 \times 10^{14}$ contra 1. Otras técnicas llegaron a estadísticas tan pavorosas, mientras el azar presidía únicamente los experimentos.

En la misma época, S. G. Soal, conocido matemático que desde hacía tiempo se dedicaba a la investigación psíquica, intentó efectuar sus propios experimentos. Alentado por los trabajos de Rhine, inició una serie de tests con las cartas ESP, pero al cabo de cinco años de pruebas no habían dado resultado alguno. Soal había examinado 160 individuos y acumulado 128.350 respuestas, inútilmente. En 1939 renunció a seguir adelante con sus trabajos y criticó a Rhine por cuanto estimaba que sus informes presentaban errores metodológicos. Pero Whately y Carington lo presionaron para que volviese a considerar sus resultados. Recordemos que Carington había llevado a cabo experimentos con dibujos, durante los cuales sus pacientes reproducían frecuentemente el blanco de la víspera (ESP latente) o adivinaban el del día siguiente (precognición). En consecuencia, aconsejó a Soal a que reviera en ese sentido sus documentos. Entonces Soal descubrió que dos de sus pacientes, Basil Shackleton y Gloria Stewart, muy frecuentemente habían acusado el efecto más 1 o menos 1.

Cuando Mrs. Stewart sólo podía volver a participar después de la Segunda Guerra Mundial, Soal retomó sus experimentos con Shackleton, teniendo siempre mentalmente presente el efecto del desplazamiento. Conforme a los métodos de Rhine, los blancos fueron elegidos al azar, imágenes de animales reemplazaron esta vez a las figuras geométricas. Las cartas representaban un león, un elefante, una cebra, una jirafa y un pelícano. Resultó de estos tests que cuando las condiciones del experimento permitían la telepatía, Shackleton se situaba constantemente por encima del promedio del azar para sus respuestas + 1, en tanto que en clarividencia pura fracasaba. Tal cosa divergía totalmente de los resultados obtenidos por Rhine con sus pacientes más dotados, los que siempre se habían mostrado capaces de marcas excelentes tanto en clarividencia como en telepatía.

Por desgracia, las investigaciones de Soal terminaron por demostrar que los dibujos experimentales, aun los que fueron concebidos más cuidadosamente, pueden ser defectuosos. En este preciso caso, algunos descubrimientos efectuados *a posteriori* pusieron en tela de juicio la validez de dichos experimentos.

Durante uno de ellos, se utilizaron dos habitaciones. En la primera se hallaba el agente con un observador, en la otra Shackleton en compañía de otro testigo. La presencia de terceros tenía por objeto la verificación de los resultados y también la constatación de que era imposible hacer fraude. Observadas en adelante dichas condiciones, Shackleton siguió obteniendo resultados superiores al promedio del azar. Sin embargo, algunos años más tarde, estalló una controversia desencadenada por C. E. M. Hansel, gran enemigo de la parapsicología. Hansel afirmó que, primeramente, Shackleton y Soal podían haber inventado un código y, en segundo lugar, que uno de los agentes, Gretl Albert aseguraba haber visto que Soal alteraba los resultados, falsificando así el experimento. Mrs. Albert era una mujer bastante excéntrica, muy dispuesta a lanzar acusaciones delirantes (por ejemplo que durante el test se le había dado cigarrillos conteniendo drogas) y su denuncia no fue tomada en consideración.

A pesar de todo, se imponía una nueva verificación de los trabajos de Soal. Resultaba muy simple ver si, como lo pretendía Mrs. Albert, Soal modificaba el orden de sus blancos para concordar con las respuestas de Shackleton. Para asegurarse una opción rigurosa, decía, había elegido sus secuencias según las tablas de logaritmos de Chambers, que le proporcionaban una lista de números al azar. R. G. Medhurst, con la esperanza de probar la inocencia de Soal, comparó el legajo Shackleton con las tablas de Chambers, y descubrió que las listas de Soal *no concordaban con la fuente que afirmaba haber utilizado.* Este incidente fue interpretado de diversas maneras. No indica con claridad que hubiera fraude, pero revela que, lamentablemente, el informe escrito de Soal traslucía evidentes contradicciones y señalaba que los procedimientos empleados no correspondían, tal como habían sido anotados, a la realidad. Una negligencia de esa índole era inaceptable y no podía menos que desacreditar todo un trabajo experimental.

Para asegurarse que los resultados no habían sufrido modificación alguna, bastaba con verificar las hojas originales. Entonces se produjo una decepción general, pues Soal declaró que unos años atrás las había perdido en el tren. El golpe final fue dado cuando el examen de los resultados de Shackleton reveló que había respondido acertadamente un buen número de veces sobre algunos blancos, pero había fracasado constantemente sobre otros. Esto pudo haberse debido al azar, si esos blancos no hubieran sido los mismos que, según Mrs. Albert, Soal había modificado.

Es cierto que ninguno de estos incidentes prueba categóricamente el fraude, pero son tan sospechosos que ya no es posible dar crédito alguno a los trabajos de Soal en calidad de prueba de ESP, aun si sus test son en general considerados como los más severamente verificados de cuantos se practicaron hasta el momento. Además, estos incidentes echan una sombra sobre el propio S. G. Soal y sobre sus trabajos con otros pacientes. En estos momentos se está llevando a cabo un examen crítico de todas sus investigaciones, con la esperanza de esclarecer el asunto, pero todavía no ha sido publicado ninguno de esos análisis.

Con Mrs. Stewart, Soal trabajó en las mismas condiciones experimenta-

les que con Shackleton. Sin embargo, en la nueva serie de tests, ella no reveló el factor desplazamiento por el cual ella misma había sido descubierta. Al contrario, dio un porcentaje importante de buenas respuestas directas. Shackleton había dado pruebas de una singularidad; si la cadencia se aceleraba, es decir si se dejaba menos tiempo para responder y si se pasaba rápidamente a la carta siguiente, su índice de desplazamiento (+ 1) cambiaba y saltaba dos cartas (+ 2). Un efecto análogo fue constatado en Mrs. Stewart, pero en el sentido contrario. Si se duplicaba la cadencia, pasaba a la ESP latente (– 1). Al igual que Shackleton, fracasaba en los tests destinados a eliminar la telepatía.

Se realizaron otros experimentos con dos agentes concentrados en los mismos blancos. Mrs. Stewart continuó dando respuestas superiores al promedio del azar, pero sin superar la puntuación normal. Si los dos agentes se oponían, ella tenía tendencia a limitarse a uno de ellos, obteniendo así excelentes resultados, en tanto que con el otro apenas si igualaba lo atribuíble al azar. Aparentemente, el ESP aislaba la fuente de la señal. Como Shackleton, Mrs. Stewart lograba más aciertos con determinados agentes. (Había algunos con los que Shackleton era absolutamente incapaz de funcionar.) Entre Londres y Anvers tuvieron lugar una serie de estos tests, con igual resultado de alto porcentaje de aciertos. Más tarde, las facultades ESP de Stewart y de Shackleton declinaron y terminaron por desaparecer por completo.

El curioso fenómeno observado cuando Shackleton no discernió el blanco que se le presentaba, sino la carta siguiente puede interpretarse de dos maneras. ¿Podría haber ocurrido que Shackleton viese por clarividencia el mazo de cartas completo y que, por una rareza de la mente, mezclase su orden? O bien Shackleton evidenciaba dotes de precognición, más precisamente de la ESP precognositivo. Esto quedó en claro, demostrado, cuando sus respuestas justas saltaron a dos más allá del blanco. Puesto que la secuencia no había sido preparada por anticipado durante algunos experimentos y las cartas se sacaban al azar, Shackleton adivinaba blancos que aún no habían sido escogidos, dando así pruebas de un auténtica ESP precognositivo. Hubo muchos casos de precognición espontánea, en forma de sueños e impresiones premonitorias. ¿Podía aparecer tal fenómeno en laboratorio, así como en el transcurso de tests de ESP convencionales?

La búsqueda científica de pruebas concretas de precognición nos vuelve a llevar a la Duke University, donde J. B. Rhine, consciente de que se trataba de una forma común de ESP, anunció en su obra *New Frontiers of the Mind* que ya se estaban practicando experimentos de precognición con cartas y con la participación, claro está, de individuos dotados. En 1938, el *Journal of Parapsychology* publicó el primer informe de Rhine sobre el efecto de precognición (vol. II, pp. 38-44). El procedimiento experimental era simple: el paciente debía simplemente adivinar el orden en el que aparecerían los blancos, antes de que se mezclaran las cartas. Esta técnica tenía cierto mérito ya que nadie podía conocer el orden de las cartas; por lo tanto, cualquier indicación de parte del experimentador o la más mínima ojeada fraudulenta del paciente quedaban excluidas. No obstante, para este estudio Rhine pasó del ESP del pa-

ciente dotado a la búsqueda de un efecto ESP masivo. Como ya lo hemos señalado, hay quienes piensan que todo el mundo posee en mayor o menor grado una facultad psi, pero en una medida demasiado poco considerable como para que aparezca en el caso en que los individuos sean testados uno por uno. Estos experimentadores pueden obtener resultados que estén ligeramente por encima del promedio normal del azar, pero sin que sean lo suficientemente elevados para resultar verdaderamente significativos. Pero si todos los individuos son examinados al mismo tiempo, su ESP mínimo combinado resaltará de manera interesante. Para este experimento de precognición, Rhine utilizó cuarenta y nueve pacientes y sus respuestas totales sumaron 614 aciertos más que el promedio del azar. Esto representa una probabilidad contra el azar de 0,00001. (Recordemos que p. 0,01 ya revela facultad ESP.)

Con todo, Rhine y sus colaboradores no estaban absolutamente seguros de su descubrimiento. Era posible que, dado que los experimentadores conocían las respuestas de los pacientes, gracias a su propia clarividencia dejase de barajar las cartas en el momento preciso en que su orden concordaba más con las hojas de respuestas llenas por la mitad. Así, la única ESP demostrada sería la clarividencia de los experimentadores. En consecuencia, se procedió a una nueva serie de experimentos, donde las cartas eran barajadas mecánicamente. Rhine publicó sus resultados en un nuevo artículo del *Journal of Parapshychology* sobre el efecto de precognición (vol. V, pp. 1-58), señalando que eran desdeñables.

Que estos experimentos hubiesen tenido éxito, la precognición pura no habría sido probada ya que el factor decisivo habría podido ser la psicokinesia (PK). Durante mucho tiempo, no hubo escuela parapsicológica alguna que afirmara que la verdadera precognición no existía, y que un individuo utilizaba su PK para provocar un acontecimiento futuro (visto en sueño o de otro modo). Este asunto fue centro de controversias, pero para Rhine era una posibilidad muy real. En aquella época, él y sus colaboradores habían demostrado qus si un individuo ejercía conscientemente su voluntad, podía hacer que los dados cayesen de cierta manera, con más frecuencia que la atribuible al simple azar. El poder de la mente sobre la materia quedaba pues demostrado. Si la PK era capaz de afectar a los dados, podía también influir en el aparato que barajaba las cartas para los tests de precognición. Así, una experiencia que recurriera simultáneamente al ESP y a la PK (sin olvidar que muy a menudo esos dos fenómenos actúan en conjunción) podría permitir de manera clarividente percibir una secuencia de cartas favorables, y que enseguida se utilizase la PK para detener el aparato que baraja las cartas en el momento propicio. De ello resulta la precognición. Sin duda todo esto parecerá traído por los cabellos, pero en este caso se trataba de cuestiones muy reales que merecían ser tomadas en consideración. Después de todo se había descubierto que los buenos experimentadores eran a menudo excelentes factores de ESP. En segundo lugar, se sabía que en general la PK tenía necesidad de la ESP para manifestarse. Por ejemplo, si se pretende hacer caer los dados de un determinado lado, es difícil creer que el paciente pueda ver realmente las caras del dado a medida que

éstos ruedan, sobre todo en los casos de tests de PK a larga distancia, cuando el agente no está en la misma sala del experimento. Por lo tanto tendría que discernir en primer lugar la cara de los dados gracias a la ESP y en seguida influir sobre su caída mediante la PK. Por consiguiente, la hipótesis de que el experimentador recurrió a la ESP y a la PK para producir un efecto de precognición no es tan extravagante como parece.

Teniendo bien presente este problema, Rhine adoptó una técnica por la cual, una vez barajadas las cartas, utilizaba un método automático para cortar arbitrariamente el mazo, desordenando así la secuencia original. Con este método no se llegó a descubrir ninguna prueba directa de precognición. Sin embargo, cuando los resultados fueron analizados, revelaron un curioso suceso: la declinación gradual de las respuestas justas desde el principio hasta el fin de las series, con un aumento de aciertos en la última parte. Ya era cosa conocida que el ESP de un individuo declina poco a poco durante los tests prolongados, y también se sabía que, aun en el transcurso de un experimento breve, el paciente tiene tendencia a dar las mejores respuestas al principio, cayendo luego al nivel del azar para recuperarse y dar más aciertos cerca del final.

El azar puro no podía producir un esquema de marcas tan regulares debidas, indiscutiblemente, a una extraña consecuencia de las manifestaciones de la ESP durante los tests estadísticos. Este aspecto preciso fue descubierto en el curso de nuevos experimentos de precognición, en los que por fin se obtuvieron las pruebas de la existencia de la precognición pura.

Carneros y cabras

La parapsicología no consiste simplemente en demostrar la existencia de la ESP. Una vez que los trabajos iniciales sobrevivieron a las críticas de los escépticos, las investigaciones sobre los modos de cognición paranormal se efectuaron en completa libertad, llegando así hasta las raíces mismas de su objetivo primordial: descubrir cómo y por qué funciona la ESP. Desde 1950, la parapsicología avanza en varias direcciones. No obstante, era evidente que aún en aquellos años se estaban produciendo cambios.

El más notable fue el paso del estudio de individuos dotados al de grupos considerables de individuos. Lo cual era inevitable. Pacientes como Pearce, Stewart, Zirkle y muchos otros veían declinar regularmente sus facultades, hasta que su ESP se embota del todo. Perder a un paciente importante es siempre grave, cualquiera sea el experimento de que se trate, pero cuando se vio que importantes grupos de individuos presentaban un efecto colectivo de ESP, el empleo de los tests de grupos llegaron a ser un método más seguro y más fácil. Los trabajos de Gertrude Schmeidler, del City College de la Universidad de Nueva York, quien deseaba saber si la actitud de una persona respecto de la ESP incide sobre sus resultados, describen perfectamente esos tests

masivos así como su empleo. Schmeidler examinó dos grupos de individuos distintos, los que creían en las posibilidades de la ESP, y los que no creían. Se les denominó los «carneros» y las «cabras». Durante los primeros experimentos, los tests de clarividencia de los «carneros» dieron marcas mucho más altas que los de las «cabras». Se repitieron los tests, cuidando que los dos grupos fuesen estudiados en condiciones rigurosamente idénticas. También se repitió el hecho de que los resultados de los «carneros» estuvieran un poco por encima del promedio atribuido al azar, en tanto que las «cabras» se situaron un poco por debajo del promedio del azar.

Schmeidler ya había bosquejado un principio de hipótesis que otros investigadores podrían confirmar o invalidar, a saber, que la gente que creía en la ESP respondían más correctamente que aquellos que se mostraban hostiles al respecto. Es evidente que trabajando con un solo paciente hubiera sido imposible elaborar y verificar tales hipótesis. Por consiguiente, los tests de grupo se hicieron naturalmente un lugar entre las técnicas de parapsicología en experimentación-confirmación. Ulteriores experimentos «carneros-cabras» dieron resultados diversos, pero en general el hecho quedó como un rasgo «auténtico» de ESP.

Un experimentador holandés, van Bussbach, practicó algunos tests con grupos de escolares para investigar el efecto de ESP masivo. En sus informes publicados por el *Journal of Parapsychology* entre 1952 y 1961, demostró que los niños obtenían mejores resultados cuando el profesor actuaba como agente. Margaret Anderson y Rhea White, en los Estados Unidos, llevaron a cabo experimentos semejantes, con profesores queridos por sus alumnos y maestros que lo eran menos. Los niños acertaban más con sus profesores preferidos. También en este tipo de casos, el paso del individuo dotado a los tests grupales permitían confirmar las características particulares posibles del ESP.

No es posible estudiar cada una de las hipótesis diferentes que han pasado por los tests conforme a este método, pero algunas se relacionan con los rasgos de probabilidad que pueden incidir en el ESP, otras al efecto que puede tener la distancia, a los tipos de blancos, a las condiciones en que se desarrollará el experimento, etc. Cuando en *Experimental Parapsychology* (1966) K. Ramakrishna Rao intentó englobar la suma combinada de todos los descubrimientos de la ESP experimental, tuvo que analizar y resumir algo más de quinientas comunicaciones e informes.

Otros progresos se consiguieron empleando blancos más interesantes y más variados para los tests de ESP. Las viejas cartas Zener cayeron en desuso, porque al paciente le costaba encontrar en esos símbolos secos un estimulante emocional. Se ha descubierto que la emoción es la clave que permite la aparición de la ESP durante las sesiones experimentales; por eso los parapsicólogos buscaron blancos frente a los cuales los pacientes pudiesen reaccionar de manera más espectacular. Algunos investigadores volvieron a los dibujos y a las imágenes, otros utilizan cuadrantes de reloj de pared, nombre con una significación emocional, y así muchas otras innovaciones más: la lista es infinita.

La más importante de todas las nuevas mejoras introducidas en la

búsqueda científica de la ESP consiste en recurrir a los procedimientos completamente automatizados, con el empleo de máquinas para elegir los blancos y del cálculo mecánico para los resultados. Este progreso cuyos antecedentes los encontramos en los trabajos de Tyrrell y Troland por ejemplo, era en particular obra de un ingenioso físico de los Laboratorios Boeing de Seattle, el Dr. Helmut Schmidt. Este físico inventó una máquina con la cual el paciente seleccionaría un indicador de color cada cuatro, apretando un botón que registraría automáticamente su respuesta. El blanco era determinado en ese momento por un procedimiento basado en el deterioro que sufría un fragmento radioactivo, el cual proyecta al azar sus electrones. El intervalo durante el que dichas partículas se desplazan determina la elección del blanco. Al igual que la respuesta, esta elección es registrada automáticamente. Para este experimento, Schmidt seleccionó tres individuos dotados, que hicieron un total de 63.066 tentativas, tratando de adivinar cuál de los indicadores se iluminaría. Su porcentaje de aciertos fue tan elevado que alcanzó un índice de dos mil millones contra 1, contra el azar. Seis de estos pacientes fueron testados por medio de esta máquina: a veces Schmidt empleaba una secuencia de números previamente ordenados para seleccionar los blancos en lugar del procedimiento del quantum. Era por lo tanto, más que nunca, un test de clarividencia; sus pacientes obtuvieron marcas de más de un millón contra 1, contra todo lo que hubiera podido explicar estos aciertos de otro modo que por el de la ESP.

Schmidt perfeccionó varias máquinas para investigar el psi en condiciones que hacían imposible todo fraude y aun todo error. En 1972, redactó un informe en el *Journal of Parapsychology* (vol. 36, pp. 223-231) sobre una de esas máquinas, la cual podía verificar a la vez la precognición y la psicokinesia. Para la precognición, el paciente tenía que adivinar cuál de los indicadores-blanco sería escogido por un procedimiento azaroso. Pero si el experimentador giraba un conmutador, la máquina se volvía capaz de examinar al paciente para verificar si mediante la PK podía «forzar» a que apareciera un blanco determinado. La gran novedad de este aparato consistía en que el cambio podía operarse sin que el paciente supiera (por medios normales) que la modificación se produciría. Gracias al uso de esta máquina, Schmidt descubrió que sus pacientes eran capaces de lograr con regularidad un buen desempeño de la función psi, revelando su ESP y su PK.

Naturalmente, podemos preguntarnos si los aparatos de Schmidt funcionaban bien y si no tenían una tendencia a dar siempre resultados por encima del promedio del azar. La respuesta podría provenir de otros examinadores como John Beloff, parapsicólogo británico que nunca logró resultado alguno con las máquinas de Schmidt. Por lo demás, diversas verificaciones efectuadas mediante computadoras de secuencias seleccionadas al azar por dichos aparatos, no dejaron dudas sobre su inocencia respecto de una posible tendencia a favor o en contra.

En el transcurso de las investigaciones sobre la ESP, se hicieron numerosos y sorprendentes descubrimientos acerca del psi. Muchos de ellos confirman los principios que gobiernan a la ESP espontánea, pero también revelaron que

la ESP, por esporádica que sea, está guiada por ciertos esquemas y principios. Estos descubrimientos pueden ser divididos en dos grupos: 1) cómo se manifiesta experimentalmente la ESP; 2) la esencia de la facultad ESP.[8]

El interés primordial de la investigación de la ESP, es que ha determinado que la telepatía, la clarividencia, la precognición y la retrocognición representan, fundamentalmente, el mismo fenómeno que simplemente se manifiesta en diversas condiciones. Es probable que si un individuo obtiene buenos resultados en un test determinado de ESP, también tenga éxito en otros. Es cierto que los pacientes de Soal fueron bastante deficientes en las pruebas de clarividencia, pero probablemente ello se debía a que dudaban de su propia habilidad. Rhine y Tyrrell descubrieron que un cambio de las condiciones experimentales provocaba a menudo la desaparición del ESP, hasta que el paciente se habituara y se sintiera más cómodo en la nueva situación. Pues en ese momento, el ESP reaparecía. Los experimentos de Schmidt no sugieren solamente que todos los fenómenos a base de ESP forman un proceso unitario único, sino que la ESP y la PK están basados en el mismo principio. Muchos individuos excelentes para la ESP se revelaron igualmente dotados para la PK. Lalsingh Harribance, testado en la Fundación para la Investigación de la Naturaleza del Ser Humano, es uno de esos ejemplos y su caso no es excepcional.

El segundo descubrimiento importante de la parapsicología experimental, es el efecto de «declinación» ya mencionado. Se comprobaron tres tipos de declinación: durante una serie, durante un experimento y en términos generales durante todo el tiempo de participación de un paciente dado.

Rhine advirtió que Pearce obtenía mejores resultados al comienzo de una serie experimental. Del mismo modo, fue observado un efecto de declinación en los tests grupales de precognición. George Eastbrooks había reparado en este factor en el transcurso de sus experimentos y ya en 1927 lo hizo público en un comentario al respecto. Aún antes, Ina Jephson notó que sus pacientes ESP empezaban muy bien y terminaban por caer frecuentemente cerca de los últimos blancos de una serie. Existe una variante de esta regla, denominada *salience.* El paciente declina poco a poco y luego obtiene nuevamente éxitos notables en los últimos blancos. Si trazáramos un gráfico, la totalidad del experimento presentaría una curva en U. Asimismo se ha señalado que la mayor parte de los pacientes más dotados pierden en general sus facultades de ESP tras una lenta declinación.

Se han propuesto dos explicaciones de este efecto declinante. Rhine pensó en principio que se debía al aburrimiento. Hacer desfilar cartas Zener una tras otra no tiene nada de especialmente estimulante ni excitante; así, el paciente puede cansarse de la serie, del experimento y hasta del programa experimental por entero. Esto explicaría el efecto de triple declinación. El punto de vista de Rhine no es novedoso. En 1885, Malcolm Guthrie, con quien Lodge practicó tests de ESP exitosamente, escribía: «He notado un des-

8. Buena parte de la controversia que sigue está inspirada por los efectos ESP resumidos por Robert Thouless en *From anecdote to Experimental in Psychical Research.* No obstante, los argumentos son míos.

censo... a partir de nuestros primeros resultados de importancia... a medida que se debilitaba la novedad y la vivacidad de nuestras sesiones ya no encontraba la cordialidad y la lozanía del comienzo. Todo se volvió monótono, mientras que antes íbamos de sorpresa en sorpresa...»

Indudablemente este punto de vista es responsable de muchas extravagancias de la historia de la investigación experimental. Parece cierto que el entusiasmo y el impulso de Rhine habían provocado una situación ideal natural, propicia a los descubrimientos. Pronto, sin embargo, la novedad se convirtió en rutina y la ESP dejó de manifestarse con regularidad. Quizás las personas que se prestaban a tales experimentos, los pacientes, empezaron a aburrirse, a sentirse menos motivados y sus facultades se resintieron en consecuencia. Resulta también bastante singular que nunca hubiera en la historia de la parapsicología, tantos individuos dotados como Rhine descubrió en los años 1930. A medida que los Zirkle, los Ownbey, los Pearce desaparecían de la escena, nadie se presentaba para substituirlos, siendo ésta una de las razones por las cuales se empezaron a practicar los tests grupales. El efecto de declinación también podría provenir del hecho de que al cabo de algunos años la investigación de la ESP ya no estaba cargada de emoción. Los pacientes dotados experimentaban menos la necesidad de manifestar su ESP, puesto que había menos escépticos por convencer. Quizás el reconocimiento de la parapsicología le asestó el golpe de gracia.

D. Scott Rogo

3

La opinión del fundador del psicoanálisis

La posición de Sigmund Freud en lo concerniente a los fenómenos paranormales no es suficientemente conocida. Freud creía en la telepatía; lo dijo en el texto que reproducimos después.

Su obstinación en hallar en los hechos que narra indicios, si no pruebas, de la transmisión de pensamiento, resulta notable. Este texto fue publicado por primera vez en Viena en 1933, seis años antes de la muerte de su autor. En 1934, J. B. Rhine publicaba, en los Estados Unidos, su libro, Extrasensory Perception *con el que marca el comienzo de las investigaciones experimentales y cuantitativas sobre telepatía y clarividencia. De haberlo leído, Freud hubiera visto en él sin duda una confirmación de sus intuiciones, que fueron diversamente interpretadas o apreciadas por sus discípulos.*

Antes de 1910, Freud se mostraba bastante reacio a aceptar las facultades paranormales en el ser humano. O escéptico. Puede decirse que consideraba (conforme a sus teorías psicoanalíticas), o interpretaba la comunicación del pensamiento como ilusiones nemotécnicas, percepciones inconscientes pero muy poco naturales. Pero más tarde se produjo una evolución en sus ideas.

La originalidad de su búsqueda estriba en que la mayoría de los casos que le parecen contener una dimensión telepática, no fueron presentados como tales por quienes los exponían. Freud no llegó a esta conclusión sino después de una investigación personal según el método analítico. Dijo entonces a sus colaboradores inmediatos: «creo que tales observaciones proporcionan el mejor material que podemos desear para

el estudio de la transmisión de pensamiento. Querría alentarlos a que hagan acopio de casos de este género.[9] »

Sin embargo, Freud reconoció su falta de documentación sobre la materia, el número demasiado ínfimo de ejemplos que encontró entre sus pacientes. Y esto resulta aún más interesante, ya que continúa siendo favorable a la hipótesis de la telepatía. «La balanza se inclina de los dos lados», dice. En caso de que por temperamento o íntima convicción, la idea de la existencia de facultades de percepción extrasensoriales le hubiese disgustado, ¿qué cúmulo de documentos podría haberlo convencido de lo contrario? Pero no es así, pues esta idea lo seduce hasta el punto que, al menos en un caso, introduce pequeñas modificaciones en un testimonio para darle más peso a la hipótesis de la telepatía[10]

No dio explicación alguna sobre la telepatía, ya que pensaba que no era materia de su competencia; empero, postuló la idea de que podía producirse una diferencia temporal: «Resulta perfectamente concebible que un mensaje telepático se produzca en el mismo momento del acontecimiento y sin embargo no penetre en la conciencia hasta la noche siguiente, durante el sueño (o aún más tarde, en el estado de vigilia, durante una pausa de la actividad psíquica).» [11]

Según Freud, el psicoanálisis debe contribuir a evidenciar los fenómenos paranormales. Esta opinión ha sido el origen de la «parapsicología psicoanalítica» que ha hecho escuela sobre todo en psicoanalistas anglosajones, italianos y húngaros.

Un día, durante el otoño de 1919, cerca de las 10h 45, el Dr. David Forsyth que llegaba de Londres, pasa por mi casa y deja su tarjeta mientras yo atendía un enfermo. (Espero que mi distinguido colega no me tenga por indiscreto si revelo también que durante algunos meses se inició conmigo en la técnica psicoanalítica.) En ese momento sólo puedo ocuparme un par de minutos de mi colega, de modo que le doy una cita para más tarde. Poco después de esta visita, llega uno de mis enfermos, M. P., hombre inteligente y amable, de unos 45 años, quien sigue un tratamiento psicoanalítico a raíz de sus desengaños con las mujeres. Puesto que el pronóstico del caso era francamente desfavorable, le había propuesto desde hacía tiempo de suspender el psicoanálisis, pero el enfermo insistía en continuarlo, sin duda porque al haberme transferido los sentimientos que experimentara por su padre, se sentía en un ambiente agradable. No había problema de dinero entre nosotros, debido a la «rareza» de ese metal; los momentos que yo pasaba con este paciente me resultaban interesantes, distrayentes y por eso, a pesar de las reglas severas del tratamiento médico, el esfuerzo psicoanalítico no cesó hasta una fecha que fijamos por anticipado.

Aquel día, P. vuelve de nuevo sobre sus intentos de reiniciar relaciones amorosas con las mujeres. Habla otra vez de una muchacha bonita, excitante y

9. Citado en *Freud et l'occultisme,* Christian Moreau, tesis doctoral en medicina, Universidad de Tours, 1974.

10. Ibid.

11. *Sueño y telepatía* (Traum und Telepathie), S. Freud, 1922.

pobre con la que sin duda hubiera tenido éxito, si no fuera que el hecho de que la muchacha era virgen había impedido toda tentativa seria de ese género. A menudo me hablaba de ella, pero hoy, por primera vez, me cuenta que, por supuesto que ignorando los motivos reales de su abstención, la muchacha lo había llamado Sr. Precaución.[12] Esto me llama poderosamente la atención; tengo al alcance de mi mano la tarjeta de presentación del Dr. Forsyth y se la muestro.

Tal el suceso. Me imagino que lo calificaréis de pobre, pero prosigamos y descubriremos en él otra cosa.

En su juventud, P. había pasado un tiempo en Inglaterra, donde se interesó mucho en la literatura inglesa. En la actualidad posee una nutrida y valiosa biblioteca de libros ingleses, que suele prestarme. Así he conocido autores tales como *Bennett y Galsworthy,* que antes apenas si me decían algo sus nombres. Un día, P. me prestó una novela de *Galsworthy,* titulada *The man of property,* cuya acción transcurre en una familia imaginaria, la familia *Forsyte.* Es evidente que Galsworthy se había enamorado de su creación, ya que, en narraciones posteriores, hizo reaparecer con frecuencia a miembros de la misma familia y acabó por reunir todos los libros que les concernían bajo el nombre de *The Forsyte Saga.* Pocos días antes del incidente ya mencionado, P. me había traído un nuevo volumen de esta serie. El apellido *Forsyte* y todos los rasgos típicos que los caracterizaba también desempeñaban cierta función en mis sesiones con P. Constituían una parte del lenguaje que utilizan dos personas que acostumbran a frecuentarse con regularidad. Ahora bien, el apellido de los protagonistas principales de estas novelas: *Forsyte,* apenas si se diferencia, conforme a la pronunciación alemana, del apellido del médico que me había visitado: *Forsyth,* y el significado de la palabra inglesa que pronunciaríamos de la misma manera sería foresight, es decir previsión o precaución (Voraussicht o Vorsicht). En consecuencia, puede decirse que P. había hecho resaltar un apellido que en ese momento yo tenía *in mente,* a causa de circunstancias que mi paciente ignoraba.

¿No es verdad que el asunto se vuelve más interesante? Pero creo que aquel hecho tan notable nos impresionará aún más cuando estudiemos analíticamente otras asociaciones aparecidas a lo largo de la misma sesión. Así llegaremos quizás a tener alguna noción de las condiciones en que se produjo el fenómeno mencionado.

1) Un día de la semana precedente, yo había esperado en vano a M. P. a las 11 h. Finalmente, salí para visitar al Dr. Antoine *von Freund* en la pensión de familia donde se alojaba. Me sorprendió enterarme entonces de que M. P. habitaba la misma casa, en el piso de arriba. Evocando este asunto, otro día le conté a P. que casi podría decirse que le había hecho una visita a su casa. Recuerdo muy bien que no nombre a la persona que yo había ido a ver. Ahora bien, luego de haber hablado de su sobrenombre de Sr. Vorsicht (Precaución),

12. En alemán *precaución* se traduce *Vorsicht;* la consonancia de este apellido recuerda la del médico londinense (N. d. T.).

mi paciente me pregunta: «¿La señora Freud- Ottorega, que enseña inglés en la Universidad popular, es hija suya?» Y por primera vez desde que comenzaron nuestras entrevistas, deforma mi apellido como lo suelen hacer los funcionarios, empleados y tipógrafos, pronunciando *Freund* en lugar de *Freud*.

2) Al final de esta sesión, me contó un sueño que lo despertó dejándole una impresión angustiante, «una verdadera pesadilla», dice. Agrega que días atrás no había logrado recordar la palabra inglesa que significa pesadilla y la había traducido para alguien por *a mare's nest.* Cosa absurda puesto que *a mare's nest* es una historia de ficción, una historia de bandoleros, y pesadilla en inglés se dice *nightmare.* Este suceso no parece tener otro punto en común con el anterior que este elemento: el inglés. Pero me recuerda un pequeño hecho ocurrido el mes anterior. P. se hallaba entonces en mi despacho. Inesperadamente entró un amigo que desde hacía tiempo no veía, un amigo muy estimado, el *Dr. Ernest Jones,* de Londres, a quien le hice signo de que esperase en la otra pieza el fin de mi sesión con P. Éste, sin embargo, reconoció a mi amigo por una fotografía que colgaba en mi sala de espera y me dijo que le gustaría serle presentado. Ahora bien, Jones es autor de una monografía sobre la pesadilla *—nightmare—;* yo ignoraba si P. conocía este trabajo, ya que evitaba leer obras psicoanalíticas.



Freud en un congreso de psicoanálisis en la Haya, en 1920.

Me gustaría mostrar en primer término cómo es posible interpretar analíticamente las asociaciones de ideas proporcionadas por P. y encontrar lo que las motiva. En lo que respecta al apellido Forsyte o Forsyth, P. se hallaba en la misma situación que yo; por lo demás, él fue la ocasión de que yo conociera los personajes novelísticos así llamados. Lo que me sorprendió fue oir que mi paciente pronunciaba repentinamente ese apellido luego que un nuevo hecho, la llegada del médico londinense, me lo hubiese vuelto interesante desde un nuevo punto de vista. Con todo, la manera como surgió el apellido en el transcurso de esa sesión no es menos interesante que el hecho de su aparición. P. no exclamó entonces: «Pienso en ese apellido, Forsyte, que usted conoció leyendo la novela». No, lo introdujo insensiblemente en su propia historia, sin que por anticipado hubiera establecido relación consciente alguna con la fuente en cuestión (la novela). Y de tal modo lo lanzó aquella vez en su conversación, por primera vez. Pero agregó: «También yo soy un Forsyth, así me llama la muchacha que me gusta.» ¿Cómo no percibir en esta frase una mezcla de ruego melancólico y de celosa reivindicación de sí mismo? No andaríamos errados si la completásemos así: «Me aflije que usted se preocupe tanto por la llegada de ese extranjero. Vuelva a mí. ¿Acaso no soy un *Forsyth*? Aunque solamente un señor *Vorsicht,* como dice la muchacha». Después, su pensamiento enfocó, gracias al elemento inglés, dos circunstancias pasadas, aptas también para suscitar celos: «Hace unos días usted ha venido a casa, pero lamentablemente no era yo la persona que usted quería ver. Usted iba a lo de cierto Sr. de *Freund*». Y este fue el pensamiento que le hace alterar el nombre de Freud, que pronunció Freund. Si menciona a la Sra. *Freud-Ottorega* es porque su calidad de profesora de inglés permite una asociación manifiesta. Con todo esto se relaciona el recuerdo de la visita, ocurrida algunas semanas antes y respecto de la cual el paciente se mostró igualmente celoso, sintiéndose en condiciones de inferioridad frente al intruso: el Dr. Jones había podido escribir un ensayo sobre la pesadilla, en tanto que él, P., a lo sumo se sentía capaz de tenerlas. El error que dijo haber cometido a propósito de *a mare's nest* forma parte de la misma asociación; su sentido puede ser el siguiente: «yo, claro, no soy un verdadero inglés, ni un verdadero Forsyth».

En cuanto a sus celos, no puedo calificarlos de incomprensibles o de incongruentes. Habíamos convenido que su análisis terminaría, y por consiguiente nuestras relaciones, no bien me llegasen alumnos extranjeros o pacientes, lo que no tardó en ocurrir. Pero hasta ahora no hemos hecho sino una parte del trabajo analítico; hemos dado la explicación de tres ideas sobrevenidas en el lapso de una hora y que reconocen la misma procedencia o motivo. Poco importa que dichas ideas sean o no capaces de derivación sin que medie la transmisión de pensamiento, pues ésta se halla en cada una de las tres ideas y así puede provocar tres interrogantes diferentes: ¿Podía saber P. que el Dr. Forsyth vendría a visitarme por primera vez? ¿Le era posible conocer el apellido de la persona que yo había ido a visitar a la casa donde él también vivía? ¿Sabía que el Dr. Jones era el autor de un trabajo sobre la pesadilla? ¿O bien

sucedía que mi conocimiento de todas esas cosas se revelaba en sus ideas? Cualquier conclusión favorable a la transmisión de pensamiento sólo puede depender de la respuesta a estas tres preguntas diferentes. Por el momento, ocupemonos solo de la primera, ya que las otras dos son más fáciles de examinar. El caso de la visita a la pensión me parece, en principio, particularmente convincente. Estoy seguro de no haber nombrado, incidentalmente o bromeando, a la persona que fui a visitar a su casa. Es poco probable que P. se haya informado en la misma pensión del nombre de dicha persona. Me inclino a creer que siguió ignorando su existencia. Pero la fuerza persuasiva que se desprende de este caso resulta completamente destruída por un azar. El hombre a quien yo había ido a visitar no solo se llamaba *Freund,* sino que era para mí un verdadero amigo.[13] Es gracias a su generosidad que ha sido posible la fundación de nuestra editorial. La muerte prematura del Dr. *Antoine von Freund,* así como la de *Karl Abraham* un poco más tarde, fueron el más rudo golpe que debió soportar la causa del psicoanálisis en toda su existencia. Tal vez yo dije entonces que había ido a visitar a un *amigo* (*Freund*) en su pensión. En tal caso la segunda asociación pierde todo interés desde el punto de vista del ocultismo.

La impresión que causa la tercer idea también se disipa rápido. ¿Cómo podía saber P., que nunca leía obras psicoanalíticas, que Jones había publicado un estudio sobre la pesadilla? Sí podía, porque P. poseía algunos de mis libros, de modo que no hubiese sido raro que leyera su nombre en las solapas, donde se publicaban los nuevos títulos. En consecuencia, no es de este modo como llegaremos a formarnos una opinión. Lamento que mi observación padezca de un error común a muchos otros trabajos análogos: fue escrita demasiado tarde y discutida en una época en que ya no tenía relación con M. P., por lo cual me resultaba imposible obtener otros detalles con respecto a los hechos mencionados.

Volvamos a la primera idea que, considerada aisladamente, habla en favor del hecho aparente de transmisión de pensamiento. ¿Podía saber P. que el Dr. Forsyth había venido a verme un cuarto de hora antes? ¿Le era posible conocer la existencia de este médico o aún su presencia en Viena? No debemos ceder a las ganas de contestar que no a las dos preguntas. Hay una manera de responder que es parcialmente afirmativa. Tal vez, en efecto, yo había contado a M. P. que me esperaba un médico inglés. la paloma del diluivo, para que lo iniciara en la práctica del psicoanálisis. Esto bien pudo haber ocurrido en el verano de 1919; antes de su viaje, el Dr. Forsyth y yo habíamos intercambiado unas cartas para convenir la fecha de su iniciación en la materia. Hasta podría haber pronunciado su nombre, aunque me parece inverosímil. Si ello hubiera ocurrido, lo recordaría, ya que dada la múltiple significación de su propio nombre, habríamos dicho unas palabras al respecto. Sin embargo, debemos suponer que yo pronuncié su nombre y luego olvidé por completo el episodio, de modo que al reparar durante la sesión en el sobrenombre Vorsicht, pude sorprenderme como si se tratara de un milagro. Cuando uno se jacta de ser es-

13. *Freund* significa *amigo* en alemán (N. d. T.).

céptico, a veces conviene dudar de su propio escepticismo. Por otra parte, tal vez haya en mi una secreta inclinación por lo maravilloso, inclinación que me incita a acoger de buen grado la producción de fenómenos ocultos.

Pero el trabajo no termina con la supresión de una parte de lo maravilloso. Queda por emprender otra tarea, la más ardua de cumplir. Admitamos que M. P. haya sabido que existía un Dr. Forsyth, cuya visita yo esperaba en Viena, aquel otoño; pero ¿cómo explicar luego que haya tenido la noción exacta del día de la llegada de ese doctor e inmediatamente después que éste me hiciera la primera visita? Por supuesto, es lícito atribuir tal hecho al azar, es decir no buscar la explicación; pero justamente para subrayar que no podía ser cuestión de azar y para demostrar que se trataba realmente de pensamientos donde había celos, y que concernían a la gente que venía a visitarme y a quienes yo visitaba, he citado otras ideas acerca de P. Para no desestimar ninguna posibilidad, también podemos tratar de admitir que P. había notado en mí una nerviosidad particular, de la cual pudo haber sacado sus conclusiones. Asimismo sería legítimo imaginar que al haber llegado a casa solo un cuarto de hora después que el inglés, bien pudo cruzarse con él en el camino, reconocerlo a causa de su tipo anglosajón característico y pensar celosamente: «Ése es el Dr. Forsyth; con él termina mi análisis. Seguro que viene de la casa del profesor». No puedo seguir exponiendo conjeturas racionalistas. Quedamos pues, una vez más, en un *non liquet,* pero confieso que, en mi opinión, la balanza se inclina en este caso del lado de la transmisión de pensamiento.

Sigmund Freud

4

Experiencias de precognición

A menudo se rechaza la totalidad de los resultados experimentales alcanzados desde 1930 favorables a la existencia de una facultad psi de conocimiento del porvenir por un solo motivo: no parece posible conocer una realidad que aún no tiene existencia.

La premonición estudiada en laboratorio no tiene ninguna relación con el ejercicio de una facultad de previsión racional del futuro. El individuo que indica cuál será la carta tirada en el transcurso de un experimento, no dispone de elementos de reflexión que le permitan acertar por deducción. Dice la respuesta que le parece apropiada, y acto seguido el experimentador verifica si lo es realmente. El cálculo de probabilidades da con precisión el número de respuestas apropiadas que se deben exclusivamente al azar y no podrían dejar de aparecer a lo largo de una serie de experimentos. Si estas respuestas obligatorias no son dadas, el resultado está por debajo del promedio, lo que significa que ha intervenido una especie de facultad psi invertida (o capaz de inhibición).

Para explicar la premonición, algunos emitieron la teoría según la cual el futuro ya existiría. De modo que se vuelven a poner en tela de juicio las nociones habituales de tiempo. ¿Esta controversia sólo la provocan esos experimentos, muchos de los cuales no siempre nos parecen convincentes?

Al examinar los resultados obtenidos en laboratorio, tampoco debemos olvidar que los experimentos fueron originariamente suscitados por testimonios y anécdotas. Así, los científicos han querido simplificar las condiciones de la vida cotidiana. Por

ejemplo, partiendo de testimonios sobre sueños premonitorios que anuncian una muerte, pasaron a la utilización de un juego de cartas respecto del cual el participante dotado (que llamamos paciente) debe adivinar el símbolo correspondiente a las cartas que se van sacando al azar. Como se ve, la simplificación es considerable, quizás hasta excesiva. Por eso las críticas formuladas a los experimentos no pueden ser extendidas a los casos espontáneos, cuya autenticidad exige otro método de abordarlos.

Si la percepción extrasensorial permite a una persona adivinar, en una proporción mayor a los resultados obtenidos por simple azar, el orden en el que se hallan las cartas de un mazo o reproducir un dibujo preexistente, ¿podrá esta misma persona prever también el orden futuro de las cartas en el mazo o la forma de un dibujo que aún no ha sido hecho? Algunas pruebas experimentales demuestran que ciertos individuos pueden llegar a tales resultados. En estos casos, la percepción extrasensorial que interviene es denominada «precognición».

Es posible criticar el empleo del vocablo «precognición» arguyendo que implica que la capacidad o facultad en cuestión es una especie de «cognición» o «conocimiento» en el sentido de «toma de conciencia». El paciente puede limitarse a aportar respuestas (por ejemplo, describir las cartas o los dibujos) que presenten una correspondencia superior al azar con un hecho por venir, aunque en el momento en que adivine, ignore que tal correspondencia existe. Tal vez hubiera sido preferible adoptar otro término que «precognición», menos preciso en cuanto a sus implicaciones.

Una de las razones que incitan a entregarse a este género de experimentos reside en la cantidad considerable de testimonios de tipo anecdótico que señalan, en ciertos individuos, un poder de predicción del futuro. Se trata de premoniciones inesperadas y espontáneas de acontecimientos futuros, ordinarios a veces, pero que por regla general anuncian la muerte o una catástrofe. Pueden aparecer en forma de sueños o como impresiones premonitorias en estado de vigilia. Otras precogniciones son más calculadas, y nacen gracias a técnicas especiales que utilizan las personas que parecen poseer una especial capacidad de predicción. Estas técnicas de profecía o de adivinación las hallamos en diversas culturas bajo formas similares: comprenden el estudio de las vísceras de un animal, el vuelo de los pájaros o el rumor de las hojas en el viento. Desde el punto de vista psicológico, estas actividades pertenecen al mismo grupo que las del test de personalidad de Rorschach en el cual el paciente estudia manchas de tinta. Una situación perceptiva indeterminada permite al observador ver u oír algo que ha sido antes determinado por factores internos. Tal situación bien podría ser propicia a la aparición de todas las posibilidades psi que poseería el adivino.

Las técnicas de adivinación abarcan igualmente la manipulación de cartas, la visión en el cristal, el estudio de las líneas de la mano, la astrología y la interpretación de los sueños.

En nuestra cultura, dichas técnicas han caído en desuso o fueron adaptadas para otros fines; así, generalmente se considera que recurrir a ellas para prever el porvenir no es más que pura superstición. No es porque nos interese-

mos menos en el futuro que nuestros bisabuelos, sino porque disponemos de métodos más eficaces de previsión, que apelan a deducciones de naturaleza racional. A estos procedimientos de deducción racional apelamos cuando utilizamos métodos meteorológicos para prever el tiempo, cuando realizamos sondeos de opinión para prever resultados electorales, etcétera. La motivación que ocultan estas actividades puede quizás ser la misma que la del adivino de antaño, es decir el deseo práctico inmediato de saber lo que va a pasar; pero los métodos son diferentes. Dichos métodos, pues, utilizan procesos racionales de deducción; cuando esto no sucede, cuando el proceso racional de deducción está ausente, las actividades del adivino o del que interpretaba los sueños pueden pertenecer a la categoría de los fenómenos manifiestamente paranormales.

Que actualmente se consideren esos métodos paranormales de predicción del porvenir como simples prácticas supersticiosas no es razón para que el investigador abandone su búsqueda. Ahora dispone de métodos más seguros y eficaces para descubrir si tales métodos tienen el valor que les otorgaban aquellos que antes creían en ellos, o si no tienen otro valor que el que les dan las personas que más tarde los abandonaron y condenaron. La incredulidad ingenua del siglo XIX no es necesariamente mejor guía que la credulidad de las épocas precedentes. Independientemente de estos antecedentes, debemos tratar de descubrir si existen medios paranormales (no deductivos) de prever el porvenir, y el método más prometedor consiste en utilizar un instrumento eficaz.

Un precursor del estudio de los sueños

Al igual que en otros campos de la investigación experimental, los testimonios anecdóticos del pasado pueden ser una ayuda para trazar los grandes lineamientos del estudio experimental. La precognición que aparece por intermedio de los sueños es un tema particularmente rico en materiales anecdóticos de este tipo. El Antiguo Testamento constituye una conocida fuente de sueños considerados precognitivos. Asimismo, en otras fuentes antiguas, como las obras del obispo Synesios que murió a principios del siglo V, podremos descubrir muchas indicaciones referentes a los problemas experimentales. Synesios creía que la sabiduría podía nacer del conocimiento del porvenir a través de los sueños.

Ya en el siglo II, Artemidoro de Éfeso se había interesado en los sueños (edición inglesa de 1606), y sobre todo en los métodos de interpretación de los sueños. Una de sus observaciones puede ser útil para la investigación experimental; se trata de la distinción que establecía entre los sueños especulativos, cuyo espectáculo es agradable, y los sueños alegóricos que, mediante una cosa, significan otra. En términos más modernos, diríamos que se hace una distinción entre los sueños que poseen un sentido literal y aquellos cuyo sentido aparece por intermedio de símbolos. Artemidoro decía que la concreción del primer tipo de sueños sobreviene poco después de empezar a soñar, en tanto que

la concreción de los sueños simbólicos tiene lugar algún tiempo después. Estas concreciones literales de los sueños son, por regla general, las únicas clases de concreción posible que consideran los estudiosos contemporáneos. Así, Dunne cuenta que soñó que un caballo furioso lo atacaba en un camino angosto y que, al día siguiente, fue verdaderamente acometido por un caballo furioso (Dunne, 1927).

La mayor parte de los sueños precognitivos estudiados por Louisa Rhine corresponden a los que suponen una concreción literal; de tal modo, una mujer había soñado que estaba bronceándose al sol con su marido en una playa de Miami cuando una jovencita pasó delante de ellos y levantó arena con el pie diciendo que quería ir a comer a un restaurante. La concreción del sueño ocurrió al día siguiente en la playa de Miami cuando una jovencita pasó delante de ellos lanzando arena con el pie y haciendo la misma observación que en el sueño. Asimismo existe otra categoría de sueños entre los casos citados por Louisa Rhine, más restringida (alrededor de una quinta parte de la totalidad de los casos); son los sueños llamados «irreales», que incluyen un elemento simbólico. Así, se dio el caso de que un paciente soñó que trataba de alcanzar a un bebé que no cesaba de alejarse, y más tarde se comprobó que la criatura tenía una enfermedad que le ocasionó la muerte.

Tanto en la obra de Dunne como en la totalidad de los casos estudiados por el Dr. Rhine, no encontramos sueños simbólicos en los cuales el simbolismo pueda carecer de apariencia para el que sueña. Esto no quiere decir que tales sueños no existen, sino que tenemos menos posibilidades de advertirlos, a menos que nos dediquemos especialmente a buscarlos.

Un ejemplo del tipo de sueño en el cual el hecho soñado no es más que un símbolo de lo que sucederá, nos lo da Artemidoro. Se trata de un sueño en el que el soñador ve un enjambre de abejas; el sueño se concreta cuando el individuo recibe dinero. Los sueños precognitivos del Antiguo Testamento, tales como el sueño del Faraón sobre las siete vacas gordas y las siete vacas flacas, participan asimismo de este género simbólico. El parapsicólogo que se interesa en los sueños siempre tendría que acordarse de que, si la precognición aparece en los sueños, es posible que esta precognición sea de naturaleza simbólica y no literal.

El estudio experimental de las concreciones simbólicas de los sueños es sin duda más delicado que el de las concreciones prosaicas; pero también podría ser el más fructífero.

El problema de la previsión paranormal del porvenir no atrajo demasiado la atención de los primeros investigadores en el campo metafísico. Sin embargo, hace algunos años el libro de J. W. Dunne (1927) llamó la atención sobre este tema. En dicho libro, Dunne mencionaba algunos sueños que él había tenido y afirmaba que se habían concretado de manera especialmente precisa. Otros estudiosos intentaron retomar las observaciones de Dunne, pero sólo encontraron algunas pocas correspondencias, nada terminantes, entre ciertos elementos de sus sueños y acontecimientos futuros, sin pruebas sustanciales que permitieran afirmar que esas correspondencias no eran fortuitas.

Tal es el tipo de situación (referida al material espontáneo) que nos lleva a preguntar si no podríamos obtener pruebas más formales gracias a un experimento bien preparado. Si los parapsicólogos no han optado como primera medida por efectuar un experimento relacionado directamente con los sueños, es porque aun cuando es indudablemente posible superar las dificultades que presente, tal experimento sería difícil de preparar y de realizar. El mero descubrimiento de correspondencias entre el sueño y hechos posteriores no autoriza por sí mismo a concluir que el sueño lleva a la previsión del porvenir. Algunas de estas correspondencias podrían ser causadas por el azar, en tanto que otras se explicarían con toda simplicidad, por ejemplo diciendo que los fenómenos ulteriores recordarían elementos oníricos que de otro modo habríamos olvidado.

Para estudiar la precognición en los sueños, sería necesario organizar un experimento más complejo en su modo operatorio. Así se podría preparar un experimento controlado enteramente desde el interior; en dicho experimento se registrarían los sueños de un número determinado de individuos diferentes y, luego, los sucesos que acaecerían más adelante en la existencia de los mismos individuos. Los que juzgaran las correspondencias ignorarían qué acontecimientos seguirían a un determinado sueño. Por lo que sé, todavía no se ha llevado a cabo un experimento de ese tipo.

Las condiciones propias de la vida cotidiana son más complejas que las de laboratorio

Probablemente la precognición en los sueños será objeto de estudios en un futuro próximo. Las modernas técnicas de estudio de los sueños hacen posible una investigación de esa índole.

Dado que hay tal abundancia de testimonios anecdóticos que relacionan el sueño con la actividad psi, no parece inverosímil que el sueño sea, de manera evidente, el lugar donde hay que buscar pruebas de la existencia de las facultades psi. En la actualidad, en el hospital Maimonides de Brooklyn existe un grupo de investigadores que, bajo la dirección del Dr Krippner, estudia los sueños mediante métodos modernos (Ullman, 1966). Estas investigaciones demostraron que la percepción extrasensorial de imágenes-blanco puede acontecer a la vez en estados oníricos espontáneos o conseguidos por hipnosis. Aún no se ha resuelto el problema cuantitativo más espinoso, que consiste en saber si la eficacia del proceso psi es mayor durante el sueño que durante el estado de vigilia. Tampoco se ha avanzado mucho en el terreno experimental respecto del problema de la precognición en los sueños. Sin embargo, existen signos interesantes que autorizan a decir que el sueño estudiado experimentalmente también puede predecir una imagen-blanco por venir o aún no escogida en el momento del experimento onírico. Esta investigación continúa y es de esperar que obtenga resultados más amplios en el futuro.

Aún puede pasar un tiempo más largo que el deseado antes de que la pa-

rapsicología experimental se interese en otros métodos de predicción del porvenir supuestamente paranormales, como la quiromancia, la astrología y el examen de las vísceras de animales. En la órbita de las ciencias experimentales, a menudo comprobamos que es mejor evitar la complejidad de las condiciones en las cuales el fenómeno aparecerá en la vida cotidiana, y que conviene substituirlas con una actividad simple que dependa del mismo principio teórico. La actividad simple utilizada por el estudio experimental en el caso que sigue, consistía en un experimento de adivinación de cartas, experimento referido al orden en el que ulteriormente aparecerían las cartas.

Podemos presentar así dicho experimento: un paciente experimental consigna sus pronósticos concernientes a las veinticinco cartas del mazo habitual ESP, debiendo tales pronósticos referirse al orden de las cartas una vez barajadas y cortadas, no sobre el orden de las cartas en el momento de comenzar el experimento. Una vez consignados los pronósticos, se barajan las cartas y se corta, preferentemente al azar; luego se comparan los pronósticos consignados con el orden actual de las cartas. Si el número de pronósticos acertados en relación a las cartas-blanco es netamente superior a cinco, resulta razonable inferir que algo provoca una correspondencia entre los pronósticos del paciente y el orden en el que aparecieron las cartas. Si durante la preparación del experimento nos hemos preocupado de prevenir la aparición de cualquier causa que no sea la precognición en dicha correspondencia, entonces podremos admitir el resultado como una prueba de la existencia de la precognición.

A principios de los años 1930, J. B. Rhine realizó muchos experimentos con cartas. Un grupo de 49 pacientes emitió 113,075 pronósticos referentes al orden de las cartas provenientes de mazos ESP, que se barajaban y cortaban a continuación. En relación a los promedios que podrían haber sido obtenidos por el mero azar, hubo un excedente de 614 respuestas acertadas, lo que representa una tasa de aciertos de un 0,6%. Como el número de pronósticos era, a pesar de todo, importante, este pequeño excedente resultaba significativo. Este hecho nos da la certidumbre de que algo interviene para hacer corresponder los pronósticos con el suceso futuro de una manera más precisa que como lo haría el mero azar.

No obstante, Rhine pensó que el factor interviniente bien podía no ser la capacidad de los pacientes experimentales de conocer por anticipado el orden de las cartas, sino la capacidad de los experimentadores, al barajar las cartas, inconscientemente, en un orden que correspondía en cierta medida a lo pronosticado por el paciente. Un experimento destinado a verificar esta posibilidad, pareció demostrar que los experimentadores podían lograr tal cosa cuando no tenían la menor idea del orden en el cual las cartas que barajarían iban a aparecer. La conclusión fue que los experimentos en los que las cartas eran barajadas a mano y cortadas en un punto elegido por el experimentador no eran idóneas para demostrar la precognición.

Más tarde, experimentos en que las cartas eran barajadas por una máquina, dieron un excedente de 425 pronósticos acertados en relación al promedio proveniente del simple azar, sobre un total de 235.875 estimaciones

(Rhine, 1941). Esto representa un excedente del 0,2%, que apenas es significativo. Por supuesto, ello supone poner en evidencia, aunque no manifiestamente, la intervención de un factor que provoca una correspondencia entre los pronósticos del paciente y el orden futuro de las cartas (barajadas mecánicamente).

Las técnicas de evaluación más refinadas

Después del comienzo de los experimentos sobre psicokinesia, se consideró la eventualidad de que el éxito, en ese género de experimentos, podría te-



Los juegos de azar son, por definición, aquellos en que la razón y la experiencia no intervienen para alcanzar un fin. No obstante, la suerte o la desgracia parecen, a veces, determinadas por una percepción premonitoria.

ner (aun en los casos en que se barajen mecánicamente las cartas) otra explicación que la precognición, dado que el experimentador o el paciente podrían utilizar la psicokinesia para impulsar a la máquina a que logre la correspondencia buscada. Para eliminar esta posibilidad, una vez barajado el mazo de cartas fue cortado en un punto determinado mecánicamente y al azar.

Tal como lo he indicado precedentemente, un corte al azar, conforme a un método que asegure que en cualquier punto que se corte es igual (inclusive el punto cero), elimina completamente la eventualidad de una correspondencia entre el orden-blanco y el orden pronosticado, que se vería influenciado por el orden de las cartas antes del corte, dado que el promedio, sobre la totalidad de las 25 posibilidades de corte, será de 5. La innovación del corte al azar torna superfluo que se barajen mecánicamente las cartas, ya que las imperfecciones que implica barajarlas manualmente no pueden dar falsa indicación de acierto alguna si el corte siguiente es un verdadero producto del azar.

Sin embargo, el experimentador no ha recurrido al método que generalmente se emplea para cortar al azar. Este método supone elegir cifras al azar mediante los dados. Y no lo hizo porque le pareció que tal método para elegir el punto del corte podría también sufrir la influencia de la acción PK. A fin de determinar esta eventualidad, se procedió a cortar el mazo de cartas mezcladas mecánicamente en un punto determinado por las temperaturas extremas indicadas en el diario local de Durham en una fecha ulterior predeterminada.

Se pueden hacer bastantes objeciones prácticas a este sistema que sin embargo es muy ingenioso. Por fuerza, supone un retardo en la preparación del orden-blanco del mazo de cartas, y por consiguiente es muy posible que tal retraso disminuya la eficacia de todo eventual fenómeno psi precognoscitivo. En el presente experimento a veces hubo una diferencia de hasta dos días, y aún diez, entre el pronóstico del paciente y el momento en que las cartas aparecían en su nuevo orden. Los resultados no revelaron una prueba manifiesta de la precognición. Sobre 57.550 pronósticos, el excedente de aciertos respecto de los resultados atribuibles al azar, fue apenas de 11. Con todo, no podemos afirmar que la desaparición de un índice positivo fuera debida a la introducción de un corte determinado por el azar. Tiene que haber ocurrido otra cosa, por ejemplo el efecto de declinación provocado por una experimentación continua, o bien la causa puede tener su origen en la ampliación del retraso introducido por la utilización de las temperaturas extremas para determinar el punto del corte.

Aunque en esta serie no se haya podido comprobar la evidencia directa de la precognición, los indicadores muestran que la precognición intervenía en los resultados. Estos indicadores provenían de la observación de los «efectos de posición», sobre todo de la tendencia que presentaban los resultados a ser más altos al principio y al final de cada prueba y de cada serie de cinco pronósticos, cuando tales series estaban claramente separadas unas de otras por las hojas donde se consignaban las respuestas. Se los denominó «efectos de la declinación». Es evidente que estos efectos no se manifestarían en un conjunto de

respuestas hechas al azar, aunque su aparición, no meramente fortuita, evidencia indirectamente la influencia de la precognición en las respuestas en las cuales se manifiesta.

Aún cuando factores de posición importantes indican que un factor cualquiera, que no sea el azar, determina la correspondencia entre los pronósticos y el orden ulterior de las cartas, dichos factores no constituyen una prueba convincente si se los descubre en una sola serie experimental. En este caso, su aparición puede no ser más que un ejemplo del efecto «papel arrugado» según el cual siempre hallamos simetrías, aun en una serie fortuita de hechos, si los examinamos con un espíritu de observación que acepte cualquier simetría aparente. Sólo podríamos estar seguros de que esos efectos no son fortuitos, si la primera observación que hacemos de ellos está basada en una predicción, confirmada por una serie ulterior de experimentos. Así fue como se confirmó la realidad de la existencia de los efectos de declinación en esos experimentos de precognición.

Rhine y Humphrey (1942) emprendieron una nueva serie de experimentos. Hubo 1.000 secuencias (25.000 pronósticos). Entre estos pronósticos, correspondieron 559 a un grupo de adultos y 441 a otro de niños. No pareció que los pronósticos de los adultos hubieran sido influenciados por la precognición, tanto en sus resultados totales (casi correspondientes a la tasa media de probabilidad) como en las tasas de declinación de sus secuencias, que coincidían con los resultados que hubiera dado el azar. Por otra parte, los niños obtuvieron resultados que sobrepasaron en 55 la tasa media de probabilidad, excedente demasiado escaso para ser significativo. No obstante tuvieron secuencias de declinación en una proporción más importante que la atribuible al azar. Este experimento demuestra que la precognición era eficaz en el trabajo de los niños, pero no en el de los adultos.

La validez de esta conclusión no se ve disminuida por el hecho de que poner de manifiesto la precognición no es cosa de índole directa como lo sería mediante una desviación, significativa en relación a la tasa de probabilidad, de los resultados obtenidos por los niños; se trata, más bien, de una conclusión de tipo indirecto que resulta de la medición de las secuencias. Por supuesto que una evidenciación indirecta es tan buena como una directa, con tal que, como en este caso, se trate de una característica predicha antes de que se efectúe el experimento. No descubriríamos ningún efecto de posición a menos que la precognición influya sobre los resultados. No cabe duda que la evidenciación indirecta es menos eficaz desde el punto de vista psicológico para convencer, pero lógicamente es eficaz para producir las pruebas que tendrían que convencernos.

Todos estos experimentos pusieron de manifiesto que la precognición aparecía cuando se efectuaba un corte aleatorio determinado por una lectura ulterior de la temperatura, lo cual eliminaba toda eventualidad sensata de explicación por la psicokinesia. La evidenciación es buena, pero no es flagrante ya que el grado de significación es débil; es posible (aunque mínimamente) que el resultado sea fortuito. No seríamos injustos si dudásemos en aceptar estos

experimentos como pruebas de la existencia de algo tan poco probable como la precognición. Pero otros experimentadores han aportado, en el transcurso de nuevos experimentos, numerosas confirmaciones suplementarias de la realidad de la precognición. Uno de los experimentos más impresionantes es el que recientemente llevó a cabo Helmud Schmidt, que permitió obtener significativos resultados en una prueba precognoscitiva mecanizada sobre cuatro blancos.

Creatividad y premonición

Suele ocurrir que aparezcan pruebas de la realidad de la precognición en experimentos que, al menos en su origen, no tenían ese sentido. Un reciente ejemplo de ello lo encontraremos en un estudio de Honorton sobre la relación existente entre resultados precognitivos y apreciaciones psicológicas de la creatividad. Aquellos individuos que se tenía por muy creativos no obtuvieron resultados precognitivos muy diferentes al promedio atribuible al azar, en tanto que aquellos a los que se juzgaba menos creativos presentaron una desviación negativa de alrededor del 0,8%. La diferencia entre los resultados de los dos grupos era significativa. La prueba de una relación entre los resultados precognitivos y la tasa de creatividad muestra también, de manera indirecta, la realidad de la precognición puesto que resultados meramente aleatorios no presentarían correlación alguna con la creatividad o cualquier otra característica mental.

La mayor parte del trabajo experimental sobre la precognición ha sido efectuada con pacientes no seleccionados, con un porcentaje poco elevado de aciertos, y cuyas marcas condujeron a un resultado final que, aunque significativo, no lo es de manera flagrante. Si una persona incrédula en cuanto a la existencia de la precognición preguntase hasta qué punto las pruebas son flagrantes a partir de los experimentos realizados, no sería simple responderle. No se le podría dar una respuesta completamente satisfactoria más que compensando los resultados de todos los experimentos, publicados o no, que fracasaron. De cualquier modo, tal estimación sería muy vaga, salvo que se apoyara en investigaciones referidas a trabajos publicados o inéditos. Sería preciso que estas investigaciones fuesen más profundas que las que se han llevado a cabo hasta el momento, al menos por lo que yo sé. Pienso que investigaciones de ese tipo reforzarían la realidad de la precognición, pero no se trata más que de mi opinión; si alguien prefiriera considerar que la precognición es imposible tendría todo el derecho a juzgar que todas esas pruebas no son convincentes.

Pero la evidencia de la realidad de la precognición no se apoya solamente en experimentos relativos a pacientes no seleccionados y que presentan un porcentaje poco elevado de aciertos. Existen también (como en el caso de la percepción extrasensorial simultánea) experimentos efectuados con individuos dotados y que obtuvieron un porcentaje de aciertos uniformemente elevado.

El primero de estos experimentos fue realizado por Tyrrell con su pa-

ciente Miss Johnson (Tyrrell, 1936). En un experimento en principio extrasensorial, Miss Johnson debía abrir una caja, entre otras cinco, que el experimentador había designado como blanco apretando un botón. Asimismo, la caja escogida como blanco estaba determinada por un conmutador mecánico e impedía que el experimentador supiese cuál de las cajas iba a servir de blanco. No cabía duda de que el paciente seguía esas instrucciones puesto que el instante en que se accionaron los dos botones fue registrado por una banda que probó que el paciente había apretado verdaderamente su botón una fracción de segundo antes de que el experimentador hiciese otro tanto.

Este experimento de precognición dio un porcentaje de aciertos elevado y significativo. Sobre 2.255 ensayos, hubo 539 aciertos, es decir 88 más que la tasa de probabilidad media, fijada en 451. Esto representa un porcentaje significativo de aproximadamente el 4%. La tasa de probabilidad está por debajo de uno por diez mil, de modo que el resultado es claramente significativo. No parece posible explicar los resultados del experimento de otra manera que por la intervención de la precognición.

A pesar de las pruebas estadísticas, no es fácil admitir la precognición...

La causa de la existencia de la precognición se ha visto enriquecida por pruebas experimentales importantes que se llevaron a cabo en los últimos años, pruebas que provenían en gran parte de experimentos que no tenían por objetivo poner en tela de juicio la realidad de la precognición. El modo operatorio precognitivo es muy cómodo. Tal la razón por la que son muchos los que se dedican a la búsqueda psi (Schmeidler, Ryzl, Freeman y Nielsen) habiendo escogido un modo operatorio precognitivo, que no resulta menos fecundo que otros métodos experimentales en ESP.

Si tenemos en cuenta los diversos géneros de testimonios experimentales, es evidente que la causa en favor de la realidad de la precognición es muy fuerte. No obstante, numerosos investigadores que trabajan en el campo psíquico han mostrado una tendencia a rechazar tales pruebas, no porque no las juzgasen suficientemente flagrantes, sino porque les parece que una previsión del porvenir que no sea originada por la deducción es en sí misma imposible. Es cierto que no resulta nada fácil insertar la precognición en cualquier sistema racional que se refiera a lo que puede o no acontecer. El profesor Broad (1967) subrayó de manera muy neta esas dificultades. El problema esencial es que cada caso de precognición implica que un acontecimiento futuro desconocido (tal como el orden de las cartas después de haber sido barajadas y cortado el mazo) ejerce una influencia en un acontecimiento actual (la anotación del orden de aparición de las cartas). Pero en el momento en que es anotado el orden de las cartas los resultados de la mezcla (de las cartas) y del corte aún no po-

seen existencia alguna y por lo tanto no es posible suponer que puedan influir en lo que sea.

El conflicto se plantea esencialmente entre los aciertos alegados en las pruebas precognitivas y la manera como consideramos las relaciones temporales entre las causas y sus efectos. Cuando un conflicto semejante nace entre fenómenos reconocidos y previsiones fundadas en nuestra manera de pensar, es posible resolverlo negando la realidad de los fenómenos aparentes. Parecería mejor aceptar los fenómenos que sustentados por sólidas observaciones y considerar que debemos revisar nuestras maneras de pensar. Me parece que sería la mejor forma de abordar las dificultades de la precognición. Si los fenómenos de la precognición se oponen a nuestra visión rutinaria del tiempo, entonces es preciso que modifiquemos nuestra visión del tiempo. Son numerosos los espíritus suspicaces que tomaron este camino. Es posible que ninguno de los ensayos recientes sugeridos hasta ahora nos proponga una solución satisfactoria al problema, pero no es improbable que un día esta solución aparezca. Puede ser que lo que se necesita para resolver el problema sea un pensamiento más original; puede ser que se trate de un conocimiento experimental más grande de la precognición. Es probable que ambas cosas sean necesarias.

Mientras que algunos investigadores en el campo de la metafísica han rechazado la percepción extrasensorial precognitiva como imposible, otros consideran que es posible que todos los aciertos ESP sean de carácter precognitivo. Es muy posible que un experimento común de adivinación de cartas ESP, es decir que implique la telepatía o la clarividencia, pueda considerarse exitoso porque el que percibe ha visto por anticipado la posición final de las cartas. Si así fuese sería vano suponer la participación de la telepatía o de la clarividencia, puesto que el acierto se debería entonces a una previsión del resultado final, no a la recepción de una información emitida por la mente del agente o por las mismas cartas. Aunque en este sentido las investigaciones no se han agotado, las pruebas que poseemos hasta el momento controvierten esa posición. Si ello explicase el éxito en una prueba ESP, estaríamos ante una disminución brusca del porcentaje de aciertos en la medida en que la verificación tiene lugar bastante tiempo después que el pronóstico. Aunque tal vez haya una relación entre el acierto y el momento de la verificación, la relación no es lo suficientemente evidente para que podamos pensarla de acuerdo a esa teoría.

Aún es posible objetarla más seriamente diciendo que puede acertarse cuando no hay orden futuro de las cartas que se deba conocer por adelantado. ¿Cómo estar seguros de ello? Registrando solamente el número de aciertos, sin verificar los pronósticos individuales que supuestamente el paciente pudo haber previsto. Se han practicado con éxito numerosos experimentos extrasensoriales en tales condiciones, que parecen excluir, respecto del que percibe, la eventualidad de no estar respondiendo a un fenómeno actual, sino a un fenómeno situado en el futuro.

El estado actual de los testimonios con que contamos, no nos permite pensar que la precognición del resultado final explique el acierto en los experimentos de percepción extrasensorial. Más bien parece que los experimentos de

tipo precognitivo revelan una forma particular de percepción extrasensorial en la cual el blanco es un hecho futuro. Esto podría ser expresado en otros términos diciendo que estos experimentos demuestran que la percepción extrasensorial no se limita a blancos que existen en el momento presente, sino que también puede abarcar blancos que, como solemos decir cuando hablamos del tiempo, todavía no existen.

Robert Thouless

5

Las sorpresas de un científico

Los diversos testimonios presentados por el profesor Charles Richet, premio Nobel de medicina en 1913 y miembro de la Academia de ciencias en 1914, constituyen una invitación a interrogarse sobre una dimensión desconocida de la mente humana.

No perdieron nada de su actualidad. Muestran lo que tanto ayer como hoy atrae y retiene la atención de grandes científicos que no se conforman con los habituales y poco convincentes esquemas explicativos del hombre y del universo.

La primera etapa no consiste en explicar los hechos paranormales sino en afirmar que existen, como el silicio en la roca, nos dice Richet. La honestidad exige que no se excluyan los hechos que, a primera vista, parecen los más difíciles de ser explicados, los más increíbles.

Algunos adversarios de la obra parapsicológica de Richet dijeron que tratándose de un excepcional investigador en otras disciplinas su preocupación por las facultades psi revelaba un exceso de credulidad. En realidad, la hipótesis según la cual Richet se habría volcado enteramente a tratar de aprehender la verdad, es absurda. De hecho, y como muchas otras inteligencias enciclopédicas, Richet demostró que era posible no caer prisionero de una sola disciplina y de una visión demasiado estrecha de las cosas. Pertenece a esa familia de intelectuales que creen que, a falta de comprenderlo todo, podemos reflexionar sobre todo.

También fue novelista, sociólogo, psicólogo y uno de los precursores de la aviación. Con Victor Tatin, perfeccionó en 1897 un avión miniatura de algunas dece-

nas de kilogramos que recorrió varios centenares de metros. «Me tenían por un iluminado, sin raíces en lo real», escribe Richet. «Nuestros competidores no tomaban en serio nuestra certeza de que el vuelo mecánico se basaba en el planeo... A pesar de sus pretensiones, los científicos no son más que hombres».

En parapsicología (entonces llamada metafísica), Richet decía que todas las teorías existentes le parecían de una «fragilidad pavorosa». Se consagró a determinar los hechos.

He querido probar que hay realidades concernientes a la conciencia humana que no logran ser esclarecidas por nuestros sentidos normales. En otras palabras, la idea de un fragmento de realidad nos llega en ocasiones por medios distintos a los de nuestros sentidos normales. A estos medios, aún muy misteriosos, los llamaré los medios del *sexto sentido.*

No me prestaré a discusión alguna respecto de las modalidades hipotéticas de este sexto sentido. Mi objetivo es más limitado, quizás demasiado limitado, puesto que lo único que trataré de probar es la existencia del sexto sentido, sin intentar esclarecer su mecanismo, sin pretender profundizar las condiciones que provocan su aparición. Sé muy bien que esto es algo muy prosaico.

Y acto seguido propongo nna comparación. He aquí un fragmento de roca. Quiero probar que dentro hay silicio. Por supuesto, podría investigar en forma de qué existe este silicio, en qué proporción, cómo ha llegado a formar parte de la roca. Pero tengo todo el derecho a limitar mi investigación y abstenerme de cualquier controversia, que en este momento sería secundaria: «¿Hay silicio en esta roca?» No intento saber otra cosa. Todos mis esfuerzos se concentran en demostrar que hay silicio; no iré más allá.

De igual modo, en este caso sólo quiero probar que hay un sexto sentido, y, con riesgo de mutilar mi pensamiento, no iré más lejos. Tal vez así dé más fuerza a mi demostración.

Comenzaré por las alucinaciones verídicas.

Ésta es la carta que me envió Frederic Wingfield, de Belle-Isle-en-Terre, Côtes du Nord, el 20 de diciembre de 1883:

«La noche del jueves 25 de marzo de 1880, me disponía a acostarme tras haber leído hasta bastante tarde, como es mi costumbre. Soñaba que me hallaba recostado en el sofá, leyendo, cuando al alzar los ojos vi claramente a mi hermano Richard Wingfield Baker, sentado frente a mí en una silla. Yo soñaba que le hablaba, pero él sólo inclinaba la cabeza a manera de respuesta; luego se levantaba y abandonaba la habitación. Cuando me desperté, constaté que me hallaba parado, con un pie apoyado en el suelo cerca de la cama, y el otro sobre la cama, tratando de hablar y de pronunciar el nombre de mi hermano. Era tan fuerte la impresión de que estaba realmente presente, y toda la escena que había soñado me parecía tan viva, que salí de mi dormitorio y fui a la sala para buscar a mi hermano. Observé la silla donde lo había visto sentado, volví a mi cama y traté de dormir, porque esperaba que la aparición se produjese de nuevo.

Creo haberme dormido casi al amanecer. Pero cuando me desperté, la

impresión causada por mi sueño era más viva que nunca, se había mantenido con toda su fuerza hasta esa hora. Era tan fuerte la sensación de una desgracia inminente, que anoté en mi diario: *Aparición, noche del jueves 20 de marzo de 1880. R. B. W. B. God forbid.*

Tres días más tarde, recibí la noticia de que mi hermano Richard Wingfield Baker había muerto la noche del jueves 20 de marzo de 1880, a las 8 h 30, a consecuencia de las terribles heridas que sufriera al caer del caballo mientras cazaba.

Debo agregar que yo vivía en esta ciudad desde hacía un año, que carecía de noticias recientes de mi hermano, que sabía que estaba en buena salud y que era un excelente jinete.

No le había contado a nadie mi sueño, porque ninguno de mis amigos se hallaba conmigo en aquellos momentos, pero después de haber recibido la noticia de la muerte de mi hermano, conté el suceso y hasta mostré la anotación en mi diario.

Os doy mi palabra de honor de que todo pasó tal como lo he relatado.»

El príncipe Lucinge de Faucigny, amigo de Wingfield, confirmó este relato.

El *Times* del 30 de marzo de 1880 y el *Essex Independent* anuncian la muerte de M. R. B. Wingfield-Baker en Orsett Halla (Essex), el 20 de marzo cerca de las 9 horas.

Hay cuatro hipótesis:

1. Fraude, mentira
2. Error, ilusión
3. Azar, coincidencia
4. Vibraciones de la realidad, ejercicio del sexto sentido.

La idea de que Lord Wingfield haya mentido y fraudulentamente escrito: *Aparición del 20 de marzo: R. B. W. B. Que dios nos guarde,* es sin duda inverosímil. Wingfield da su palabra de honor de que las cosas sucedieron tal como las ha contado, y esta palabra de honor, que proviene de un par de Inglaterra que no tiene ninguna necesidad de mentir, es suficiente, sobre todo cuando cinco días después él mismo le cuenta el suceso al príncipe Lucinge Faucigny, de cuyo honor como del de Wingfield nadie puede dudar.

No es posible admitir un error de fecha o de memoria. Los detalles son muy precisos. W. trató de hablar y pronunciar el nombre de su hermano. Dejó el dormitorio en dirección a la otra pieza. Examinó la silla en la que había visto a su hermano sentado. Lo recuerda perfectamente y algunas semanas después le cuenta ese acontecimiento a su amigo el príncipe de Lucinge. Por lo tanto, suponer que hubiera un error en la fecha o en la identidad de la persona, resulta tan inverosímil como la mentira.

¿Una coincidencia? Esta hipótesis tiene más fuerza que las otras dos, aunque no parezca muy aceptable. Cierto es que la muerte de Richard Baker no fue prevista con la misma precisión de una esquela. Ni siquiera se anunciaba dicha muerte. Sin embargo, el reconocimiento de R. B. fue completo.

Wingfield nunca tuvo alucinaciones. Tuvo solamente una en su vida; y

ella coincide exactamente con la muerte de su hermano, y no se trata de una alucinación cualquiera. Es la visión muy clara de su hermano en peligro, aunque no enfermo, ya que participaba en una montería. Nadie podría pretender que no hay una relación de causa a efecto entre la alucinación de Frederic Wingfield y la muerte de Richard Wingfield.

Por lo demás, la objeción de que se debe al azar siempre puede caberle a todos los experimentos, cualesquiera que fueran. Es tan absurda que mejor es no seguir hablando de ella.

En consecuencia, puesto que no es admisible ninguna de las tres primeras hipótesis (fraude, error y coincidencia), sólo nos queda una hipótesis aceptable: que la realidad, en forma de vibración (de naturaleza desconocida) rozó la inteligencia de F. Wingfield y puso en movimiento su sexto sentido.

Una visión demasiado apacible

Una vez más, se trata de la premonición de una muerte. Nos la cuenta Emma Burger, una mujer inteligente y devota que estuvo durante más de veinte años a mi servicio.

Estaba comprometida con Charles B., con quien debía casarse en fecha ya convenida. Por ese entonces, ella estaba al servicio de la condesa d'Ussel, en Correze. El 1 de agosto de 1875, Emma se marchó de París con destino a Ussel. El 7 de agosto recibió una carta de Charles, donde éste le decía que por razones familiares se iba de París y pasaría unos días en Ardennes. La salud de Charles era buena. El casamiento estaba decidido, y Emma no tenía inquietud alguna por la salud de su novio.

La noche del 15 de agosto, Emma se acostaba como de costumbre en un tocador contiguo al dormitorio de la condesa d'Ussel, cuya puerta estaba abierta. Al lado de su lecho, estaba la portezuela de la escalera de servicio, disimulada por la cortina del lecho, de manera que una persona que estuviese acostada en él tendría que correr la cortina y levantarse para ver quién entraba por la escalera.

Esto es lo que me contó Emma:

Cerca de las 11 h 30 de la noche, acababa de acostarme; la señora d'Ussel también se hallaba acostada en el cuarto vecino. Entonces oí un débil ruido, como si se abriera la puerta de la escalera de servicio. Me arrodillé sobre la cama para correr la cortina y ver quién entraba. Entonces vi claramente a Charles B. Estaba de pie. En su mano derecha tenía el sombrero y el bastón. Con la mano izquierda mantenía entreabierta la puerta; permanecía en el resquicio de la puerta. Estaba vestido con su habitual traje de viaje. En el cuarto había una lámpara. (¿Bastaba esa luz para explicar la extrema nitidez con que percibí todos sus rasgos, su fisionomía y su ropa en detalle?) Su cara sonreía. Mirándome sin decir palabra se mantenía en la entrada. Entonces le dije muy seriamente: «¿Qué ha venido a hacer aquí? La señora d'Ussel está allí.

Váyase.» Como no decía nada, le dije de nuevo: «Pero váyase.» Entonces me respondió sonriendo y con gran tranquilidad: «Vengo a despedirme porque me voy de viaje. Adiós.» Fue en ese momento cuando la señora de Ussel, que no estaba dormida sino leyendo en su cama, al oír hablar en voz alta, me dijo: «Pero Emma, ¿qué tiene usted? ¿Está soñando?» Pero yo, en lugar de responderle y creyendo que Charles estaba siempre allí, frente a mí, le dije en voz más baja: «Márchese.» Y entonces desapareció, no súbitamente, sino como alguien que cierra una puerta y se va. Sólo en ese momento, al oír que la señora de Ussel preguntaba de nuevo, le respondí: «Sí, señora, tuve una pesadilla.»

Yo estaba perfectamente despierta. Pensé que Charles B. había venido para sorprenderme, pero no me preocupé demasiado y al cabo de un rato me dormí en calma.

Al día siguiente me quedé muy sorprendida al no oír hablar de Charles B. Pregunté si lo habían visto; me hicieron algunas bromas por la pregunta y yo misma terminé por creer que había soñado.

Dos días después del «sueño» Emma recibía una carta (que yo leí) donde se le anunciaba que Charles B. había muerto en la noche del 15 al 16 de agosto. Parece que murió de una enfermedad cardiaca que todos sus conocidos ignoraban y que nunca había manifestado antes un síntoma cualquiera.

Jeanne Aurousseaux, amiga de Emma, confirmó estos hechos. He aquí lo que me escribió: «El 16 de agosto por la mañana Emma me dijo: «¿Usted me mandó a alguien la noche pasada? Vi a mi novio dentro de mi cuarto.» Entonces yo le dije: «Cállese, está loca.» Y todos nos burlamos de ella. Pero ella dijo: «Estoy segura de que mi novio vino, podéis burlaros, pero así es.»

El aviso de un suicidio

Gaston Fournier, uno de mis excelentes amigos, me escribió la siguiente carta: «El 21 de febrero de 1879, yo estaba invitado a cenar en casa de unos amigos, la señora y el señor B. Contaban por anticipado con la presencia del señor de Escudet, su comensal habitual, empleado en un banco. Pero parece que no se tenía noticias de él desde hacía un par de días. Tras cenar, teníamos pensado ir al teatro. Cenamos alegremente, sin hablar de Escudet. A los postres, la señora se levanta para irse a vestir a su dormitorio cuya puerta, entreabierta en ese momento, daba al comedor. B. y yo nos quedamos solos de sobremesa, fumando un cigarro, cuando unos minutos más tarde oímos un grito terrible. Nos precipitamos al dormitorio y encontramos a la señora B. a punto de desmayarse.

Pero poco a poco se repuso y nos dijo: «Después de haberos dejado, mientras me vestía y trataba de anudar los lazos de mi sombrero frente al espejo, vi repentinamente en el cristal que el señor de Escudet entraba por la puerta. Llevaba puesto el sombrero, estaba pálido y triste. Sin volverme, le dije: «¡Vaya sorpresa, Escudet, usted por aquí! Pero siéntese.» Y como no me

respondía, me di vuelta y no vi nada. Fue entonces que, llena de miedo, lancé el grito que habéis oído.»

B. intenta calmar a su mujer y le gasta algunas bromas, pero ella no deja de temblar. Deseando terminar rápido con la escena, B. y yo proponemos salir inmediatamente para el teatro a fin de llegar antes de que se levante el telón. Pero la señora B. nos dice que algo extraordinario ha pasado, y quiere tener en seguida noticias de Escudet, quien no vivía lejos de allí.

Al llegar a su casa, nos enteramos por el portero de que no ha salido durante todo el día. Subimos, llamamos y golpeamos a la puerta. Ninguna respuesta. Entonces, realmente espantados, llamamos a un cerrajero. Forzada la puerta, hallamos el cuerpo sin vida de Escudet, caliente todavía, extendido sobre la cama y con dos agujeros de bala. Sobre la chimenea, había una carta en la que de Escudet anunciaba a los señores B. su resolución, carta especialmente afectuosa para la señora B.»

La telepatía no lo explica todo

Otorgo una gran importancia al siguiente caso, ya que estoy en condiciones de certificar, como testigo, la exactitud de todos los detalles que lo constituyen.

A principios de agosto de 1878, mi abuelo, Charles Renouard, de 84 años, se siente ligeramente dolorido. Pero como aparte de ello su salud era buena, esa pequeña indisposición no le impide quedarse levantado, andar y pasearse como de costumbre. Por entonces residía en el castillo de Stors (Seine-et-Oise), propiedad de la señora Cheuvreux, su cuñada.

El domingo 11 de agosto, voy a Stors y encuentro a mi abuelo de muy buena salud. Convenimos en que mi mujer y yo volveremos la próxima semana a Stors para permanecer unos días con mi abuelo. Nosotros vivíamos entonces en Meudon, cerca de París.

El sábado 17 de agosto a las 7 de la mañana, cuando yo estaba ya levantado y terminaba de vestirme, mi mujer se despierta llorando y me dice: «Es espantoso, acabo de ver a tu abuelo muy, pero muy enfermo; estaba en su cama, y tu madre se hallaba de pie, inclinada sobre él.»

Sin darle importancia alguna a su sueño, pues en aquella época no creía para nada en los sueños-verdad, la tranquilizo y partimos en coche para París con mi suegro. Recuerdo muy bien que hicimos un viaje muy alegre. Sin embargo, al llegar a París, aproximadamente a las 10 de la mañana, me entero por un telegrama de que mi abuelo había muerto casi repentinamente en la noche del 16 al 17 de agosto.

He aquí lo sucedido. Cerca de las 2 h 30 de la madrugada, mi abuelo se sintió súbitamente dolorido. Había llamado y mi madre llegó y permaneció a su cabecera hasta el momento fatal (5 de la mañana). Las crisis (cardiacas) se habían agravado rápidamente.

Hago notar que nosotros ignorábamos que mi madre estuviera en Stors. Y allí se hallaba por azar.

El sueño de mi mujer tiene lugar dos horas después de la muerte de mi abuelo.

Observemos que casi siempre las personas que han tenido sueños o alucinaciones verídicos guardan tenazmente su recuerdo. Todo sucede como si la inteligencia fuese violentamente conmovida, y esta conmoción se graba en la mente hasta volverse indeleble.

En cuanto a la causa que determinó dicha conmoción cerebral, casos como éstos son insuficientes para determinarla con certeza; sin embargo, bien podemos suponer que no es la telepatía. En efecto, la señora de Ch. Richet ve a mi abuelo moribundo y a mi madre inclinada sobre su cama, cuadro del todo conforme a la realidad. Si se tratara simplemente de que el pensamiento de mi abuelo se comunica con mi madre en el momento en que muere, no hay razón que explique por qué se presentó en la mente de mi mujer la escena que acompaña su muerte.

Notemos también el simbolismo de estas alucinaciones. Todo sucede como si la inteligencia del que percibe, alcanzada por esa vibración de lo real, reconstituyera el drama. La escena pudo ser más o menos verídica, los detalles pueden ser más o menos erróneos; pero la trama permanece. Charles B. dice: «Me voy de viaje, vengo a despedirme». El fantasma aparece como una realidad aún cuando no está allí. El que percibe imagina los detalles de la vestimenta. (¿O pretenderíamos que apareciese desnudo?) Escudet llevaba sombrero. Mi madre está a la cabecera del lecho de mi abuelo, inclinada sobre él. El sueño representa la realidad, pero agrega unos elementos que la inteligencia, conmovida por un conocimiento vago del hecho, desarrolla, amplifica y transforma para hacer accesible a nuestras concepciones ineluctablemente antropomórficas el sentido de esas premoniciones.

Por consiguiente, de este primer examen somero podemos ya deducir que hay percepción confusa de la realidad por mediación de un sexto sentido.

Las visiones colectivas

Hasta ahora hemos supuesto que el fenómeno alucinatorio era puramente mental, y que la alucinación verídica o el sueño verídico no tenía una realidad objetiva, de orden mecánico o fisicoquímico, exterior.

Se ha propuesto otra audaz hipótesis. Se ha supuesto, sin contar con prueba alguna, que cada individuo tiene un cuerpo astral, y que el *cuerpo astral* (¿?) del individuo que muere se transporta a un punto cualquiera del espacio para llamar a la inteligencia del sensitivo. Y en efecto, en algunos casos *muy raros,* hay premonición colectiva, es decir que varias personas perciben la realidad que se les aparece en forma de alucinación.

La señora Wickham, en Malta, iba todos los días al hospital, donde un

oficial inglés estaba siendo tratado de una herida que recibiera en Mers-El-Kebir. La herida se complicó con una gangrena y la muerte era inminente.

Una tarde, pensando que el fin no ocurriría durante la noche, la señora Wickham consintió en volver a su casa. Ahora bien, a las 3 de la madrugada, su hijo de nueve años la llama gritando: «Mamá, mamá, aquí está M. B.» «Me levanto de prisa, escribe la señora Wickham. La forma de M. B. floraba en la habitación a unos 15 centímetros del piso. Desapareció a través de la ventana mientras me sonreía. Estaba en ropa de cama, pero el pie enfermo, con su gangrena, me pareció semejante al otro pie. Esto lo observamos tanto mi hijo como yo.»

»Media hora más tarde me informaron que M. B. acababa de morir.»

Otro testimonio. La señora Obalcheff, de Odesa, estaba acostada en la cama con su hijo. Al lado dormía Claudine, su criada. De pronto, alzando los ojos hacia la puerta, ve entrar lentamente a su suegro en chinelas, vestido con una bata estampada que la señora Obalcheff nunca había visto antes. La figura de su suegro se acercó al sillón, se apoyó en él, pasó sobre los pies de la criada y se sentó suavemente a horcajadas. En ese momento el péndulo daba las 23 horas. «Aunque estaba segura de ver claramente a mi suegro, escribe la señora Obalcheff, me dirigí a la doméstica, diciéndole: "No sé quién es" Claudine, temblando de pavor, me dice: "Veo a Nicolás Nilowich" (el nombre de mi suegro). Entonces él se levantó, pasó de nuevo sobre los pies extendidos de Claudine y desapareció.»

La señora Obalcheff va a despertar a su marido. Revisan el apartamento, pero no ven nada.

Nicolás Nilowich, a quien la señora Obalcheff y Claudine habían visto simultáneamente, moría en ese momento en Tver.[14]

El siguiente testimonio es de fuente personal. Una mañana, a la hora del desayuno, digamos las 8 h, mi hijo Georges, de 20 años, y mi hija Louise, de 18, intercambiaban sus impresiones. «Yo soñé, dijo Georges, que se moría un amigo. Con tal que no sea X., ni Ludovico. Pero no era ninguno de los dos.» Louise dijo a su vez: «Soñé que nuestro primo Paul Aubry estaba muerto y que yo le decía a nuestro hermano Jacques: "no es posible que esté muerto, ya que habéis ido juntos al teatro."»

Ahora bien, esa misma noche, Ludovico, primo cercano de mis hijos, sin motivos aparentes y sin haberle participado a nadie de su decisión, se había envenenado con estricnina.

Debemos notar lo siguiente: 1.º que esta premonición es colectiva; 2.º que Georges pensó en Ludovico, aunque no fuera más que para alejar este pensamiento; 3.º que Paul Aubry es primo de mis hijos en el mismo grado que Ludovico; 4.º que Ludovico había ido al teatro con mi hijo Jacques la noche anterior al suicidio.

Si transcribo esta observación, aun cuando el reconocimiento del suceso no fue directo, es porque estoy seguro de los dos testimonios. Es cierto que no

14. Flammarion, L'inconnu et les phénomènes psychiques, p. 194.

hubo *más que una vibración fúnebre* (no puedo encontrar una expresión mejor) que se refería, aunque de manera indistinta, a Ludovico, vibración que fue percibida simultáneamente por mis dos hijos.

No tengo necesidad de agregar que el triste designio de Ludovico era ignorado por todos.[15]

El número de alucinaciones colectivas es mucho menor al de las alucinaciones verídicas aisladas.

Otros tipos de advertencias paranormales

1. Este primer caso tiene una considerable importancia, ya que determinó que el ilustre William James creyera en los fenómenos metafísicos.

El 31 de octubre de 1898 desaparecía en Enfield (New Hampshire) una joven llamada Berthe. Se la busca activamente. Más de cien personas son enviadas a explorar los bosques y las orillas del lago. Se sabía que había salido en dirección al puente Shaker. Pero todo rastro desapareció más allá de dicho puente. Un buzo exploró el lago cerca del puente, pero no halló nada.

Ahora bien, la noche del 2 al 3 de noviembre, en Lebanonville, situado a 8 kilómetros de Enfield, la señora Titus sueña que ve el cuerpo de Berthe en un lugar determinado: al día siguiente va al puente Shaker e indica al buzo dónde se halla el cuerpo de Berthe: «Está cabeza abajo, de modo que sólo puede verse la suela de goma de uno de sus zapatos, dice.» Siguiendo las indicaciones de la señora Titus, el buzo halló el cuerpo atrapado entre unas ramas a 7 metros de profundidad. El agua estaba muy turbia. «Me quedé muy impresionado, dijo el buzo; los cadáveres en el agua no me dan miedo, pero yo tenía miedo de la mujer que estaba en el puente. ¿Cómo es posible que una mujer venga de 8 kilómetros para decir dónde está el cuerpo? Se hallaba en un pozo profundo, cabeza abajo. El agua estaba tan oscura que casi no se podía ver.»

2. Durante la guerra, a fines de 1916, hice publicar una nota en el *Bulletin des Armées* para solicitar a los combatientes, oficiales o tropa, que si habían experimentado algún fenómeno metafísico me lo comunicaran. Pronto recibí la siguiente carta del capitán V., del 13.° batallón de cazadores alpinos, con fecha 14 de enero de 1917:

«El 3 de septiembre de 1916, durante el ataque al Chemin Creux en Maulpas, el subteniente D. fue alcanzado por una bala en los dos brazos y dejó el frente para hacerse curar en la retaguardia. Durante los 15 días siguientes, no estuvo presente cuando pasaban lista nocturna. Se lo buscó en vano en todas las ambulancias: fue dado por desaparecido.

»El 18 de septiembre de 1916, el 13.° batallón regresó al mismo sector, donde la línea del frente se había ampliado a unos 3 kilómetros. En la noche del 18 al 19, un amigo íntimo del subteniente D., el subteniente V., vio en

15. *Traité de Métapsychique*, p. 437.

sueños, en un agujero de obús al borde del Chemin Creux y bajo un sauce, a D. en estado de agonía y reprochándole a él, su mejor amigo, que lo dejase morir sin prestarle socorro alguno.

»V. era un oficial muy frío, calmo, escéptico; sin embargo, parecía obsesionado por su sueño. Fue a contárselo al comandante, que al principio no lo tomó en serio, pero luego, por complacerlo y para terminar con el asunto, le concedió un corto permiso para que V. pudiese explorar el Chemin Creux. Una vez llegado allí, V. reencuentra la escena de su sueño. Al pie de un sauce, una cruz con esta inscripción: «Aquí yacen dos soldados franceses.» Nada podía hacer suponer que en ese lugar estuvieran los restos de D. Sin embargo, se constató que era él uno de los que allí yacían desde hacía quince días.

»Los oficiales del 13.° batallón de cazadores alpinos pueden dar testimonio de ese extraño suceso, pero por el momento están muy ocupados.»

Observemos hasta qué punto se trata de un sueño simbólico. Es difícil suponer otra cosa que la percepción extrasensorial del lugar donde D. había sido inhumado. Y entonces, basándose en este dato, la inteligencia inconsciente de V. se fabricó una especie de novela simbólica.

3. Una mañana, alrededor de las 7, la señora Severn [16] se despierta sobresaltada, con la sensación de que un violento golpe le cortó el labio superior. Cree sangrar y se pone un pañuelo en la parte afectada, pero queda muy sorprendida al no verlo manchado de sangre. «Acabé por creer, dice, que había soñado. Miré el reloj, vi que eran las 7, advertí que mi marido ya no estaba, y pensé que se había ido a dar un paseo por el lago en su velero.

Entonces volví a dormirme. Arthur, mi marido, llegó con retraso al desayuno, a las 9 h 30, y noté que se sentaba intencionalmente más lejos de mí que de costumbre, y que de tiempo en tiempo se llevaba furtivamente el pañuelo a los labios, del mismo modo que yo lo había hecho y en el mismo lugar. Le dije: «Arthur, ¿por qué haces eso?» Y agregué un poco más inquieta: «Sé que te has hecho daño; luego te diré cómo lo sé.» Arthur me respondió: «Mientras estaba en el barco, una súbita ráfaga movió la barra del timón con tal fuerza que me golpeó en la boca (en el labio superior) y sangré bastante. Debían ser alrededor de las 7.»

4. Éste es un hecho que me contó mi hijo, el Dr. Charles Richet. «El lunes 13 de diciembre de 1926, estaba dormido en mi cama, junto a mi mujer, cuando un sueño penoso me despertó. En el sueño, me imaginaba leer en un diario que mi gran amigo X... acababa de ser muerto en un accidente automovilístico. Eran las 7 de la mañana. Le cuento el sueño a mi mujer y, como am-

16. Una de las alucinaciones verídicas (simbólicas) más extrañas es la del profesor Charles Demay. El 10 de julio Demay, se encontró con uno de sus antiguos condiscípulos, G., quien insiste en pedirle un favor. Esto ocurría en París, precisamente en el puente Saint-Louis. Como Demay no podía hacer nada por él, G. pareció sumamente desesperado. Demay regresa a Dijon. En la noche del 12 al 13 de julio, sueña que descendía en barco el Sena, hallándose entonces cerca de la isla Saint-Louis. De repente, siente que un pez le muerde la mano. Espantado, la retira. Ese pez tenía la cabeza de G. Eran las dos de la madrugada.

Ahora bien, G. muere alrededor de las 2 de la madrugada arrojándose al Sena esa misma noche.

Es concebible que una premonición vaga se haya transformado en un drama en la conciencia de Demay (citado por Boirac, 1912).

bos estábamos medio adormilados, nos volvemos a dormir. Cerca de una media hora después, me llaman al teléfono y me entero que X... había sufrido un serio accidente y que debía ir a verlo a su casa de inmediato. Regreso junto a mi mujer y le cuento la llamada telefónica; ella me dice: ¡Entonces había algo de cierto en tu sueño!

En realidad lo que había sucedido era lo siguiente. A la mañana, cerca de las 7, al levantarse para ir al baño, X... había tenido un síncope, cayendo brutalmente contra una puerta, tan brutalmente que se había hecho una importante cortadura (de 13 centímetros) en el cuero cabelludo. La herida sangraba abundantemente, hasta tal punto que hubo que recurrir a un cirujano para ligarle una pequeña arteria. Por lo demás, el accidente no tuvo consecuencias.

La mujer de mi hijo Charles confirma en todos sus detalles el relato de su marido. Y agrega un hecho interesante, del que Charles apenas se acordaba: él había hablado semiadormecido.

Mis observaciones personales

Hace varios años, yo visitaba a una señora que nunca había ido a mi laboratorio y no entendía nada de fisiología. Le dije entonces: «Dentro de un rato voy a dar una clase sobre el veneno de las serpientes.» Y ella me dijo: «Esta noche he soñado con serpientes, o mejor dicho con anguilas.» Entonces, de un modo muy natural y sin decirle por qué, le pedí que me contara su sueño.

Éstas son sus palabras textuales: «Más bien se trataba de dos anguilas que de dos serpientes, pues veía su vientre blanco y su piel viscosa. Yo me decía: no me gustan mucho esos animales, pero sin embargo me da pena cuando se les hace daño.»

Ahora bien, ese sueño reproducía fielmente lo que yo había hecho la víspera, el 1 de diciembre. Ese día, por primera vez después de veinte años, había experimentado en mi laboratorio de la avenida Brune con anguilas (dos anguilas) para extraerles sangre. Las había clavado a una mesa. Su vientre blanco, nacarado y reluciente me había llamado la atención. Naturalmente no le había contado a nadie dicho experimento.

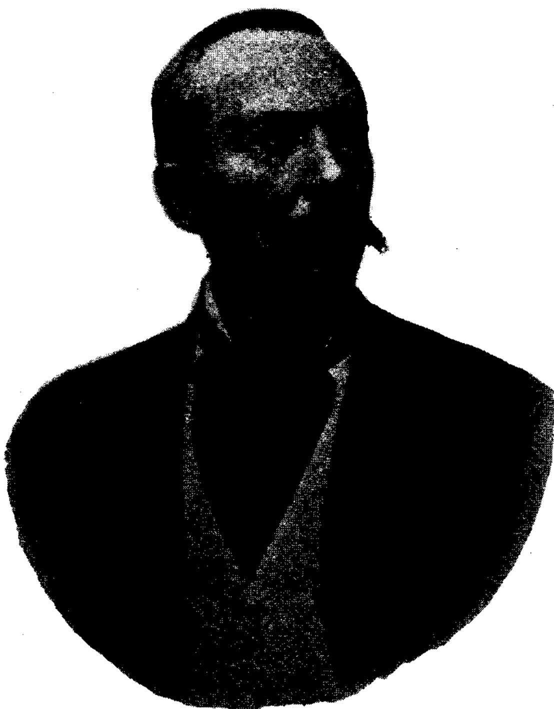
Una noche del invierno de 1899, yo estaba en casa, en el salón biblioteca. Mi mujer se había ido a la Ópera con mi hija Louise. De pronto, cerca de las 22 h 30, me imaginé, por primera vez en mi vida, y sin que hubiera el menor olor a humo en esa pieza, que había un incendio en la Ópera. Mi certidumbre era tal que escribí en una hoja: *¡Fuego, fuego!* Algunos minutos más tarde me pareció que no era suficiente y escribí: At. (es decir atención). Luego, sin inquietud alguna, continué mi trabajo. Alrededor de medianoche, mi mujer y mi hija regresaron del teatro y apenas las vi les pregunté si había habido un incendio. Ellas se sorprendieron mucho. «No, respondió mi mujer, no hubo incendio sino amenaza de incendio. De todos modos, tuvimos mucho miedo. En un momento dado, se oyó un rumor en un palco durante el entreacto; salí pre-

cipitadamente del nuestro para enterarme de qué se trataba. Me aseguraron que nada ocurría, y la representación se reanudó normalmente.»

Pero no es éste el único elemento singular. En el momento en que yo escribía en una hoja: *¡Fuego, fuego!*, a mi hermana, la señora de Buloz, cuyo apartamento, en el mismo piso, sólo está separado del mío por una puerta, se le ocurre que hay fuego en casa. Va hasta la puerta que une los dos apartamentos y, cuando empieza a abrirla, comprendiendo que su temor no tiene realidad, se detiene diciendo: «No voy a molestar a mi hermano por una tontería.»

Así es cómo en el mismo momento, mi hermana y yo tuvimos *una impresión de incendio.* Es la expresión más exacta que encuentro para traducir la idea muy vaga que mi hermana y yo sentimos simultáneamente, en tanto que a un kilómetro de aquí, en la Ópera, donde se hallaban mi mujer y mi hija, había una verdadera amenaza de incendio.

Alrededor de las 8 de la mañana de un día de 1907, yo estaba bastante profundamente dormido. Soñaba que me hallaba con la señora Charcot (¿por qué con ella, con quien nunca había hablado y a la que ni siquiera conocía de vista?) Estábamos juntos dentro de un automóvil en una avenida de plátanos. La señora Charcot conducía; el auto iba a tal velocidad que yo temía un accidente. El accidente ocurre, y me despierto. El accidente era simplemente la llegada del cartero, que me traía una abultada carta. Y en seguida, con la carta



El profesor Charles Richet.

aún en la mano —no sé realmente a qué atribuir esta impresión— me imaginé que había alguna relación entre mi sueño y la carta que acababa de llegarme. Estaba tan seguro de ello que, para testimoniarlo con un signo material, tracé una pequeña cruz (signo conmemorativo que aún podría verse) en el registro postal de firmas que me tendía el cartero. Creo que es la primera vez que hice un signo en el registro de firmas.

La carta procedía de las islas Azores. Era de mi amigo el coronel Chaves, quien me pedía una recomendación para el hijo del profesor Charcot y de la señora Charcot, Jean Charcot, que por entonces yo ignoraba completamente; el joven llegaría a París dentro de algunas semanas, habiendo partido en su yate desde las Azores.

No es nada probable que todos estos casos que he citado sean producto de coincidencias fortuitas.

Si quisiéramos aplicarles el cálculo de probabilidades, aunque una aplicación semejante sea bastante poco científica, y muy arbitraria, obtendríamos una probabilidad tan débil que sería equivalente a la realidad.

Profesor Charles Richet

6

A través del tiempo

El sueño parecería ser el estado más favorable a la manifestación de experiencias premonitorias. Sobre ciento cuarenta y ocho casos de premonición seleccionados por John E. Orme, profesor de psicología en la universidad de Sheffield, Inglaterra, ciento nueve se produjeron durante el sueño, es decir los tres cuartos de ellos. A idénticos resultados llegó un estudio de Louisa Rhine, efectuado en 1961 sobre la importancia del sueño como ámbito de ese tipo de percepción extrasensorial.

En tales casos, el espacio de tiempo que separa el acontecimiento anunciado y su verificación varía de algunas horas a una veintena de años. Pero el 39 % de los casos sucede al día siguiente. Las predicciones a largo plazo son más raras y, a menudo, están acompañadas por visiones o apariciones que también citaremos en este capítulo.

Las advertencias paranormales que se refieren a catástrofes pueden provenir de varias decenas de personas. Se ha intentado centralizarlas y prever la evacuación de las poblaciones amenazadas por seísmos, inundaciones u otras catástrofes naturales. Sin embargo, ninguna de estas premoniciones bastan por sí mismas para prever el lugar y la fecha precisa del suceso. Todas juntas, en cambio, implican los detalles esenciales que, de estar reunidos y correctamente interpretados, podrían servir para la elaboración de una especie de sistema de alarma.

Suponiendo que las facultades psi existiesen desde siempre, desde la prehistoria y aún en el mundo animal y en los predecesores del hombre, ¿no podría decirse que las advertencias premonitorias repartidas entre varios individuos están destinadas a pro-

vocar reacciones colectivas, fenómenos de grupo? Así, la parapsicología volvería a descubrir, integrándolas a nuestras concepciones racionales, antiguas leyes biológicas del comportamiento. Faltan pruebas que favorezcan esta hipótesis, como otras hipótesis, pero los hechos observados en parapsicología nos llevan a una importantísima renovación de nuestras concepciones.

Tratándose de fenómenos paranormales, en general se estudian en primer lugar aquellos fenómenos que pueden ser calificados de contemporáneos. Así es como, tanto en los proyectos experimentales como en el examen de los casos espontáneos, la telepatía y la clarividencia son los fenómenos estudiados en primer término. Igualmente, los investigadores que analizan los relatos de apariciones se sienten inclinados a considerar que si algo de verdadero pasa, ello tiene lugar más bien en nuestra época que en el pasado. En este conjunto de fenómenos, la precognición ocupa un lugar particular. Una de las razones es que generalmente se considera que la precognición plantea preguntas teóricas particularmente difíciles. De hecho, ¿cómo explicar sus manifestaciones, tomando en cuenta el efecto temporal? Si consideramos la totalidad de los fenómenos paranormales, veremos que todos parecen plantear un interrogante teórico análogo, interrogante al que nadie, hasta el momento, ha respondido satisfactoriamente.

Tal vez convendría ver en la precognición el proceso paranormal fundamental. O más precisamente, de poderse exponer un plan teórico que explicase la precognición, éste resultaría igualmente útil para comprender todos los otros fenómenos paranormales. Un ejercicio importante consiste en intentar examinar las manifestaciones precognitivas. Algunos (por ejemplo Tyrrell, 1942, MacKenzie, 1971) realizaron estudios paralelos en el campo de las apariciones. Tales estudios pueden revelar corrientes y tendencias generalmente ignoradas, y que aún llegan a estar muy desvinculadas de las creencias corrientes. Así es cómo el fantasma verdadero difiere considerablemente del fantasma de la ficción.

El presente estudio ha recurrido a cuatro fuentes de experiencia precognitiva. Cada una de ellas presenta un material recogido conforme a procedimientos diferentes, de modo que podemos decir que ellas configuran un haz bastante representativo.

Por orden cronológico, tenemos en principio cuarenta y ocho de los experimentos que describe Dunne en *Une expérience sur le temps*, obra publicada en 1934. De estos cuarenta y ocho experimentos, el propio Dunne llevó a cabo veintidós y obtuvo los restantes de diversas personas. La segunda fuente abarca treinta casos descritos por Lyttleton (1937) en *Quelques cas de prédiction*. Estos casos consistían principalmente en informes transmitidos a Lyttleton luego de una emisión de radio que tuvo a su cargo sobre este tema en 1934, durante la cual pidió a sus oyentes que le informaran sobre sus propias experiencias al respecto.

En tercer lugar, Saltmarsh (1938) describe veintinueve casos en *Connaissance anticipé.* Esta publicación se basa especialmente en un análisis de casos de precognición registrados en los archivos de la *Societé de Recherches Psychiques.*

La última fuente, que nos provee de cuarenta y un casos, es el artículo de Barker *Premonitions du désastre d'Aberfan.*[17] Se trata de premoniciones del desastre publicadas por un diario en base a una encuesta que había efectuado una semana antes.

Todos los casos que tomamos de Lyttleton, Saltmarsh y Barker fueron posteriormente confirmados de un modo u otro. Lo cual significa que el sujeto de la precognición participó de ella a una tercera persona antes de que el acontecimiento se produjese y que el testigo confirmase el hecho por escrito. Este total de cuarenta y ocho casos no representa la suma de los casos descritos por los cuatro autores mencionados. Escogí solamente aquellos que ponían en evidencia el lapso transcurrido entre la precognición y el acontecimiento. En lo que atañe a Lyttleton y Saltmarsh, algunos individuos contaron más de una experiencia de ese tipo pero aquí no he transcrito más que una por persona.

Las características de la experiencia precognitiva tienen cuatro puntos fundamentales.

Las condiciones para la aparición de la precognición

Saltmarsh (1938) descubrió trescientos cuarenta y nueve casos, doscientos ochenta y uno de los cuales le parecieron dignos de interés. De estos doscientos ochenta y uno, ciento dieciséis se referían a sueños y siete a experiencias que se habían manifestado en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño. De los ciento cincuenta y ocho casos restantes, cincuenta y seis se produjeron durante prácticas mediúmnicas, siendo posible que implicaran estados de conciencia alterados. Por consiguiente, el sueño resulta ser aquí el vehículo más común de la precognición.

De hecho, en todas las series estudiadas (Dunne, Lyttleton, Saltmarsh y Barker), el sueño es sin duda el vehículo más corriente de la experiencia precognitiva. Del conjunto de los ciento cuarenta y ocho casos de precognición estudiados aquí, ciento nueve (74 %) se produjeron durante el sueño. El estudio de L. E. Rhine (1961) muestra también que el sueño es el vehículo precognitivo por excelencia.

Podemos relacionar esto con otro punto. Hemos visto que en la serie de Saltmarsh, un número importante de experiencias precognitivas que no tuvieron lugar durante el sueño se produjeron en el transcurso de prácticas mediúmnicas en las cuales todo parece indicar la presencia de alteraciones de los estados de conciencia. Los ciento un casos restantes comprendían sesenta y

17. *Premonitions of the Aberfan Disaster,* J. Barker, *J. Soc. Psych. Research,* 44, (1967), p. 169-181.

dos que más adelante describiremos justamente como alucinaciones (generalmente visuales) y treinta y nueve como «impresiones». Estas alucinaciones, abstracción hecha de su connotación precognositiva temporal, se asemejan poderosamente a las descritas en los estudios sobre fantasmas y apariciones. Estos estudios han descubierto que dichas alucinaciones nacen en condiciones de tranquilidad y relajamiento. En su serie, MacKenzie (1971) descubrió que esas experiencias sobrevenían habitualmente cuando el mundo exterior se hallaba de algún modo excluido. Le sucedían a la persona mientras estaba en su casa y cuando se sentía descansado. Alrededor de su casa, en las calles, sólo circulaba un número muy reducido de personas. MacKenzie solamente pudo registrar un solo caso en una oficina y en un bar. Pero estas dos experiencias sobrevinieron en un ambiente más bien tranquilo, que el que generalmente reina en tales sitios.

En consecuencia, parecería que la precognición, como cualquier otra aparición, sobreviene por lo general cuando la conciencia está en cierto modo cortada del mundo exterior. La diferencia esencial obedece a que, en la experiencia precognositiva, el sueño lleva ventaja sobre los incidentes en estado de vigilia. Pero es evidente que los estudios sobre apariciones se interesan únicamente en el tipo de experiencia alucinatoria en estado de vigilia. No habría nada de notable en el hecho de soñar con un muerto o con un vivo; sólo empieza a tener interés cuando una precognición manifiesta sobreviene.

Personalidad y psicopatología

El problema de la psicopatología es importante. Se hicieron varias sugestiones con respecto a las relaciones existentes entre la personalidad y los resultados de los tests ESP y la experiencia de las apariciones. En lo que atañe a esta última, se ha sugerido que los individuos que en general son más calmos y pasivos resultan los más propensos a tener ese género de experiencias (condición, hay que decirlo, que más bien se aleja de la situación ESP experimental). En lo que concierne al problema de la psicosis, la experiencia de las apariciones y de las precogniciones es ante todo visual y, por consiguiente, lo contrario de la alucinación esquizofrénica, que se caracteriza por su naturaleza auditiva.

La alucinación visual puede sobrevenir en la histeria. Esto se relaciona con nuestro tema, dado que los fenómenos mediúmnicos, los trances, la escritura automática, etc., ya en la época de Charcot eran considerados como formas más o menos benignas de la disociación que aparece en la histeria; lo que una vez más nos remite a la idea de que las experiencias ESP, incluida la precognición, sobrevienen cuando la conciencia está cortada del mundo real.

Considerada como la creencia en sus propias posibilidades de predecir el porvenir, la precognición aparece en la esquizofrenia, pero es raro que el esquizofrénico pueda proveernos de detalles sobre sus predicciones. Por el contrario, la precognición normal suele aparecer como un fenómeno aparentemente

ocasional en individuos que pueden quedar desconcertados y sorprendidos por lo que les ocurre. Por lo general, se trata de una experiencia muy limitada para el individuo. Es cierto que en todas las series, como las que nosotros tratamos aquí, hay informes provistos por individuos que se entregan a prácticas mediúmnicas. Otros provienen de gente que, aunque no tengan una actividad semejante, afirman experimentar a menudo la precognición. Pero resulta muy evidente que la mayoría de los informes provienen de personas para quienes esas experiencias representan un acontecimiento aislado y desconcertante.

El valor de la información

Sucedan durante la vigilia o en el sueño, las precogniciones tienen otras características comunes. Al igual que las apariciones, son huidizas y, sobre todo en virtud de su brevedad, el «mensaje» es a la vez vago y ambiguo.

Pero la ausencia de claridad en la precognición (en la medida en que ésta es propensa a sobrevenir durante el sueño), debe ser considerada a la luz del problema general de la comprensión de los fenómenos del sueño. A pesar de las reservas que tenemos respecto a la interpretación freudiana de los sueños, no cabe duda de que Freud tuvo razón en subrayar la manera caleidoscópica con que se presentan los elementos que configuran el sueño. En la interpretación de los sueños, se da por descontado que esos elementos consisten en sucesos pasados y que su mezcla es causada por los motivos y las necesidades, cualesquiera que sean, que participan del sueño. La experiencia del sueño precognitivo sobreviene durante esa mezcla caleidoscópica y generalmente no es posible reconocer la precognición hasta que el acontecimiento se haya producido. Lo cual significa que la experiencia precognoscitiva no puede ser estudiada, a menos que las experiencias se limiten a hechos en cierto modo insólitos, y que sea posible asociarlas con un hecho soñado.

La naturaleza vaga y ambigua de la precognición (ya que por lo regular forma parte de un sueño) significa que no es raro que la asociación entre el acontecimiento y la experiencia precognitiva se haga evidente solo en el momento en que el acontecimiento se produce. Aún cuando el mensaje sea relativamente claro, falta generalmente precisión en cuanto a la fecha y al lugar. Por supuesto, hay muchos buenos ejemplos de «advertencias» bastante precisas, pero sería difícil obrar a partir de una experiencia precognitiva. A este respecto, es interesante destacar los comentarios de Barker relacionados con la cuarentena de precogniciones registradas sobre el desastre de Aberfan. Ninguna de esas precogniciones habría aportado por sí sola las indicaciones suficientes para que el que percibe pueda ubicar la tragedia próxima y prevenir a la gente. No obstante, tomadas en conjunto, aparecen todos los detalles esenciales. Barker pensó que esta característica permitiría considerar la posibilidad de crear un sistema de alarma, recolectando sistemáticamente las precogniciones y las premoniciones de la gente. Pero el drama de Aberfan no fue solamente una

tragedia inusual por su amplitud; las circunstancias que la acompañaron fueron únicas. Evidentemente también hay ejemplos interesantes de sucesos que aparentemente fueron modificados a partir de una precognición evidente.

Otro rasgo característico de las experiencias precognitivas reside en la predicción de acontecimientos de una importancia relativamente menor, hasta ordinarios, en una proporción semejante a la de los signos que anuncian una muerte o un accidente. Saltmarsh observó que, al igual que en el caso de las premoniciones de muerte, la frecuencia de las experiencias alucinatorias era casi la misma que la de los sueños. Todo ocurre como si en tales casos, la intensificación del contenido del mensaje se abriera paso a través de la atención.

Propiedades temporales

Las experiencias de precognición suelen tener por objetivos acontecimientos situados en un futuro más bien próximo que alejado en el tiempo. Aunque puedan citarse casos de precognición referidos a sucesos relativamente lejanos, digamos meses o aun años de distancia, la precognición atañe por lo general a hechos que sobrevienen a los pocos días de haberse manifestado.

El lapso entre la precognición y el suceso varía de menos de un día a veinte años. Pero el alcance de la precognición disminuye brutalmente a medida que el acontecimiento corresponde a un tiempo más lejano. Cincuenta y siete de los ciento cuarenta y ocho casos (38,5 %) tienen su desenlace al día siguiente, contra solamente catorce (9,5 %) que se materializan dos días después. Esta disminución es de carácter progresivo.

Se admite a menudo que la precognición es una forma particular de las experiencias paranormales que abarcan la telepatía, la clarividencia, las apariciones, etc. Comprender una de esas formas bien podría significar comprenderlas todas. Uno de los primeros descubrimientos relacionados con fenómenos paranormales como la telepatía, concernía a la ausencia total de relación entre su aparición y la distancia espacial que separaba al agente del observador. En ese campo, los investigadores se dedicaron especialmente a descubrir si había algo que se asemejara al efecto «cuadrado inverso». Tal efecto suele ser común a efectos físicos (por ejemplo, la luz, el magnetismo) que enseñan que la intensidad tiende a ser inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. En este caso, la relación esperada aparecía en términos de distancia temporal.

En verdad, yo he mantenido que los métodos estadísticos habituales no convenían a los estudios experimentales sobre la precognición. De lo contrario, en un experimento de adivinación de cartas, se estudiaría la precognición examinando las correspondencias entre lo que ha sido adivinado y la carta siguiente, en lugar de considerar la carta que corresponde a lo que ha sido adivinado. Se subrayó que ninguna prueba permitía pensar que la precognición dependía de un intervalo en particular. Pero el estudio de todas las estimaciones futuras (o anteriores) referidas a un juego demostraría que el porcentaje de

acierto total de un individuo nunca puede superar el porcentaje de los aciertos debidos al azar. Esto nos lleva a pensar que, puesto que la precognición aparece estrechamente ligada a un intervalo de tiempo, podríamos utilizar esta relación para calcular valores teóricamente esperados, cualquiera que sea el espaciamiento en el tiempo.

Esta misma posibilidad subraya sin embargo la necesidad de hallar una idea que explicase cómo puede sobrevenir la precognición, y cómo lo hace por analogía con las fuerzas físicas del espacio. Parece indiscutible que cualquier explicación de la precognición implica una modificación de nuestras concepciones referentes a la naturaleza del tiempo. En 1969 sugerí que el tiempo posee propiedades extendidas, y no solamente transitorias; por consiguiente, nuestra concepción del tiempo debe tomar en consideración dicha característica. Un organismo posee tanto una organización temporal como espacial. Su presente y su futuro tienen una continuidad en la duración. Además, su organización temporal posee un sistema de comunicación interna de igual modo que posee una organización corporal espacial. Así, la precognición es comunicación entre cierta parte futura del organismo, y su presente. Es verdad que una organización y una intercomunicación semejantes deben depender de una similitud temporal con las fuerzas espaciales; la disminución de poder correspondiente al acrecentamiento de la duración sería el resultado lógico de una similitud semejante. Observemos de paso que la memoria presenta más de un parecido con la precognición y que depende de la comunicación entre la parte pasada de la organización y su parte futura. Este concepto de la memoria implica que el cerebro y el sistema nervioso no almacenan en absoluto los recuerdos. Más bien puede decirse que funcionaría garantizando la transmisión de la información del pasado al presente. Después de los experimentos de Ebbinghaus en el siglo XIX, son muchos los estudios sobre la memoria que enseñan que la relación entre la conservación amnésica y el tiempo es una relación logarítmica, semejante a la que se obtiene a través de los experimentos precognitivos.

Pero volvamos al problema de los fenómenos paranormales en general. Es posible que fenómenos como la telepatía y la clarividencia sean, de hecho, experiencias precognitivas. Por ejemplo, un individuo A cree haber recibido en un momento dado (momento I) un mensaje proveniente de una persona B. El mensaje recibe una confirmación ulterior (momento II). Sin embargo, es posible que la realidad sea diferente y que el individuo A haya vivido, en el momento I, una experiencia precognitiva del momento II.

Confusiones posibles entre telepatía y precognición

En 1970, Stevenson publicó un informe sobre impresiones telepáticas basado en casos espontáneos que reunió y examinó personalmente. De acuerdo a su informe, en treinta y tres de los casos observados es posible determinar el tiempo que separa la impresión de la confirmación (es decir, tal como lo sugeri-

mos aquí, una precognición del acontecimiento que predice). La duración ha sido claramente precisada: más de la mitad de las impresiones son confirmadas en el plazo de una hora. Pero es justamente en ello donde descubrimos el principal criterio por el cual es posible distinguir entre telepatía y precognición. No obstante, vemos claramente que la disminución del alcance, que corresponde a un alargamiento de la duración, presenta las mismas características que las experiencias de precognición. En verdad, esto nos hace pensar que dichas experiencias pertenecen a la misma categoría de los fenómenos.

Con respecto à los cincuenta y siete casos para los cuales el plazo entre precognición y aparición real del acontecimiento fue inferior a un día, no disponemos de datos que permitan precisar dichos plazos. A pesar de ello, esos cincuenta y siete casos estaban repartidos proporcionalmente en plazos inferiores a un día conforme a los términos de repartición conocidos en los casos de telepatía. La relación es claramente lineal y, en realidad el coeficiente de correlación entre el logaritmo de alcance respecto del tiempo y el logaritmo de duración posee un valor de 0,991. Tan elevado coeficiente (el cual indica que las dos variables presentan una variación común superior a 98 %) debe evidenciar que la mayor o menor distancia temporal entre precognición y confirmación representa una variable muy importante en la descripción de los fenómenos paranormales.

A este respecto, es interesante observar que los fenómenos paranormales en los cuales el lazo se establece a partir antes del pasado que del futuro también parecen entrar en la misma categoría. Contrariamente al fantasma del que nos habla la ficción, la frecuencia de las materializaciones de un verdadero fantasma (si así hubiera que llamarlo) cae violentamente a medida que aumenta el tiempo transcurrido desde la muerte de la persona. Si la aparición de un fantasma depende de la comunicación establecida por un individuo a través del espacio-tiempo, desde el tiempo en que vivió hasta su materialización, sus signos se irán previsiblemente debilitando a medida que el tiempo pase, es decir que un fantasma del siglo XV aparecerá más débilmente que otro del siglo XVII.

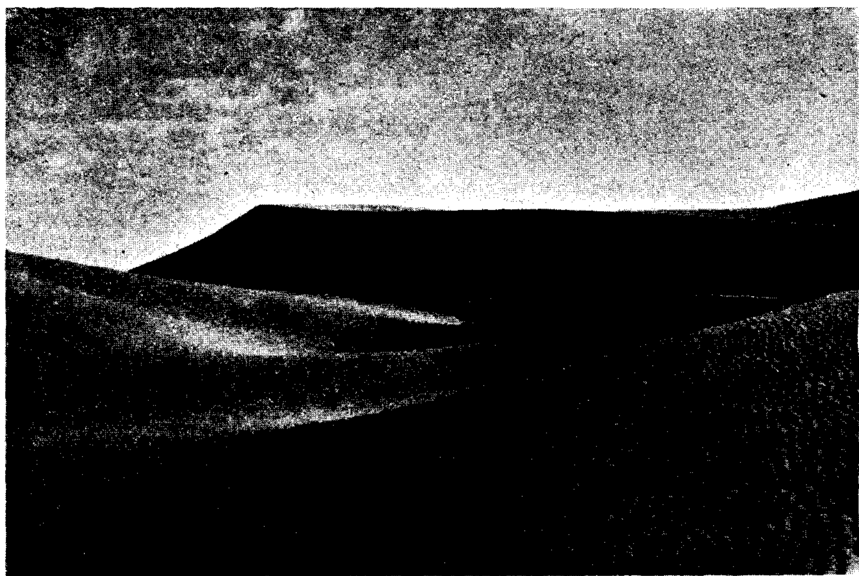
¿Por qué no podemos tener precogniciones más a menudo y con mayor precisión? ¿Por qué estas precogniciones no parecen referirse sino a acontecimientos triviales y no a hechos importantes?

En primer lugar, todos los datos que poseemos dejan traslucir que la precognición es propensa a referirse a hechos que se sitúan en un futuro muy próximo. (Aun en estos casos, siempre cabe preguntarse por qué no podemos tener la precognición de un hecho importante que acontecerá al día siguiente o dos días después.) En segundo lugar, la precognición sobreviene por regla general durante un sueño y claro está que, en estado de vigilia, hemos olvidado la mayor parte de nuestros sueños. Finalmente, si recordamos un sueño durante el cual tuvimos una precognición, es probable que, como todo lo que constituye los sueños, no se trate sino de un elemento vago y ambiguo.

Por mi parte, pienso que todas estas cuestiones son importantes en relación con el problema del determinismo. Al igual que en los casos de hechos que

fueron objeto de una precognición (es muy posible dar muestras de cordura luego del acontecimiento), podría afirmarse que el acontecimiento no es del todo inevitable, y esto explicaría en parte el aspecto vago y ambiguo de las precogniciones. Pero, por otro lado, algunos informes sugieren el carácter ineluctable del suceso; los hechos suceden, a pesar de lo que haga el individuo que los previó. Asimismo, Barker señaló, a propósito del drama de Aberfan, que aun cuando ningún caso suministró por separado la información necesaria para llevar a cabo una acción, la compilación de todos los datos provistos por la totalidad de las premoniciones daba lo esencial, inclusive el lugar de la tragedia. Lo único malo del caso es que, en virtud del factor tiempo, ya descrito, las precogniciones aumentaron su frecuencia solamente algunas horas antes de la catástrofe. Por consiguiente, ya hubiera sido demasiado tarde para esperar una intervención de éxito.

Pienso que una concepción de la duración no basta pero debe ser completada por la idea de que esta duración posee al menos dos dimensiones. Si así lo fuera, y a condición de que la analogía resulte conveniente, nuestro camino en el tiempo nos remite siempre a dos alternativas cuando, de cada dos acontecimientos probables (o más), uno ocurre realmente. Evidentemente, esta diversidad de elección se sitúa siempre en la misma dirección general. Hay lugares en que dos caminos se cruzan o confluyen, haciendo menos difíciles las opciones. A título personal, cada una de las víctimas de Aberfan no habría podido modificar en nada el resultado, es decir la catástrofe sufrida por la gran mayoría. Además, lo que es posible pero no probable para un individuo puede revelarse real para otro. En verdad, los individuos pueden ser instantes del todo.



Nuestro camino en el espacio y en el tiempo, ¿está trazado o hay que inventarlo teniendo en cuenta nuestras posibilidades reales? (Desierto en Argelia.)

Los mínimos progresos registrados en el siglo XX

Quisiera hacer otra observación a propósito de las teorías existentes sobre el tiempo y la precognición. Con respecto a algunos aspectos de la física, proponer nuevas maneras de considerar el tiempo implica, en general, limitarse a explicar fenómenos particulares. Lo que raramente se aprecia en su justo valor, es que si tenemos necesidad de introducir alguna modificación esencial en nuestra concepción del tiempo para comprender la precognición, esta modificación tendrá un alcance considerable con respecto a nuestras concepciones del comportamiento y de la experiencia en general, y finalmente con respecto a la totalidad de los procesos biológicos.

La parapsicología se parece bastante a sus parientes, la psicología y la psiquiatría. En todos estos campos, los progresos fundamentales del conocimiento han sido relativamente mínimos en el transcurso del siglo XX. Tal vez sepamos más sobre lo que no interviene, sobre lo que no es ni importante ni útil. Se efectuaron muchos experimentos en esos campos del saber científico, experimentos que se volvían cada vez más complicados a medida que se los llevaba a cabo.

Una de las razones que explica esta falta de progreso aparente, es que apenas si se han descubierto hechos acumulativos. Aun hoy, las discusiones y los experimentos en el campo de la psicología paranormal se refieren sobre todo al problema de la realidad de los fenómenos paranormales. En psiquiatría, equivale a la eterna discusión sobre la naturaleza de la histeria, la esquizofrenia o la depresión endógena. Es indiscutible que estos tres fenómenos existen. El hecho de que en la realidad correspondan a lo que individuos diferentes piensan que son, sólo puede ser probado por una investigación y una disposición sistemática de los hechos. Lo que traté de hacer en relación con la experiencia precognitiva tenía ese sentido. Personalmente, pienso que es necesario introducir modificaciones drásticas en nuestras ideas sobre la naturaleza del tiempo. Solamente entonces comprenderemos la precognición y otros fenómenos paranormales. Tales modificaciones ocasionarán transformaciones drásticas de nuestros puntos de vista sobre el comportamiento y la experiencia en general. Quizás esto permita esclarecer un tanto algunos fenómenos fundamentales en psicología y en psiquiatría y, en resumidas cuentas, la naturaleza de los procesos biológicos.

Profesor John E. Orme

7

El futuro al encuentro del presente

¿Había sido anunciado el terremoto que destruyó Messina el 28 de diciembre de 1908? ¿Y la guerra de 1914? ¿El atentado de Sarajevo fue visto en sueños? Desde premoniciones de orden general hasta el conocimiento de anécdotas precisas, una facultad psi se despliega en ciertos individuos, y esta facultad nos conduce «al umbral de un modo desconocido», como escribió Alexis Carrel en El hombre, ese desconocido.

Si bien existen clarividentes o metagnomos que no utilizan método alguno para obtener conocimientos paranormales, hay otros que emplean objetos —cartas, marcas de café, bola de cristal, etc.— que vienen a ser soportes de sus facultades psi y a través de los cuales desencadenan un mecanismo desconocido. Es inútil insistir en el hecho que muchos de estos últimos individuos, al no lograr sistemáticamente un conocimiento paranormal, recurren al fraude para ampliar sus «poderes», sobre todo cuando se convierten en profesionales del género.

Si bien estamos bastante informados sobre la percepción del pensamiento de un individuo como resultado de la concordancia que puede establecerse entre dos cerebros, no ocurre lo mismo respecto del pre-conocimiento del futuro, ya se trate de presentimientos personales, de premoniciones o de predicciones que deban cumplirse en un período de tiempo más o menos amplio.

Por extraordinarios que parezcan estos hechos, no son menos exactos y plantean problemas que, hasta hoy, siguen siendo insolubles.

Vamos a dar algunos ejemplos:

Como consecuencia de un duelo a espada con Georges Vanor, Catulle Mendes recibió una profunda herida en el abdomen. Escapó milagrosamente a una peritonitis y, cuando lo felicitaban por tan inesperada curación, respondió: «Yo sabía que no había sonado mi última hora. Moriré como resultado de un accidente en un lugar muy oscuro.»

Algunos años más tarde, caía de un tren en el túnel de Saint-Germain.

Mientras visita al pintor Le Sidaner, el poeta Verhaeren se pone repentinamente muy triste; mira los cuadros de su amigo y le dice: «Me lleno los ojos de ellos, porque no los volveré a ver.» Y como Le Sidaner intenta consolarlo, le dice: «Es inútil. Ya recibí el aviso.» Algunas semanas más tarde, el gran poeta belga moría aplastado por un tren en la estación Ruán.

Una premonición muy interesante es la que nos cuenta el profesor Charles Richet, relativa al asesinato del archiduque Francisco Ferdinando en Sarajevo, el 28 de junio de 1914:

Joseph de Lanyi, obispo de Grosswardein, sueña en la madrugada del 28 de junio (a las 4 h) que ve sobre su escritorio una carta con ribete negro y el escudo del archiduque. (Lanyi había sido profesor de húngaro del archiduque.) Entonces, siempre en su sueño, el obispo abre la carta y en el encabezamiento ve una calle que desemboca en una callejuela. El archiduque está sentado en un coche con su mujer: frente a él, un general, y sentado junto al chófer, un oficial. Alrededor del vehículo hay una muchedumbre, y de ella salen dos jóvenes que disparan sobre sus altezas reales. En cuanto al texto de la carta, era el siguiente:

Querido doctor Lanyi, os anuncio que acabo de ser, junto con mi mujer, víctima de un crimen político en Sarajevo. Nos encomendamos a vuestras oraciones. Sarajevo, 28 de junio, 4 h de la mañana.

«Me desperté temblando, dice Joseph de Lanyi; vi que eran las 4 y 30 y escribí mi sueño reproduciendo la forma de las letras que me habían aparecido en la carta del archiduque.

A las 6, cuando entró mi criado, me encontró sentado en mi escritorio, temblando y diciendo el rosario. Le dije: «Llamad a mi madre y a mi huésped; quiero contarles el sombrío sueño que tuve.»

Durante el día me llegó un telegrama anunciándome la terrible noticia.»

Se trata en este caso de una premonición en sueños, cuyos detalles son sumamente precisos, salvo el dato de los disparos simultáneos, porque en realidad se le arrojaron bombas en dos oportunidades.

Otra premonición referente a la guerra de 1914 y publicada en la *Vie Nouvelle* (febrero-marzo de 1914), nos viene de una modesta campesina que, en un estado de trance, habló como si fuese Juana de Arco, guía de Francia.

«Dentro de muy poco una masa de enemigos invadirá Francia por el Noreste (en relación a Domrémy). A causa de su número y de que Francia ignora sus proyectos, entrarán triunfalmente. En el momento en que esta invasión se produzca, nuestros batallones estarán lejos de suponerlo. Esto sucederá por la frontera N.—E. que da sobre dos departamentos. La masa invasora será

tan grande que ocupará varias poblaciones pertenecientes a otro departamento. Habrá que ceder. El Norte y el Este sufrirán mucho. El enemigo descenderá en línea recta paralelamente a la frontera.»

La vidente describe luego una batalla en torno a un lugar amurallado (tal vez Verdun), agregando: «el enemigo encontrará el lugar tres veces más protegido de lo esperado.» Después añade: «Pero Francia no está sola; la violación de un territorio neutral ha disgustado a otras potencias; porque resulta evidente que esta violación obedece al proyecto de tomar posesión de un territorio para tener un paso directo a Francia... La voz de las potencias aliadas se hará oír, pero el enemigo la ignorará... persistencia del enemigo en actuar en territorio neutral igual que en país conquistado. En adelante, la lucha seguirá en esa pequeña nación y será sangrienta.»

Por último, tras unos pasajes un tanto oscuros, agrega: «El enemigo se doblega, no obstante la reprobación de sus jefes. Ya no se trata de desaliento, sino de consternación, de agotamiento; ya nadie se defiende. Se dejan matar; es el fin.

Los franceses y sus aliados se reunen para plantear las bases de una paz equitativa, con la aspiración de unir a todas las naciones en un común sentido de justicia y fraternidad.»

La vidente ha visto la *Sociedad de las Naciones* cuatro años antes de que se constituyera y la guerra con todas sus peripecias, seis meses antes de su desencadenamiento.

El terremoto que destruyó Messina fue anunciado por una dama de la aristocracia romana el 2 de diciembre de 1908 para el 8, el 18 o el 28 de diciembre siguiente.

Envió una carta al rey de Italia estableciendo estas fechas. Ahora bien, Messina fue destruida por un terremoto el 28 de diciembre.

En esta clase de previsiones, fijar la fecha del acontecimiento es algo muy excepcional.

Comparando esta premonición con la referente a la destrucción de Alep y Antioquía en 1922, resulta también muy curiosa.

En 1922, mientras el señor Wolff asistía en Alep a una cena en la que se hallaban presentes Barker, de Lesseps, y Maseyk, cónsul de Dinamarca, se comentó divertidamente una carta escrita por Lady Stanhope a Barker, recomendándole que no fuese a Alep porque muy pronto sería destruida, de acuerdo a una comunicación profética que hiciera un francés M. Lusteneau. Pero en aquella reunión, solo se bromeó al respecto. Algunos días más tarde, un espantoso temblor de tierra ocasionó 6000 muertos, destruyendo Alep y Antioquía. Barker se salvó por milagro.

Uno de los ejemplos más notables de conocimiento anticipado del futuro es el que nos cuenta el Dr. Tardieu, de Mont-Dore. En el mes de julio de 1869, mientras paseaba en el jardín de Luxemburgo con su amigo Sonrel, de profesión astrónomo, éste le hizo una predicción. En efecto, Sonrel ve la guerra de 1870, la rápida derrota, y luego su propia muerte. Enseguida ve a su amigo Tardieu encargándose de sus hijos, estableciéndose en la vida, dedi-

cándose a la política. Y tras haber hecho referencia a otros acontecimientos (todos los cuales se realizaron), exclama: «¡Ah, la veo salvada, llega hasta el Rhin! ¡Oh, Francia, triunfas!».

En 1912, al término de un experimento científico que le había predicho Sonrel cuarenta y tres años antes, el Dr. Tardieu pensó que había estado cerca el momento en que Francia se pondría una vez más a prueba. En abril de 1914, le comunicó al Dr. Ch. Richet toda la predicción de su amigo, informándole además de aquellas que ya se habían cumplido.

Otro mensaje de premonición igualmente notable atañe a las predicciones extraordinarias hechas en el transcurso de la última guerra ruso-polaca por la señora Przybylska. El 10 de junio de 1920, el 6 de julio, el 12 de julio, el 21 de julio, el 6, el 14 y el 19 de agosto, todas las peripecias de la batalla son anunciadas por anticipado y el último mensaje, del 19 de agosto, es el siguiente: «Dentro de un mes habrá grandes victorias y un nuevo desastre de los bolcheviques. Completa derrota de los enemigos.» Tal fue, en efecto, la victoria de Rovno.

Nos preguntamos cómo es posible que puedan tenerse esas precogniciones, años, meses o días antes de que se cumplan.

He aquí otra curiosa premonición.

En junio de 1938, el señor Labadié informa que un médium especializado en la videncia, el señor Charley, anunció en Canes, en presencia de un grupo de personas:

—«Del 28 de agosto al 28 de septiembre, será el *caos (sic)*

—¿Qué quiere decir con eso?

—El caos de un cubilete de dados. El 28 de septiembre, los gobiernos vuelcan el cubilete...

—¿Y entonces?

—No habrá guerra, lo aseguro.»

A pesar de ello, el 27 de septiembre, a dos pasos de la frontera italiana, el señor Labadié preparó las maletas de dos niños que estaban a su cargo. A las nueve, mensaje de otro médium: «No habrá guerra, Mussolini es nuestro amigo...»

El 28, sin embargo, qué angustia hasta que la radio anunció el acuerdo final de Munich.

Y es en este punto tendríamos que preguntarnos si, apoyándose en las ciencias conjeturales, acaso no existiría una «Astrología subconsciente» mediante la cual estos videntes leerían el destino de algunos de sus semejantes o preveerían acontecimientos tales como una guerra, una victoria, o accidentes, por ejemplo automovilísticos (predicción hecha al Dr. Osty, y que se cumplió exactamente en las condiciones pronosticadas).

Agreguemos estos hechos al siguiente caso, sumamente interesante, expuesto por el Dr. Subert.

Participaron el profesor C., su mujer, su hermano y el señor Treyve, conocido radiestesista.

Habían convenido en que la señora C., permanecería con el señor

Treyve en su despacho y que el profesor C. y su hermano irían a la ciudad, donde cada uno haría compras por un valor que no excediera los 500 francos. En principio, debían elegir un café y esperar allí las 3 de la tarde, hora a partir de la cual saldrían de compras. El experimento fue decidido a las 14 horas. La señora C. y el señor Treyve tendrían que indicar en un papel el costo de cada objeto y la hora en que fue comprado; a las 14 h 45, es decir un cuarto de hora antes de que el profesor y su hermano empezaran sus compras, tenían que poner ese papel en un sobre.

Los resultados fueron los siguientes:

La señora C. indicó que su cuñado empezaba por comprar un objeto de 4,51 francos, luego su marido uno de 15,50 francos. El Sr. Treyve escribió que M. C. hacía una compra de 4,80 francos a las 15 h 10, y que el profesor compraba algo por valor de 15,50 francos, igual cifra que la indicada por la señora C.

En realidad, el profesor había hecho una compra de 15,50 francos y M. C. de 5,10. Por lo tanto, el acierto era completo en relación al profesor y un error de 0,30 francos cometido por el Sr. Treyve y de 0,60 francos de parte de la señora C. respecto de M. C.

Además de la hora de la compra, el Sr. Treyve indicó exactamente el café donde esperaron los compradores y también la calle donde se hallaba el comercio.

Por consiguiente, el experimento había sido casi un éxito total.

Ante tales hechos, ¿en qué queda la libertad humana?

Las conclusiones de Alexis Carrel

En este tipo de revelaciones de un futuro más o menos próximo en el tiempo, ya no cuentan recuerdos de sistemas dinámicos vividos y conservados en el cerebro; ya no cuentan las realidades pasadas o presentes que pueden ser explicadas por comunicación entre psiquismos, o por acuerdos de resonancia; lo que cuenta son *realidades futuras,* en estado actual de *nada.*

Hasta ahora, el cerebro humano era para nosotros un órgano receptor de sensaciones actuales. Ahora bien, a ciertas personas, premoniciones y advertencias les dan a conocer realidades aún inexistentes; a otros, premoniciones y advertencias les sugieren acontecimientos a cumplirse en fecha más o menos próxima, los cuales se cumplen exactamente igual a como han sido previstos.

«Algunos individuos, dice Carrel, parecen susceptibles de viajar en el tiempo. Los clarividentes no sólo perciben los acontecimientos que se producen a lo lejos, sino también sucesos pasados o futuros. Se diría que su conciencia proyecta sus tentáculos ya en el tiempo, ya en el espacio, con la misma facilidad. O bien que, libre del *continuum físico,* ella contempla el pasado y el futuro, así como una mosca contemplaría un cuadro si, en lugar de marchar sobre su superficie, volase a cierta distancia de él.

»Los aciertos derivados de la predicción del futuro nos conducen a las

puertas de un mundo desconocido. Hasta parecen señalar la existencia de un principio psíquico capaz de evolucionar fuera de los límites de nuestro cuerpo.[18]»

Para los espiritistas, algunos de estos fenómenos son la prueba de la supervivencia de la conciencia después de la muerte. Según Broad, después de la muerte no persistiría el espíritu, sino un facto psíquico capaz de injertarse temporariamente en el organismo de un médium, y cuya existencia sería, pues, transitoria. Pero esta explicación no nos revela por qué un clarividente es capaz de aprehender igualmente el pasado y el futuro.

Y en este punto, no podemos menos que preguntarnos, con el Dr. Osty: «¿Posee el cerebro humano propiedades fisiológicas que superan en calidad todo cuanto hemos podido imaginar hasta ahora? ¿O es capaz de producir todas las manifestaciones del pensamiento humano?»

Perturbador enigma, al cual no se ha respondido satisfactoriamente.

¿Cómo es posible, en efecto, imaginar la transmisión de pensamiento, la proyección del pensamiento de un individuo en un cerebro vecino o lejano para establecer ese misterioso acuerdo de resonancia que crea una comunicación entre los dos psiquismos?

Según Carrel, no es seguro que los fenómenos telepáticos obedezcan a la propagación de un agente físico en el espacio. «Hasta es posible, dice, que no haya contacto espacial alguno entre dos individuos que entran en comunicación. En efecto, sabemos que la mente no está completamente incluida en las cuatro dimensiones del *continuum físico.* En consecuencia, se halla simultáneamente en el Universo material y en otra parte. Se introduce en la materia por intermedio del cerebro y se prolonga fuera del espacio y del tiempo, como un alga que se pega a una roca y deja flotar su cabellera en el misterio del océano. Es posible decir que una comunicación telepática consiste en un encuentro, más allá de las cuatro dimensiones de nuestro Universo, de partes inmateriales de dos conciencias.»

Por el momento, habría que seguir considerando que las comunicaciones telepáticas son producto de una extensión del individuo en el espacio.

Como vemos, todas estas teorías eliminan la hipótesis espiritista.

Porque si, en efecto, en la mayor parte de los hechos que se mencionan de revelaciones *post mortem,* la revelación parece, para algunos, provenir de un espíritu, lo evidente es que se trata de una «personificación» que el sujeto tiene tendencia a hacer intervenir, conforme a sus creencias latentes, y no de una realidad en sí misma.

Con todo, hay una hipótesis intermedia: no se trataría de la personalidad real del difunto, sino de *algo* que éste dejó en el ambiente, algo que se adheriría especialmente a objetos que hayan estado en contacto con una persona.

18. Carrel: *L'homme cet inconnu.*

Procedimientos empleados por los médiums para provocar el trance

Los clarividentes, metagnomos, bien entrenados, no suelen tener necesidad de ningún procedimiento accesorio para poner en acción su facultad de «doble vista».

Otros, como las que dicen la buenaventura, utilizan el poso de café, una clara de huevo en un vaso de agua, un mazo de naipes, raíces, huesos, una bola de cristal, etc.

El radiestesista que «lee» un mapa o una fotografía y que ejerce así facultades metafísicas o la intuición, utiliza el péndulo, que a nuestro juicio le sirve para fijar su atención y el inicio de su relación o entendimiento con el suelo, o con un individuo más o menos distante. En tales casos, es muy probable que los que tengan éxito en sus experimentos sean a menudo individuos metagnomos. Ya hemos visto que algunas personas señalan con toda claridad las sensaciones que experimentan cuando «enganchan». En zahoríes y radiestesistas, hemos podido establecer que se producen ciertas modificaciones fisiológicas o motrices cuando el operador se hallaba encima de una circulación de agua, o en presencia de una radiación que detectaba. Así fueron comprobados estremecimientos en las pantorrillas, en los músculos del brazo, en la cara, etc.

Dadas las relaciones existentes entre el sistema nervioso periférico y el cerebro, nos hemos preguntado si la excitación de algunas zonas cutáneas no sería susceptible de provocar fenómenos psíquicos de doble vista, de desdoblamiento de la personalidad, de lectura de pensamiento, acuerdo de resonancia entre dos cerebros situados lejos o cerca uno del otro. Si resolviéramos el problema por la afirmativa, lograríamos explicar ciertos fenómenos metafísicos cuya solución aún desconocemos.

Hechos tan innegables como la transmisión de pensamiento, la premonición, la toma de conciencia paranormal semejantes a los que hemos analizado, llevan fatalmente a los investigadores más apasionados a preguntarse si leyes ignoradas presiden esas manifestaciones de un psiquismo exaltado; y también si no sería posible provocar dichos estados anormales, así como podemos provocar el sueño hipnótico mediante un procedimiento físico, actuando sobre el sistema nervioso o los órganos de los sentidos.

Doctor Albert Leprince

8

Los errores de los clarividentes

La percepción extrasensorial sigue caprichosos caminos. La constatación de sus aciertos debidos al conocimiento del futuro o a la detección del pensamiento de otro individuo mediante la telepatía, no es razón para encubrir la existencia de numerosos errores. Estos errores se forman, también ellos, a lo largo de un camino complejo e interesante de conocer. «Nada hay más curioso que seguir su destino durante las sucesivas sesiones, escribe el Dr. Eugène Osty. Se asiste entonces a la rectificación de errores anteriores, a su amplificación o a su supresión.»

En este capítulo, el autor se consagra también a demostrar que los clarividentes, los metagnomos sometidos a tests en el laboratorio establecen, con las personalidades que van a descubrir por vías paranormales, intercambios psíquicos que resultan más o menos fructuosos según los individuos. Así, el conocimiento del futuro personal alcanza un grado de precisión muy variable. Todo sucede como si el clarividente extrajese de la personalidad que va a estudiar los elementos descriptivos de su futuro.

Si hay un fenómeno difícilmente aceptable, y en general decididamente rechazado, éste es el del conocimiento anticipado del futuro. Nuestras mentes atiborradas de prejuicios le oponen sus creencias e ilusiones, sin darse cuenta de que, al hacerlo, retrasan inoportunamente el estudio positivo de la manifestación de la vida más cargada de consecuencias y descubrimientos útiles.

El fenómeno del «pre-conocimiento del futuro» predomina sobre todos los fenómenos que corresponden a esta rama de la ciencia llamada metafísica.

mientras están despiertas o cuando sueñan. Estos hechos atañen al método histórico, a la encuesta. Lo único que puede resultar de ello, es una convicción más o menos acentuada de la probabilidad del fenómeno. No es posible esperar una demostración absoluta, y aun menos una explicación.

Si solamente contáramos con la «fenomenología accidental» del preconocimiento, mucho podríamos temer que este fenómeno nunca llegue a ser objeto de la ciencia.

Pero hay personas dotadas de la facultad de conocer por adelantado el futuro, cuya acuidad perceptiva es variable. En algunos esta facultad es bastante fuerte y habitual, de modo que el fenómeno llega a ser fácilmente observable y provocable, diríamos, a voluntad. Gracias a dicho tipo de facultad ha sido posible la experimentación. Por supuesto, nos hallamos siempre ante lo muy complejo, pero para ello contamos con el método experimental y con la certeza, por poco que seamos prudentes y desprejuiciados, de que no intelectualizaremos la naturaleza y que avanzaremos en la exploración de esa parte de lo desconocido.

Admitiendo que hay seres capaces —en ciertas condiciones psicológicas— de percibir, por un proceso mental todavía ignorado, jirones del futuro, inaccesibles a nuestros sentidos habituales y a nuestra razón, podemos asignar dos objetivos a dicha facultad:

Adquirir un conocimiento anticipado de los acontecimientos futuros, *del porvenir en general.*

O de acontecimientos que conciernan a tal o cual *individualidad humana.*

Esta diferenciación es necesaria. Tiene una importancia mayúscula. Hasta podemos decir que es absolutamente necesaria. Y diremos por qué.

El pre-conocimiento de sucesos colectivos, o extra-humanos, es muy difícil de verificar. Los pocos hechos citados en los textos metafísicos han sido fortuitos o casi fortuitos. Por lo que sé, no se llevaron a cabo experimentos provocados que hubieran dado resultados positivos indiscutibles. Yo mismo hice muchos intentos en ese sentido. Aún cuando no pueda juzgarlos en su totalidad a falta de la necesaria perspectiva, estoy en condiciones de adelantar que en su mayor parte han sido decepcionantes. Individuos que hicieron notables pronósticos verdaderos para los casos individuales, quedaron en falsos profetas para «lo general» y con una constancia tal en el error que mi experiencia personal me fuerza a pensar que, si bien la precognición del *porvenir en general* es una posibilidad humana, sólo lo es para un número sumamente limitado de personas y en casos excepcionales. De manera que si no disponemos sino de este tipo de pre-conocimiento, a menos que un día aparezca un individuo excepcional y especialmente dotado, una vez más tendríamos que temer que el pre-conocimiento del futuro nunca pase a formar parte de la ciencia.

Añado a esto que, desde ese punto de vista, no hay que lamentar demasiado la situación actual de las cosas, porque esta categoría del preconocimiento nunca nos conducirá a la explicación progresiva de su determinismo, explicación que constituye el objetivo realmente científico. En el mejor de los casos, lograríamos hechos positivos que probarían la existencia de

No dudamos de que dicho fenómeno participe de los otros, ya que todos constituyen diversos aspectos de las propiedades psíquicas y físicas, cuya naturaleza es ignorada, del ser humano, pero, como intentaré demostrarlo más adelante, los supera por la intensidad del trastorno que ocasionará en nuestras ideas el día de su entrada oficial en la ciencia. No vacilo en decir enseguida que, gracias al estudio progresivo de este fenómeno, quizás lleguemos a comprender lo que es el psiquismo humano y lo que representa en el universo la individualidad humana.

¿Qué debemos entender por «pre-conocimiento del futuro»? No estará de más una definición. De todos modos, es preciso que haya una, ya que muchas fueron las objeciones interesadas que se alzaron contra este fenómeno, tantas que se llegó a crear la confusión sobre la significación de las palabras.

Para mí, «pre-conocimiento del futuro» significa: el hecho de adquirir, por medios informativos hasta ahora desconocidos, un conocimiento de los acontecimientos futuros en condiciones tales que el ejercicio racional de la inteligencia basado en el aporte de los sentidos conocidos no recibiría información alguna.

Esta definición elimina cualquier clase de previsión del futuro elaborada por la razón humana, ya sea cuando calcula el porvenir según datos del presente, o bien cuando proyecta en el futuro sus observaciones del pasado.

Acumular sin cesar y siempre hechos fortuitos relacionados con presentimientos y premoniciones, no significa efectuar un estudio.

Tampoco lo es provocar el fenómeno pre-conocimiento del futuro utilizando una persona dotada de esta facultad, ni consignar por escrito sus palabras o comparar más tarde las informaciones premonitorias con lo que se cumple, ni tampoco, basándose en textos y circunstancias, esforzarse para imaginar la fuente de este pre-conocimiento.

Para que haya investigación científica real, es decir marcha progresiva en la explicación del determinismo del fenómeno, es preciso que haya *experimentación.* La institución de experimentos que hagan variar indefinidamente las condiciones en que se produzca el fenómeno es el único medio de arrebatar su secreto a la naturaleza.

Puesto que no aplicaron al estudio de este fenómeno el proceso experimental, los metafísicos se quedaron durante cincuenta años en el estado inicial: el de la simple constatación del fenómeno, al que además rodearon, imprudentemente, de explicación meramente fantasiosa. Tal razón del destino singular de este fenómeno: aunque ha sido muy estudiado, su existencia sigue siendo negada.

Con la ayuda de las nociones adquiridas en la práctica experimental pura, me propongo enseñar aquí, de la manera más sucinta posible, lo que es necesario saber para demostrar, experimentalmente, la existencia del fenómeno de pre-conocimiento del futuro.

Pongamos de lado el aspecto accidental, el no susceptible de ser provocado voluntariamente, es decir los hechos espontáneos relacionados con el preconocimiento: presentimientos y premoniciones que tienen algunas personas

la propiedad humana de conocer por anticipado, pero seguiríamos ignorando como antes de dónde le llegaron al individuo dotado sus informaciones premonitorias.

Por los dos motivos expuestos, desde el comienzo nos vemos obligados a eliminar de la investigación experimental esta categoría de fenómenos, la más rara, la más aleatoria y menos instructiva.

Nuestro estudio enfocará entonces el pre-conocimiento *del devenir individual humano.* Se trata, pues, de una verdadera experimentación, porque una serie de experimentos conduce, conforme a una corriente lógica, a otra serie diferente de la precedente por sus condiciones propias, y así sucesivamente.

Así como son raras las personas dotadas del poder de conocer por anticipado el futuro en general, los individuos capaces de percibir el futuro de sus semejantes son relativamente escasos. Por otra parte, el proceso psicológico no es el mismo en los dos casos.

Además, cuando se trata del pre-conocimiento del futuro de un ser humano, el fenómeno es estudiado con arreglo a dos factores humanos interesados en que se produzca. Se observan las variaciones de las informaciones proporcionadas en correlación con las variaciones psicológicas, físicas y fisiológicas del individuo metagmono y de la persona que hace de objetivo, variaciones que es posible provocar voluntariamente.

Ya el simple estudio experimental de este fenómeno, efectuado a través de las variaciones de las condiciones psicológicas, nos lleva a descubrimientos que amplían extrañamente el campo de estudio de la psicología y transforma completamente el aspecto de esta ciencia.

Las ideas nacidas de esta práctica, que expondré seguidamente, serán únicamente aquéllas requeridas para el doble fin de este artículo: aprender cómo se obtiene experimentalmente el fenómeno de pre-conocimiento y exponer cuáles son los caminos que dicho fenómeno abre a la investigación.

Lo que es preciso saber antes de estar experimentalmente seguro de la realidad de la precognición

Me parece útil comenzar por algunos consejos. Nuestra educación científica, filosófica, social, etc., nos ha colmado de tenaces, poderosos prejuicios, es decir de cuanto es necesario para estancarnos en la negación en nombre de los principios; esta educación nunca ha puesto en nosotros algo que nos incline o predisponga a comprender. Para nuestras mentes, es un mundo nuevo. Tengamos, pues, el respeto debido a la naturaleza, quiero decir: mirémosla tal como es y evitemos caer en la fantasía de verla de otro modo que como realmente existe.

En caso que las nuevas comprobaciones no se adapten a nuestros sistemas intelectuales, estemos siempre dispuestos a cambiarlos, ya que no podemos cambiar la naturaleza. Puesto que se trata de saber sin lugar a dudas si el cono-

cimiento anticipado del futuro es o no una posibilidad de la mente humana, dediquémonos sólo a esa finalidad y dejemos de lado, al menos provisoriamente, todos los principios en cuyo nombre tomamos una actitud hostil ante un fenómeno que pertenece a la vida. Seamos, pues, intelectualmente neutrales. No hay mejor posición que ésta para observar bien y para sacar el mejor provecho posible de lo que constatamos.

También pido a quien se resuelva a abordar el examen de este fenómeno, que abandone otro prejuicio, el más peligroso, porque se pega durante mucho tiempo a la mente, en tanto que los otros prejuicios se borran rápido. Este prejuicio es el del «inconsciente clásico», en cuyo nombre encerramos indebidamente en límites artificiales y estrechos la humana capacidad de conocer.

Este prejuicio científico sugiere a los psicólogos, físicos y fisiólogos que el fenómeno de pre-conocimiento del futuro no es posible; los aleja de un campo de trabajo respecto del cual sus mentes no intentarán calcular su fecundidad.

Este prejuicio sugiere a los metafísicos, seguros de la realidad del fenómeno, que la fuente de informaciones premonitorias no está en el ser humano. Durante cincuenta años buscaron fuera del ser humano. Al no encontrar nada, su comportamiento difirió de acuerdo a sus tendencias intelectuales. La mayoría, incapaces de resignarse a un signo de interrogación, disimularon la nada de sus investigaciones con hipótesis que nunca dejaron de ser estériles. Otros, enemigos de la fantasía, desecharon la investigación y pensaron que había que contentarse con acumular los hechos y dejar a las generaciones futuras la misión de explicarlos.

Este prejuicio del «inconsciente clásico», tal como los psiquiatras lo concibieron mediante una síntesis de sus observaciones, es ubicuo y sabe ocultarse muy bien. Sin duda, configura el gran obstáculo al progreso del estudio del psiquismo humano.

Pues no es cierto que el panpsiquismo sólo lo integran la «conciencia» y el «inconsciente» clásicos. Hay otra cosa, más importante, más esencial quizás, que el mundo universitario, dispensador de la enseñanza y por ello constructor de la opinión común, ignora y se resiste a constatar.

Cuando William James decía: «Vivimos en la superficie de nuestro ser», estaba diciendo que nuestra vida práctica no necesita más que el trabajo funcional del pensamiento basado en los aportes de nuestros cinco sentidos, pero que detrás de esas capas funcionales está lo principal del psiquismo, constituyendo su naturaleza fundamental. De la observación del fenómeno se deduce, irrefutablemente, que existe, en estado latente y susceptible de realizarse en ciertas condiciones, la facultad de conocer por otros medios informativos que los sentidos conocidos, por otros procedimientos mentales que aquéllos inherentes a la lógica racional.

Según la óptica universitaria y psiquiátrica, el «inconsciente» de hoy es la función del pensamiento fuera de la atención y la aceptación —especie de nivel funcional de pensamiento donde se elaboran las ideas— de las construcciones imaginativas multiformes y de los sentimientos, en la interacción y los

conflictos de los estados afectivos, de las tendencias mentales constitucionales y adquiridas, de los impulsos instintivos, de los despertares de la memoria, de las incesantes sugestiones del exterior: especie de fabricación de ideas y sentimientos entregada a la actividad específica del cerebro, la cual es dirigida por incitaciones exógenas o endógenas.

Ahora bien, nunca será suficiente repetir que esta función subconsciente del psiquismo agregada a la función llamada consciente, no representa sino lo que han observado hasta hoy los psicólogos del pasado, que exploraban la conciencia por análisis introspectivo, y los psiquiatras de nuestro tiempo, que observan, en calidad de médicos, las perturbaciones patológicas del pensamiento.

El fruto obtenido en semejantes condiciones de observación no es precisamente una suma de saber en cuyo nombre se puede juzgar si es o no posible el fenómeno de «precognición del futuro» ni creerse provisto de suficientes nociones en relación al estudio del fenómeno.

Quien desee entregarse al estudio experimental del fenómeno de preconocimiento del futuro debe, para no encontrarse de inmediato en un callejón sin salida, liberar su mente de ese dogma limitativo de la facultad de conocer. También en este caso debe ser neutral.

Cuando ponemos sucesivamente ante un individuo metagnomo [19] a un número indeterminado de personas tomadas al azar, comprobamos que la facultad de percepción paranormal del individuo metagnomo, por dotado que sea y en las mejores condiciones para su ejercicio, no rinde igual respecto de todos los individuos. No tiene el mismo conocimiento de las características de una persona y de su vida pasada, es decir de cuanto es inmediatamente verificable. Algunos individuos «favorecen» el fenómeno metagnómico, otros lo «esterilizan», con todas las variaciones posibles entre estos dos extremos.

Esto lo podemos comprobar en cualquier momento, cualquiera sea el número de personas que sirva como objetivo a la metagnomia.

Dicha comprobación se ve confirmada y completada por otra forma de experimentación, consistente en no limitarse a emplear a un solo individuo para muchas personas, sino en poner a una persona, en sucesivas sesiones, ante diversos individuos metagnomos. Entonces comprobaremos que una misma persona obtiene un rendimiento metagnómico de calidad y cantidad que difiere según el individuo utilizado e independientemente del valor del conocimiento paranormal de dicho individuo. Un rendimiento metagnómico excelente con tal individuo, es nulo con tal otro, o varía entre estos dos extremos.

De estas importantes constataciones, se infiere que la información metagnómica, que varía conforme a las variaciones del individuo metagnomo y de la personalidad-objetivo, es el producto de estos dos factores humanos.

Si, en iguales condiciones de experimentación, observamos luego cómo se conducen —sólo en el sentido de la precognición del futuro individual— los individuos metagnomos y las personalidades-objetivos empleados, veremos que sucede exactamente lo mismo.

19. Que posee la facultad de conocer más allá de lo común.

Con respecto al conocimiento paranormal del futuro y al mero hecho de llevarlo a cabo, el rendimiento metagnómico varía según la pareja psíquica convocada. Un individuo determinado, que efectúa excelentes premoniciones en relación a una persona determinada, se muestra incapaz de hacer una predicción verdadera en relación a otra persona.

Esa persona que obtiene buenas premoniciones de ese individuo metagnomo, sólo obtiene errores o nada de otro.

Tal es lo que nos dice la experimentación, algo sumamente claro para aquel que ha logrado erradicar de su mente los prejuicios de su época. La experimentación muestra nítidamente que es en la persona de la cual tiene que revelar el futuro donde el metagnomo toma, en una colaboración intermental y aún oscura para nosotros, sus informaciones premonitorias.

Una lógica rigurosa nos impone esta otra conclusión: si un individuo halla en otro el conocimiento de su futuro, es porque cada ser humano posee un nivel de pensamiento que conoce su futuro; este nivel de pensamiento posee otros medios de conocer además del consciente y del subconsciente hasta ahora conocidos y universalizados.

He reproducido aquí, simplificándolas, estas ideas surgidas exclusivamente de la práctica, porque, como lo veremos más adelante, son la llave que nos abre un camino hacia un mundo nuevo de investigaciones. Por lo demás, si las ignoramos, no podría demostrarse científicamente el fenómeno de conocer por anticipado el futuro de un individuo, ya que sin ellas todo vuelve a la sombra.

Es preciso saber, pues, que hay personas cuyo devenir es fácil de ser revelado por los individuos metagnomos realmente dotados, y otras para quienes es necesario buscar el individuo metagnomo propicio; pero también debemos saber que hay personas a las que casi ningún metagnomo, o directamente ninguno, podrá predecir su futuro. El desconocimiento de estas variantes pondría en tela de juicio el resultado de una verificación experimental que se limitara a emplear un solo individuo metagnomo para una o dos personas.

El conocimiento paranormal del futuro es más excepcional que el del pasado

Detrás de este determinismo psicológico del fenómeno metagnómico con objetivo humano, intuimos el determinismo psicofísico que lo condiciona. Y de este psicofísico intermental, subyacente en las manifestaciones psicológicas, la experimentación cobra un aspecto diferente al que tendría si el individuo metagnomo, como se creyó hasta ahora, fuera el único productor humano de la precognición para todas las personas que se le determine, precognición cuyos elementos que proveen la información serían tomados por su mente vaya a saber dónde. A la luz de estas reflexiones, todas las desconcertantes rarezas que constataron los metafísicos y a través de las que pasaban sin detenerse a exami-

narlas, de hipótesis en hipótesis, encuentran así una primera explicación. Esas aparentes rarezas no son sino los corolarios de la colaboración intermental que los hechos demuestran. Y es preciso conocerlas y comprenderlas, ya que son aspectos diversos del determinismo del fenómeno.

El hecho de que para un individuo, metagnomo, dado, tal persona se haya mostrado «propicia» para la detección de su personalidad y su vida pasada, no significa necesariamente que le sea «propicia» para la detección de su porvenir. En efecto, hay muchas personas que obtuvieron, de algunos individuos, una abundante metagnomia de lo ya vivido, en tanto que sólo hubo errores respecto de su futuro.

Es preciso saber que las parejas mentales (individuo metagnomo y personalidad-objetivo) que por su colaboración intermental provocan el fenómeno de precognición, son mucho más excepcionales que aquellas que provocan el conocimiento de la vida pasada. De tal modo, para un individuo dado, hay personas «propiciadoras» de la metagnomia de su pasado, que resultan «esterilizantes» para la metagnomia de su devenir.

Esta constatación, muy frecuente en la práctica experimental, nos sugiere con insistencia que el substrato físico del nivel psíquico trascendente no es el mismo que el de los niveles superficiales (consciente y subconsciente clásicos), y que se requiere un acuerdo psicofísico especial para que aparezca el nivel trascendente de la persona elegida para ser detectada.

En la numerosa categoría de personas «propiciadoras» del pasado y «esterilizadoras» del futuro (como asimismo del pasado no registrado sensorialmente, que no trataremos aquí), los individuos metagnomos, intimados a detectar su porvenir, no se quedan siempre cerebralmente inertes. A menudo surgen informaciones en su consciente, exactamente como ante personas que favorecen el presagio, pero estas informaciones no son sino falsas premoniciones.

No hay nada más instructivo que estudiar, en sesiones sucesivas, la génesis y evolución de esos errores. En general, son fáciles de analizar.

En efecto, no suelen ser meras construcciones de la imaginación de los metagnomos, sino el producto de la detección de creencias, deseos, temores, proyectos, concepciones diversas, etc. que pueblan el psiquismo de las personalidades-objetivos y trabajan, en su capa superficial, consciente o inconscientemente, sobre los datos aportados por los sentidos. Si en ocasiones ocurre que lo transcurrido en la vida conduce a un suceso ajustado a esos cálculos del futuro, entonces hay una apariencia de verdadera premonición; ciertamente hubo una afortunada concordancia entre lo conjeturado y una parte del futuro real. Mucho más a menudo el falso presagio aparece como tal en el tiempo que sigue, y el experimentador advierte con exactitud que el individuo metagnomo había aprehendido en la persona designada para ser detectada «realidades mentales» que no correspondían a ninguna realidad exterior. De estas sesiones productoras de falsas premoniciones los psicólogos suelen aprender mucho sobre el subconsciente (clásico) de las personas objeto de metagnomia. Cuando la psiquiatría sepa utilizar a los individuos metagnomos, hallará en ellos maravillosos elementos de psicoanálisis.

La detección defectuosa de la metagnomia, que trabaja, diríamos, en la superficie de los psiquismos, da lugar a las sesiones más interesantes en apariencia. El individuo dotado aprehende perfectamente las características morales, intelectuales y sociales de la personalidad para detectar; indica, en forma global, la parte de la vida transcurrida, a veces con episodios, demostrando así que trabaja sobre un psiquismo «propiciatorio». Luego, una vez que el balance de la existencia en cuestión ha sido correctamente establecido, enfoca el futuro. Si lo que dice corresponde a las inclinaciones de la persona y a sus sentimientos e ideas, el asunto adquiere un aire de verosimilitud tan impresionante que casi todos los que asisten a una sesión de esta clase dan por sentado que las premoniciones han sido justas. Esto explica la confianza que generalmente se le tiene a presagios aparecidos en esas condiciones, sean o no funestos; dicha confianza, gracias al uso popular y completamente empírico de los metagnomos, ha sido la causa de muchos actos inoportunos, hasta nefastos. Los años pasan, y la vida, como imparcial juez que es, demuestra que el prodigio no era más que un extraño, y psicológicamente magnífico, reflejo de un contenido mental.

Este tipo de falsa premonición abunda bastante.

Para que lo veamos más claramente, voy a citar un ejemplo típico del género:

En febrero de 1923, M. B., industrial parisino, se presenta a la señora Morel, facultada para la precognición en hipnosis.

La señora Morel entra en trance hipnótico; entonces el industrial saca de un sobre un atado de papeles plegados y pregunta:

P. — ¿Quiere usted decirme lo que hay en estos papeles?

R. — Son dibujos de casas, de grandes casas, con grandes ventanales, algo muy grande, muy importante, como fábricas... Una parte de esos dibujos existe en la realidad, la otra parte no es más que un proyecto...

P. — ¿Podría describir la parte ya existente?

R. — En principio, veo un gran edificio de tres pisos, con grandes ventanales, al que se llega atravesando un vasto patio. A cada lado de este edificio, veo otro mucho más importante... inhabitado. No hay nadie adentro, pero pronto habrá allí una actividad incesante...

M. B. retira de las manos de la vidente los papeles y los reemplaza por otros.

P. — ¿Y ahora, de qué se trata?

R. — Se trata de otros planos de inmuebles, más bien de una fábrica... Esta vez la fábrica no existe, sino como proyecto... La ubicación de esta fábrica ya ha sido escogida... No está muy alejada de la fábrica anterior... Veo también las fortificaciones de una ciudad y además un ferrocarril...

P. — ¿Qué sucederá con ese proyecto?

R. — Pronto será llevado a cabo. Los trabajos empezarán y seguirán sin interrupción. La nueva fábrica comenzará a funcionar a fines de este año...

El primer mazo de papeles que M. B. le había presentado a la señora Morel era un conjunto de planos de su fábrica parisina, próxima a las fortificaciones, y momentáneamente detenido; correspondía a la descripción global de

la vidente. También era cierto que ese mazo de papeles contenía planos de otros edificios aún no construidos. Esa parte de los planos fue ejecutada más adelante.

El segundo mazo de papeles también consistía en el proyecto de obra de otra fábrica. El lugar de emplazamiento ya había sido elegido, cerca del ferrocarril del Norte.

En aquella época M. B. pensaba vender la fábrica ya existente, por hallarla demasiado grande para el tipo de producción a que estaba destinada, y pensaba construir una más pequeña.

La facilidad de la señora Morel para conocer las cosas en el estado en que estaban, mediante el simple contacto con los planos, le sorprendió mucho.

He aquí lo que sucedió después. El azar de las circunstancias quiso que la fábrica ya existente de M. B. cobrara un empuje tan considerable que los edificios que hasta entonces se consideraban demasiado espaciosos resultaron demasiado pequeños, hasta tal punto que fue necesario construir y ejecutar lo que no había sido construido del plano primitivo.

Por consiguiente, el proyecto de construcción de una fábrica más pequeña quedó reducido a la nada.

La experimentación cambia según las condiciones psicológicas en que se realiza el experimento; esta variación insinúa que lo más fácilmente «detectable» en el psiquismo humano, es el nivel funcional subconsciente del pensamiento, comprendido en los límites que hoy son ya clásicos. El nivel trascendente, por el contrario, es más difícil de aprehender.

También se suele encontrar individuos metagnomos que son buenos detectores de los niveles de pensamiento en donde se hallan las informaciones sensoriales, pero que son casi incapaces de hacer un verdadero presagio.

También en este caso, gracias al determinismo psicofísico de esta fenomenología es posible efectuar constataciones que serían de una desconcertante rareza si la fuente de información de los metagnomos fuera, según la común y tenaz creencia, de fuente extra-humana.

Por ejemplo, con frecuencia tenemos la ocasión de observar que ciertas personas no obtienen de tal o cual metagnomo verdaderas premoniciones en la primera sesión. Durante las siguientes no se oyen más que reiteraciones o falsedades. Como si el primer contacto hubiese desencadenado la colaboración intermental con el nivel trascendente útil de la persona-objetivo y que acto seguido dicha colaboración se atuviera a los niveles funcionales de superficie.

Cuando, en tales casos, dejamos transcurrir un tiempo antes de volver a enfrentar a la misma pareja mental, suele ocurrir que de nuevo se formulen premoniciones.

Esto nos hace pensar que la criptestesia de los individuos metagnomos se embota por la costumbre y así, cada vez menos sensible a lo psicofísico del nivel trascendente de pensamiento, cae muy pronto bajo la influencia de lo psicofísico del nivel subconsciente clásico, cuyo poder de irradiación es a todas luces mucho mayor, tal vez por ser menos sutil.

Sólo para establecer una analogía, traeré a colación el hecho de que Lud-

wig Kahn sienta que la dificultad de percepción del pensamiento escrito aumenta cuando da sucesivas sesiones a las mismas personas. A partir de cierto momento, la dificultad se vuelve más fuerte, de modo que termina por pedir que otras personas substituyan a las presentes. En relación a los miembros de su familia, con los que cohabita, su facultad premonitoria queda sin efecto.

En oposición a esta especie de acostumbramiento que embota la receptividad perceptora de los individuos metagnomos, señalo otro hecho, también frecuente en la práctica: que tal persona no obtendrá premoniciones netas y verídicas de tal metagnomo sino después de algunas sesiones, como si fuera necesaria una adaptación para que el metagnomo detecte el nivel psíquico útil.

Tales fenómenos de *acostumbramiento esterilizante* y de *adaptación* dependen de las parejas mentales. Un individuo metagnomo dado se comporta de acuerdo a la persona que se le da como objetivo de su facultad de detección.

Para completar la idea de la necesidad de un acuerdo psicofísico especial necesario para la aparición del fenómeno de precognición del devenir individual, recuerdo que hay personas que casi nunca, por no decir nunca, obtendrán premoniciones verdaderas de ningún metagnomo, como si su nivel trascendente de pensamiento no hallara el detector apropiado; en tanto que hay personas frente a las cuales las precogniciones afluyen indefinidamente, siendo a menudo exactas.

Hay otra importante comprobación experimental que es preciso conocer y que proporciona a los psicólogos un caudal considerable de hechos de transmisión de pensamiento referidos a la producción premonitoria. Cuando ponemos por primera vez a una persona frente a un individuo metagnomo para que detecte su devenir, a veces sucede que la pareja mental, ya en acción, no propicia la aprehensión del nivel trascendente que informa sobre el futuro, y el metagnomo extrae las revelaciones que hace del nivel funcional llamado subconsciente clásico. En consecuencia, y salvo coincidencias afortunadas y siempre parciales, los presagios resultan falsos. En algunas personas esos falsos sondeos inciales determinan una especie de disposición hacia esas nociones equivocadas, lo cual vuelve dificultosa cualquier otra sesión con otros metagnomos. Así, todos o casi todos los nuevos metagnomos que pongamos frente a dichas personas es posible que reproduzcan los mismos errores, no obstante que a veces formulen conjuntamente premoniciones verdaderas. En tales casos, el proceso mento-mental del fenómeno es de una evidencia total. Puesto que dicho fenómeno suele producirse, y adquiere a veces una complejidad asombrosa, el psicólogo también encontrará allí un campo de observación extremadamente fecundo de la transmisión de pensamiento. Mis archivos contienen ejemplos tan impresionantes de este trabajo polipsíquico subconsciente, forjador de errores, que algunos me interesaron más que la premonición verdadera.

Otra cosa que vale la pena saber es que la producción premonitoria, susceptible de acrecentarse en su cantidad por la reiteración de las sesiones, tiene a la vez un carácter evolutivo con respecto a su calidad. Me explico.

Todo sucede como si el individuo metagnomo tuviese dificultad en po-

nerse en relación fructífera con el nivel trascendente del pensamiento de otra persona. Por lo general, lo que aprehende en la primera sesión tiene un carácter sintético, y los datos que proporciona atañen al sentido general del devenir. A menudo, sólo en las sesiones ulteriores revela tal o cual acontecimiento, cuya complejidad circunstancial será revelada progresivamente. Hay una especie de fantasía aparente en el brotar de las informaciones. El conocimiento de tal o cual acontecimiento sobreviene bruscamente en el consciente pasivo y atento del metagnomo. Esta especie de pesca en el nivel trascendente del prójimo provoca resultados diferentes a medida que transcurren las sesiones. A veces proporciona datos circunstanciales complementarios que precisan los acontecimientos ya predichos. A menudo nada es aprehendido durante una o más sesiones, entonces el metagnomo repite las premoniciones ya enunciadas. A veces, de manera repentina, describe un elemento que hasta ese momento no había sido considerado.

Es comprensible que en este tipo de colaboración intermental, en que la producción de premoniciones es dificultosa, haya que contar muchas omisiones, las cuales aumentarán si se disminuye el número de sesiones y si es lento el rendimiento de la pareja mental.

Tomar una omisión por un error de la facultad premonitoria del metagnomo sería ignorar el determinismo general que preside la producción del fenómeno de pre-conocimiento del futuro individual.

La omisión es una necesidad de dicho determinismo; concierne al experimentador reducirla al mínimo mediante un escalonamiento más o menos denso de las sesiones en la medida en que las características de la pareja psíquica participante así lo permitan.

La reiteración de las sesiones tiene la ventaja de permitir que las premoniciones evolucionen. En general pasan de la precognición global a otra detallada y circunstanciada. En el detalle los errores son más abundantes. Nada hay tan curioso como seguir su destino en las sucesivas sesiones, mientras el individuo metagnomo permanece naturalmente en la ignorancia absoluta de la personalidad-objetivo y del transcurso de su vida. Se asiste de tal modo a la rectificación de errores cometidos con anterioridad y a veces a la organización de un sistema erróneo yuxtapuesto a precogniciones acertadas y, un día, a la dislocación espontánea de dicho sistema, que el metagnomo reconoce como falso a la luz de los nuevos brotes premonitorios.

La reiteración de las sesiones, espaciadas prudentemente de acuerdo a la pareja mental que participe y también al tipo premonitorio de los metagnomos utilizados, resulta un espectáculo psicológico prodigioso, rico en enseñanzas.

La inevitable fluctuación de los resultados

Creo que los comentarios precedentes harán evidente que el simple conocimiento de la psicología clásica no proporciona, ni al mejor de los psicólogos,

competencia experimental alguna, excepto si no ignora el patrimonio de aquellos que estudiaron experimentalmente esa prolongación especial de la psicología.

Como en todas las otras ramas de la ciencia, en esta materia el saber no es algo infuso, sino que es preciso adquirirlo mediante la investigación personal o bien sirviéndose de la realizada por otros.

La primera etapa de una demostración del fenómeno de preconocimiento del futuro consiste, pues, en hacer comprender a los hombres de ciencia que, antes de verificar, deben aprender algunas cosas.

Una vez escogido el individuo metagnomo, es conveniente adaptarse al determinismo de su facultad especial y no tratar de adaptarlo a nuestras propias maneras de ver. Puesto que el objetivo es obtener un fenómeno, todo lo que ataña a su cumplimiento debe ser tomado en consideración. Está lo que es necesario hacer y también aquello qué no se debe hacer.

Como se trata de un instrumento psíquico dotado de una sensibilidad muy grande, a menudo hiperemotivo, es indispensable saber que el delicado trabajo que realiza su facultad se inhibe si, mediante palabras o con actitudes inoportunas, provocamos una emoción afligente que se difundirá en el cerebro y mantendrá en estado de alerta e inquietud la atención del metagnomo, la cual sólo tendría que ocuparse en registrar el surgimiento de las representaciones mentales informativas. Trabar el funcionamiento de un instrumento tan complejo, justamente cuando se quiere apreciar la calidad de su funcionamiento, sería un acto totalmente insensato. Para dar un buen rendimiento, el metagnomo deberá trabajar en una atmósfera acogedora. El escepticismo de parte del experimentador no es un obstáculo, a condición de que lo sepa ocultar. Este consejo es elemental en psicología. Habrá quien lo crea superfluo. Pero no lo es en absoluto.

Todas nuestras facultades fluctúan respecto de su calidad. Sin excepción. Atención, memoria, voluntad, inteligencia, todas varían mucho sin que tengamos una conciencia precisa de ello; si un psicólogo trazara el gráfico correspondiente a la curva de dichas variaciones, quedaríamos estupefactos. No nos asombremos, pues, si lo mismo sucede respecto de la facultad de los individuos metagnomos, cuyo trabajo es tan sutil y complejo. Como todo el mundo, se sienten bien o mal dispuestos, pero dependen de causas fisiológicas tan difíciles de aprehender como lo son aquellas que hacen variar las facultades comunes. El comportamiento experimental ideal consistiría en utilizar un metagnomo sólo en sus mejores momentos e interrumpir toda sesión durante la cual el individuo no se sienta bien dispuesto al trabajo. Esta idea es prácticamente imposible de alcanzar, debido al tiempo que se pierde.

En general, cada individuo metagnomo descubrió la existencia de su facultad gracias a circunstancias que frecuentemente condicionaron la forma consecutiva de su entrenamiento. Hay metagnomos que revelaron su facultad de detectar el ser humano probando lo que da tal o cual doctrina mántica. Otros muchos manifestaron su don al creer que se ponían en comunicación con un espíritu, que acto seguido tomaban como guía inspirador, etc. Estos hábitos

mentales deben ser respetados, pues cualesquiera que sean, el trabajo mental es de la misma naturaleza para todos los individuos de esta clase. Lo único que tiene que importarle al psicólogo, es determinar las condiciones necesarias a la aparición del fenómeno que busca.

También es preciso respetar la ejecución de un trabajo mental tan delicado. Basta con saber que su facultad implica el funcionamiento de otra conciencia que la clásica. En este caso, la conciencia clásica está en una especie de eclipse, el individuo se halla abstraído de ella. Interrumpirlo con preguntas, asentimientos, negaciones, rectificaciones, etc., es sacarlo del estado psicológico que necesita y dedicarse a esterilizar sus esfuerzos. Lo mejor es un afable mutismo. No obstante, en los intervalos de descanso, es lícito alentar al metagnomo (en la medida de lo prudente) si vemos que ha aprehendido con toda nitidez la personalidad que tiene que detectar; dicho estímulo no le proporciona indicación alguna, pero, al afirmarlo por el buen camino, suele bastar para provocar una sesión mucho más productiva.

Dado que, al darse como objetivo el ser humano, el metagnomo se conduce en calidad de detector del psiquismo, no limitar al mínimo las presencias humanas equivaldría a dañar la calidad de su producción.

Lo ideal es la sesión en que sólo están presentes el individuo metagnomo y el individuo-objetivo. Esta condición es casi indispensable con respecto a algunos metagnomos. Otros soportan bien la presencia de terceros.

Es tan lógico y tan evidente en la práctica el papel reductor de las presencias múltiples, que no puedo menos que subrayar su importancia negativa.

A la influencia perturbadora de la presencia de diversos psiquismos, se añade, sobre todo en el caso de metagnomos tímidos, la inquietud que supone saberse observados y juzgados, lo cual les obliga a mantener su intelecto en un estado de perpetua y dañosa alerta.

No creamos que aún cuando sólo nos propongamos obtener la prueba del hecho premonitorio, el experimento se volverá más simple y más puro por solicitarle al metagnomo que limite su trabajo a la percepción del futuro de la persona que corresponda. Porque al hacer tal cosa, es posible que dificultemos al máximo su trabajo. Diré por qué.

Las informaciones que recibe no le vienen «de lo alto», sino de la persona cuya personalidad debe detectar y, cuando se trata de precognición, de un nivel psíquico de dicha persona muy difícil de detectar. Una vez puesto en presencia del objetivo, el metagnomo empieza instintivamente por una especie de penetración progresiva del psiquismo en cuestión. Empieza por discernir las características morales, intelectuales, orgánicas, sociales, etc., de la personalidad-objetivo. Luego trata de hacer la síntesis de la vida transcurrida y de situar a la persona en su ambiente actual y su existencia del momento. Recién después de este trabajo de toma progresiva de conocimiento, intenta la percepción de la vida futura. Ya en esa etapa, se diría que ya no se siente incomodado por la influencia sugeridora del contenido mental liquidado en forma global y que puede alcanzar con más facilidad el nivel de pensamiento poseedor de conocimientos sobre el devenir.

Es necesario tener siempre presente este tipo de procedimiento psicológico, aparentemente instintivo.

Otra recomendación que me parece oportuna hacer, es que la mente del individuo metagnomo, virgen como está de todo dato sobre la personalidad-objetivo al comienzo de la primera sesión, debe seguir estándolo en adelante. El metagnomo nunca debe saber lo que hay de verdad o de falso en lo que dice, así como es preciso que ignore las vicisitudes de la vida de la persona en cuestión; de lo contrario, se le escaparía un considerable caudal de posibles observaciones muy útiles para él, y en consecuencia cometería sucesivos errores. Si esto último sucediera, no podríamos asistir a la evolución pura y espontánea de la organización del pre-conocimiento, que oscila entre lo sintético y lo circunstanciado. Tampoco se darían las condiciones para que siguiéramos la evolución de los errores cometidos. Por igual razón, permitiríamos que el metagnomo poblase su inconsciente con indicaciones en que su subconsciente se basaría para imaginar el futuro. Un metagnomo informado siquiera parcialmente del presente de una persona, puede llegar a ser completamente inútil en relación a ella, por haber sido desviado de la fuente de los verdaderos datos sobre el futuro.

En resumen, para sacar provecho de un instrumento, sobre todo cuando es de naturaleza psíquica, es necesario saber cómo utilizarlo.

La selección de los participantes

Para obtener abundantes y excelentes precogniciones del futuro, así como para establecer las condiciones ideales de una demostración experimental del fenómeno, debemos proceder a seleccionar en dos etapas a las personas que serán objeto de metagnomia premonitoria.

Mediante una primera serie de pruebas se determinaría, al ser verificados el número y la calidad de las informaciones metagnómicas sobre lo hecho, cuáles son las personas que favorecen la colaboración intermental en relación a cada uno de los metagnomos empleados, partiendo de la base de que un metagnomo incapaz de conocer la evolución (el transcurso de la vida) de una persona determinada no está en condiciones de conocer su devenir.[20]

Mediante una segunda serie de pruebas se determinarían, para cada metagnomo, las personas en las cuales solamente los niveles superficiales de pensamiento son susceptibles de ser aprehendidos; es decir que quedaría descartado, o casi, el nivel trascedente que informa sobre el devenir.

Así se lograría conocer y constituir, por eliminación, las parejas mentales que favorecen el conocimiento del futuro.

20. Este procedimiento es completamente opuesto a la manera de ver de casi todos los psiquiatras, a quienes el desconocimiento del proceso psicológico general del fenómeno metagnómico con objetivo humano les hace creer que es preciso excluir a las personas que favorecen la transmisión de pensamiento, con lo cual suprimiríamos totalmente el fenómeno premonitorio buscado.

Este procedimiento tendrá que ser empleado cuando una comisión científica, oficialmente designada, quiera asegurarse experimentalmente de la realidad del fenómeno de premonición.

Para lograr una verificación menos solemne y cuyo veredicto sea menos grave, basta con saber que es preciso no reducirse a un solo ensayo (una sola persona delante de un solo metagnomo) para dar a la pareja mental favorable todas sus posibilidades de realización. Emplear dos o tres buenos metagnomos para que trabajen con una docena de personas, representa un stock humano ampliamente suficiente para una prueba de verificación.

Si nos vemos obligados a reducir el número de individualidades-objetivos, aconsejo que no se las escoja entre las personas llamadas «intuitivas», es decir aquellas que suelen conocer lo real a través del sentimiento, según se dice, más que por la razón. Dichas personas, sobre todo cuando son mujeres, se conducen frente a los metagnomos como si el nivel trascendente de su psiquismo fuese evidentemente más apto que otro para una colaboración intermental activa.

Puesto que tal cosa puede suceder, es mejor que escojamos a los metagnomos entre aquellos cuya vida actual deja traslucir un devenir cargado de acontecimientos indudablemente previsibles desde el punto de vista racional, pero que salen de la trivialidad de los hechos que pueblan las vidas comunes. La premonición de un acontecimiento que se da con frecuencia implica casi siempre la posibilidad de una coincidencia, en tanto que hay acontecimientos tan raros que, además de ser precisados en sus circunstancias, el hecho de que hayan sido anunciados con exactitud respecto de una persona determinada vuelve inconsistente la posibilidad de una coincidencia. En tales casos, el anuncio de las circunstancias características del acontecimiento hacen indiscutible el presagio.

Puesto que la experimentación se efectúa con material humano que piensa y es libre de expresar a voluntad su pensamiento, y en un terreno exclusivamente psicológico, no hay que olvidar que la verificación del futuro estará, al menos en parte, a merced del testimonio de la personalidad-objetivo. Cuando se trate de hechos de la vida íntima, la verdad de las cosas no siempre será testimoniada. Por eso aconsejamos, con respecto a las individualidades-objetivos, escoger aquellas que nos den más garantía de sinceridad, y sobre todo las que se entiendan lo suficiente con el experimentador como para que éste pueda efectuar personalmente la verificación.

Una experimentación bien hecha implicaría la división de las personalidades-objetivos en dos grupos.

El primero correspondería a las personas que solicitan a sus adivinos que les anuncien su futuro; cada una de ellas sabría, pues, lo que se dijo sobre su devenir. El segundo grupo lo ignoraría.

La comparación de la suerte corrida por las premoniciones en relación con los dos grupos mencionados, sobre todo si los constituyen un número considerable de personas, arrojarían informaciones de diversa clase, dignas de ser provocadas.

Ya que no se trata aquí de enseñar a demostrar que algunos seres humanos son capaces de revelar el porvenir a sus semejantes, es decir, en definitiva, de conocer el futuro, el experimento que se llevará a cabo es muy simple.

Basta con presentar cierto número de personas a cierto número de individuos metagnomos, teniendo bien presente todas las nociones de psicología especial anunciadas precedentemente.

Durante la sucesión de las sesiones, el rendimiento de las parejas mentales determinará cuáles serán las mejores maneras de emplearlas.

Con respecto a las parejas de gran rendimiento, convendrá hacerlas trabajar el máximo de tiempo posible y con intervalos cuya evaluación dependerá del tipo de detección del metagnomo.

Hay metagnomos cuya aprehensión psíquica se atiene a los grandes rasgos del devenir; en este caso, el intervalo de las sesiones será grande. Hay otros metagnomos que detectan progresivamente los detalles de la vida. Yo utilicé uno con el cual experimenté haciendo de personalidad—objetivo cada ocho días, durante años, sin que su rendimiento cediera sólo en lo inherente a las fluctuaciones de la acuidad de una facultad de ese género.

Uno de los experimentos que recomiendo es el que podríamos llamar «conyugal». Por ejemplo, un experimentador actúa como objetivo de preconocimiento del futuro respecto de algunos metagnomos. Anota exactamente lo que se dice y guarda el secreto. Un mes o varios meses después, le pide a su mujer, que hasta el momento ignoraba las premoniciones hechas, que se preste como personalidad-objetivo con los mismos metagnomos y que anote cuanto se le diga. La comparación de los textos así obtenidos por dos personas, buena parte de cuya vida fue compartida, con metagnomos que no podían conocer sus lazos sociales, suele ser un espectáculo psicológico de gran interés. Cuando los dos esposos son «propiciadores», cosa bastante frecuente, constatan muy sorprendidos que los presagios obtenidos son los mismos para los acontecimientos comunes a ambos, pero enfocados cada uno de manera particular. Cuando los presagios son los mismos para ambos, suelen ser falsos presagios; éste es un hecho de la mayor importancia para el psicólogo. Hubo casos en que ocurrió lo siguiente: las informaciones pseudo-premonitorias, aprehendidas en el subconsciente (clásico) del marido, fueron reproducidas en ocasión del trabajo metagnómico sobre la mujer, que las ignoraba; y esto teniendo presente que los metagnomos (uno o dos) que habían participado no tenían la menor noción de la relación social existente entre las dos individualidades. Así vemos que en el engendramiento y la evolución de los errores se plantea —entre otras cosas— el interesantísimo problema de la colaboración intermental polipsíquica.

Más impresionante, por ser más complejo, es el «experimento familiar» (marido, mujer, hijos y algunos parientes muy cercanos), experimento que se efectúa según las mismas condiciones que el conyugal. Llegado el momento de comparar los textos, advertimos que los acontecimientos futuros han sido pronosticados conforme a la repercusión que alcance en cada una de las personalidades-objetivos (en este caso los miembros de la familia). Si los pro-

nósticos se confirman, nos hallamos en presencia de un hecho premonitorio que excluye la posibilidad de una coincidencia. Por el contrario, cuando la vida ya transcurrida prueba la falsedad de los presagios, el espectáculo psicológico no es menos asombroso, debido a la enorme complejidad de influencias interpsíquicas que una lógica extraña induce a error.

Esta aprehensión de acontecimientos futuros relacionados con las individualidades humanas permite considerar la realización de experimentos cuyo objetivo sea asegurarse, en la medida de lo posible, el conocimiento anticipado del futuro próximo de una nación a través de las vidas individuales de las personalidades que la dirigen.

Pero tales experimentos resultan sumamente dificultosos, y aleatorios en sus resultados, por el hecho de que los metagnomos reconocerían a dichas personalidades.

Cómo preparar los informes sobre las sesiones

Para que un informe sobre una sesión tenga un valor verdaderamente instructivo, debe seguir estas pautas:

1.° Todas las palabras del metagnomo serán escritas a medida que las diga. No anotar nunca un palabra que no haya pronunciado, y cuidarse de cambiar una por otra, o suprimir frases, a fin de dar mayor claridad al texto. Cuando el que escribe es al mismo tiempo el objetivo de la sesión metagnómica, suele imaginar, conforme a lo que oye, su futuro eventual y tal ejercicio casi ineluctable de la mente lo incita por momentos a transponer la exposición del metagnomo en el equivalente que juzgue más inteligible. Este procedimiento agrega una fuente de errores a las ya existentes.

2.° Terminada la sesión, si el experimentador no es la persona-objetivo, debe, fuera de la presencia de esta persona, preguntarle al metagnomo si aún tiene otras premoniciones que añadir. En caso afirmativo, las consignará a continuación del texto de la sesión. En efecto, a menudo sucede que el metagnomo no puede expresar ante el interesado premoniciones nefastas para él o para alguno de los suyos. Estos presagios, que la persona concernida seguirá ignorando, constituirán una prueba más del valor positivo del experimento en caso de que el futuro confirme su verdad.

3.° Sobre el texto precedente, hay que consignar:

Todo cuanto el metagnomo pueda saber, por los medios comunes, sobre la personalidad de la persona-objetivo.

El contenido mental del experimentador y de la persona participante, todo en relación con las premoniciones registradas.

En efecto, es comprensible que el experimentador adjudique una importancia particular a la necesidad de saber si un acontecimiento presagiado, que el futuro confirmará o invalidará, era una aprehensión del contenido mental de los presentes o no tenía relación alguna con ellos.

Al término de cada nueva sesión, habrá que anotar, con detalle de circunstancias y datos, los acontecimientos cumplidos desde la sesión precedente, y también lo que la personalidad-objetivo haya sabido que modifica su contenido mental atinente a sus propios cálculos sobre el futuro.

Este detalle es sumamente necesario si queremos, no sólo comparar las premoniciones con los acontecimientos que se cumplen, sino también observar la evolución del contenido mental de la persona-objetivo, así como la del experimentador. No preocuparse por las variaciones de la información premonitoria relacionadas a las de los contenidos mentales no es hacer obra científica.

La verificación de los resultados

¿Cuándo tendremos el derecho de dar un veredicto sobre la calidad de las premoniciones obtenidas en sesiones correctas?

Éste es el punto delicado de una demostración experimental que muchos experimentadores apresurados querrían que se resolviese rápidamente.

En efecto, cuando los acontecimientos preanunciados demoran en cumplirse, en ciertos casos es posible juzgarlos falsos; por ejemplo, cuando el transcurso de la vida de la personalidad-objetivo no guarda relación alguna con los sucesos pronosticados.

Pero a menudo es necesario suspender todo juicio. A pesar de nuestro escepticismo, nada permitiría afirmar que tal o cual presagio es a partir de cierto momento una imposibilidad verdadera. Estamos obligados a esperar y a veces largo tiempo, para emitir un juicio bien fundamentado y definitivo.

En virtud de la mayor o menor cantidad de tiempo que deberá transcurrir para poder efectuar las verificaciones de las premoniciones, sería conveniente, en vistas a una demostración acelerada, multiplicar el número de personalidades-objetivos, para que haya entre ellos quienes esperan acontecimientos sobresalientes en su futuro.

Con respecto a las premoniciones verdaderas y cumplidas, podemos decir que cuando deban ser completados los informes será conveniente añadir a la exposición del acontecimiento tal como se cumplió, una relación histórica de las causas intercaladas que lo determinaron. El conocimiento de la filiación de las causas preparatorias muestra a menudo hasta qué punto los niveles psíquicos clásicos de la persona-objetivo y del metagnomo eran incapaces de preconocer el porvenir mediante cálculos racionales.

Por consiguiente, un informe-testimonio se establecerá así y en este orden:

1.° Dejar constancia de las diversas condiciones en que se desarrolló el experimento.

2.° Dejar constancia de las premoniciones sin alterar las palabras con que fueron dichas.

3.° Dejar constancia de todo cuanto el metagnomo puede calcular racio-

nalmente por medios normales sobre la personalidad-objetivo y respecto de los datos premonitorios proporcionados.

4.° Dejar constancia de lo que el experimentador y la persona objeto de metagnomia pueden calcular racionalmente en relación a las premoniciones hechas.

5.° Dejar constancia de los acontecimientos que se cumplieron y del desarrollo general de la vida de la persona-objetivo.

Un informe-testimonio establecido de esa manera no tiene necesidad de que se le agreguen comentarios explicativos. Introduce una objetividad tal en un fenómeno subjetivo, que este fenómeno resulta tan satisfactorio experimentalmente que habrá de satisfacer a los investigadores más exigentes.

Cuando más adelante sepamos cuál es el determinismo físico que rige la interacción de los diversos niveles funcionales del pensamiento entre el metagnomo y la personalidad que detecta, sabremos entonces con precisión, en el transcurso de las sesiones, en qué momento el nivel trascendente de pensamiento, que informa sobre el futuro, influencia el psiquismo del metagnomo.

En la actualidad, todavía nos hallamos en la fase psicológica del estudio que prepara y precede las eras física y fisiológica. El saber psicológico puro no nos proporciona el medio de presumir el grado de probabilidad de la correspondencia entre una premonición con el futuro real.

La impresionante reiteración de las mismas premoniciones a una misma persona por un número más o menos grande de individuos metagnomos, cada uno de los cuales ignora las premoniciones hechas por los otros; la predicción de un mismo acontecimiento a diversos miembros de una familia, conforme la repercusión que tendrá en cada una de las personas que la constituyen, considerando que cada metagnomo ignoraba los lazos de parentesco que los unían y que cada una de las personas no sabía nada de las premoniciones hechas a los otros: estas constataciones sugeridoras de veracidad nunca deben ser tomadas como índices de la probabilidad del presagio.

Cada premonición debe ser considerada como sospechosa, sobre todo si se adecúa a las conjeturas, los deseos y los proyectos de la persona a la que concierne. El único juez es el futuro.

El hecho premonitorio como prueba

¿Cuáles son las características con que debe contar una premonición cumplida para que sea considerada cierta?

El sentido común aconseja que no se juzgue por el número de aciertos sino por su calidad. Cien premoniciones aproximadamente exactas y concernientes a sucesos frecuentes en la vida de los hombres, nos dejaron la duda sobre su verosimilitud. Unas pocas premoniciones atinentes a sucesos raros y claramente previstos en sus circunstancias y repercusiones diversas sobre la vida de una persona dada, constituirán pruebas que nadie se empeñará en discutir.

El experimento más probatorio y por añadidura más instructivo, es aquél en el cual el experimentador es la persona que se presta para ser detectada. No hay mejor posición para observar bien el proceso. Las variaciones del contenido mental y del transcurso de la vida son entonces comparadas rigurosamente con las informaciones premonitorias. La influencia de los presagios sobre los actos y la orientación de la actividad y de los sentimientos puede ser así plenamente evaluada. Hay a veces, premoniciones tan ajenas a nuestros deseos o ligadas a acontecimientos tan independientes de nuestra acción personal, y en consecuencia imprevistos, que su posterior correspondencia con lo que ha sido predicho implica la certeza de que hubo pre-conocimiento, excluida la posibilidad de una coincidencia.

Más difícil es determinar el presagio probatorio cuando ha sido formulado respecto del devenir de otra persona.

Lo más prudente es seleccionar entre las premoniciones probatorias aquellas que informen sobre un acontecimiento relativamente raro, con los correspondientes detalles circunstanciales, y que se cumplan independientemente de la voluntad de la persona interesada.

Un experimentador muy riguroso sólo aceptaría como válidas las premoniciones hechas respecto de personas que estuviesen y siguiesen ignorando tales presagios. Claro que esta precaución es teórica, pues nada garantiza contra una indiscreción del metagnomo o contra las tentativas de «saber» de parte de la persona-objetivo. Sea como fuere, y sin dejar de tomar todas las precauciones que se consideren útiles, resulta de gran interés experimentar sobre un grupo de personas ajenas a las sugestiones derivadas de las premoniciones ya escuchadas.

Si seguimos la técnica psicológica precedentemente expuesta, podremos demostrar ante una comisión de científicos la realidad del fenómeno de precognición del devenir individual, es decir de los acontecimientos futuros del porvenir; dicha comisión tendría por objetivo establecer si este fenómeno, conocido desde siempre, negado a priori por la mayor parte de los científicos y aceptado como verdadero por aquéllos cuyo veredicto proviene de la práctica y no de la teoría, es una ilusión o una realidad.

El día en que el fenómeno de pre-conocimiento del futuro individual entre definitivamente en la ciencia será un día sin precedentes en la historia de la humanidad, ya que ese día abrirá a la investigación experimental un horizonte de trabajo que muy pocos imaginan.

Doctor Eugène Osty

9

Las cuatro caras del ESP

No es nada fácil distinguir cuáles son los testimonios que atañen a la telepatía o a la premonición, a las apariciones o a las alucinaciones. El análisis detallado de estos testimonios nos muestra que la clasificación demasiado estricta resulta artificial.

Louisa E. Rhine, conocida por las investigaciones sobre la percepción que llevó a cabo junto con su esposo J. B. Rhine en el laboratorio de parapsicología de la Duke University, en Carolina del Norte, distinguió cuatro formas del ESP,[21] *no obstante su diversidad aparentemente mayor.*

Desde el momento en que reparamos en una cantidad importante de casos de ESP, no podemos menos que constatar la gran variedad de medios que tiene para manifestarse en nuestra conciencia. Por supuesto, es fácil distinguir los sueños de los fenómenos que aparecen durante la vigilia, pero más allá de esta línea de división francamente evidente, son muchas las variaciones que presenta cada uno de estos dos grupos. Los fundamentos de nuestro trabajo experimental en materia de parapsicología casi puede decirse que no ayudan en absoluto a que encontremos una orientación en ese caos. En efecto, los experimentos se desarrollan en el ambiente restrictivo del laboratorio, donde resulta difícil describir los sueños. En la simple vida, este «condicionamiento» no

21. E S P: *Extra Sensory Perception.* Percepción extrasensorial. Ilustración. La parapsicología hace que nos preguntemos si vemos la realidad o su reflejo. (Casas sobre pilotes, en Bergen, Noruega.)

existe, por lo cual dicha variedad de medios y de formas no podría sorprendernos. Ahora bien, se ha comprobado que el número de especímenes de ESP no es ilimitado. Una vez que se comienza a investigar sus similitudes fundamentales, no es difícil entrever tras las variaciones superficiales algunos rasgos comunes de orden y semejanza. Entre éstas, solamente cuatro parecen ser en esencia diferentes y dan cuenta de toda la variedad de formas existentes: las experiencias ESP vividas pueden ser realistas, no realistas, alucinatorias, e intuitivas.

Formas de experiencias realistas

Casi lo primero que notamos en lo atinente a la manera como afloran a nuestra conciencia las experiencias ESP, es que muchas de ellas tienen un acentuado carácter pictórico. Los informes-testimonio suelen contener detalles tan verdaderos y realistas que se diría la descripción de una fotografía o la de un acontecimiento. Esta forma realista es la más sorprendente de todas: la encontramos en la mayoría de los informes-testimonio, y la similitud entre la experiencia y el acontecimiento es simplemente sobrecogedora.

Hace algunos años, una mujer de Virgina Occidental vivió una experiencia semejante. Su padre había decidido que se mudarían a Utah, donde había comprado una extensión de tierra que ninguno de ellos había visto. También ella y su marido habían decidido marcharse al Oeste.

En el sueño que tuvo antes de dejar Virginia Occidental, ella se hallaba en Utah, mirando, desde cierta distancia, la ciudad más próxima a la propiedad de su padre. La veía extendida en la luz del atardecer, bajo un sol poniente que hacía brillar los techos. Pero en torno, hasta donde alcanzaba su vista, todo era gris y desolador. El desierto se extendía por kilómetros y kilómetros, árido y lúgubre, imagen del vacío. Al contemplarlo, sintió una angustia tan grande que se despertó, advirtiendo en seguida que no obstante su nitidez, sólo se había tratado de un sueño.

Se marcharon a Utah, donde tanto ella como su marido se sintieron terriblemente decepcionados. No estaban preparados para un cambio semejante. Como ella misma lo dijo, no tenían «pasta de pioneros» y muy pronto empezaron a lamentar la ausencia de las boscosas colinas de Virginia Occidental. Un día cargaron todas sus pertenencias en un carro y su padre los condujo a la ciudad más cercana para que cogiesen la diligencia. Debían atravesar una alta meseta; repentinamente llegaron a la vertiente donde la carretera aminoraba su cuesta.

¡Y allí vio exactamente su sueño! No lejos, la ciudad se extendía sobre un suelo llano, los rayos del sol se reflejaban en los techos, en el desierto que se desplegaba en torno. Tuvo entonces la impresión de conocer todo eso: su sueño y la realidad eran idénticos.

La mayor parte de estas experiencias realistas de ESP son sueños, pero hay excepciones, como el caso de la mujer que presencia la llegada del coche de sus amigos algunos días antes de que tal cosa suceda en la realidad. Lo mismo

respecto de aquella granjera que un día de invierno, mientras lavaba los platos, vio de pronto «con los ojos del espíritu» a su hijo menor cayendo a un lago situado a cuatro kilómetros de su casa y además completamente oculto por el huerto. No era posible que viese nada, y sin embargo «vio» a su marido metiéndose en el agua para salvar al niño, llevarlo en dirección a su casa con las ropas chorreantes, entrar en la cocina, ponerlo cerca del hogar y secarlo frotándolo con varias toallas.

Aun le quedó tiempo para terminar su vajilla y empezar a amasar el pan, sintiéndose todo el tiempo angustiada por su «visión». En el momento en que echaba un vistazo por la ventana, vio a su marido: entraba al patio sosteniendo en sus brazos al pequeño completamente empapado. Como ella tenía las manos enharinadas, fue su marido quien desvistió al muchachito y lo frotó para secarlo y calentarlo. De acuerdo a sus palabras, la «visión» había pasado ante sus ojos «como una película».

En este tipo de casos donde todo es «verdadero», detallado, pictórico, hay un elemento casi constante: la escena o el cuadro aparece a quien lo percibe bajo un ángulo visual específico. Por ejemplo, la joven de Utah reconoció el paisaje sólo a partir del lugar preciso donde se «hallaba» en su sueño.

Es interesante reparar en que a veces el borde, es decir el límite, de ese punto de vista anula una parte del cuadro y hasta puede excluir un elemento informativo importante. Aprovechando el verano, varios industriales se fueron a pescar a la región de los grandes bosques. Uno de ellos era el director de una sociedad de laminados de chapa. Pasaron dentro del bosque alrededor de dos semanas, totalmente aislados del mundo exterior.

La noche anterior a su retorno, el mencionado director tuvo un sueño tan preciso, tan vivo, que no logró volver a dormirse:

«Una de nuestras grúas descargaba un vagón de chatarra sobre la vía que bordea el río, cerca de la torre de agua donde se reabastecen las locomotoras. Por alguna razón inexplicable, el enorme imán, tras haber levantado una pesada carga de residuos, osciló girando sobre el río. El conductor, cuyo nombre conocía, alcanzó a saltar de la grúa mientras ésta se tambaleaba, caía, rebotaba y se inmovilizaba seis metros más abajo, al borde del agua. Entre tanto, yo había perdido de vista al conductor. Pude ver perfectamente el número de la grúa, la cantidad y el emplazamiento de los vagones en la vía férrea y hasta la ropa que vestía el hombre. También pude comprobar los daños esenciales sufridos por la máquina, pero en cambio seguí sin saber nada de lo ocurrido al conductor, quien había desaparecido detrás o debajo de la grúa. En otras palabras, yo vi el accidente de un lado o del otro del río.»

»Al día siguiente, al llegar a la fábrica encontré antes que a nadie al capataz. Me llevó al taller de reparaciones para examinar la grúa con la que había soñado y para que hablase con el conductor, que se había salvado del accidente sin un rasguño. Este milagro se debió a que, tras su último rebote, la grúa había aterrizado justo frente a él. Todo, hasta el menor detalle, correspondía a mi sueño, con excepción de la hora: el accidente había ocurrido dos horas después que yo lo hube soñado.»

Aún no estamos en condiciones de poder proponer una hipótesis concerniente a las razones por las cuales algunas experiencias de ESP son una reproducción fiel de la realidad. Contentémonos por ahora con observar que el interés personal del soñador no fue motivo determinante, ya que, por ejemplo, en este último caso, hubiera «sabido» la suerte corrida por el conductor, ¡pero en cambio había conseguido registrar el número de la grúa!

Esta forma de reproducción realista no sólo es común en los casos de ESP, sino que resulta fácilmente reconocible por la precisión de los detalles, cosa que aleja la posibilidad de que se trate de una coincidencia.

Las experiencias no realistas

Del mismo modo que la ficción es tan capaz como una descripción exacta de expresar la verdad de un hecho, muchos mensajes debidos al ESP nos llegan de manera no realista. Una mujer de San Francisco nos escribe:

«En enero de 1945 soñé que mi único hijo, que por entonces servía en el sur y en el suroeste del Pacífico, entraba en la cocina donde yo estaba atareada con algo y me tendía su uniforme empapado y chorreando agua. Su cara adolescente expresaba una inenarrable angustia. Turbada y confusa, aunque sin decir palabra, empecé maquinalmente a enjuagar el uniforme, del que chorreaba un agua azulada por la tintura; mientras lo hacía, me sentía cada vez más incomodada y desorientada.

«Fue entonces cuando Billy, que estaba de pie junto a mí, me sacó el uniforme de las manos y lo dejó caer junto a un montón de ropa sucia. Luego, atrayéndome hacia sí, me dijo: ¡Oh, mamá, es tan terrible!»

«Durante los diecinueve años que estuvo conmigo, nunca me había dado trastorno alguno ni había cometido ninguna acción reprobable; sin embargo, en el sueño pensé que se hallaba en dificultades de un género que me concernía directamente, pues agregó en seguida: "Realmente es lo único que quería evitarte." Entonces le repetí lo que a menudo le decía cuando niño: "Recuerda bien esto, Billy. Por terrible que sea lo que hagas, no significa que no podamos hablar tranquilamente de ello, sentados uno frente al otro.»

«Fuimos a la sala, donde yo me senté en un sillón y él sobre mis rodillas. Me rodeó el cuello con sus brazos y apoyando su cabeza en mi hombro empezó a sollozar dulcemente. Y también yo lo abracé hasta no tener entre mis brazos más que a un niñito que acunaba como antes. Mi hijo dejó de llorar y me desperté bruscamente, pero el sueño, extremadamente vivo, quedó dentro de mí.»

«Esto ocurrió en la noche del lunes. En la tarde del domingo siguiente, un capellán de la 13.ª Base naval de Long Beach, California (entonces yo vivía en California del Sur) me trajo un mensaje: el barco de Billy había naufragado, había muchos desaparecidos y Billy estaba entre ellos. Un poco después, llegó la confirmación de la muerte de doscientos cincuenta muchachos: fueron

hechos triza por la explosión del barco que, cargado de varias toneladas de municiones, bombas y granadas submarinas, había sido torpedeado por el enemigo en Long Beach, Guadalcanal, en la misma noche del 20 de febrero en que soñé tan intensamente con Billy.»

¿Podemos decir que este sueño fue la expresión de la realidad? Sólo implica un detalle real, desde la escena en que la madre retuerce el uniforme empapado hasta la transformación del joven marino en el bebé que fue. Y, sin embargo, no cabe duda que en su sentido más profundo, ese sueño era verdadero. Aunque totalmente diferente de los que reproducen fielmente un hecho, el lado dramático, imaginario de dicho sueño no implicaba menos que los otros la tragedia que sobrevendría. Podemos considerarlo como una mezcla de información por ESP y de recuerdos maternos. En conjunto, se trata de un proceso bastante complicado, pero la tendencia que tiene la mente que sueña a dramatizar una situación resalta todavía más claramente cuando la memoria del soñador no interviene en el sueño.

En 1945, la camarera de un café de Carolina del Norte tenía por cliente a un hombre joven y atractivo que se mostraba especialmente interesado en ella. Según le dijo, era representante de comercio y soltero; luego la invitó al cine.

Después de varias salidas juntos, ella comenzó a sentir cariño por el hombre, y pronto hicieron proyectos matrimoniales. Una noche, le dijo que debía emprender un viaje de negocios a Boston, y que una semana más tarde, a su regreso, fijarían la fecha de su matrimonio. A la noche siguiente, ella tuvo un sueño: una mujer triste y endeble, con todos los signos de un embarazo avanzado, se le apareció y le dijo que era la esposa de ese hombre.

Al día siguiente, la joven se enteró por un tercero, que había escuchado por azar una conversación telefónica, que su pretendido novio no estaba en Boston por negocios, sino debido al próximo alumbramiento de su mujer.

Una semana más tarde, el hombre regresó. Interrogado sobre la conversación telefónica, terminó admitiendo su engaño; en cuanto a la descripción de su mujer, concordaba perfectamente.

Casi todos los casos de ESP no realistas son sueños, pero algunos se producen durante la vigilia. Por consiguiente, es natural que nos preguntemos si existe una diferencia esencial entre soñar despierto y soñar mientras se duerme. Así es como una tarde de hace algunos años, en Cincinnati, una mujer estaba en su casa, sola, lavando la vajilla del almuerzo, mientras su marido estaba en viaje de negocios.

De pronto, al mirar por la ventana, sintió una especie de aturdimiento a la vez que veía a la Muerte subir corriendo la cuesta del jardín. La visión apenas duró el tiempo de un relámpago, pero la dejó temblorosa, abatida y aterrorizada. Inmediatamente supo que algo terrible había sucedido.

Esperaba que su marido regresaría a las 3 de la tarde, pero las horas pasaron en vano. A las 7 mientras iba y venía dentro de la casa, cada vez más despavorida, sonó el teléfono. Desde un hospital le anunciaban que su marido había sufrido un grave accidente y que se hallaba inconsciente: a la hora de



Los muertos que resucitan, según una visión de Ezequiel, son un ejemplo de premonición, falso o verdadero, integrado en una doctrina religiosa. (Grabado del siglo XVII.)

aquella extraña aparición, un automóvil había embestido el suyo, siendo proyectado contra el parabrisas. Aunque gravemente herido, sobrevivió.

En las personas religiosas, las imágenes que se les aparecen se adaptan a sus concepciones. Una mujer acababa de sufrir una grave operación en un hospital de Minnesota; al volver al estado consciente oyó que un enfermo gemía y lloraba sin cesar en una habitación cercana a la suya. La enfermera la tranquilizó: se hacía todo lo posible por él y todo terminaría bien. Pero ella, profundamente perturbada, empezó a orar y a pedir a Dios que lo aliviase:

«Hacía rato que habían sonado las 12 de la noche. La enfermera se marchó a buscar un soporífero para que yo pudiese dormir. Al salir, cerró suavemente la puerta.»

Cierto es que no podemos confiar en la distinción que una persona debili-

tada puede hacer entre el estado de sueño y el de vigilia; en este preciso caso, la paciente afirma que no tuvo consciencia de adormecerse. Estaba frente a la puerta y repentinamente, unos minutos después, vio que se reabría. En un primer momento creyó que era la enfermera pero «al mirar vi la silueta de Cristo, vestido con un largo hábito que flotaba como en los cuadros que conocía. Lentamente, calmamente, se acercó a mi cama. Yo pensé que venía por mí, pero poniendo una mano sobre la almohada, sonrió y me dijo: "He venido por él. Todo va bien."

«Luego, salió tan tranquilamente como había llegado y cerró suavemente la puerta. En ese momento, nada de lo que había sucedido me pareció extraño. Giré la cabeza para mirar la hora: las 3 menos 20 de la madrugada.»

Al día siguiente, esta señora le dijo a la enfermera: «El enfermo del otro lado del corredor ha muerto, ¿no es cierto?»

—Sí. Pero cómo lo sabe usted.

Entonces le contó la visión nocturna. Finalmente, después de argüir que no podía dar ningún informe sobre otro paciente confesó que había muerto a las 3 menos 20.

Naturalmente, la idea de Cristo viniendo a buscar a un moribundo es simbólica, y el símbolo que materializa un sueño semejante es lo bastante claro como para no tener necesidad de ser interpretado.

No obstante, los sueños simbólicos y misteriosos abundan, y algunos son legendarios. Los hallamos en todas las épocas. Su lado oscuro y enigmático les confiere un atractivo y una fascinación muy superior a la de los sueños ordinarios. Pero al ser sometidos al examen lúcido de la ciencia, su relación con la realidad que simbolizan suele ser poco convincente e imposible de establecer. Su sentido está frecuentemente «forzado».

Y sin embargo, en ciertos casos es posible encontrar en los sueños de ESP de algunas personas, un proceso que podríamos denominar de simbolismo «personalizado».

Una calurosa tarde de julio, en Carolina del Sur, una muchachita de doce años cuya madre estaba muy enferma, es enviada por la enfermera a jugar fuera de la casa. La pequeña se sube al columpio y se queda dormida.

«Soñé que veía a mi madre. Bajaba por una hermosa avenida de árboles, alejándose de mi. Corrí tan rápido como pude pero me di cuenta de que jamás la alcanzaría. La llamé. Ella se volvió, levantó la mano y me dijo: "Regresa a casa, querida, tu padre te necesita.»

«Me desperté inmediatamente y corrí a casa. En la entrada, mi padre vino a mi encuentro y me tomó en sus brazos: "Hijita, voy a necesitarte mucho. Tu madre nos ha dejado." Le conté que la había visto caminando muy rápido por una avenida de árboles que no conocía, mi padre me dijo: "Ella quiso decirte adiós." Nunca olvidé ese sueño. A lo largo de los años y en algunas ocasiones volvía a ver mientras dormía aquella avenida bordeada de árboles.»

«La primera vez fue cuando mi hermano menor estaba enfermo en un hospital, en otro Estado. También yo estaba entonces enferma, de modo que

cuando murió no pude viajar con mi madre y mis otros hermanos. Ahora bien, aquella noche, soñé que mi hermano andaba por la avenida de árboles que yo había visto doce años atrás, y cuando intenté alcanzarlo, me dijo que no lo siguiera y que regresara. Mi padre trajo sus restos para enterrarlos en nuestro pueblo. Le conté mi sueño precisándole la hora: mi hermano había expirado algunos minutos antes de que yo me despertase.»

«Después, en enero de 1947, tras haber pasado una velada jugando al bridge en casa de unos amigos, mi marido y yo nos acostamos, y de nuevo tuve ese sueño: esta vez, era mi marido quien se alejaba caminando rápido. Y yo corría, corría, gritándole que se detuviese. Como en los otros sueños, mi marido levantó la mano y me dijo: "Ante todo, piensa en nuestros hijos, que tienen necesidad de ti; vuelve junto a ellos." Yo tenía miedo y me agitaba en el sueño, hasta tal punto que lo tomé del brazo y lo desperté. Lo primero que me dijo fue: "No me siento bien, llama al médico." Murió unos minutos más tarde.»

«Otra vez, un Viernes Santo de 1950, mis hijas y una de sus amigas fueron a un baile. Antes de su regreso, soñé que mi hija mayor y su amiga habían sufrido un accidente justo frente a casa y volvía a ver la misma avenida de árboles. A la una de la madrugada, mis hijas regresaron y yo les conté mi sueño, feliz de que estuviesen sanas y salvas. A la noche del día siguiente, sábado de Pascua, mis hijas organizaron en casa un baile. Su amiga se mató no lejos de casa mientras regresaba a la suya, y el accidente ocurrió tal como yo lo había soñado.»

Así es como puede nacer y desarrollarse un símbolo puramente personal. Por supuesto, es grande y evidente el riesgo de ver una relación, un vínculo allí donde no hay ninguno. Es probable que los sueños donde la ESP cobra un aspecto meramente simbólico sean sumamente raros. No cabe duda que muchos de ellos no son más que la repetición de un primer sueño impresionante, pero normal, que acto seguido el soñador asocia al primer deceso del que oye hablar. En cuanto a la causa de dicha repetición, es simplemente psicológica y no tiene nada que ver con la percepción extrasensorial.

¿Pero cuál es la razón de esas visiones simbólicas, impliquen o no una ESP? Muchas fueron las hipótesis propuestas sobre este tema, pero ninguna logró ser demostrada ni se adecuó a todos los casos. Lo más corriente es que un sueño no realista en el sentido más o menos oculto del término, sea el secreto medio de que se vale nuestra mente para anunciarnos una mala noticia. Claro está que el número de los sueños que nos advierten brutalmente, sin disfraces, de la proximidad o de la realidad de una desgracia parece ser mucho más elevado que el de los sueños simbólicos o solamente no realistas. Sea cual fuera la explicación dada, los sueños que manifiestan una tendencia a la fabulación más que a una representación exacta del hecho, pueden ser considerados como una forma distinta de ESP, que contrasta vivamente con su expresión realista.

Las alucinaciones

Son muchas las experiencias de ESP vividas en la frontera del sueño y la vigilia. En algunas, no es fácil saber si el individuo aún duerme o está despierto; sin embargo, lo que siente no le parece que tenga semejanza alguna con un sueño típico. Lo que percibe es más «verdadero», casi como cuando al salir del sueño, toma conciencia de su medio a través de sus sentidos. ¿Quién no ha tenido un sueño normal, pero tan vivo que continuó luego al despertarnos, pareciéndonos más real que la realidad? Esta impresión suele prolongarse hasta tal punto que creemos ver y oír las imágenes del sueño. Esto es lo que ocurre en ciertos casos de ESP: puesto que la persona en cuestión cree utilizar sus sentidos, se trata de algo más que un simple sueño.

Durante la Segunda Guerra Mundial, uno de los paracaidistas que saltó sobre tierra francesa el día del desembarco era un joven oriundo de Pennsylvania, llamado Jack. En el transcurso de las dos noches siguientes a la operación, su madre soñó con él, pero la tercera noche, el sueño que tuvo fue muy diferente a los otros dos, pues se produjo en esa zona fronteriza indistinta de la que hablamos. En la primera aparición, su hijo estaba acostado con otros soldados en un largo foso, de donde no podía salir a pesar de todos sus esfuerzos. Lo mismo había ocurrido en la segunda noche, con la diferencia de que, salvo él, todos estaban cubiertos de sangre; como si los demás lo protegieran.

La tercera noche, sin embargo, la mujer creyó despertarse y sentarse en su cama. Jack estaba de pie frente a ella, y la tranquilizaba: todo va bien.

Le contó lo sucedido a su marido, quien lo anotó sin olvidar las fechas. Más adelante, se enteraron de que Jack estaba en un campo de prisioneros, pero durante un tiempo no tuvieron ninguna noticia de su propia mano. Nueve meses más tarde, estuvo de regreso. Su padre le preguntó qué había pasado. Durante las tres noches en que su madre había tenido esos sueños, él había permanecido en un foso con sus compañeros para evitar la metralla y el bombardeo de los aviones alemanes que lo sobrevolaban. Inútil fueron sus esfuerzos de alejarse cuando los aparatos enemigos estuvieron a alguna distancia. La segunda noche, aún se hallaba en el mismo lugar; la mayoría de sus compañeros estaban muertos o heridos y sus cuerpos le impedían moverse. En el transcurso de la tercera noche, pudo finalmente salir del foso, siendo hecho prisionero junto con los demás sobrevivientes.

Imágenes semejantes, que creemos ver y oír al menos durante un instante, pueden repetirse, pero la segunda vez ya no parecen tan reales, tan convincentes, y entonces se hace evidente su carácter alucinatorio. Durante la Segunda Guerra Mundial, una habitante de Nueva Jersey, cuyo marido se hallaba al otro lado del océano, tuvo una serie de experiencias «fronterizas». Oyó que su marido llamaba a la puerta, diciéndole: «Ven, Ronnie, yo estoy muy bien...»

Dio un salto en su cama, creyendo tenerlo delante: no había nadie. No era más que un sueño, pero un sueño que desde entonces se repitió todas las

mañanas. «Cada vez, cuenta la mujer, me acercaba a su imagen para tocarla y en ese momento él desaparecía. Desde hacía bastante tiempo no recibía noticias suyas, pues estaba en el frente. Yo no cesaba de rogar que estuviese sano y salvo.

«Finalmente, decidí no levantarme y cuando lo oía escondía mi cabeza bajo la almohada. Un día llamaron realmente a la puerta: era un telegrama del ministerio de Guerra: mi marido había sido gravemente herido.»

«A su regreso me contó que durante todo el período en que yo lo oí, él estuvo inconsciente, pero según parece no había dejado de llamarme y decir: "Ven Ronnie, yo estoy muy bien..."»

Lo más frecuente es que este tipo de experiencia sólo ocurra una vez, de modo que la sensación de realidad es bastante durable y su relación con el sueño mucho menos evidente. A menudo sucede que no nos acordamos del sueño que ha precedido (y que quizás no existió). Este tipo de imágenes también nos lleva a considerarlas como una «visión» mucho más memorable y significativa que un simple sueño.

Cuando alguien cree percibir algo inexistente sin la intervención de cualquiera de las formas de la percepción extrasensorial, los psicólogos presumen que se trata de una alucinación. Antaño, todos los sueños eran considerados como una especie de alucinación ya que uno veía cosas inexistentes. En la actualidad, solamente se emplea ese término cuando, siquiera por un instante, el individuo imagina que sus sentidos intervienen cuando en verdad no lo hacen, y se estima que hay alucinación en toda experiencia en que los sentidos parecen desempeñar una función en tanto que nada los excita. Las alucinaciones corrientes se producen generalmente en personas enfermas, drogadas o delirantes. Ya provenga de un estado mental anormal como de una fuerte emoción, la alucinación se caracteriza por la impresión (errónea) de que la imagen es registrada por los sentidos.

Pero los casos citados anteriormente, aunque alucinatorios, difieren de las alucinaciones ordinarias en que son el resultado indiscutible de la facultad psi de la persona que los experimenta, y podemos considerarlas como ESP alucinatorias. Tal vez debieran tener un nombre especial, otro que alucinación, ya que la diferencia es realmente grande. Pero hasta tanto hayamos encontrado una expresión diferente, debemos atenernos a la terminología existente.

Las alucinaciones psi se distinguen por muchas razones de las alucinaciones corrientes. La más importante de todas es que la imagen-aparición posee una realidad, aunque solo fuera en su calidad de simple pensamiento nacido de la mente de alguien. Es una realidad en el sentido más amplio de esta palabra, y aun cuando los sentidos no participan en ella, la percepción extrasensorial alcanza la mencionada realidad. Así, contrariamente a las otras alucinaciones, las que nos ocupan son en cierto modo verdaderas pues su base es real. Pero para asegurarnos de que se trata de una ESP alucinatoria, es preciso que verifiquemos dicha base y probemos que es real. Por supuesto, en el caso de la mujer internada en un hospital que cree ver entrar a Cristo, no hay prueba alguna de la identidad del personaje que vio, admitiendo que haya visto a al-

guien. La imagen puede ser simplemente el resultado de una dramatización onírica.

Otra diferencia: las alucinaciones psi afectan a personas completamente normales, cuyo discernimiento no se halla debilitado por droga o enfermedad alguna. Como ya lo hemos dicho, suelen ocurrir en el momento en que el individuo se despierta, por eso es difícil reconocer si hubo sueño o alucinación. Pero no siempre ocurre tal cosa: es posible que la persona en cuestión esté completamente despierta, que su experiencia sea visual o auditiva; en este último caso, «oye» solamente algo que atañe a un ser ausente.

De acuerdo a nuestros informes, las ESP alucinatorias en que se oyen voces son las más frecuentes, pero están lejos de ser las mejor conocidas; lo son, en cambio, las alucinaciones visuales, porque casi siempre la figura humana desempeña un papel importante en ellas.

Naturalmente, estas experiencias pseudo-sensoriales implican otros sentidos aparte de la vista y el oído; por ejemplo el olfato, y a veces ciertas impresiones psicológicas como un dolor o un malestar físico. A menudo son del tipo telepático. Se diría que la persona «proyecta» en su organismo una réplica de las sensaciones experimentadas por una persona lejana, o su interpretación personal de dichas sensaciones.

«En 1951, mi madre estaba gravemente enferma de cáncer, escribe una mujer de Filadelfia. Esperábamos su muerte de un momento a otro. Una mañana de agosto, yo acababa de terminar el café de mi desayuno cuando sentí un dolor insoportable en el pecho, en la zona del corazón. Nunca había sentido algo semejante, pero estaba segura de que iba a morirme de un ataque cardiaco.

»Me masajeé el pecho, tratando de disminuir el dolor y pensando en el espanto que les causaría a mis dos hijos si moría delante de ellos. Pasados unos atroces minutos, el dolor se calmó poco a poco y luego de un cuarto de hora había desaparecido.

»Poco después, sonó el teléfono. Mi hermana me pedía que tomase de inmediato un taxi y fuese a casa de mi madre, que habitaba a unos veinte minutos de auto de aquí. Pensé que mamá estaba muriéndose y salí en seguida. Pero el que había muerto era mi padre, de un ataque al corazón, y todos intentaban ocultarle la noticia a mi madre.

«Al enterarme de cómo y cuándo había tenido el ataque, no pude menos que reconocer que el horrible dolor que se apoderó de mí fue simultáneo con la muerte de mi padre. Las condiciones en que aconteció eran idénticas. Los dos poníamos sobre la mesa nuestra taza de café cuando sentimos el mismo dolor. Yo creía que mi padre estaba muy bien de salud.»

En 1947, una joven norteamericana que venía de Alemania, donde a menudo había recorrido una carretera en auto con un amigo del ejército de ocupación, hizo una visita a la madre de este amigo suyo; la señora vivía en Inglaterra. Era un miércoles por la tarde.

«Esa tarde me sentí muy nerviosa y no cesaba de repetirle a la madre de Allen que algo le había sucedido a su hijo. Uno o dos días más tarde, recibí

una carta de él donde me preguntaba si aquel miércoles yo estaba en Alemania y también cómo estaba vestida.

«Lo que pasó fue que junto con otros dos soldados, Allen llevaba a un prisionero a una prisión situada a una veintena de kilómetros de su punto de partida. Tenían que tomar la carretera que yo conocía por haberlo hecho con Allen. En un punto en que la carretera bordea un bosque atravesado por los caminos vecinales (cosa que no puede verse desde el coche), se le apareció repentinamente una joven que agitaba las manos para detenerlos.

«En ese mismo momento, un remolque se desprendió de un camión y se estrelló en un camino vecinal. Si no hubiesen estado detenidos, el choque habría sido inevitable. Sé que lo que digo es inverosímil, pero aquella mujer, era yo. Llevaba el mismo vestido que yo aquel miércoles. Allen me dijo que era yo quien estaba allí, en medio de la carretera, agitando los brazos. El chófer alemán, que no me conocía, frenó en seco murmurando algo sobre "esas estúpidas mujeres". Pero los dos compañeros de Allen, que me conocían, no dudaron un instante. Uno de ellos, Gerry, gritó: "¡Mira, es Pat" y Allen respondió: "yo creía que estaba en Inglaterra."

Y la joven desapareció tan repentinamente como había surgido. Gerry y Allen descendieron para ver a dónde me había ido. La aparición era tan real que registraron el bosque.

«Unos meses después, Gerry se casó; yo asistí a su casamiento y él me confirmó palabra por palabra cuanto me había escrito Allen.»

En este caso, resulta claro que la persona que aparece no tiene nada que ver, o muy poco, con el hecho en sí. Aunque la joven se sintiese preocupada, estaba en Inglaterra, ignoraba el peligro que acechaba a su amigo y nunca tuvo la impresión de haberse transportado donde él en algún momento del día.

Sabemos actualmente que las personas que experimentan este tipo de fenómeno perciben cierta información de una manera extrasensorial. La clarividencia puede explicar dicha percepción. Y la «aparición», es decir la personalización de dicha información, proviene sin duda de la dramatización inconsciente del proceso.

¿Por qué una ESP adopta esa forma alucinatoria? La rareza de estos casos prueba que son muy pocos los individuos capaces de protagonizar este tipo de fenómenos. Antes de poder dar una respuesta satisfactoria, debemos ahondar en la psicología de estos individuos y definir sus características.

Las experiencias intuitivas

Con excepción de las que aparecen en forma de sueño o de alucinación, las experiencias de ESP constituyen una categoría cuyo común denominador se ha acordado en llamar intuición. Es un «conocimiento repentino» inexplicable, como en el caso de aquella joven que «sabe» súbitamente que su anillo de boda está en la cubeta de hielo de la nevera. A veces, en lugar de una idea, la

persona siente solamente la emoción que corresponde al caso. Otras veces, se siente obligada a actuar sin saber por qué, aunque en el sentido de su intuición.

Un día u otro, todos hemos tenido una intuición, el presentimiento de que algo estaba por suceder o que alguien estaba por llegar, aun sin saber exactamente cómo y por qué tenemos ese pensamiento. A menudo es posible rastrear la causa: interferencia inconsciente de hechos conocidos, observaciones, recuerdos, etc. Pero también sucede que no logramos encontrar el origen sensorial, ni siquiera indirecto, de ciertas informaciones. La mayor parte de estos casos, se producen cuando los interesados están ya bien despiertos. Sin excepción, el individuo no supone nada, no teme nada, no tiene ninguna impresión previa que un lejano acontecimiento, más allá del alcance de sus sentidos, va a ocurrir: lo más común es que pierde conciencia del asunto de una manera directa e inmediata.

En 1907, un estudiante estaba de vacaciones en su casa materna, en Iowa, cuando fue testigo de un caso protagonizado por su madre. Nunca pudo olvidar ese suceso, de modo que su recuerdo permaneció siempre vivo y nítido en su mente:

«Mis padres se habían divorciado en 1905. Para mi madre, este divorcio era motivo de vergüenza y pena; lo sentía como una verdadera derrota. Un día le pregunté: "¿Qué te ocurre, mamá?" Ella me respondió: "Tu padre está casándose." Esto me hizo reír: "Pero mamá, es imposible... Me lo hubiera dicho. Hace apenas unos días que recibí carta suya, justo antes de venir aquí."

«Pero fue imposible convencerla; estaba persuadida de que mi padre volvía a casarse en ese mismo momento. Yo estaba completamente seguro de que me lo hubiera dicho, ya que no nos ocultábamos nada, como lo prueba nuestra correspondencia.»

«Sin embargo, algunos días más tarde, recibí una carta de mi padre donde me decía que se había casado en Nueva York; precisamente en la tarde del día en que mi madre y yo estábamos en Iowa.»

Lo que caracteriza a esta forma de ESP es su falta de contorno. Contrariamente a cuanto ya hemos visto, esta característica no implica imaginería alguna. Los sueños, sean o no realistas, dejan en la memoria las huellas del cuadro mental que produjeron, y las alucinaciones tienen toda la fuerza de una percepción sensorial. Nada de esto existe en la intuición ESP. Es una idea o una impresión que aparece súbitamente en la conciencia, sin razón alguna y ajena a cualquier relación de orden racional entre el fenómeno y los pensamientos que ha interrumpido.

Esta forma de experiencia ESP convence difícilmente a otras personas que no sean el propio interesado. Puesto que sobreviene imprevistamente sin ningún «hilo conductor», sin detalle o preparativo que pueda confirmarlo, resulta natural que no logre impresionar a la persona a la cual el protagonista le cuenta el fenómeno. Y hasta el propio protagonista, si reflexiona, es capaz de dudar de la veracidad del «mensaje» y de la validez de su intuición.

En la mayoría de los casos, la intuición no se refiere a un acontecimiento futuro, sino a un hecho concomitante: la mujer divorciada «sabe» repentina-

mente que su ex-marido está casándose de nuevo. Pero suele ocurrir que la intuición nos *hable* de un acontecimiento que aún está disimulado en el fondo del porvenir.

Durante la Primera Guerra Mundial, un neoyorkino vivió la siguiente experiencia:

«En 1918 estaba en Francia con el 6.º regimiento de Marines, y, para precisar, en la 74.ª compañía. Desde junio hasta agosto habíamos librado horribles batallas y a menudo notaba que algunos compañeros tenían el presentimiento de que su estadía en la tierra llegaba a su término. Por desgracia, cada vez que aparecía el presentimiento, pronto encontraba su justificación en la realidad. De modo que yo me sentía inclinado a tomar en serio cualquier presentimiento.

«El 12 de septiembre de 1918, yo era uno de los pocos que permanecía en servicio de todos los que habían constituido el primer efectivo de la compañía. Me sentía agotado, afiebrado. Hacía poco había sufrido los efectos de los gases asfixiantes, pero me negué a ser evacuado. En semejante estado no era muy útil que digamos y, para colmo de males, «supe» repentinamente que si al día siguiente otra compañía no venía a relevarnos, yo sería herido. Traté inútilmente de librarme de esa idea. Durante la noche, recibimos la orden de partir al frente. Yo no me sentía en absoluto resignado; me debatía contra mi suerte como una rata en la trampa. Finalmente, como no lograba apartar de mí la idea de que sería herido, empecé a desear no quedarme inválido, no ser una carga inútil para todos (nunca, en ningún momento se me ocurrió que pudiese morir). Me opuse firmemente a ser herido en tal o cual parte del cuerpo; opté por una herida de bala en la carne del hombro izquierdo.

«Al alba del 14 de septiembre de 1918, advertimos que nuestra compañía había tomado posición en un saliente del terreno, de modo que quedaba prácticamente expuesta al fuego del enemigo. Los alemanes no estaban mejor situados que nosotros, pero habían tenido el tiempo suficiente para enterrarse un poco y así podían infligirnos muchas pérdidas. Prácticamente estábamos frente a frente. Por entonces yo comandaba un «destacamento suicida», y recibí la orden de instalarme sobre un collado. Apenas divisé el lugar, supe que allí habrían de herirme. Ganamos el collado. Una ametralladora alemana nos rociaba hasta el punto que el aire desplazado por las balas hacía zumbar mi casco. Yo estaba cuerpo a tierra cuando una granada pasó justo sobre mí para estallar un poco más allá de uno de mis pies, en la cara de uno de mis ametralladoristas. En ese momento sentí un dolor como de quemadura en el hombro izquierdo. Me arrastré por la parte de atrás del collado, ¡y comprobé que estaba herido en el hombro izquierdo! Claro que la herida se debía a una esquirla de granada y no a una bala de ametralladora. Me quedé convencido de que «estaba escrito» y era ineluctable. Tal vez ése fue el medio de que se valió Dios para darme un poco de descanso justo cuando mi cuerpo y mi alma estaban a punto de negarse a seguir adelante.»

Este relato nos hace pensar que en situaciones en que no puede obrar ninguno de los sentidos a los que generalmente nos confiamos, cuando ni la capa-

cidad de observación normal, ni la memoria, ni la acuidad de la inteligencia pueden entrar en juego y que hasta la ansiedad o la esperanza son incapaces de orientarnos, la ESP intuitiva puede llegar a ser nuestro último recurso. En todo caso, la intuición es entonces tan precisa que la reconocemos fácilmente. Es indudable que refuerza la memoria, la lógica, el juicio del individuo y le confiere seguridad, decisión. Pero aun cuando así fuese, no siempre es evidente. Sólo cuando la situación subraya la rareza del fenómeno podemos presumir que está interviniendo una percepción de carácter extrasensorial.

Aunque bastante frecuente, este tipo de ESP lo es menos, según los informes de que disponemos, que los que se expresan mediante los sueños. Quizás esta diferencia se deba a la dificultad que tienen los protagonistas de la experiencia en convencerse de que han vivido otra cosa que una coincidencia. Cuando son realistas, los sueños ESP implican una infinidad de detalles que los confirman, de manera que es muy difícil que tanto el protagonista como el investigador puedan decir que se trata de una coincidencia.

Como hemos visto, la lista de las formas esenciales de la percepción extrasensorial incluye dos clases de sueños: la ESP alucinatoria e intuitiva. En estas formas encontraremos toda la gama de los estados mentales, desde aquel en que el individuo duerme hasta el estado de vigilia total.

Una de las razones por las que inicialmente tenemos la impresión de que dichas formas son tan diferentes unas de otras, proviene del trazado zigzagueante que describe de un caso a otro la línea dormir-estar despierto, con ciertas experiencias pseudo-oníricas, sean o no realistas, que se producen cuando el individuo está completamente despierto. Otra razón es que en una sola experiencia suelen combinarse dos de estas formas. Así es como en los tres tipos de ESP descritos: telepatía, clarividencia y precognición, es posible hallar cualquiera de las formas recientemente mencionadas, desde el sueño a la intuición, pues en tal caso la forma es susceptible de variar hasta el infinito, conforme a las circunstancias y la reacción individual del protagonista.

Una vez que hemos discernido la naturaleza de esta variación, el aspecto confuso y turbador de los casos de ESP se atenúa y comprobamos que este fenómeno se produce de manera natural y hasta familiar. Ya que, después de todo, cada uno de nosotros tiene sueños o intuiciones, con o sin percepción extrasensorial. Y todos hemos oído hablar de la alucinación sin tener siquiera una, sin admitir que puede llegar a ser el vehículo de una información que nos llega por un camino secreto. Son formas normales, corrientes y familiares de nuestra vida mental. Y en cuanto aceptamos este hecho, comprobamos de inmediato que otro deriva de él: la ESP, o percepción extrasensorial, carente de toda forma propia.

Louisa E. Rhine

Segunda Parte

Los nuevos enigmas del cerebro

1

Las investigaciones policiales con ayuda de un clarividente

En Holanda, el profesor W. H. Tenhaeff, director del Instituto de parapsicología de Utrecht, estudió durante mucho tiempo al clarividente Gerard Croiset. Algunos de los experimentos llevados a cabo forman parte de este capítulo. En algunas ocasiones, fue necesario investigar con posterioridad al esclarecimiento del hecho, para verificar minuciosamente la exactitud de los sucesos que el clarividente no estaba en condiciones de conocer a través de los vehículos de información corrientes.

No siempre es indispensable que el clarividente esté en presencia de las personas sobre las que se le piden informaciones; puede hallarse en otro lugar, a cientos de kilómetros.

En ciertas circunstancias, Gerard Croiset colaboró con la policía, sobre todo en lo referente a personas desaparecidas. En este caso, ya no se trata de experimentos propiamente dichos, sino del empleo de una técnica original, cuando todas las otras han fracasado, para resolver problemas difíciles o dramáticos. La inesperada conclusión del profesor Tenhaeff evidenciará la seriedad de las relaciones de Gerard Croiset con la policía en este tipo de situaciones, así como su rechazo de toda publicidad inútil.

El 24 de febrero de 1961, se iniciaron bajo mi dirección y en presencia de miembros de la Sociedad de «Psychical Research», los experimentos cuyo protagonista era Gerard Croiset.

Para una de estas pruebas, algunos de los concurrentes pusieron —fuera de la presencia de Croiset— en una caja de 48 centímetros por 33, varios obje-

tos destinados a servir de inductores. Esta caja estaba dividida en 24 compartimientos de 8 centímetros de lado, cada uno de los cuales contenía un solo objeto, de manera que los inductores no se tocaban entre sí.

Cuando todos los compartimientos estuvieron llenos, la caja, ubicada sobre una mesa, fue cubierta por un pañuelo de cuello. Tras haberla hecho girar en todas direcciones, ninguna de las personas presentes habría estado en condiciones de designar con precisión el compartimiento en donde había depositado su objeto. Gerard Croiset, que entre tanto se había incorporado a la concurrencia, fue invitado a que manifestara sus impresiones acerca de uno de los objetos de la caja (siempre fuera del alcance de su vista). Entre el clarividente y la mesa había unos cinco metros de distancia. Las declaraciones de Croiset fueron registradas en un grabador del Instituto de parapsicología.

Después de haber emitido sus «impresiones», Croiset fue autorizado a que extrajese de la caja un objeto que, según él, pertenecía a determinada persona. Vigilado por el presidente (comisario de policía) y por mí mismo, Croiset levantó el pañuelo delante de todos los participantes y, casi sin vacilación alguna, sacó una pulsera. Mostrando la pulsera, preguntó a quién pertenecía. La señorita L. H. (que nunca se había encontrado antes en presencia de Croiset) declaró que ella había puesto esa pulsera en uno de los compartimientos. Acto seguido, la cinta magnetofónica fue nuevamente enrollada, y escuchamos, uno tras otro, los detalles que daba Croiset comentados por la Srta. L. H. Estos comentarios fueron registrados en un segundo aparato. De esta encuesta provisoria quedó indiscutiblemente en claro que las informaciones proporcionadas por el clarividente eran en su mayor parte exactas.

Algunos días después de este experimento, los datos registrados fueron dactilografiados en el Instituto y transmitidos a la Srta. L. H., pidiéndosele un comentario escrito. En el informe transcrito a continuación, se encontrarán punto por punto las informaciones proporcionadas por Croiset, acompañadas del comentario.

Croiset: En este momento veo a una mujer... que... vista desde donde yo estoy ahora... vive en el lado izquierdo de la calle, muy cerca de un edificio bastante elevado... donde algo más lejos se levanta una especie de estatua, quiero decir una columna con una escultura encima.

Comentario: En efecto, vivo en el lado izquierdo de la calle. En frente hay un gran edificio, el hospital de la Cruz Roja. Algunos pasos más allá, se eleva una columna con una escultura, en memoria de un cirujano fallecido.

Croiset: Muy cerca de allí, hay un canal, una zanja... no, es más ancho que una zanja, pero sin embargo no es un riachuelo; en el agua veo una linda canoa blanca.

Comentario: Frente a la estación, hay un estanque grande donde hace un tiempo había una linda canoa blanca.

Croiset: Percibo cierta agitación a propósito de un jersey de cuello enrollado con una abertura en la parte alta, a la izquierda; recientemente, este jersey fue motivo de un enojo. Me parece que es de color verde.

Comentario: Mi madre tiene un vestido verde con algunas estrellas bor-

dadas; hace poco perdió una de las estrellas del lado derecho. Eso me irritó bastante.

Croiset: Estoy en una casa en compañía de cinco personas, pero la mayor parte del tiempo son tres.

Comentario: A la mañana, somos seis (yo incluida), y al mediodía, cinco. Pero nuestra familia se compone de tres personas.

Croiset: Muy cerca de mi casa vive un dibujante, que... más bien me parece un arquitecto..., en suma, alguien que hace retratos, pero que también traza planos. A menudo está inclinado sobre su mesa de dibujo. Es un gran taller. Parece un banco, pero no lo es.

Comentario: Justo al lado de casa se hallan las importantes oficinas del estudio de van Hattem y Blankevoort (trabajos portuarios), donde hay varias salas de dibujo. También trabajan allí varios arquitectos.

Croiset: ¿Acaso no hablaron recientemente de alguien que está en prisión...? Sí, se trata de la libertad de esa perosna... ¿La conversación no se basaba en la libertad de dicha persona?

Comentario: Al pasar frente a la prisión de Haarlem, hablé a mi madre de los presos. No hablé de nadie en particular, sino de los presos en general.

Croiset: En este momento, veo un militar que pierde uno de sus grados.[22]

Comentario: Esto está en relación con la estrella faltante del vestido verde de mi madre.

Croiset: Hablaron de... no... un momento..., ahora veo un hombre de barba gris, que lleva un morral o un zurrón, tiene un sombrero de cazador y en la mano, un bastón. ¿La persona en cuestión vio o habló en estos días con un hombre de esas características?

Comentario: Hace algún tiempo se alojaba en casa un hombre de barba gris. Durante las vacaciones, le gustaba hacer excursiones a pie y llevaba una bolsa y un bastón; solía ponerse un sombrero de caza. También este hombre se detuvo a mirar la estatua próxima a mi casa, la que está en la plaza de la estación.

Croiset: En este momento, veo un carruaje como se usaba antes... ¿Es la estación?... ¿De qué se trata entonces? En efecto, veo que ese vehículo lleva las iniciales... en la portezuela... iniciales entrelazadas... Sí, esto debe haber sucedido hace sesenta u ochenta años... Algo pasa con el farol delantero.

Comentario: Así es. Hace tiempo vi un viejo carruaje frente a la estación central de Amsterdam. Lamentablemente no pude ver gran cosa, porque yo caminaba detrás del carruaje, de modo que las partes laterales y el farol delantero estaban fuera del alcance de mi vista. Es probable que haya sido un carruaje que utilizan los estudiantes de Amsterdam.

22. En el texto francés dice: estrella.

Una sorprendente corroboración

Cuando el 24 de febrero de 1961 se realizó la verificación en Haarlem, se comprobó que, en un principio, la Srta. L. H. no recordaba haber visto un vehículo de esa clase. Pero cuando Croiset le dijo que seguramente lo había visto frente a la estación central, esta información complementaria le refrescó la memoria. Y sobre todo cuando Croiset añadió que tal cosa había ocurrido «hace unos pocos días». Entonces L. H. se acordó de que había llevado en automóvil a su madre a la estación central de Amsterdam. Frente a la estación, apenas tuvo el tiempo justo de ver el vehículo. Pero a causa del intenso tráfico, no pudo detenerse a mirarlo más atentamente.

Sabíamos que G. van Delden, que habitaba en el n.º 36 de la plaza de Haarlem, en Amsterdam, era dueño de la única empresa de alquiler de coches de la ciudad que todavía tenía un carruaje, que efectivamente alquilaba a los estudiantes, nos pusimos en contacto con él el 13 de marzo. Le preguntamos si no hacía mucho su carruaje había estado estacionado frente a la estación central, si dicho vehículo tenía inscrita en la portezuela una inicial o algo semejante y si uno de los faroles de la parte delantera estaba dañado. El 18 de marzo, van Delden nos respondió que evidentemente se trataba de su carruaje, que databa de unos setenta y cinco años atrás. «Sin embargo, en las portezuelas no hay ninguna inicial. Para aquella ocasión, mediante dos pernos se ajustó un rótulo móvil adornado con las armas de la Corporación de estudiantes de Amsterdam. Uno de los faroles no funciona más, y una de las arandelas donde se ponen las bombillas estaba rota.»

Croiset: Esa persona, que parece ser una señora y es más o menos de mi altura, ¿tiene cabellos rubios? Pronto lo sabremos.

Comentario: Yo soy más o menos de la misma altura de Croiset y mis cabellos son rubios.

Croiset: Es necesario que vea el objeto que se halla en la caja, en el compartimiento delantero. Tiene relación con un brazo... es una pulsera.

Comentario: Era una pulsera, ubicada a la izquierda en la fila de abajo.

Croiset: Empiezo a resbalar, resbalo sobre el piso, pero sin caer, aunque poco me ha faltado.

Comentario: No es raro resbalar sobre el piso. Ningún recuerdo especial al respecto.

Croiset: ¿Esa señora no ha salido hace poco a dar un paseo con dos niños, a los que llevaba de la mano? Por ahora es todo.

Comentario: Hace un tiempo, yo solía visitar a unos amigos que tenían dos niños, y a menudo los llevaba de paseo.

El caso siguiente, escogido al azar, nos muestra que los experimentos sobre lo paranormal pueden tener éxito aún cuando sean efectuados «por encargo» y estando el consultante a doscientos kilómetros del clarividente.

A fines de 1959, James Mc Govern, de la estación de radio KSTP situada en Saint Paul, Minnesota, Estados Unidos, nos pidió colaboración para esclarecer un asesinato, dado que la policía local no lograba encontrar ninguna

pista de importancia. Este pedido fue originado por un artículo aparecido poco antes, escrito por un conocido periodista norteamericano (Murray Boom) en el cual relataba una visita al Instituto de parapsicología, donde se había informado sobre el empleo de la clarividencia en las investigaciones policiales.

El 3 de febrero de 1960, en presencia de un grupo de trabajo constituido por estudiantes, mostré a Gerard Croiset la foto de un hombre joven que Mc Govern me había enviado. En la carta que acompañaba la foto, Mc Govern decía que correspondía a la víctima. Tenía la esperanza de que el clarividente pudiera proporcionar algunos detalles, ignorados hasta el momento, relacionados con el crimen. ¿Acaso podría describir al (o los) asesino?

Croiset contempló durante un tiempo el retrato y luego empezó a hacer declaraciones, que fueron grabadas. Los comentarios que reproducimos bajo cada una de las «impresiones» de Croiset, fueron tomados de una carta que me envió James Mc Govern el 19 de febrero de 1960 (dos semanas después de la sesión).

Croiset: Tengo la impresión de que se trata de un hombre joven, de aproximadamente 1,74 metros de estatura, imberbe, cabellos peinados hacia atrás, que usa un traje gris con corbata, bueno, camisa y corbata. Su nariz es recta, sus ojos oscuros de mirada dulce y las cejas bien marcadas. Orejas no muy grandes, bien dibujadas, quiero decir que el dibujo de los pabellones es puro.

Comentario: Croiset describió con exactitud el aspecto de la víctima, Tony Devito, salvo la estatura. Tony medía 1,63 metros.

Croiset: Vivía en una ciudad, en los Estados Unidos, con sus padres.

Comentario: Tony Devito vivía con sus padres en Saint Paul, Minnesota.

Croiset: En mi opinión, lo agarraron en la calle, gente que iba en automóvil. Eran cuatro. En consecuencia, ese hombre fue raptado.

Comentario: Hay razones para suponer que Devito haya sido raptado por cuatro hombres.

Croiset: La casa adonde lo llevaron, es una especie de casa de campo... me pregunto si es una casa de campo. Pero está ubicada junto a otras casas corrientes. Es decir... Denme un pedazo de papel (Croiset toma una hoja de papel y traza un croquis). Supongamos que la casa de campo está aquí. Alrededor vemos seis viviendas, bastante altas. Aquí hay un terreno libre, tal vez un parque, pero en todo caso un terreno donde no hay construcción alguna, con algunos árboles. Y esto, aquí, es una vía férrea, allá hay un camino, una carretera o una calle que atraviesa la vía en este punto. Ferrocarril — casa de campo — carretera.

Comentario: Se presume que Devito fue raptado frente a un alto edificio, en pleno Saint Paul. Puede decirse que se trata de una casa particular, rodeada por una verja de hierro.

Croiset: Debe haber pasado en automóvil (toma el mapa enviado con la foto y señala con un dedo) por la carretera n.° 12 hacia el centro, hasta la número 21: en efecto, carretera n.° 12. Luego giró y llegó a la 21, a esta al-

tura. Aquí, veo 21, y un poco más allá, también veo 15. Giró y llegó más o menos a esta altura (traza una cruz en el mapa). Por primera vez siento una emoción ante la suerte corrida por este joven.

Comentario: Se presume que el auto en el que Devito debe haber sido raptado dejó Saint Paul por la carretera n.º 12. Todo parece indicar que el auto siguió derecho, luego giró hacia el Sur, para retomar finalmente la dirección original. Según la confesión de uno de los miembros de la banda, Alex Degoode, el auto entró por una alameda, recorriendo de ochenta a cien metros. Una vez detenida la marcha, los asesinos bajaron y fueron hasta un lugar donde se juntan un campo de trigo y un pantano. En este lugar, según Degoode, estrangularon a Devito con una cuerda y lo enterraron en una fosa de alrededor de un metro. Como la policía no ha podido descubrir la tumba, nadie está seguro de que Degoode haya dicho la verdad.

Croiset: En mi opinión, el joven fue arrastrado hasta un terreno. Así ocurrió. Antes de ello, es probable que haya estado en un teatro, y luego en un dancing. Entonces lo raptaron. Lo llevaron hasta la casa que ya describí y allí bajaron. Después, lo llevaron a un lugar donde hay una excavación. Me parece que un depósito de basuras. Allí lo ultimaron. Hay árboles.

Comentario: Cuando los asesinos dejaron Saint Paul (según Degoode), tomaron por la carretera n.º 12 en dirección a un lugar donde se descargan basuras. Se le llama campo de pulverización de Ruth Street. Es posible que cuando Croiset se refiere a un depósito de basuras esté indicando ese campo. Pero Degoode dice que no lo enterraron en ese lugar, por temor a que lo desenterrara una excavadora. De modo que los asesinos (siempre según Degoode) siguieron hasta el sitio anteriormente descrito.

Croiset: Me parece que se trata de un lugar —esperen— desde donde estoy, si miramos hacia el Este, hay un riachuelo. Por favor, pásenme la hoja. Si miro hacia el Este, hay una especie de pretil y abajo un riachuelo. Todo eso parece que fueran rocas. Y si me inclino sobre el pretil, mis ojos encuentran un barranco. Este barranco debe hallarse más o menos aquí y por allá pasa el riachuelo. Más allá, hay un terreno que está siendo sobrealzado. Podemos decir que se trata de un terreno de pulverizaciones. Se levanta su nivel utilizando diversos materiales. Sin embargo, tengo casi la certeza de que se trata de una fosa de desperdicios.

Comentario: Croiset menciona la autopista 21 y 15. Ambas corren en dirección Norte-Sur y es probable que delimiten el lugar donde Devito está enterrado.

Croiset: Vuelvo a preguntarme si la casa adonde lo llevaron es una especie de casa de campo. Sin embargo, está ubicada en un lugar donde hay viviendas comunes, es decir que si esa casa se halla aquí (hace una marca), entonces alrededor hay seis edificios elevados. Esto, es un terreno no construido. Podría ser un parque, de todos modos es un terreno con algunos árboles. También hay una vía férrea, allá, un camino, una calle o una carretera que la atraviesa.

Comentario: De acuerdo a las informaciones que poseemos respecto del asesinato de Devito, no se deduce que Devito haya sido llevado a una casa.

Pensamos que es probable que Croiset confunda dicha casa con aquélla frente a la cual presumiblemente Devito fue raptado. Degoode ha declarado que en el lugar donde enterraron a Devito, vio una casa o cabaña. La vía férrea no sabemos dónde ubicarla. Según Degoode, el auto no habría atravesado la vía férrea.

Croiset: Hay un gran restaurante donde suelen concurrir los habitantes de la casa de campo. Al lado del restaurante hay un salón de baile. No puedo decir que sea un night-club, pero se baila mucho.

Comentario: Antes de ser raptado, Devito fue a almorzar a ese restaurante con un hombre llamado Tony Legato. Cerca de ese restaurante hay un salón de baile. Tony Legato, que Devito conocía desde la infancia y al que frecuentaba mucho, fue quien lo llevó al lugar donde los cuatro hombres le cayeron encima.

Croiset: Una mujer de unos veintiocho años desempeña un papel en este asunto. Alguien del tipo Marlene Dietrich, voz un poco apagada, un poco melancólica, una manera teatral de sentarse. Esta mujer se hallaba aquella noche en el restaurante y conversó largamente con el joven (Devito). En mi opinión, esa joven tiene relaciones con el hombre del que hablé antes (Legato). Suele ponerse un vestido verde. Así estaba vestida aquella tarde. Un vestido de seda verde, con un prendedor bien extraño, muy raro de ver. Este prendedor tiene una piedra oscura. Esa mujer habló mucho con el joven (Devito). Creo que ya no vive allí.

Comentario: En el restaurante se hallaba la amiga de Legato. Probablemente es la mujer que describe Croiset, del tipo Marlene Dietrich. La policía dice que la joven responde a las señas dadas por Croiset, y que está siempre vestida de verde. Aún no tuvimos ocasión de verificar si lleva o no un prendedor como el que describe Croiset. Su nombre es Shirley Currau, alias Shirley Crosby.

Croiset: Vuelvo a ver el pretil y el puente. Y también el barranco.

Comentario: Degoode ha mencionado un riachuelo con un puente. Siempre según Degoode, los asesinos atravesaron dicho puente después de haber enterrado a Devito.

Croiset: Uno de los pistoleros que participaron en el golpe es un hombre de cuarenta y ocho a cincuenta años. Debe medir 1,68 metros, pero pesa unos noventa kilos. Tiene el cuello bien gordo. Veo una arruga en su cuello. Camina echando hacia atrás la cabeza. Tiene una sortija de sello azul-claro en el dedo meñique de la mano derecha. Pronuncia marcadamente, como si fueran *z* la *s* y la *c*. Me parece que es el gerente de un dancing, un tipo que no trabaja, pero juega y regenta un dancing.

Comentario: La descripción corresponde al pistolero Rocky Lupino, aunque es bastante más alto (1,80). Tiene un cuello bien espeso. No sabemos si pronuncia anormalmente ciertas letras, pero tal parece ser el caso de su mujer. Disponemos de una foto de Lupino donde se distingue claramente un anillo, pero lo lleva en la mano derecha. No podemos verificar si la piedra es azul-claro. Fue propietario de un night-club (El «Bonfire Club») donde solía reunirse mucha gente del ambiente.

Croiset: ¡Alguien debe haber hablado demasiado! Uno de los tipos que formaban parte de la banda, habló. Soltó una palabra de más, y así comenzó el asunto. Dijo bastantes cosas. Debe tratarse de un tipo que vende revólveres. Un tipo que gana dinero asesinando gente. Esto debe haber ocurrido más o menos aquí (Croiset señala un lugar en el mapa), en Stillwater, en la parcela comprendida entre los números 95 y 5. Allí los pistoleros se encontraron con el asesino.

Comentario: Croiset tiene razón al decir que uno de los individuos cantó de plano. Ya lo hemos nombrado (Alex Degoode). La policía cree que desembuchó para vengarse de dos personas implicadas en este asunto. Los detesta por diversas razones. Pero la opinión reinante es que Degoode no ha dicho todo lo que sabe, para evitar que lo acusen de ser el asesino. También es posible que Degoode haya desenterrado el cadáver para ocultarlo en otro sitio, o bien que lo hayan hecho los otros pistoleros. Y esto explicaría las dificultades que tiene la policía para hallar el cuerpo de Devito. Pero no son más que suposiciones. No sabemos nada con certeza.

Croiset: Creo que él (Devito) sabía demasiado sobre los pistoleros y por tal motivo había que eliminarlo. Pero no me parece que se trate de una cuestión de plata. Ni de espionaje. El muchacho debía ser eliminado porque sabía demasiado acerca del gordo.

Comentario: Es exacto que a Devito no lo mataron por una cuestión de dinero. Se presume que lo eliminaron porque sabía demasiado sobre el pistolero Rocky Lupino y otros, y que tenía pensado contarle a la policía algún detalle sobre ellos.

Después de que las informaciones proporcionadas por Croiset fueron registradas, traducidas y enviadas a J. Mc Govern, el 19 de febrero de 1960 recibimos un telegrama de este último, en el que decía que las indicaciones dadas por Croiset eran de una «exactitud fenomenal», y sugería que viajase a Saint Paul con él. Por diversas razones, no tomamos en consideración la invitación de Mc Govern, quien poco después vino a visitarnos en compañía de dos colaboradores. En esta ocasión, Croiset dio algunos detalles complementarios sobre el mismo asunto. Lamentablemente, nos vimos obligados a no seguir colaborando con Mc Govern, ya que no había respetado nuestras convenciones. En efecto, Mc Govern habló prematuramente por televisión de estas experiencias perfectamente logradas desde el punto de vista de la parapsicología.

Profesor W. H. Tenhaeff

2

El caso Ludwig Kahn

Las reflexiones de los científicos que estudiaron al clarividente Ludwig Kahn tienen en común que todas ellas pertenecen a observadores que se declararon totalmente superados por el fenómeno. La especialidad de Kahn era leer mensajes en sobres cerrados, sin abrirlos, o escritos en trozos de papel plegados en cuatro. Así se dio el caso de profesores que pidieron la repetición del experimento porque ya no recordaban lo que habían escrito, o por otros motivos igualmente infantiles, todo lo cual no era sino la expresión de su asombro, de su negativa a creer que pudiera ser verdad.

El siguiente episodio comienza en 1912. El profesor Max Schottelius recibe en su consultorio a un hombre que le pide que verifique experimentalmente que es capaz de «leer el pensamiento del prójimo» y de «predecir el futuro». No lo hacía por razones científicas, sino para dar comienzo a la revisión de un proceso ocurrido en 1908, en Karlsruhe. En esa oportunidad, Ludwig Kahn había sido denunciado como impostor.

Prudentemente, el profesor Schottelius efectuó en principio un experimento en su laboratorio. Kahn pronuncia sin error la frase escrita en un papel plegado en ocho. «Al escucharlo, escribe el profesor Schottelius, sentí un estremecimiento en la espalda.» Ya en 1908, el Dr. Haymann, designado como experto por el fiscal, había dejado constancia de que Ludwig Kahn «podía leer con toda facilidad mis notas más secretas.» Además, el clarividente reproduce frases en idiomas extranjeros, fórmulas matemáticas cuyo sentido desconoce.

En 1925, fue minuciosamente estudiado en el Instituto Metafísico Interna-

cional, en París. Entre los científicos que participaron en los experimentos se hallaban Emmanuel Leclainche, miembro de la Academia de ciencias, y el profesor Vallée, de la Academia de medicina. El Dr. O. Osty nos presenta un informe de las sesiones.

En la primera parte de uno de los experimentos, L. Kahn pide a cuatro de los presentes que cada uno de ellos escriba en sendas hojas de papel blanco las frases que se le ocurran y luego las doblen sin comentarlas.

Dicho esto, sale del salón y va a un vestíbulo contiguo al salón donde nosotros permanecemos.

Cada uno de nosotros se ubica entonces en una parte cualquiera del salón y escribe algunas frases en una hoja. Yo saco de mi cartera un pedazo de papel de unos 6 cm^2 y escribo sobre mis rodillas, dando la espalda a la puerta cerrada y a varios metros de esta puerta.

Cada uno de nosotros ya ha doblado su papel de la manera que se le ocurre, alguien va a decirle a Kahn que todo está listo.

Entra y nos hace sentar uno al lado del otro, en este orden: Dr. Osty, profesor Leclainche, Sra. Leclainche, Sra. Vallée.

Cada uno tiene su papel en la mano cerrada.

Kahn le pide al Dr. Osty que recoja todos los papeles, los sacuda entre sus manos para mezclarlos bien y le dé uno a cada uno. El Dr. Osty procede de inmediato a cumplimentar su pedido.

Ludwig Kahn se pone delante de la señora Leclainche y le pide que le permita tocar el papel que ella tiene. Lo toma entre el pulgar y el índice y con un gesto rápido lo apoya sobre su frente y se lo devuelve diciendo: «Ya está.»

Los papeles que tenían el profesor Leclainche, el Dr. Osty y la Sra. Vallée, no fueron tocados en ningún momento por Kahn. Agrego que dada la similitud entre los papeles doblados, ninguno de nosotros sabía cuál tenía en su mano.

Así dispuestas las cosas, dos minutos después Kahn se ubica a 1,50 frente al Dr. Osty, primero de la fila. Está de pie, en su mano derecha tiene un lápiz, en la izquierda una hoja de papel sobre la cual el lápiz se mueve febrilmente, como si escribiese.

Y tras un minuto de esfuerzos, dice: «En su mano hay una frase que usted no escribió. Y dice: "el cielo es negro."»

La señora Vallée, tercera de la fila, dice: «Yo escribí: "el cielo es negro."»

Abro la mano, desdoblo el papel. Escrito a lápiz, leo: El cielo es negro.

Inmediatamente después Kahn se pone delante del profesor Leclainche, segundo de la fila; hace algunos movimientos nerviosos con el lápiz sobre el papel y dice: «El papel que tiene en su mano es el que escribió usted mismo. Allí leo: "La causa de la tuberculosis es el bacilo de Koch."»

Lo dijo de un tirón, sin vacilar.

El profesor Leclainche desdobla el papel. Escrito a lápiz, se lee: La causa de la tuberculosis es el bacilo de Koch.

L. Kahn se pone delante de la Sra. Leclainche, la mira durante uno o dos segundos, vuelve a ponerse frente al Dr. Osty.

«El papel que tiene en la mano esa señora es el que escribió usted. Voy a decirle lo que está escrito allí: "Dice... la... la... el... la..." (aquí vacila y durante quince segundos su rostro refleja el esfuerzo que está haciendo). Dice: El viaje es el gran placer de la vida... es la pri..., es to... to..., ¿quiso escribir ambición? Abra el papel, no consigo verlo.»

La Sra. Leclainche abre el papel que tenía apretado en su mano derecha; lee lo que yo escribí:

La... Viajar es el gran placer de la vida. Es la toma de conciencia de su ambiente.

Kahn obró como si recorriera los movimientos de mi pensamiento en el momento de escribir. En principio, tuve la idea de poner una frase que había leído días atrás en el escaparate de una librería: «La vida es un espectáculo que debemos mirar, no un problema que tenemos que solucionar.» Pero en seguida pensé que era mejor improvisar.

De inmediato, Kahn se puso ante la señora Vallée y le dijo sin titubear: «¿Cuándo dirá papá?»

El papel abierto por la Sra. Vallée lleva esta frase escrita por la Sra. Leclainche:

¿Cuándo dirá papá?

El tiempo total que empleó Kahn en conocer el pensamiento escrito de las cuatro personas no superó los cinco minutos.

Seguidamente, Xavier Leclainche hace el siguiente informe:

«Después de diez minutos de descanso, Ludwig Kahn solicita repetir el experimento con cuatro personas que no hayan participado en el precedente.

Toma de una mesa una hoja de papel blanco, la corta en cinco pedazos y entrega uno a cada asistente, excepto al profesor Vallée, que recibe dos.

Nos pide que escribamos una frase en cada pedazo de papel, sin que nos la digamos mutuamente. Acto seguido, sale de la habitación y se reúne con las otras personas.

Escribimos y plegamos nuestro respectivo papel, luego lo guardamos en la mano cerrada.

Ya todo preparado, Kahn entra en la habitación. Nos hace sentar uno al lado del otro, quedando de izquierda a derecha: la Sra. de Laval, el profesor Vallée, la Sra. de Leclainche y Jean Vallée.

L. Kahn nos pide que pongamos todos los papeles en la mano del profesor Vallée. Cuando vamos a hacerlo, nos solicita que los doblemos una o dos veces más, de modo que todos los papeles se parezcan lo máximo posible.

Así lo hicimos, mientras Kahn permanecía a 1,50 metros o 2 metros de nosotros. Durante esta operación ninguno de los papeles fue abierto.

Acto seguido, los depositamos en la mano derecha del profesor Vallée, que procede a mezclarlos.

Los distribuye al azar. Cada uno guarda el papel recibido en el hueco de su mano cerrada.

Inmediatamente después, Kahn viene a ponerse delante de J. Vallée. En una mano tiene un lápiz, en la otra una hoja de papel. Haciendo como que escribe, pronuncia sin titubear esta frase: «En su mano hay una frase que usted no escribió y que dice: "El bacilo del moco fue descubierto en 1881"»

En efecto, en el papel que tiene la señora de Laval se lee esa frase, escrita por X. Leclainche.

Acto seguido se vuelve hacia el profesor Vallée y le dice:

«En cada una de sus manos tiene los papeles que escribió usted mismo.»

Indicando la mano izquierda, Kahn dice: «Los frutos de mi jardín son los más hermosos.»

Ése fue exactamente el texto que encontró el profesor al desplegar el papel que tenía en su mano izquierda.

Kahn se pone delante de X. Leclainche y, sin el menor titubeo, dice: «Chevreul fue el autor de la Savonnerie.» Frase escrita por Jean Vallée.

De nuevo ante el profesor Vallée y señalando su mano derecha, dice: «Los bellos días tienen buen mañana», y corrigiéndose inmediatamente: «Los bellos días no tienen mañana.»

Esta última frase era exactamente la que escribiera el profesor Vallée.

Por último, ante la señora de Laval, y sin la menor dificultad, dijo: «¿Está contento mi gato?»

Texto igual al escrito en el papel correspondiente.

Al fin de la sesión, el profesor Vallée nos hizo notar que durante los minutos que duró el trabajo de Kahn, trató de distraer su pensamiento de las frases que había escrito.

Sesión del 7 de febrero de 1925, en el Instituto de Metapsíquica.

Experimentadores: Ch. Richet, Cuneo, Gosset, Laignel-Lavastine, profesores de la Escuela de medicina de París; profesor Santoliquido, consejero de Estado de Italia; Dr. Humbert, representante de Suiza en la Liga de la Cruz-Roja.

Ludwig Kahn solicita que los experimentadores se dividan en dos grupos. Para participar en la primera demostración, escoge a los profesores Cuneo, Gosset, Laignel-Lavastine y Lardennois; los demás concurrentes van a instalarse en una sala vecina y el clarividente se queda con el primer grupo.

Kahn toma de la mesa del salón una de las hojas blancas del Instituto que yo había puesto para la ocasión. La corta en cuatro pedazos de unos 6 cm^2 y los distribuye entre los presentes, a quienes ha ubicado en una misma fila frente a la mesa; luego les pide que escriban lo que deseen.

Abandona el salón y viene a reunirse con el grupo excluido de la primera demostración. Esta pieza está separada del salón por una puerta cerrada. Ludwig Kahn habla. Nosotros lo escuchamos.

Un momento después, lo llaman. Los cuatro profesores están preparados. Cada uno de ellos ha escrito una frase en un papel que luego dobló varias veces; ninguno de ellos mostró o repitió verbalmente su frase a los demás componentes del grupo.

Kahn entra en el salón. Hace sentar a los experimentadores en el siguiente orden: Laignel-Lavastine, Gosset, Cuneo, Lardennois.

Kahn pide al profesor Cuneo que tome los cuatro papeles, los mezcle y los distribuya.

Hecho esto, Kahn se ubica delante del profesor Laignel-Lavastine, primero de la fila, y procura ponerse en el estado mental favorable a su especialísimo trabajo. Parece enervado, se acerca al profesor y le pide que le deje tocar un segundo el papel que tiene en la mano; Laignel-Lavastine se niega. Kahn insiste. Laignel-Lavastine le dice que tal cosa pondría en tela de juicio el experimento. Kahn dice que debe tocar ese papel un instante, pues de lo contrario se sentiría entorpecido en su trabajo y tendría que retirarse. Frente a este ultimátum el profesor Laignel-Lavastine le tiende el papel bien doblado, que Kahn apoya rápidamente en su frente y acto seguido se lo devuelve. Y de inmediato dice: «Ahora voy a leer este... papel, donde hay una frase que usted mismo escribió... Dice: "Usted toma por ruido de armas... lo que no es sino... rumor de follajes."»

El profesor Laignel-Lavastine despliega el papel que tenía en su mano cerrada: en efecto, las palabras que acaba de pronunciar Kahn son exactamente las mismas que las que allí escribió Laignel-Lavastine.

Enseguida se pone delante del profesor Gosset, segundo de la fila, permanece algunos segundos sin hablar, luego dice: «En su mano hay una frase no escrita por usted... y es... "En política... a veces es preferible... una injusticia al desorden... dijo Goethe."»

El profesor Gosset desdobla el papel: tal cual la frase escrita por el profesor Lardennois.

Ubicándose frente al profesor Cuneo, Kahn dice casi de inmediato: «Usted no ha escrito el papel que tiene en su mano, sino el señor (indica al profesor Gosset). Escribió: "¿Qué nombre le pondré al potrillo que nació... anteayer de Marisco"»

Texto que corresponde exactamente al que había escrito a lápiz el profesor Gosset.

Por último, L. Kahn se pone delante del profesor Lardennois y dice: «En su mano hay un escrito del señor (señala a Cúneo) y dice:... "¿Qué piensa usted del mecanismo de la facultad mental que posee"»

Lardennois abre la mano, despliega el papel y lee palabra por palabra la frase que Kahn acaba de pronunciar. El profesor Cuneo la había escrito a lápiz.

Esta toma de conciencia del pensamiento escrito duró alrededor de cinco minutos.

Acto seguido, todos los asistentes se reunieron en el salón. Cada uno de los profesores informa respecto de lo que le ha concernido. Lo que vamos a leer es la reproducción de dicho informe.

Sus palabras expresan la admiración y el asombro de que un fenómeno tal sea posible.

El profesor Laignel-Lavastine hace la siguiente objeción: «No hay duda que se trata de algo extraordinario. Pero yo objeto en dos puntos el experimento. En principio, Kahn nos pidió que nos ubicáramos en fila a lo largo de la mesa y que escribiésemos apoyándonos en ella. ¿Por qué? Tal cosa me hace pensar que quizás untó la superficie de la mesa con un producto químico, gracias al cual habría podido saber, mediante un artificio especial, lo que escribimos.»

Alguien hace notar a Laignel-Lavastine que eso no explicaría cómo Ludwig Kahn pudo indicar fácilmente qué papel correspondía a cada uno de los participantes.

«Es cierto, reconoce Laignel-Lavastine, pero aún hay otra cosa. Kahn me pidió que le permitiera tocar el papel que yo tenía en la mano cerrada. Lo tomó, se lo llevó rápidamente a la frente y enseguida me lo devolvió. Es verdad que todo fue muy rápido, pero me despierta una inquietud que me gustaría disipar con una prueba en que Kahn no me pidiera tal cosa.»

Otro de los presentes observó entonces al profesor Laignel-Lavastine: «En lo concerniente a usted, su objeción es justa, pero no vale para el resto de los participantes, ya que los respectivos papeles no dejaron ni por un instante la mano cerrada de cada uno de ellos.»

Los profesores Cuneo, Gosset y Lardennois tenían una sola objeción que hacer: el hecho de haber tenido que escribir sus frases apoyándose en la mesa. Sin embargo esta objeción perdía su valor dubitativo ya que, aun cuando los que había escrito estaban en relación con sus papeles, éstos fueron luego mezclados, de manera que ninguno de ellos podía saber cuál era el papel que le tocaba tener.

Todas estas legítimas objeciones fueron tomadas en consideración para el experimento siguiente, el cual, sin embargo, tampoco resultó totalmente satisfactorio.

Ludwig Kahn se reposa un tanto participando en nuestra conversación, que dura diez minutos, tras lo cual se reinicia la sesión.

Charles Rochet, Santoliquido y Humbert pasan al salón, donde quedan solos. Cada uno corta unos pedazos de papel, salvo el profesor Richet, que prefiere uno; luego escriben lo que quieren y donde quieren, sin cambiar palabra.

Una vez que todos los papeles fueron debidamente doblados, Kahn entró en el salón. Para evitar que se repitiera la objeción de «una sustancia química en la mesa» y también la referente al «papel tocado», entro con Kahn en el salón y asisto al rápido desarrollo de esta segunda parte del experimento.

Kahn, ubicado a 1,50 metros de los experimentadores, les pide que se sienten uno al lado del otro, lo cual hacen en este orden: Dr. Humbert, profesor Ch. Richet, profesor Santoliquido.

Siguiendo su costumbre de aumentar la dificultad del experimento, Kahn le pide al Dr. Humbert que recoja todos los papeles doblados, los mezcle cuidadosamente y los distribuya.

Tras mezclarlos, el Dr. Humbert da dos al profesor Richet, dos al profesor Santoliquido y se queda con el restante.

Cada uno de los experimentadores ignora —los cinco papeles tienen la misma dimensión— lo escrito en el o los papeles que tiene.

—«¿Por qué papel queréis que comience?»

—«Por éste», responde el profesor Richet levantando su puño derecho.

Kahn, de pie ante Richet, hace algunos movimientos nerviosos con su mano derecha, con la que sostiene un lápiz que apoya en una hoja de papel. Se enerva. Su cara enrojece. Aproximándose al profesor Richet, le dice: «Permítame tocar un segundo el papel.» El profesor entreabre la mano, Kahn toma el papel doblado, entre el pulgar y el índice, mirando al cielo raso; todo lo cual dura un segundo. Al devolverle el papel al profesor, exclama: «¡Ya está! Ahora le voy a decir lo que hay en ese papel... que usted no escribió... Está en alemán... dice... dice... Gegen die Dummheit. Kampfen auch die Götter vergebens... Goethe...»

El Dr. Humbert dijo: «Fui yo quien escribió eso.» El profesor Richet desdobla el papel y se lo tiende a Kahn, quien enseguida me lo pasa. Leo:

«Gegen die Dumheit.
Kampfen auch die
Götter vergebens.»
(GOETHE)

Esto duró menos de dos minutos. Kahn se ubica delante del Dr. Humbert y dice de inmediato: «Ese papel no lo escribió usted, sino aquel profesor (y señala con el dedo a Santoliquido). Dice... «Andreo... a Roma... fra una Setimana...»

El Dr. Humbert abre el papel, lee su contenido y me lo da. Allí, con la escritura del profesor Santoliquido, está escrito:

«Andreo a
Roma fra
una Settimana.»

El papel que tenía el Dr. Humbert no fue tocado en momento alguno por Kahn.

Kahn se pone delante del profesor Santoliquido y dice: «En su mano derecha hay un papel escrito por ese señor (señala al Dr. Humbert). Allí escribió... escribió: «En el año 1498, una epidemia de... una epidemia de viruela causó estragos entre los indígenas... de Montreal.»

El profesor Santoliquido me tiende el papel. Lo abro y leo la siguiente frase, escrita con lápiz por el Dr. Humbert:

«En el año 1498
una epidemia de viruela
causó estragos
entre los indígenas de Montreal.[23].»

23. Después de la sesión, el Dr. Humbert me dijo: «Le ruego que en el informe repare el lapsus que cometí, ya que no sucedió en 1498 sino en 1640.»

«Y en su mano izquierda, continúa Kahn siempre dirigiéndose a Santoliquido, hay una frase que escribió usted mismo; y dice: «mi hijo está en... Hammamet... Túnez.»

El profesor Santoliquido abre el papel y halla la frase que había escrito:

«Mi hijo está
en Hammamet,
Túnez.»

Finalmente, Kahn se pone delante del profesor Richet y dice: «No queda más por decir que lo que usted tiene en la mano izquierda... escrito por usted, dice... dice... «¿Cómo se llama mi barco de vapor?»

«¡Es verdad, exclama el profesor Richet, yo escribí eso!» Abre el papel y nos muestra la frase escrita con lápiz.

Todos los concurrentes se reúnen, y los participantes de la última parte del experimento formulan sus impresiones. Los tres coinciden en subrayar el carácter maravilloso del fenómeno. Ninguna objeción de su parte.

La sesión duró desde las 21 h 30 hasta las 22 h 15.

A las 23 h, el profesor Richet me llama por teléfono: «Es maravilloso lo que hizo Kahn. ¡Demasiado maravilloso para ser real! Estuve pensando en ello y me vino una duda. Debe haber un truco, que podría ser el siguiente: Kahn pide, en primer término, que le dejen tocar un papel, y toca el mío. Ahora bien, basta con que haya reemplazado con un papel en blanco el papel escrito para que pueda «saber» lo que dice el primero, como en el conocido juego de salón, y así, de papel en papel, leerlos todos con sus propios ojos aparentando que los capta por medios anormales.»

—«Sí, respondí, es algo para tener presente. Pero, sin embargo, no debemos olvidar que los papeles que tenían Santoliquido y Humbert nunca dejaron sus manos y en ningún momento Kahn los tocó. Además, hay que pensar que aun cuando hiciera trampa para leer los papeles, tal cosa no le permitiría especificar cuál de los participantes había escrito tal papel o cuál tal otro. Ahora bien, hasta hoy Kahn no conocía a ninguno de ellos y con toda seguridad que desconocía al menos la mayor parte de su letra.»

—«A pesar de todo, insistió Richet, ¡desconfiemos! Me temo un truco. Es demasiado extraordinario. No creeré hasta que se renueve el experimento, poniendo mayor atención y a solas con Kahn.»

Al día siguiente, a las once de la noche, el profesor Richet me telefoneó de nuevo: «Vengo de participar con Kahn en la sesión que deseaba. Mis dudas desaparecieron. Tengo la certidumbre absoluta de la realidad del fenómeno. Estamos en presencia de una magnífica e inexplicable clarividencia. Habrá que estudiarla.»

He tratado de reproducir lo más fielmente posible la sesión del 7 de febrero, tanto en los hechos como en los movimientos del pensamiento de los concurrentes. Psicología en acción. Y esto demuestra cómo una verificación simple desde el punto de vista teórico, se vuelve prácticamente defectuosa por la manera rutinaria de proceder de Kahn y también por la distracción de los experimentadores.

He constatado varias veces que en la primera sesión que tienen con Kahn, y ante la extraordinaria nitidez del fenómeno, los participantes pierden su dominio habitual.

Después de haber escrito palabras cuya combinación sólo ellos conocen, se quedan estupefactos al oírlas pronunciar sin error por la boca de otra persona. Este asombro invade su consciente y monopoliza de una manera tan exclusiva su atención que, al efectuar tras la sesión el examen crítico de lo que acaba de pasar, ya no saben con exactitud lo que ha sucedido y emiten opiniones legítimas en apariencia, pero absurdas para quien ha asistido a la sesión sin participar activamente en ella.

Así es como oí decir a algunos eminentes científicos que querían recomenzar el experimento porque no habían verificado el contenido escrito de los papeles que tenían en sus manos, cuando precisamente ellos mismos los habían tenido desplegados ante sus propios ojos y leído en voz alta y acto seguido me los habían devuelto para que los transcribiera y guardara.

Ahora bien, el empirismo característico de la manera de obrar de Kahn, subraya la sensación de insuficiencia verificadora que experimentan las personas que asisten por primera vez a una sesión de esta clase.

El lector habrá distinguido ya dos aspectos principales del fenómeno originado por L. Kahn: «La individualización del autor» (de la frase) y «la revelación de lo escrito». Ahora bien, estos fenómenos atañen a una física que todavía no conocemos, implican la probabilidad de emanaciones energéticas, de irradiaciones ante las que nuestros sentidos corrientes no reaccionan, pero que impresionan la sensibilidad de algunas personas hasta el punto que son experimentados como sensaciones.

Ludwig Kahn es dueño de una clarividencia cuyo teclado receptivo e inexplorado es probable que se extienda más allá de lo que hasta ahora hemos constatado. Aún no conoce todas sus posibilidades, porque todavía no requirió todas las reacciones posibles de su excepcional psicofisiología. Por casualidad advirtió esta particularidad y también por casualidad los demás reparamos en su poder de leer, sin usar sus ojos, el pensamiento escrito. Y él ha reproducido siempre el mismo fenómeno, situándose por instinto y adquiriendo empíricamente la noción de las condiciones que favorecen su trabajo mental.

Cuando Kahn corta en pequeños pedazos la hoja de papel blanco, que por otra parte no provee él, sino que se le da, lo hace para limitar la cantidad de palabras que los participantes han de escribir, pero también porque ha notado que ese contacto previo con el papel prepara una especie de enlace físico que facilita su percepción paranormal.

Cuando pide tocar durante un segundo uno de los papeles, es para que actúen más directamente y más poderosamente sobre su sensibilidad las modalidades energéticas especiales y desconocidas con las que impregnamos un papel cuando lo escribimos.

Y cuando, por ejemplo, en un momento de dificultad para revelar un escrito que se ha quemado, toca rápidamente con un dedo la mano o la frente de quien lo escribió, lo hace para aprehender el substrato físico de la información.

Todos sus gestos tienen una razón, un objetivo. No son absolutamente necesarios, ya que Ludwig Kahn puede alcanzar los mismos resultados sin ellos, pero son coadyuvantes a los que recurre por instinto y experiencia.

En el rápido transcurso de una sesión, todos sus gestos parecen sospechosos, menos en el momento de hacerlos que un poco después. Despiertan la idea de trampas, de prestidigitación. Por esta razón, tras una primera sesión «para ver», se obtiene siempre este resultado: la duda de una o dos personas, la convicción de la mayor parte de los experimentadores.

Las sesiones ulteriores se efectuarán en condiciones que excluyen las objeciones.

Entonces nos hallamos ante un fenómeno neto, indiscutible. Y si paulatinamente modificamos las condiciones en que se realiza el experimento, es probable que ese fenómeno proyecte una luz sobre los otros fenómenos paranormales.

Doctor O. Osty

3

Los objetos que cuentan historias

La «psicometría» es el lamentable nombre que se le dio a uno de los fenómenos paranormales más interesantes, el que consiste en que un individuo conozca a otro a través de un objeto que le ha pertenecido. «Psicometría» significa medida del alma, y el fenómeno que «describe» no tiene aparentemente nada que ver con tal definición.

¿Tiene el objeto manipulado la importancia que le concede el clarividente? ¿Por qué existe la clarividencia sin necesidad de apoyarse en objeto alguno? ¿Sin embargo, no es absurdo suponer que una especie de «huella» sobre el objeto, anillo, guante, estatuilla, etc., pueda ser misteriosamente descifrado? Pero tampoco es posible que el objeto tenga un uso idéntico al de la bola de cristal de los videntes, el poso de café, las cartas y todas las artes mágicas antiguas que suelen desencadenar facultades enterradas en el inconsciente.

Este capítulo narra estudios muy precisos. A través de ellos, se nos da una descripción no menos precisa de la precariedad de los recursos financieros y técnicos de que disponen muchos investigadores. No obstante, este «amateurismo» aparente ha sido a menudo el origen de importantes descubrimientos, cuando era practicado por mentalidades ingeniosas y pacientes.

Con el nombre de psicometría se designa al hecho mediante el cual una persona sensitiva, suministra datos —percibidos por medios paranormales— sobre el propietario del objeto o sobre un individuo por cuyas manos pasó el objeto que en ese momento el clarividente tiene entre las manos. El deplorable

nombre de psicometría fue inventado por el norteamericano Jos. Rhodes Buchanan (Journal of Man, 1849), quien, aunque no descubrió esa facultad, al menos fue el primero que la estudió con cierta precisión. Desde entonces, suscitar las facultades paranormales valiéndose de un objeto, se ha convertido en una experiencia corriente. Aunque algunos mediums pueden prescindir de este medio, lo aceptan de buen grado, ya que facilita su trabajo y enriquece su cosecha de informaciones. ¿Qué papel desempeña el objeto? Por el momento, es imposible responder con certeza; sin duda, es un estimulante. En el caso de los experimentos hechos a sabiendas,[24] podemos decir que se trata de telepatía mixta.

Por supuesto, las indicaciones que da el que percibe sobre el carácter del posesor son frecuentemente susceptibles de interpretaciones diversas y es posible que su verificación deba llevarse a cabo dos veces. En compensación, los experimentos que emprendí con M. H. han proporcionado indicaciones cuya mayor parte concernían al objeto, su forma, su color, la substancia de que estaba hecho, etc. A continuación, estas indicaciones eran inmediatamente verificadas por el experimentador; por lo demás, generalmente eran exactas o falsas, pero sin ambigüedad. Justamente, este valor unívoco de los datos configuró el valor de mis experimentos con M. H. La selección de los experimentos que citaré aquí tiende a poner en evidencia dicho carácter, pero asimismo pretende aportar una contribución a la psicometría, en el sentido más estricto del término. Todos los experimentos se efectuaron con iluminación normal, y por lo menos una persona estuvo presente como espectador durante la mayor parte del tiempo. Los experimentos que citaremos no fueron efectuados «sin saberlo», pero tanto mis colaboradores como yo nunca intentamos «transmitir» a M. H. lo que sabíamos del objeto. Salvo indicación en contra en todos los experimentos que describiremos los objetos eran puestos en cajas y éstas frecuentemente atadas o precintadas.

1. Los dos primeros experimentos fueron efectuados con el mismo objeto, el cual, en dos sesiones diferentes, le fue entregado sucesivamente a V. B. y a M. H. A la señorita V. B. le tendí el objeto envuelto en papel; luego, mirando en la bola de cristal, dijo: «Muchas flores. ¿Algo como una asamblea? Todo está sorprendentemente iluminado, entra una señora, vestido claro, rubia, risa estridente, recibe el beso de un hombre. Alameda, jardín, grupo de personajes vestidos de claro, al aire libre, otros en uniforme... debe ser un casamiento, veo una larga cosa blanca contra una mujer que se halla entre dos personajes.» El objeto era una copa de plata, regalo de casamiento de la hermana de mi mujer; el matrimonio había sido celebrado en una casa de campo. Mi mujer y yo conocíamos la historia de este objeto.

2. Más adelante se lo di a otra médium, M. B.: «Algo en metal, una mujer entre gente en traje de fiesta, allí veo a la señora Tischner, algunos señores en frac. Ya sea que lo haya llevado o recibido en la fiesta, la señora

24. Por experimentos hechos «sin saberlo», entendemos aquellos en los que ninguna de las personas presentes sabe la solución (por ejemplo, una carta sacada al azar); los experimentos hechos «a sabiendas» son aquellos en los cuales alguien conoce la solución.

Tischner está vinculada con el objeto; lo toma en las manos. Y relacionada con la fiesta, como si con el objeto fijara su recuerdo», dice.

Los experimentos siguientes fueron llevados a cabo con M. H.

3. «Una señora en una rosa, alrededor de su cuello tiene una cadena, un collar de perlas, y en él algo que se parece a una estrella o una cruz... Ahora veo una cruz. Una mujer de unos treinta años, de muy buen aspecto, pelo rubio rojizo, lleva el orgullo en su rostro.» El contenido de la caja era un rosario bendecido por el Papa. El médium reconoció perfectamente el objeto, sin ambigüedad, pero no lo nombró. Los datos sobre la propietaria fueron correctos; ella misma confesaba: «Dicen que soy orgullosa.»

4. Algunos meses más tarde, vuelvo a presentar el mismo objeto al mismo médium, quien de inmediato dice: «Veo al Papa, he visto una forma blanca que brillaba.» Pero el fenómeno se revelaría de otra manera; casi un año después, al tomar por azar el rosario, descubrí en medio de la cruz una diminuta lente que dejaba ver la imagen de un papa en su capa de seda blanca; era una lente igual a las que se venden a los turistas. Por lo tanto, es posible decir que esta información dada por M. H. está relacionada con la clarividencia.

5. «Una ciudad construida en una colina. Vestimenta no europea; ¿Roma o Nápoles? Pañuelos, faldas rojas... Un gran vapor moderno, cuyo itinerario es Génova-Nápoles, viaje por el Mediterráneo. Durante el trayecto, en el puente superior, alegre compañía; uno se divierte mucho. De ningún modo es un viaje de negocios... bahía de Messina... Italia del Sur... Historia de amor, algo se enciende entre la joven y un hombre. Fuerte impulso erótico. El hombre tiene un grueso bigote y un poco de barba, están apoyados sobre la borda.» Se trataba de un crucero, que partiendo de Génova, pasaba por Egipto, Palestina y Siria, tocaba Atenas y de regreso, Messina, terminando en Nápoles; desde allí, los participantes del crucero viajaron por tren a Roma. No cabía duda de que el viaje del vapor tuvo como puntos de partida y llegada Génova y Nápoles, respectivamente. El objeto era un vaso griego, hecho en arcilla, comprado en Roma y que, por consiguiente, no había pasado por Génova. El crucero había sido muy divertido. Entre la propietaria del vaso y un señor de bigotes y barba en punta se había iniciado una tierna relación.

6. «Sólo veo a un niño de preciosas manecitas; tiene un lápiz y tijeras; se parece mucho a una niña... Rubio, visiblemente directo, seis o siete años... Veo una cara delicada... Mariposas y pájaros, pero de papel. Todo está confeccionado con el lápiz y las tijeras, un juego infantil... una cinta... Una especie de pesebre...» Se trataba de una estrella de papel que una niñita de seis años y nueve meses había recortado y luego decorado con lápices de colores; llevaba una cinta que había colgado en el árbol de Navidad. Sobre este árbol hubo mariposas y pájaros de papel; al pie, un pesebre. M. H. había visto el árbol; era el primer experimento en que un niño desempeñaba un papel central, y no es precisamente por azar que el médium vio de inmediato a la niña.

7. «No veo la historia del objeto, sólo veo el objeto... Algo como una cadena, enrollada... una cadena fina y frágil, enrollada en forma de elipse...

Algo como una pequeña placa de metal.» La caja contenía un medallón de muy poco espesor, con una cadena muy fina; antes de abrirla, le pedí a M. H. que dibujase la placa «a escala»: dibujó un redondel, deformado por la rapidez con que lo hizo, cuyos ejes medían 26 y 22 milímetros, el medallón tenía 24.

8. Ante la segunda caja de ese día, M. H. dijo: «Aristas vivas... no de vidrio... algo que uno expone, un objeto decorativo, pero que se puede usar... Cuanto más lo miro, más adquiere la forma de una estatuilla... un pequeño busto, y sin embargo tengo la impresión de aristas agudas de un personaje de rasgos marcados. Cabeza ancha... modelado más bien agresivo.» Era una estatuilla asiática, de jaspe o de calcedonia oscura, que representaba un personaje sentado; los rasgos del rostro y los pliegues del ropaje eran duros y salientes; la cabeza ancha y basta. El objeto servía de pisapapeles.

Los objetos de los experimentos siguientes los trajo el profesor Gruber, a quien a menudo había invitado a que colaborase conmigo.

9. «Pintura sobre vidrio, del tamaño de un prendedor, como incrustada... algo de pintado, como un mosaico, redondeado... algo pequeño, que pincha, como una astilla.» Era una insignia de club, redonda, esmaltada en negro y oro, con un alfiler para prenderla.

10. «En este momento, sólo veo humo; agujeros como hechos por granadas o cráteres de volcanes... veo el vapor... una enorme nube de polvo... aviones que lanzan bombas; aspecto montañoso, como montículos. Un refugio, construcción pequeña, con muchos uniformes... En todo caso, esto se refiere a la guerra, es una visión de la guerra... Ahora veo el objeto en un ámbito completamente diferente; está sobre una mesa de madera basta... Lo veo curvado como el hueco de la mano, no más playo... está en una mesa de madera; alrededor hay hombres.» El contenido de la caja era un fragmento doblado en escuadra de un centro de granada hallada en los Vosgos, que durante largo tiempo había sido utilizado como pisapapeles en un refugio.

11. «Una placa de plata, con inscripciones... en forma de letrero... (dirigiéndose a Gruber) pertenece a su mujer. Una dedicatoria... un documento de identidad con una dedicatoria grabada. De cualquier modo, es algo del tipo de una cartilla militar. Forma rectangular.» Contenido: pasaporte de la señora Gruber. El sueño del objeto y la forma fueron identificados. La palabra «grabada» se refiere sin duda al sello seco sobre la cubierta del pasaporte.

12. «Anillo en la mano de una señora de edad, con una piedra... el objeto es pasado de mano en mano; en todo caso, es un regalo que las personas de cierta edad hacen a los más jóvenes... Como una pequeña corona, con puntas. Jóvenes y viejos son familiares, es un anillo.» En efecto, es el anillo del caballero S. con la corona correspondiente a su título; años atrás, lo había heredado de su abuela.

13. «Retrato de familia con niños... pequeña foto con niños. Hay una imagen allí.» Foto en un pequeño marco, una madre y sus hijitas.

14. «Una dama, como en un cuadro de Rubens, con una diadema... contorno oval... un retrato sobre un objeto.» A mi pedido, detalla su visión: cuadro rococó, oval al interior, rectangular al exterior, muy recargado. Se trata

de una moneda rusa de cien rublos con la efigie de Catalina II ataviada con una diadema. La imagen, con sus vestimentas abullonadas y el personaje voluptuoso, está tratada a la manera del barroco cortesano y sin duda puede comparárselo con los retratos del tiempo de Rubens.

15. Gruber se había hecho mandar un objeto de Engadine por un amigo que era el único en conocer el contenido del paquete cerrado. Además, lo habíamos vuelto a envolver de tal manera que H. no pudo leer siquiera el lugar de donde provenía. «Viene del extranjero, en forma de tortuga... un arma... hallada en el extranjero. No veo relación alguna con la familia Gruber. Edad de piedra... llegó por mar, en barco.» Era un hacha neolítica, hallada en el sur de Inglaterra. El uso, la forma y la época del objeto fueron determinados sin equívoco con los tres vocablos «Arma, en forma de tortuga, edad de piedra».[25]

16. He podido efectuar algunos experimentos psicométricos con otras personas. Le doy al médium una carta de una señora, dentro de un sobre opaco y sin escritura alguna: «Veo cobre... bien podría ser una cabellera... Al bajarse o inclinarse hacia delante. La persona tiene en la mano algo que se parece a un cepillo. También hay un caballete como los que se utilizan en las escuelas para poner la pizarra. Una ventana grande, mucha luz... después todo se confunde, se abigarra, muchos colores, verde, rojo, azul y blanco, no hay negro, pareciera que no se gusta de este color... Y sin embargo, de pronto, el negro entra violentamente en escena, un gran telón negro, todo queda oscuro, como si la primera visión hubiera sido desplazada por una cámara mortuoria... Un ataúd con su tapa, pero no veo el cuerpo... quizás se trate del entierro de la esperanza de alguien... está definitivamente enterrada o muy pronto lo estará. Dolor violento, la sangre se hiela en las venas. La postura favorita consiste en cruzar las piernas y apoyarse en el respaldo. Súbitamente algo se apaga en esta persona. Sangre azul, no en el sentido usual, presumo que se trata de sangre corrupta, las venas están inflamadas.»

El médium desconocía por completo a la persona en cuestión, una señora. No he transcrito aquí muchas de las indicaciones caracterológicas que proporcionó, porque resultaban equívocas. La carta había sido escrita en momentos en que la señora se divorciaba, aunque en ella no se trataba este asunto. La señora tiene, en efecto, el pelo cobrizo, y es pintora. Emplea colores vivos y raramente el negro. Noble de nacimiento, sufre de varices. Al contrario de H., este médium suele dar a sus indicaciones un aire simbólico y proporciona más datos sobre el carácter. Raramente describe el objeto.

17. En una ocasión, efectué una serie de experimentos con una estudiante de medicina muy dotada. En una sesión improvisada, le di, abierta, la cigarrera de plata de una señora que estaba con nosotros: «El mar en Hamburgo o alrededor de Heligoland. Un parque. Usted tiene la cigarrera de un señor. Trató a ese hombre durante tres años, estaba en un cuartel.» La señora era una alemana del sur, y nada permite suponer que tuviera relaciones en el

25. Las dos últimas expresiones forman respectivamente una palabra en el original alemán.

Norte. Los datos eran exactos: en Bremen, un oficial a quien había frecuentado durante tres años le había regalado esa cigarrera; esto había sucedido en el medio del parque de una villa. En la cigarrera no había ningún grabado, ninguna inicial que hubiera podido dar una pista. El médium había conocido en mi casa a la señora dueña de la cigarrera, pero sólo estuvo un instante con ella e ignoraba todo a su respecto.

Mencionemos también al difunto Ludwig Aub, de Munich, quien en va-



Las ideas, en el origen de la expansión de una disciplina científica, casi siempre han sido descubiertas en la soledad, la contradicción, y la parapsicología no escapa a esta ley. (Representación de un alquimista.)

rias ocasiones puso de manifiesto a sus visitantes (por observaciones y consejos llenos de agudeza) sus dotes de caracterólogo, pero al mismo tiempo sus dotes supranormales; les hacía observaciones sobre cualidades poco comunes de sus progenitores, o bien sobre la profesión del padre. Así, una vez fui a visitarlo con un amigo, a quien presenté con nombre falso; de inmediato Aub habló con exactitud de sus padres: el padre había sido profesor universitario, y la madre una finísima bordadora, detalles que mi amigo me había confiado hacía sólo un instante en la calle. A otro señor le dijo, apenas entró, que estaba de novio con una muchacha de Turingia. A un joven que se había presentado con nombre y profesión falsos, le dijo en seguida: «Usted estudia medicina y se interesa especialmente en la psicología y el ocultismo; le gusta la música, particularmente la de Mozart. Su abuelo fue médico y ejerció en Pomerania.» Todo era exacto. No menos que lo que le dijo a un médico: «En su casa hay un cuadro grande, de la época de Durero, del que está muy orgulloso y lo estima por encima de cualquier otro objeto.» Dijo al señor G., de origen báltico, recientemente establecido en Munich: «Su bisabuelo no compuso música?» El señor G. asintió y señaló que esas composiciones aparecieron anónimamente y hacía ochenta años que estaban olvidadas. Acto seguido, Aub describió a un profesor universitario de Dorpat con una precisión de retratista: alto, tórax prominente, rostro estrecho, barba y bigote grises; apellido largo. Todo esto era correcto; el apellido tenía cuatro sílabas. En gran parte, las facultades de Aub son de índole telepática; pero en la misma proporción tienen que ver con la clarividencia. Fueron muchas las averiguaciones que se hicieron para verificar sus aserciones. Mencioné su caso porque, en conjunto, su fenomenología tiene cierta afinidad con la psicometría, afinidad que debe ser comprendida en el sentido de que, en este caso, el «objeto» es el visitante; por lo demás, los mediums buscan el contacto de las personas como estimulante.

Pascual Forthuny es un artista parisino que desarrolla diversas actividades: compositor, escritor, pintor. A los cuarenta y ocho años descubrió por azar sus dotes psicométricas, de las que en 1925-26 dio pruebas admirables. Esto sucedió en el Instituto de metapsíquica, bajo la dirección del Dr. Osty, en sesiones públicas. En su caso, el hombre es el «objeto», que es tan poco necesario como para Aub. Le gusta escoger entre los concurrentes una persona que le parece que armonizará con él.

En una de las sesiones, apenas entró en la sala, Forthuny empezó a describir sin mirar a nadie una gran imprenta, como la de un diario, del tipo Le Matin, donde tiempo atrás había trabajado de redactor: «No creo que haya entre ustedes un redactor de *Le Matin,* pero en cambio hay alguien que desempeña importantes funciones en dicho diario.» Forthuny va hacia un señor que nadie conoce (ha venido por primera vez al Instituto), le toma la mano y le dice: «Me dan una L mayúscula, nubes, agua, barcos, el olor de productos coloniales. ¿Es usted belga? ¿Quién es Lanoi? ¿Navega usted? Usted se reúne a fumar con el capitán en un club, donde le ofrecen un cigarrillo. ¿Ha perdido una apuesta? Veo un gran puerto, es Anvers.» El interpelado era, en efecto, el corresponsal principal de *Le Matin* en Anvers y se llamaba Landoi; solía reu-

nirse en el círculo francés de Anvers con una armador a quien le jugaba un cigarro al billar. En el caso de Forthuny, no cabe duda que prevalece la telepatía; en general, sus visiones tienen un carácter simbólico, que luego interpreta más o menos conscientemente.

Clarividencia psicométrica

Como ya lo hemos señalado, la forma en que M. H. reconoce frecuentemente los objetos en los experimentos psicométricos no da lugar a discusión; igual ocurre en el caso de los experimentos hechos «sin saberlo», en los que, por consiguiente, la telepatía no podría desempeñar papel alguno. Gruber le presenta un pequeño paquete, y H. dice Tortugas, un señor alto, con la barba entera, rubia, vestido a la usanza colonial, hay algo de tropical en ello, un explorador, viene de una zona cálida, gran navío, señor rubio; el objeto no estaba en su mano... también se lo podría llevar con una cinta, en el pecho. El objeto fue comprado en el extranjero y para él es un compañero de viaje: lo quiere mucho, y tiene valor. Oigo palabras griegas, un diploma, una distinción honorífica por una acción determinada.» Era la medalla bávara al mérito militar, que G. había ganado en la guerra; la condecoracion lo había acompañado en su retirada al sur del Cáucaso en 1818-19, durante el cual había emprendido ciertas investigaciones. Internado en Salónica, había llevado ropas coloniales y frecuentado a varios griegos. En el campamento, se aficionó a las tortugas, muy comunes en aquella región.

Para completar la prueba, le di otro paquete: «Moneda, bronce, como la insignia de los heridos, monedas con inscripción, medalla de bronce.» En efecto, se trataba de una medalla de bronce cuyo óvalo tenía la forma de la insignia de los heridos de la Primera Guerra Mundial. De modo que tanto la forma como la materia del objeto habían sido reconocidos.

En el transcurso del experimento siguiente, el objeto no es identificado, pero su ambiente es descrito con toda exactitud. El objeto pertenecía al profesor Hans von Hattingberg, célebre neurólogo de Munich (y más tarde de Berlín), quien me había dado un número determinado de pequeños paquetes cuyo contenido ignorábamos los dos. «Veo una mujer poniendo cubiertos sobre una gran mesa... y servilletas de fina tela... veo entrar a los invitados. Es una reunión familiar, una gran mesa ovalada, a la que se le intercalaron correderas, cubiertos lujosos, mentel adamascado, muchas flores. Esponsales o casamiento... No veo claramente que se trate de casamiento. La novia está de blanco. Liesbeth.»

El paquete contenía una medalla conmemorativa con una fecha, regalo de la prometida de Hattingberg para sus esponsales. La madre de la novia se llamaba Liesbeth, nombre poco común en Munich. Merece ser señalado que, tras el informe de este experimento hecho por Hattingberg y yo, ante la asociación médica, el profesor de clínica dermatológica Zumbusch formuló una se-

rie de apreciaciones críticas llenas de prejuicios; cuando concluyó, y aunque no hubiera habido en todo eso nada que constituyese una verdadera objeción, dijo: «Por lo demás, no creo en absoluto en el experimento de la medalla de esponsales.» Un claro caso de dogmatismo negativo cuyo apriorismo no le permite admitir los hechos más rotundos.

Yo había preparado una serie de pequeños papeles en los cuales había copiado algunos versos, para ver si podía captar el sentimiento que los impregnaba. Después de haberlos mezclado en casa, tomé uno al azar, sin mirarlo, lo doblé en dos, lo envolví con un papel violeta oscuro y lo puse dentro de un sobre forrado, que cerré. Se lo pasé a M. H. diciéndole que se trataba de versos; en seguida dijo: «Del cielo vespertino cae suavemente el llamado de la noche. Impresión nocturna, melancolía, deseo de paz... El «Nocturno» de Hebbel... no, Goethe, Poema nostálgico.» Era la parte final del poema de Goethe «Nocturno del caminante». —Que pena y alegría me producen. —Oh, dulce paz, —ven, ven a mi corazón.» El sentimiento general del poema había sido cabalmente captado, e identificados su título y su autor.

R. Tischner

4

Casos de saber irracional

A través de sus observaciones y estudios, el profesor Charles Richet, premio Nobel, fue paulatinamente convenciéndose de la realidad de la clarividencia y de otros fenómenos paranormales. Hasta se sorprendió de no haberles concedido más importancia cuando era un joven interno en el Hôtel-Dieu. Por aquel entonces ya practicaba la hipnosis.

Después de algunas vacilaciones e interrupciones en el transcurso de sus investigaciones en este campo, fue adquiriendo la convicción de que, actualmente, lo esencial era reunir hechos sólidos, testimonios dignos de un examen profundo. Conoció a numerosas personas en quienes se manifestaba bruscamente y de manera rara un conocimiento paranormal, y a mediums extraordinarios, que frecuentemente provocaban tales fenómenos. En este artículo expone algunos de los casos que mejor estudió y que aún no fueron explicados.

Durante el último curso que dictó en la Escuela de medicina de París, el 24 de junio de 1925, dijo: «Antes de dejar esta cátedra que ocupé durante tantos años, quiero daros los lineamientos de una ciencia nueva, la metapsíquica.» Tenía la certeza de que un día llegaría a ser (con el nombre de parapsicología, psicometría u otro) una ciencia reconocida e integrada al conjunto de las otras ciencias.

Si consideramos su trabajo de pionero, poco importa que Richet haya subestimado, por ejemplo, la importancia del método cuantitativo y estadístico para descubrir, como poco después lo hizo J. B. Rhine, la existencia de facultades psi en personas «normales». Cuando se trabaja con varios individuos, y se reiteran los ensayos,

escribía, hay un leve exceso de respuestas positivas, exceso tan leve que realmente no se lo puede tomar en consideración.» Recomendaba trabajar con mediums fuera de lo común. Sobre todo, se sentía atraído por los abismos del misterio. Maeterlinck decía: «La grandeza del hombre es comparable a la de los misterios que cultiva y ante los cuales se detiene.»

Mi primer experimento data de mucho tiempo atrás. Me llamó poderosamente la atención.

En realidad, tendría que haberme asombrado aún más; no temo confesar que me faltó entonces coraje intelectual. Pero en aquella época no admitía en absoluto la idea de una facultad supranormal. La contaré detalladamente, porque es un caso perfecto.

Yo era entonces externo en el Hôtel-Dieu,[x] en el servicio del profesor Béhier. Me interesaba la hipnosis y a veces intentaba dormir a los pacientes. En las salas del Hôtel-Dieu, dependientes de mi servicio, había una joven de diecinueve años que yo lograba hipnotizar completamente. Un día, quise mostrarle la acción de la hipnosis a un amigo, joven estudiante norteamericano que nunca había estado en el Hôtel-Dieu. Una vez que dormí a la joven, cruzó por mi cabeza una extraña idea. Yo había leído, en efecto, lo que los antiguos magnetizadores decían de la segunda vista, la clarividencia. Entonces le pregunté a Mariette cuál era el nombre del joven que estaba conmigo, diciéndole: «¿Sabe usted cómo se llama mi amigo?» Ella comenzó a reír y me dijo: «¿Cómo puedo saberlo?»

Entonces le dije: «Puesto que no puede decir su nombre, trate de leerlo. ¿Cuál es la primera letra de su apellido? Mire.»

Al cabo de medio minuto de esfuerzos que la paciente revelaba al cerrar con fuerza las pupilas, me dijo: «Hay cinco letras, la primera es H, la segunda es E; no veo la tercera.» No insistí, y le dije: «Pasemos a la cuarta.» «La cuarta, dijo, es R; y la quinta N.»

Mi amigo se llamaba Hearn.

Aquí, una larga pausa; diez años después volvía a ocuparme de la clarividencia.

Alice, sensitiva no profesional, me dio muy buenos ejemplos de criptestesia en 1886-1887.

Héricourt hace un dibujo que luego pone entre varias capas de papel en un sobre opaco. Yo ignoro por completo lo que ha dibujado. No pronuncia palabra alguna, no hace ningún gesto. Yo soy el único que interroga a Alice. Transcribo textualmente las palabras de Alice: «Hay varios colores, es un redondel doblado en dos, con un retrato, un medallón, un marco con un óvalo; en el cuadro, una cabeza de hombre, en la parte oval. Su cuello no está adornado como de costumbre, sino con trencillas transversales en la parte delantera. Hay seis o siete trencillas transversales; no tiene la cabeza descubierta, sino un quepis. Este quepis tiene tres galones circulares. En las mangas, hay

x. Antigua designación de Hospital (N.T.)

cuatro galones, o mejor dicho tres en la parte baja de la manga; al frente, diez botones. Es la figura de alguien delgado, tal vez sentado, pero solamente veo bien la cabeza y el busto. Lo conozco, pero no puedo decir quién es.»

Esta descripción es la descripción muy exacta (asombrosamente exacta) de la fotografía de Hericourt como médico militar. En efecto, buscando un objeto que pudiera escoger para darlo a adivinar, tomó el marco de su fotografía y lo dibujó. Alice dijo: un medallón, un marco.

Pero lo notable del caso es que ella vio la fotografía que estaba en el marco. La vio con una precisión extrema. No se podría describirla mejor mirando dicha fotografía: un hombre delgado con un quepis en la cabeza, siete trencillas transversales y tres galones en el quepis y en la manga. Por supuesto, dentro del sobre no había fotografía alguna. Sólo estaba el marco (dibujado) y el portadibujos.

También con Leonie llevé a cabo numerosos experimentos de hipnotismo, pero salvo en dos oportunidades, no presentó el más mínimo fenómeno de clarividencia. Ni el experimento basado en dibujos ni el de las cartas tuvieron éxito.

Un día, cuando ella estaba en Le Havre, Pierre Janet le hizo hacer «un viaje» en el sentido que los antiguos magnetizadores daban a esta palabra. Entonces, mentalmente, ella viene a París a visitarme y también para ver al Dr. Gibert, que por entonces estaba en la capital. De repente, dice: «Está quemándose.» Janet trata de calmarla. Ella vuelve a dormirse y se despierta nuevamente diciendo: «Pero señor Janet, le aseguro que está quemándose.» Ahora bien, aquel día, a las 6 de la mañana, es decir algunas horas antes, mi laboratorio de la calle Vauquelin era destruido por un incendio, el 15 de noviembre de 1888. A las 17 de ese mismo día, en Le Havre, nadie podía saberlo.

Hay otro fenómeno de criptestesia protagonizado por Leonie que merece ser destacado. Después de haber experimentado toda una tarde con ella sobre las cartas y los dibujos, sin ningún éxito, menciono de repente a un amigo Langlois (que ella conocía superficialmente) y le pregunto: ¿Qué le sucede al señor Langlois? Entonces ella, me responde con rapidez y no muy respetuosamente: «Se quemó la pata. ¿Por qué no pone un poco de cuidado cuando vierte?» «¿Cuando vierte qué?» le pregunto: «Un licor rojo en un pequeño frasco. En seguida se le levantó la piel.» Ahora bien, dos horas antes, mi amigo Langlois, que era jefe de laboratorio, mientras preparaba conmigo una solución de hipobromito de sodio, había vertido demasiado rápidamente bromo, líquido cáustico de color rojo (contenido en un pequeño frasco de 125 g.), derramándolo sobre su mano y el antebrazo; el líquido había provocado de inmediato la formación de una flictena bastante extendida. Ahora bien, Leonie nunca había venido a mi laboratorio. En esos días yo estaba solo en París y a nadie le había comentado ese pequeño incidente, ocurrido sólo dos horas antes.

Certidumbres de la experimentación

En un viaje que hice a Suecia con Frederic Myers, estuvimos en Kalmar, en casa del Dr. Backman, cuya criada presentaba, según nos había escrito, claros síntomas de clarividencia. Seguidamente transcribo el resumen que Myers hizo de nuestro experimento: «Richet me da una carta que acababa de recibir y cuyo contenido yo ignoraba; salgo de la pieza donde Alma, hipnotizada, está siendo interrogada por Backman. Alma (que no sabe ni una palabra de francés) dice: «El autor de esta carta expresa un deseo, se trata de algo en metal. El objeto de metal puede abrirse y cerrarse. Es una cuestión de tiempo y de oportunidad. Será decidido algo de naturaleza científica.» Esta carta era de mi llorado amigo Victor Tatin, con quien en ese momento, 1891, yo diseñaba aeroplanos. Decía en la carta: «Hemos probado la máquina chica, giraba siempre del mismo lado, tuvimos buen tiempo y funcionamiento de las chapas fue muy satisfactorio.» Como puede apreciarse, en la declaración de Alma hay mucho más que lo que podría resultar del azar.

De más está decir que nunca le había hablado al Dr. Backman de mis experimentos aeronáuticos, ya que siempre permanecieron dentro de los límites de la intimidad. Tal fue más o menos lo que nos proporcionó en materia de clarividencia nuestra estadía en Kalmar.

El siguiente es un experimento hecho con una vidente profesional que, por lo que parece, no me conocía ni tenía ninguna noción científica, por superficial que fuese: «Lo veo interesado en un negocio que adquirirá una considerable envergadura y requerirá muchas cartas. Y lo veo anotando cifras y trazando pequeños cuadrados en grandes hojas con lápices azules y rojos.» Este último detalle, cuadrados en azul y en rojo, es notablemente exacto. En esos días me ocupaba de gráficos estadísticos que indicaban los resultados del tratamiento de los soldados tuberculosos por la zomina, en la Côte-Saint-André (Isère). Antes de ver a Elise había pasado algunos días confeccionando dichos gráficos, es decir cuadrados y rectángulos en azul y en rojo en grandes hojas cuadriculadas.

Efectué otra serie bastante larga de experimentos con una señora que no era médium profesional, y a quien llamaré aquí Stella. Dichos experimentos fueron publicados en los *Annales des Sciences psychiques.*

Cuando Stella entra en estado de trance, le pregunto el nombre de una de las dos criadas que servían en casa cuando era niño. Yo pensaba en Louise y en Dorotée. Pero ella responde «Melanie», nombre que no es nada común.

Es así como de pronto recuerdo que en mi primera infancia, había en casa de mi padre una cocinera que se llamaba Melanie, a la que en los sesenta años siguientes yo no había pensado y cuyo nombre no hube con toda seguridad pronunciado durante ese tiempo.

Otro día, pregunto el nombre del primer cochero de mi padre. Ese cochero se llamaba Etienne. Stella responde «François», nombre que no era ajeno a mi pregunta, ya que mi padre había tenido, en efecto, un primer co-

chero llamado Etienne, pero tres años después, tuvo otro cuyo nombre era François. Este último cochero trabajó en nuestra casa hasta 1872.

Ayudado por uno de mis jóvenes amigos, físico muy capaz, licenciado en ciencias, realicé con Stella una serie de estudios que se prolongaron durante unos ocho días. Efectuábamos el experimento de la siguiente manera. Aunque Stella no ignoraba la escritura automática, no es mediante este tipo de escritura como yo obtenía las respuestas, sino por los movimientos de una mesa liviana. Las preguntas se referían a diversos momentos de la vida de Martin, mi ayudante. Por supuesto, Stella ignoraba por completo todo lo concerniente a la vida de Martin. Ni siquiera sabía algo de él, como no fuera que estaba casado y que tenía un hijo. Hasta desconocía si se trataba de una niña o de un niño.

Naturalmente, para que el experimento fuese inobjetable, Martin no tocaba la mesa. Ni tampoco yo. A medida que se producían los movimientos de la mesa (mientras yo deletreaba el alfabeto), al oírse las respuestas de Stella, las iba anotando con lápiz en una hoja de papel. Martin estaba sentado de espaldas y se abstenía rigurosamente de pronunciar palabra alguna o hacer el menor gesto. Yo era el único en anotar los resultados.

Pregunta: ¿Cuál es el nombre de la mujer de Martin?

Respuesta: Henriette (exacto).

Pregunta: Dénos algunos detalles sobre la familia de Martin.

Respuesta: Jean, el hijo (exacto); Jean, hermano de Henriette (exacto).

Pregunta: ¿Cuál es el nombre del hermano muerto de Martin?

Respuesta: André, pero vive.

Respuesta excelente, ya que André es, en efecto, el nombre de un hermano vivo de Martin, lo cual está curiosamente indicado por las palabras: *pero vive,* inmediatamente después del nombre André.

Martin pide que le hable de Louise.

Respuesta: Émile impide que señora escuche poesía.

Ahora bien, Émile es el nombre del marido de Louise, nombre que no había sido mencionado. Émile y Louise han muerto. Por lo demás, es bastante probable que a Émile no le gustara que su mujer demostrara interés por la poesía.

Pregunta: ¿Cómo se llama el padre de Martin?

Respuesta: Jacques (exacto).

Ese mismo día, se dijo, siempre mediante los movimientos de la mesa, que René era el nombre del hermano de Martin. Ahora bien, René es precisamente el nombre del hermano muerto de Martin, nombre que antes habíamos preguntado en vano.

Así, por los movimientos de la mesa, Stella y yo nos enteramos: 1. que la mujer de Martin se llamaba Henriette; 2. que el nombre de su padre era Edmond; 3. que tenía un hijo llamado Jean; 4. que tenía un hermano vivo que se llamaba André y uno muerto cuyo nombre era René; 5. que el padre de Henriette se llamaba Jacques.

La misma mañana, Martin recibió una carta de su mujer que guardó en su cartera. Luego preguntó: «¿Qué dice esa carta?»

Respuesta: Jean tiene fiebre, tose.

En esa carta, Henriette decía a su marido que Jean, con tosferina, había tenido durante la noche una violenta crisis de tos.

Segunda carta de Henriette a Martin. Pero esta vez, Martin no había leído la carta. Pregunta qué dice.

Respuesta: Jean juega ríe mucho coche.

En la carta no decía nada de eso, recientemente Martin le había dado a su hijo un cochecito con el cual el niño se entretenía más que de ordinario y no dejaba que se lo quitasen.

Le pedimos a Stella que nos diera algunos detalles más con respecto a las ocupaciones de Martin.

Respuesta: Los domingos «montre» [x] obras artísticas y practica la fotografía. (Podemos admitir que en este caso «montre» está reemplazando a «monte».)

En verdad, siendo el domingo el único día libre de que disponía, Martin subía entonces a un pequeño cuarto ubicado en el último piso de la casa, donde hacía algunos estudios fotográficos, aunque no fuese ni artista profesional ni fotógrafo.

Sabíamos que Martin tenía un amigo llamado Loiselle, oriundo de Morlaix, Bretaña. Preguntamos cómo se llama la localidad perteneciente al municipio de Morlaix donde Loiselle y Martin habían vivido años atrás.

Respuesta: Kerveguen entrada por el jardín.

Respuesta absolutamente correcta, que de ninguna manera podría ser atribuida al azar.

Una noche, uno de mis parientes jóvenes se envenenó voluntariamente con estricnina. Se logró ocultar a todo el mundo la causa de este deceso. Los únicos que lo sabíamos éramos el padre de Ludovico (pseudónimo), su tío y yo. Por supuesto, ningún diario había mencionado el suceso ni se ocupó en adelante. Tres semanas más tarde, le pregunto a la señora R. (sensitiva no profesional) el nombre de un allegado mío que había muerto hacía poco. La señora R. dice: «Se llama Ludovico. Usted estuvo a la cabecera de su lecho mortuorio; tenía una espuma roja en los labios.» Todo lo cual era sumamente exacto; pero también debo decir que hubo, además, graves y numerosos errores. Quizás al lado de los hechos indicados con tanta precisión, esos errores carezcan de importancia.

Ludovico, supuestamente hablando por boca de la señora R., dijo: «Stephen, Stephen, oh, esa carta, me parecía que nunca iba a terminar esa carta.» Éste es un detalle de una precisión admirable. Antes de tomar la estricnina, el desdichado Ludovico le había escrito a un amigo (Etienne) una carta que quedó abierta sobre su mesa. Esta carta solamente la habíamos visto su padre, su tío y yo. Por lo demás, yo apenas conocía el nombre de Etienne.

Inútil es añadir que el nombre inglés Stephen corresponde al nombre.

x. *Montre:* enseña, muestra; *monte:* sube. Probablemente el error cometido por la vidente se haya debido al parecido entre esas dos palabras.

La señora R. me dio otro ejemplo de percepción extrasensorial que me parece de suma importancia. Probablemente es el mejor de todas mis experimentaciones. Por consiguiente, es preciso que lo rememore con el máximo de detalles.

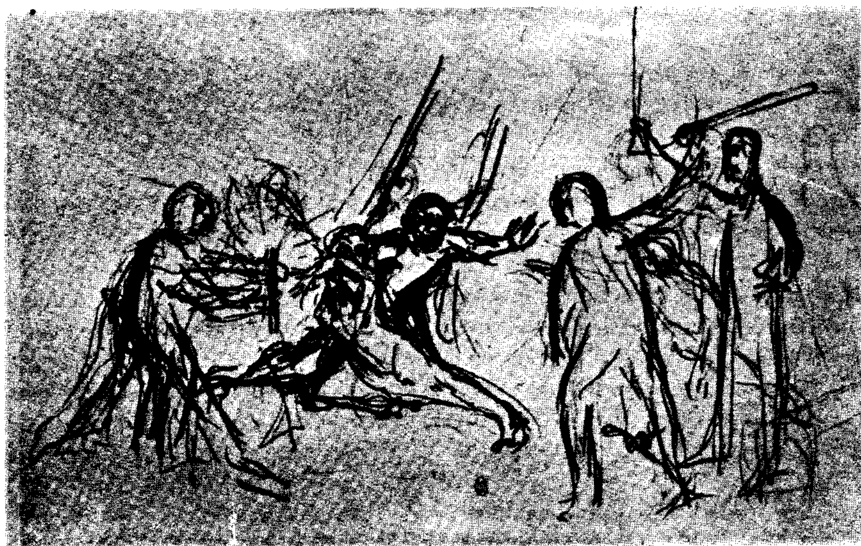
En principio, diré que con excepción de ese día, la señora R. nunca había presentado fenómenos materiales. Ahora bien, aquel día las respuestas nos llegaron por toques, golpes en la mesa, golpes muy fuertes y muy nítidos.

Se deletreaba el alfabeto, y se oía un golpe, un toque extremadamente neto y fuerte, en el momento en que tal o cual letra debía ser anotada.

El primer dictado dio «Bancalamo». Entonces no pude evitar decir: «¡Pero eso es latín! ¡Calamo!» El dictado prosiguió imperturbable: «Banca, la muerte acecha familia.» A partir de ese momento, las respuestas fueron incoherentes, y los movimientos de la mesa desordenados y violentos.

En un primer momento, creí que se trataba del nombre italiano «Bianca» por «Banca», pero «Banca» no podía corresponder a nadie. Me contenté con anotar en mi agenda la frase antedicha.

Al día siguiente, jueves, a las 14 horas, llegó a París la noticia del asesinato de Draga, reina de Servia. Tras haber comprado la complicidad de algunos personajes de la corte, un grupo de oficiales servios habían entrado a medianoche en el palacio del rey Alejandro y lo habían asesinado al mismo tiempo que a su esposa, Draga. También los dos hermanos de Draga resultaron muertos. Draga tenía asimismo dos hermanas que, aquella noche, sólo escaparon por milagro a la muerte. Ahora bien, ni a mí ni a nadie se le ocurrió relacionar ese trágico acontecimiento con nuestra sesión de la víspera, miércoles a la noche.



El asesinato, en Serbia, del rey Alejandro y de la reina Grada, en 1903, había sido entrevisto por premonición. (Dibujo de un periodista de la época.)

Pero al día siguiente de anunciado el crimen, es decir el viernes, al leer en *Le Temps* algunos detalles relativos al suceso, me enteré que el padre de Draga se llamaba Panka, y en seguida me di cuenta de que había una relación entre el siniestro hecho y el dictado de la mesa.

En efecto: 1. el nombre de Banca difiere muy poco de la palabra Panka (en seguida me ocuparé de esta similitud); 2. el momento en el cual se oyeron los toques en París (22 h 30) corresponde exactamente, fuera de la diferencia de latitud, al momento en que los oficiales salían a medianoche del hotel de la Corona de Servia para ir a matar a Draga; 3. se trata de toda la familia de Panka: la reina Draga, sus dos hermanos y sus dos hermanas, es decir los cinco hijos de Panka; 4. aún si tratáramos de encontrar otra fórmula, no habría otra mejor que «la muerte acecha familia» para indicar, con una elocuente concisión y una precisión sobrecogedora, cuál era en aquella medianoche el estado de cosas que amenazaba a la familia de Panka.

Con respecto a calcular la probabilidad de tener Banka por Panka, esto nos da una probabilidad total compuesta (en cifras redondas) de 1/1.500. Pero la probabilidad es todavía mucho menor. En efecto: 1. tienen la misma cantidad de letras. Podríamos haber tenido 4, 5, 6, 7, 9, 10 letras. En consecuencia la probabilidad final es de 1/10.500, lo que da una probabilidad bastante baja; 2. la letra B por la letra P no es un error completo, pues para muchos extranjeros la B y la P se pronuncian más o menos del mismo modo (por ejemplo para los alemanes); 3. el error relativo a la cuarta letra es muy curioso. En el alfabeto servio, la cuarta letra del nombre del padre de Draga corresponde a una letra que se pronuncia dj o tz, letra que nuestro alfabeto romano (el único que podíamos deletrear) no contiene. Por lo tanto, era necesaria una letra única del alfabeto romano que se acomodara lo mejor posible a la letra servia dj. Parece ser que una de las más próximas es la letra C. Admitamos que la letra B es un completo error; pero al menos reconozcamos que C es la letra justa. Entonces la probabilidad compuesta total es de 1/500.000.

Sólo tres hipótesis son posibles.

¿Una mala apreciación? No, porque la premonición fue registrada antes de que el suceso se hiciera público. Nadie sabía en París el 10 de junio a las 22 horas, que en Belgrado iba a estallar un complot contra la reina Draga. Por otra parte, entre las cinco personas que tomaron parte en la sesión, ninguna tenía relaciones con algún balcánico y sólo tenían una idea muy superficial de Servia.

Nos quedan, pues, las otras dos hipótesis: el azar o la percepción extrasensorial.

A menos que nos engañemos a nosotros mismos, me parece imposible atribuir la respuesta al azar.[26]

26. En lugar de analizar y discutir este hecho, el señor Joseph Jastrow dice, muy amablemente, que yo soy *logic blind*, y que toda esta historia es *tale of hopeless credulity*. Parece que Jastrow es profesor de la Clark University, Worcester, Mass. Compadezco sinceramente a sus alumnos, si tiene alguno. (The Case for and against Psychical Belief. Clark University, Worcester, 1927.)

El experimento del alfabeto escondido

Llamo método del «alfabeto escondido» a un experimento que inventé y que consiste en lo siguiente:

Tenemos cuatro personas, A y B sentadas a una mesa; E y F a otra. A y B por un lado, y E y F por el otro, se dan la espalda. Sobre la mesa n.º 1 se ha puesto un alfabeto distribuido de tal forma que las personas que están en la mesa n.º 2, dando la espalda, no pueden ver nada. A y B están en la mesa 1. Junto a la mesa 2 se hallan E y F poniendo sus manos sobre la mesa; F es el médium.

A través de un dispositivo muy simple (una pila eléctrica con una campanilla) nos permite saber en qué momento se levanta una de las patas de la mesa. E y F dan la espalda a A y B que están en la primera mesa. A recorre con su dedo el alfabeto, bastante lentamente. Cuando llega a una letra que el sensitivo indica mediante el movimiento de la mesa (es decir por el ruido de la campanilla), A se detiene y B anota sin decir palabra dicha letra. Por supuesto, sólo sabe cuál es gracias a la campanilla de la mesa. Luego la mesa vuelve a su posición habitual y no hay más campanilla. Entonces A empieza a recorrer de nuevo el alfabeto con el dedo.

El experimento solía durar mucho tiempo, hasta bien entrada la noche. En estos experimentos, el médium era mi excelente amigo Gaston Fournier; pues cuando él no estaba sentado en la mesa, ésta no daba ninguna respuesta.

Sean inteligentes o mediocres, las respuestas bastan sin embargo para probar la clarividencia, porque es imposible que E y F sepan sobre qué letra A pone su dedo. En consecuencia, una frase inteligible es suficiente para establecer la clarividencia del sensitivo.

Como queríamos hacer más complicado el experimento, habíamos tomado la costumbre de hablar en voz alta, decir versos, o reír o cantar, de manera que siempre había un motivo que distrajese la atención. Así, obtuvimos diversas respuestas sin interés en sí mismas, pero muy importantes, porque ponían en evidencia el conocimiento supranormal que F, el sensitivo, tenía de las letras recorridas del alfabeto; por ejemplo, versos franceses vueltos del revés:

«Cae a los pies de ese sexo al que debes tu madre», o bien dichos latinos:

Infandum regina jubes renovare dolorem

Festina lente.

Una vez llegó el nombre de Villon, a quien le pedimos una respuesta. Respuesta: «¿Dónde están las nieves de antaño?»

¿Cuáles son, preguntamos a Villon, tus relaciones con los reyes de Francia? Respuesta: «Louys le Cruel.»

Pregunta: ¿Qué libros debemos leer?

Respuesta: «Ensayos sobre demonomanía.»

Para hacer aun más riguroso el experimento, confeccioné un alfabeto circular en lugar del alfabeto rectangular que habíamos utilizado hasta ese momento; asimismo tuve la precaución de recorrer el alfabeto (por supuesto sin

hacer ruido alguno) comenzando por una letra que no fuese A, y esto siguiendo un ritmo siempre diferente. En tales condiciones la respuesta fue: «Fazoldo» (5 de noviembre de 1884). Estas letras no pueden ser atribuidas al azar.

Estos experimentos con el alfabeto fuera de la vista, tuvieron una vez un ilustre testigo. Fue el gran William Crookes, quien vino a casa para asistir a uno de esos experimentos. En dicha ocasión había formulado mentalmente una pregunta: «¿Cuál es el nombre de mi hijo mayor?» Gaston Fournier, el sensitivo, no sabía una palabra de inglés. Y respondió por el alfabeto oculto: *»I know only the slang.»* No sólo el alfabeto estaba oculto, sino que además estaba alumbrado por una pequeña bombilla que apenas permitía distinguir las letras. Claro está que la respuesta puede aplicarse indistintamente a cualquier pregunta, pero lo importante del caso es que, al menos conscientemente, Gaston ignoraba el sentido de la palabra *slang,* y también que los movimientos de la mesa correspondían a los movimientos del dedo sobre el alfabeto, movimientos que normalmente Gaston no podía percibir.

La última prueba efectuada por Gaston con el alfabeto fue la siguiente. Aquella noche se contaba entre los presentes, por excepción, Paul, hermano de Gaston. Se trataba de saber en qué nombre pensaba Paul. Se puso en un rincón de la pieza y no hizo ningún movimiento. La mesa indicó la palabra «caballo». Ahora bien, Paul había pensado en una señora amiga de su familia y muerta hacía ya un tiempo, llamada Chevalon. Entonces le pedimos al «espíritu» Chevalon que nos dijese algo típico. A través de la mesa y el alfabeto oculto, tuvimos esta respuesta: «¿Cómo está tu madre?» Al dar esta respuesta, hay que confesarlo, Gaston se mostró aterrorizado. La sesión tuvo que terminar en ese momento, ya que ni esa vez ni los días siguientes Gaston se prestó a participar como médium en los experimentos. Hasta tal punto que jamás he logrado decidirlo a continuar.

Los experimentos del alfabeto oculto son sumamente importantes para probar la existencia del sexto sentido; este método experimental siguió siendo practicado con éxito por otros investigadores.

En definitiva, puedo decir que los numerosos experimentos que realicé, a menudo interrumpidos, proseguidos durante cincuenta años en las más diversas condiciones y a pesar de dificultades de todo tipo, prueban, vigorosamente, que para llegar al conocimiento de la realidad hay otros medios que los medios sensoriales normales. Esos fenómenos son susceptibles de varias explicaciones, digamos la telepatía, la vibración de un hecho material o la de un dibujo en un sobre, o la de la muerte de Draga, pero lo cierto es que en ningún caso es lícito atribuirlos al azar.

Sería absurdo suponer que mi vida y todos mis experimentos estuvieron rodeados de coincidencias.

En segundo lugar, después de muchas vacilaciones, reflexiones y angustias, estoy persuadido de que en mis investigaciones sobre parapsicología no

x. En francés, caballo se escribe: *cheval.*

hay ningún error grave. Intenté probar que las fuerzas psi no existen. Hice grandes esfuerzos para no constatarlas. Y sin embargo, nada más que a través de mis propios experimentos, llegué a confirmar lo que ya me habían enseñado las alucinaciones verídicas, a saber que algunas veces la realidad altera por vías misteriosas nuestra inteligencia. Para negarse a admitirlo, hace falta el triste coraje de menospreciar la ciencia experimental.

En las páginas anteriores he dado los principales detalles concernientes a mis propios experimentos. Esto me permite ahora ser más breve con respecto a los otros experimentos, aun cuando, por ser más numerosos, tengan, en consecuencia, mucha más importancia y brillo que los míos.

Historias desconocidas

En uno de sus libros, Flammarion cuenta que en una ocasión una clarividente le dijo al general Noiset, con una precisión extrema, lo que éste había hecho durante toda la jornada. Había estado en las Tullerías en el apartamento del duque de Montpensier, hijo del Rey, de allí en coche con el duque hasta el Hôtel des Invalides para estudiar los planos en relieve de las plazas fuertes. Todo esto fue dicho sin la menor vacilación.

En aquella época hubo algunos sonámbulos cuya clarividencia era célebre, sobre todo Alexis Didier, quien dio pruebas irrefutables de su lucidez.

Me limitaré a mencionar algunos ejemplos característicos.

El Dr. Chomel le muestra una medalla. Alexis dice (lo que es totalmente exacto): «Esta medalla le fue dada en singulares circunstancias. Usted vivía en un altillo de estudiante en Lyon. Un obrero a quien usted le había brindado un servicio, encontró en los escombros de una demolición esa medalla y se la regaló.»

A Alfonso Karr,[27] Alexis le dijo que había puesto una rama de azalea blanca en una botella vacía, lo cual era cierto. Victor Hugo había preparado en su casa un paquete, que luego ató, escribiendo encima la palabra «política». Alexis leyó esa palabra. Vivant fue a consultar a Alexis con la esperanza de encontrar algo que había perdido. Alexis le dijo: «Se trata de cuatro billetes de mil francos» (lo cual era exacto) y agregó: «Nadie le robó esos billetes, los encontrará en su escritorio.»

Al volver a su casa, Vivant encontró los billetes en el lugar indicado.

Frecuentemente, la clarividencia de Alexis puede ser atribuida a la telepatía. Pero he aquí un caso de clarividencia sin telepatía.

El primer presidente Séguier, va a visitar a Alexis sin dar su nombre. El clarividente hace un «viaje» imaginario por la habitación del presidente, ve una campanilla sobre el escritorio. «No, dijo Séguier, no hay ninguna campa-

27. Flammarion, *La mort et ses mystères*. I, 1920, 214.

nilla.» Pero una vez en su casa, ve sobre su escritorio una campanilla que había puesto allí su mujer.

Con los ojos vendados, Alexis adivinaba todas las cartas, no sólo de su juego, sino también del juego que tenía su adversario. Robert Houdin, que sin duda fue uno de los más hábiles prestidigitadores de todos los tiempos, declaró que mediante su arte no podría producir los mismos fenómenos que Alexis.[28]

La señora Sidgwick [29] ha referido casos muy interesantes de telepatía observados en la mujer de un minero de Durham, llamada Jane. Aunque se trate de hechos ocurridos hace ya tiempo, han conservado todo su valor. El Dr. F., que hiptonizaba a Jane, le pide a uno de sus pacientes, Mr. Eglington, que trate de hacerle decir a Jane lo que él mismo haría durante la noche, desde las 8 hasta las 10. Jane dice: «Veo a un señor muy gordo, con una pierna de madera, no tiene cerebro, se llama Eglington, está sentado ante una mesa donde hay brandy, pero no bebe.»

Resultado sumamente curioso, porque Mr. Eglington, que es un hombre muy delgado, había puesto en una silla un muñeco al que había vestido exageradamente para darle corpulencia, poniéndolo luego ante una mesa que sostenía una botella de brandy.

Otra sonámbula no profesional, llamada Marie, dio lugar a que el Dr. Dufay (de Blois) obtuviese buenos ejemplos de clarividencia. Una mañana recibe carta de un oficial amigo suyo por entonces en Argelia; enfermo de disentería, se veía forzado a permanecer acostado en la tienda de campaña. El Dr. Dufay pone la carta en dos sobres que no llevan indicación alguna y pone así la carta entre las manos de Marie. La clarividente dice que se trata de un militar enfermo de disentería y para encontrarse con él Marie se embarca imaginariamente, tiene mareos, ve mujeres de blanco que tienen barba (sin duda, árabes con sus velos). Divisa al oficial, enflaquecido, enfermo, en un lecho formado por tres tablas que sostienen cuatro estacas sobre la arena húmeda. Todo esto era exacto.

En otra oportunidad, el Dr. Dufay le entregó a Marie una cosa envuelta en varias hojas de papel; la clarividente le dice que se trata de un objeto que ha matado a un hombre: ¿una cuerda? No. Una cuerda. No. Una corbata. Pertenece a un prisionero que se ahorcó porque había cometido un asesinato. Mató con un hocino (hachuela de leñador); la clarividente indica luego el lugar donde fue arrojado el hocino. En verdad, el Dr. Dufay había cortado un trozo de la corbata de un individuo que acababa de suicidarse en la prisión de Blois, estrangulándose con esa corbata. Siguiendo las indicaciones dadas por Marie, poco después se halló en el lugar señalado, el hocino, instrumento del crimen.[30]

28. Sería recomendable leer el libro de Delaage: *Le sommeil magnétique expliqué par le somnanbule Alexis*, París, 1857. Muchos personajes ilustres, el Padre Lacordaire, Victor Hugo, Alphonse Karr, Alexandre Dumas, el conde de Saint-Aulairey el barón Larrey, entre otros, fueron testigos de la clarividencia de Alexis.

29. *Annales des Sciences Psychiques*, 1891, 280.

30. *Traité de Métapsychique.*

Osty estudió un caso relativo a cierto señor Cordier (pseudónimo) que había desaparecido. El Dr. Osty le entrega a la señora Morel, vidente profesional, simplemente una liga de Cordier. Sin darle ninguna otra explicación, la vidente dice que se trata de alguien que fue a la montaña, perdiéndose; tenía algunos manojos de hierbas en la mano y se cayó en un barranco que la vidente describe proporcionando algunas indicaciones. Gracias a estos datos, fue posible encontrar el cadáver destrozado de Cordier, cuya inútil búsqueda llevaba ya varios días.[31]

La señora R., viuda de un eminente notario parisino, mujer de gran valor moral y muy inteligente, va, por primera vez en su vida, a consultar a una vidente en compañía de una amiga. La consulta se debía a un robo. La señora R. nunca había visto antes a la vidente. Ésta le dice: «Se ha usado el nombre de un muerto para entrar en la casa de usted. ¡Y qué muerto! Un verdadero héroe que ha cumplido más que con su deber y que se sacrificó por otro.» Todo lo cual era exacto. En el bosque de la Cailleté, en 1917, el hijo de la señora R. había sido mortalmente herido al intentar, bajo un espantoso bombardeo, socorrer a uno de sus compañeros heridos. En 1919, el día del aniversario de esa muerte gloriosa, un individuo se introdujo en la casa de la señora R. titulándose amigo de su difunto hijo, Marcel, y mientras esperaba en el salón la llegada de la señora R., que estaba en misa, había substraído una pequeña tela de Corot, recortándola y sacándola del marco.

La lucidez de la clarividente fue todavía más lejos; llegó a la premonición. Le dijo a la señora R. que el cuadro era una paisaje y que le sería devuelto, «pues tal era la voluntad del muerto». Y en efecto, lo cual es realmente sorprendente, al día siguiente el ladrón enviaba dicho cuadro a la casa de su dueña.[32]

J. Maxwell,[33] cuya competencia está fuera de dudas, cita un fenómeno de clarividencia en la señora Agullana, vidente profesional. A las 10 h 20 de la noche, la señora A., profundamente dormida por hipnotismo, emprende un «viaje» —en el sentido de los antiguos magnetizadores— en busca de M. B. La ve, semivestida, paseándose descalza sobre la piedra. Esto no parece tener sentido alguno. Pero interrogada M. B. al día siguiente, dijo: «Ayer por la noche, no me sentía muy bien; uno de mis amigos, M. S., que vive en la misma casa, me aconsejó que probara el método Kneipp, e insistió tanto que, sobre todo para satisfacerlo, ayer a la noche empecé por primera vez a pasearme descalza sobre la piedra fría. Cuando hice ese primer ensayo estaba semivestida. Eran las 10 h 20 y durante un tiempo di unos pasos sobre los primeros peldaños de la escalera de piedra.»

Mi sabio amigo Abelous, decano de la Facultad de medicina de Toulouse puso en una caja de madera espesa un sobre blanco, cerrado con lacre, que luego selló. Bajo la presión del sello, el lacre lo había desbordado. Un jo-

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*, p. 149.

33. J. Maxwell, *Les Phénomenes psychiques.*

ven sensitivo, hipnotizado por el Dr. Márquez, «ve algo redondo y rojo que parece despedir rayos». En otro estuche, Abelous había puesto, en otra caja, la medalla del profesor Grasset, que representaba una fisionomía de hombre con barba y cabellos revueltos. De tal modo, el sensitivo había sabido que se trataba de una medalla, dando luego los rasgos característicos de la imagen del profesor Grasset.

Me resulta imposible seguir mencionando casos de clarividencia producidos por personas hipnotizadas o por videntes.

Habrá quien se sorprenda de que me refiera a experimentos efectuados con clarividentes profesionales, puesto que uno se siente inclinado a creer que entre los adivinos todo es trampa. Pero eso sería un error. En principio, los profesionales, es decir los clarividentes, las cartománticas u otros, que viven de su profesión, no incurren deliberadamente en impostura alguna. Cuando alguien, un desconocido, viene a consultarlas, ellas dicen con toda buena fe lo que les pasa por la cabeza. Casi siempre no son más que pobres trivialidades, frases que tienen por costumbre decir a cada cliente. Supongo que no se me creerá tan ingenuo como para admitir semejantes cuentos. Pero a veces, en medio de cien tonterías, hay una frase asombrosamente justa, que el azar, ni siquiera entre centenares de frases triviales, es incapaz de dar.

En efecto, si tal o cual adivina profesional no hubiera dado muestras de clarividencia al principio de su vida, nunca habría tenido el propósito de emprender tan extraña carrera. En todo caso, si no hubiera cometido más que errores, si se complaciera en cuentos y trivialidades, muy pronto habría perdido su clientela. Cuando alguien paga la consulta, es porque se ha enterado de que tal o cual adivina tiene antecedentes que justifiquen su profesión. Por lo tanto si ha continuado ejerciendo esta profesión, es muy probable que en un momento dado, el medio social en que vive o su misma clientela pudieron comprobar su facultad de clarividencia.

Antes, las respuestas se daban siempre en estado hipnótico. Pero en la actualidad los clarividentes ya no son hipnotizados; por mi parte, estoy persuadido de que el hipnotismo, así como el estado de trance espiritista, suelen favorecer la clarividencia, pero no son en absoluto una condición necesaria para que se manifieste.

Por importantes que sean las observaciones de casos que acabo de referir, y aunque evidentemente no tienen relación alguna con el fraude o el azar, el error o un defecto de experimentación, sin embargo son mucho menos importantes que las que voy a citar en seguida.

Todos los casos que mencionaré prueban (por diversos caminos) que hay un sexto sentido, es decir, para repetirlo una vez más, el conocimiento de un fragmento de la verdad que no llega a la inteligencia por medios sensoriales normales.

Alucinaciones que no son tales

Debemos distinguir dos grupos de alucinaciones verídicas: las alucinaciones *fortuitas* (observaciones) y las alucinaciones *provocadas* (experimentos). Estas últimas son muy raras, pero en ciertos casos, se ha logrado provocar en sensitivos (por supuesto que sin decirles nada) una alucinación.

A una distancia de 50 kilómetros de Londres, M. B. trata de aparecerse a dos jovencitas de apellido Verity. Esto ocurría un domingo de noviembre de 1881, a la 1 de la mañana. El jueves siguiente, M. B. fue a visitar a las señoritas Verity. Sin que M. B. hiciera ninguna alusión al experimento, las dos muchachas le dijeron que habían visto la aparición. La mayor dijo que había visto cerca de su cama un fantasma que avanzaba hacia ella. Entonces había llamado a su hermana, quien también aseguró haberlo visto. En una carta, dice la Sta. Verity: «Sólo me repuse del susto un rato después y me acuerdo tan vivamente de la aparición que no puedo borrarla de mi memoria.»

Lo interesante en esta alucinación verídica *experimental,* es que es simultáneamente *experimental* y colectiva, puesto que fueron dos las personas que tuvieron la misma aparición. Pero a pesar de las apariencias, esto no prueba en



Desde la antigüedad existen testimonios sobre los prodigios y que han sido relatados en todas las civilizaciones. (Aparición de un fantasma — Hokusai, dibujante y grabador japonés, 1760-1849.)

absoluto la objetividad de la aparición, ya que el sexto sentido puede ejercerse provocando la misma imagen en dos personas. La vibración de la realidad, que era la voluntad de M. B., pudo muy bien presentarse bajo el mismo símbolo. Y nada permite afirmar que no se trata sino de un símbolo. Nada prueba que el fantasma de M. B. (o su cuerpo astral) se haya manifestado objetivamente a las dos jóvenes.

En otras palabras, si hubiera habido un aparato fotográfico ubicado sobre la cama de la señorita Verity, pienso que es muy posible, muy probable, que no habría registrado imagen alguna.

A las 22 h 45, el reverendo Clarence Godfrey [34] intenta trasladarse en espíritu al pie de la cama de una de sus amigas. He aquí el relato de esa persona: «El 16 de noviembre de 1886, a las 3 h 20 de la mañana, me despierto sobresaltada y con la impresión de que hay alguien en mi habitación. Sentí la urgente necesidad de abandonar la habitación y bajar. Me levanté; alumbré la vela y bajé la escalera pensando que un vaso de soda me calmaría. Cuando volví a la habitación, vi al señor Godfrey, de pie junto a la ventana. Estaba vestido como de costumbre. Entonces levanté la vela durante tres o cuatro segundos, mirándolo con profundo asombro. Luego desapareció. Tan fuerte fue la impresión que me provocó esa aparición que tuve ganas de despertar a una amiga que dormía en la misma habitación, pero finalmente no lo hice para evitar que se burlara de mí. La aparición no me aterrorizó, pero me dejó tan impresionada que no pude volver a dormirme.» Por supuesto, ella no sabía nada de las intenciones de Godfrey.

El mismo Godfrey hizo otras dos tentativas: la primera no tuvo éxito; la otra fue lograda a medias.

Podríamos citar otros experimentos de la misma clase. Pero aquí debemos limitarnos a probar ese hecho importante, enormemente excepcional, que consiste en que una transmisión de pensamiento se manifiesta en forma de aparición.

Estas alucinaciones verídicas hay que relacionarlas con los fenómenos a los que Myers dio la apropiadísima denominación de *moción*[x] *de proximidad,* aunque en la eventualidad se trate de observaciones y no de experimentos.

Los proverbios de todos los países aluden a una idea popular común: «tanto se habla del lobo, que al final aparece», «cuando hablamos del sol, le vemos los rayos», «quando si parla del sole, il sole spunta», «speak of te devil, and the devil appears».

Es sumamente difícil sacar una conclusión, ya que para afirmar que no se trata de una simple coincidencia, sería necesario llevar una verdadera estadística de los casos positivos y de los negativos. Es muy probable que cada uno de nosotros haya notado, en algún momento, algo que salía de lo normal. A veces creemos ver en la calle a alguien que conocemos, y nos decimos muy

34. Fr. Myers, *Human Personality,* I, p. 688-690.

x. Moción, en este sentido: Alteración del ánimo que se mueve e inclina a una especie que le han sugerido (N. T.)

convencidos: «Pero si es A.» (A. a quien desde hacía tiempo no veíamos; A. cuya presencia, ese día, en ese lugar, no es verosímil.) Ahora bien, pronto nos damos cuenta de que la persona que vimos no era A., sino otro que se le parecía, o también (lo que es muy raro) alguien que no se le parecía. No se trata de una alucinación, sino de una ilusión; y aunque esta expresión pueda parecer algo extraña, es preciso que la conservemos, es una *ilusión verídica,* pues en alguna parte, más lejos, A. aparece realmente, en carne y huesos. Creo que, en algún momento de su vida, la mayor parte de las personas fueron capaces de constatar un fenómeno de ese orden.

Pero no existe ninguna estadística seria de tales hechos. ¿Cuántas veces nos hemos equivocado? ¿Cuántas veces era cierto? A pesar de ello, Myers cita algunos ejemplos autentificados que permiten relacionar esas mociones de proximidad al sexto sentido. Todo sucede como si el sensitivo no tuviera la visión, sino la noción, de un individuo que está cerca y viene hacia él.

A las 7 de la tarde, Mr. Stevenson estaba junto a su mujer. Todo se hallaba en calma, cuando de pronto oyó nítidamente dos palabras: «David llega», palabras que Mrs. Steveson no había pronunciado. David, el hermano de Stevenson, nunca llegaba antes de las nueve y media de la noche. Tres minutos después, la puerta se abre, y a continuación David entra de modo tan inesperado.

El coronel Bigge ve a uno de sus colegas con un atuendo de pescador, llevando los utensilios de pesca, en fin, vestido de una manera que Bigge no se esperaba, y en un lugar imprevisto. Y todo esto ocurría diez minutos antes de la aparición real de ese colega, con el traje y los utensilios de pesca.

En mi *Traité de métapsychique* he relatado un curioso caso de moción de aproximación.

En el pueblecito de S., Stella sale una mañana con su hermano para dar un paseo en automóvil; como están un poco retrasados, se apresuran en llegar al automóvil, estacionado en la plaza S. De repente, Stella ve enfrente de ella, mirándola y avanzando en su dirección, a su amigo Olivier, quien debía encontrarse con los dos hermanos en ese mismo lugar. Entonces Stella dice a su hermano: «Allí está Olivier» mientras con su bastón hace un gesto para saludarlo. Pero el hermano de Stella no ve nada. En el momento en que ella ve desaparecer repentinamente a Olivier, helo aquí en carne y hueso, llegando por detrás de los hermanos y tocando la espalda del varón. Stella y su hermano se quedaron muy sorprendidos, porque, sabiéndose retrasados, suponían que Olivier ya estaba en la plaza. Mientras venían por la calle, no se habían vuelto a mirar ni una sola vez, así lo afirmaron resueltamente los tres.

Ahora bien, aun si Stella hubiera podido ver a Olivier por visión indirecta —lo que por otra parte es poco probable, dada la situación de la calle— no queda descartado el hecho, muy importante para la teoría de las simbolizaciones, de que un fenómeno de simbolización directa, inconsciente, se simbolizó en forma de alucinación verídica, pues Stella vió a Olivier delante de ella, bien vivo, completamente idéntico a sí mismo, hasta tal punto que con un bastón le hizo un gesto a manera de saludo.

Sin embargo, me inclino a creer que en este caso no se trata de simbolización de una visión indirecta, sino es más bien una moción de proximidad.

En consecuencia, no podemos negar que a veces nuestro sexto sentido nos advierte de la proximidad de tal o cual persona, cuya presencia no nos la pueden revelar los sentidos conocidos. Pero como el estudio de estos fenómenos corresponde a la observación, no al experimento, aún estamos lejos de poder establecer con certeza su realidad. Es preciso esperar a que se efectúe un estudio metódico, diría que matemático, de ese curioso fenómeno. Y digo esto con la esperanza de que algún joven psicólogo lo emprenda.

Fenómenos observados en el medio espiritista

Una noche de 1871, la madre de M. de N. lanza gritos desesperados. Acuden y la encuentran en el suelo, aterrorizada, con los cabellos en desorden. Más tarde cuenta que los espíritus la transportaron de la cama al suelo.

Al día siguiente a las siete de la mañana, llaman a la puerta. Un desconocido, el coronel barón Daviso, viene a preguntar qué ha sucedido. En una sesión espiritista, se le había anunciado que los espíritus iban a hacerle una jugarreta a una señora que vivía en la casa de M. de N. y el coronel Daviso había venido para verificar los hechos.

El doctor R. Santoliquido, era hombre completamente escéptico, que no creía en los experimentos de tipología que se realizaban en su casa. Un día, Louise (tal el nombre de la médium) le dice, por medio de la mesa: «En lugar de criticar mis experimentos, tendrías que ocuparte de tu informe que todavía está sin terminar.» Esto era algo inexplicable, pues el importante informe que el Dr. Santoliquido tenía que transmitir al ministro del Interior, ya había sido concluido y enviado al ministerio. El Dr. Santoliquido estaba completamente seguro de ello. Pero al día siguiente pudo comprobar que, por negligencia de uno de sus subordinados, el referido informe aún no había sido enviado.

Louise dio también otros excelentes ejemplos de fenómenos de premonición. No citaré tales fenómenos, puesto que dejo deliberadamente de lado el turbador estudio de las premoniciones.

Éste es un hecho que cuenta el ilustre William Crookes.

Estaba solo con su médium, moviendo la tablilla. Detrás suyo, sobre una mesa, un diario: *The Times.* Entonces, pasa una mano detrás de la espalda y apoya su índice sobre un punto del diario, tapando así al azar una palabra. Ni él ni la sensitiva podían saber lo que había debajo de la yema de su dedo. Entonces la tablilla (es decir la sensitiva) escribe la palabra: *however;* en efecto, bajo el dedo de Cooker se leía la palabra *however.*[35]

Lady Mabel Howard, ejerce la escritura automática. Un día, una de sus

35. Margaret Deland, *A Deak in Darien. The Case for and against Psychical Relief,* Worcester, 1927, p. 144.

amigas la visita para consultarle respecto de un robo de alhajas. Lady Howard escribe que las encontrará bajo el puente de Tebey, lo que era bastante inverosímil. Un mes después, las alhajas robadas aparecieron debajo del mencionado puente.

En el transcurso de una sesión espiritista, el príncipe Wittgenstein se entera de que el testamento de su amigo el general de Korf está en un armario especial de la casa donde ha muerto. Entonces el príncipe escribe a la hermana del barón de Korf, que desde hacía tiempo buscaba en vano dicho testamento. Cuando la carta llega a destino, se acaba de descubrir el lugar donde estaba guardado el testamento, es decir el mismo lugar que le había sido indicado por el mensaje espiritista.

Mr. Britton, célebre escritor, cuenta que mientras asistía a una sesión con el gran médium Homme, la mesa dio golpes de una violencia inusitada. A través de esos golpes se obtiene la siguiente frase dirigida a Britton: «Vuestro hijo está muy enfermo. Partid en seguida, o será demasiado tarde.» Entonces, dice Mr. Britton, cogí mi maleta y me marché. En la calle oí el silbido de la locomotora. Corrí con todas mis fuerzas y logré agarrarme del pasamanos del último vagón. Al llegar a casa, comprobé la absoluta verdad del hecho que me había sido anunciado.

Un caso bien estudiado: La señora Briffaut

Los experimentos efectuados por la Sra. Briffaut bastarían —y no son los únicos— para probar definitivamente la realidad del sexto sentido.

La señora M. G. de Montebello me pide que le concierte una entrevista con la señora Briffaut. Entonces escribo una carta a esta señora anunciándole que una dama muy distinguida desea verla.

Arreglada la entrevista, la prueba de la clarividencia aparece de inmediato. En efecto, antes de que la señora de Montebello haya pronunciado una sola palabra, la Sra. Briffaut le dice: «Veo a alguien que se llama L. Louis. ¿Vuestro hijo? —Sí. —¿Murió durante la guerra? —No. —Sin embargo, veo que levanta sus manos lo más alto que puede, luego baja bruscamente los brazos, como si me hiciera un signo de que acababa de ser abatido por una muerte súbita, fulminante.» Entonces la señora de Montebello dice: «Así es, a mi hijo lo mató un rayo.»

Acto seguido, escribe la señora de Montebello, me habló con toda exactitud de cosas mías muy íntimas, que nadie conoce. La clarividente dijo aun sobre mi hijo: «Dejó tres niños, dos varones y una mujer» (exacto). Luego le pregunté si podía ver a una abuela que yo había querido mucho; me hace un signo como para decirme que escribía mucho y que le gustaba verse rodeada de sus escritos.

Éste es otro notable hecho de clarividencia, ya que la abuela de la señora de Montebello, es decir mi tía abuela, H. Cheuvreux, pasó los últimos quince

años de su existencia escribiendo sus Memorias. Y casi podía decirse que había llegado a ser el objetivo principal de su vida.

En otra ocasión, le anuncié a la señora Briffaut la visita de mi hija, señora de Le Ber. En principio, la clarividente le habla de su marido, del que dice su nombre: Gabriel Le Ber, muerto en Verdún en 1917. Aunque estoy convencido de que la señora Briffaut no averiguó antes cómo se llamaba el marido de mi hija, el hecho de que lo haya dicho carece de valor. Gabriel —por intermedio de la señora B.— dice entonces que su mujer Adele lleve el anillo que ella le había regalado tiempo atrás. «Me muestra el anillo, insiste, quiere que usted lo lleve.» «Es verdad, dice la señora Le Ber, antes de morir quiso hacérmelo llegar.»

Después la señora Briffaut le habla de su hermano: mi hijo Alberto, oficial de aviación, muerto en la guerra (lo cual era probable que supiese). La clarividente repite textualmente las palabras que Alberto le había dicho a mi hija Adela, quien no se las transmitió a nadie. Le había dicho: «Si muero en la guerra, quiero que mi mujer se case de nuevo.»

El experimento hecho con mi sabio amigo A. de Gramont es especialmente interesante. A. de Gramont llega y se presenta con un pseudónimo, Dr. X. Después de intercambiar algunas palabras insignificantes, A. de Gramont dice: «Tuve el gran dolor de perder a mi hijo en la guerra. ¿Lo ve usted?» Entonces la señora Briffaut le responde: «Murió por una herida en la cabeza. Cayó desde muy alto. Estaba en la aviación. La primera letra de su nombre era S. El fin de su apellido es «mont».

Ahora bien, el hijo de A. de Gramont se llamaba Sanche. Estaba en la aviación y murió a consecuencia de la caída de su aeroplano.

El médico inspector general Calmette y el Dr. Z. visitaron juntos a la señora B. Ella reconoció en seguida al Dr. Calmette, de modo que las respuestas que le dio carecen de valor. El Dr. Z. habla de su hijo muerto en la guerra, registrado como desaparecido. La clarividente le da una descripción exacta del joven, dice su nombre, y proporciona datos sobre el lugar de su sepultura, precisando que se trata de un cementerio de soldados ubicado en una determinada localidad; asimismo indica la alameda de ese cementerio donde se hallaba la tumba y el número que le corresponde. Ninguno de estos detalles era conocido. Más tarde, fueron corroborados. El desdichado padre pudo reconocer con toda facilidad, sin otra ayuda que las notas tomadas durante la sesión, la tumba de su hijo.

Este caso es admirable. Desgraciadamente, no tenemos la hoja con las anotaciones del Dr. Z. Sólo conocemos los hechos por haberlos escuchado de labios del propio interesado conjuntamente con otras once personas, todas médicos y hombres de ciencia. Geley tomó nota textual del relato del Dr. Z.

Stanley de Brath se presenta en casa de la señora Briffaut sin ser conocido de ella y sin decirle su nombre. La señora B. le dice: «Veo a una persona llamada Elisabeth, muerta de una enfermedad pulmonar purulenta. Ella me dice el nombre de su mujer, Priscilla.»

Ahora bien, 1. el nombre de la mujer de Stanley de Brath era Priscilla;

2. Elisabeth era el nombre de una amiga íntima de la señora de Brath, muerta de una pleuresía purulenta; 3. antes de partir a París, un mensaje automático supuestamente de Elizabeth anunciaba que ésta acompañaría al señor de Brath a la capital francesa.

Advertiremos que el nombre de Priscilla es tan raro que hace muy poco probable la intervención del azar.

A Jean Lefebre, cuya existencia era completamente desconocida por la señora Briffaut, le dice el nombre de su hermano Pierre, y de su otro hermano Joseph. También le dice que la mujer de Joseph ha muerto hace menos de un año de una operación al hígado; lo cual es exacto.

No hemos dado aquí más que experimentos que tuvieron éxito, pero también los hubo negativos. Aunque estuve dos veces en casa de la Sra. Briffaut, nunca pudo decirme algo. El señor Le Roy Dupré, el Dr. Nehel, el Dr. Maingot y la señora Mersay sólo obtuvieron resultados negativos. Al doctor Jean-Charles Roux sólo pudo decirle: «Su apellido empieza con R.»

Asimismo, el balance escrito de los experimentos sólo da una noción sumamente imperfecta del don de clarividencia de la señora Briffaut. Ella solía decir cosas muy íntimas que no es posible reproducir aquí. A las personas que la interrogaron, les dio la impresión muy neta de que sabía cosas que nadie podía conocer, fuera de la persona que la consultaba.

Reparemos también que la calidad de las respuestas no solamente depende del sensitivo, sino también, por lo que parece, de la persona que pregunta. Hay personas que inspiran y otras que no inspiran en absoluto, o muy poco.

El caso de Bert Reese [36]

Bert Reese, judío polaco establecido en los Estados Unidos, y Schrenck-Notzing, drakulés, director de un diario de Atenas, Edison, H. Carrington, J. Maxwell, procurador general de la Corte de Bordeaux, todos ellos personas de indiscutible idoneidad, efectuaron una serie de notables experimentos.

En marzo de 1913, Reese le dice a Schrenck: «Coja cinco pedazos de papel. En uno de ellos escriba el nombre de su madre. En los otros cuatro, escriba una pregunta y doble bien los cinco. Mientras lo hace yo dejaré la habitación y no regresaré hasta que me llame.»

«Estábamos separados por dos puertas, cuenta Schrenck, y yo permanecía solo en la habitación. En el primer papel escribí el nombre de mi madre, Meta. En el segundo: ¿Cuándo irá usted a Alemania? En el tercero: ¿Tendrá éxito el libro en el que está trabajando actualmente? En el cuarto una pregunta de carácter personal. En el quinto: ¿Cómo se llama mi hijo mayor?»

«Los cinco pedazos de papel fueron debidamente doblados como lo ha-

36. *Annales des sciences psychiques*, marzo de 1913.

cemos con una carta; estaban delante de mí cuando Reese entró. Me pidió que los mezclara. Tomó al azar uno de los papeles, encendió un fósforo y lo quemó sin haberlo abierto, mientras yo distribuía tres de ellos en los bolsillos de mi chaleco, quedándome con el último en la mano derecha. Yo ignoraba por completo dónde se hallaba tal o cual de los cuatro papeles. En ese momento, Reese puso en mi frente el puño derecho donde tenía el papel, y escribió: "Estaré en Alemania el 16 de marzo." Perfecto. Luego, ya sin tocarme y sin que yo sacara el papel de mi chaleco: "El libro tendrá más éxito que el esperado." Mi asombro aumentó cuando respondió fácilmente a la pregunta íntima, que consistía en diez palabras. Lo hizo sin esfuerzo alguno, como alguien que lee una frase en un libro. No pudo responder a la cuarta pregunta, porque alguien vino a interrumpirnos. Dijo mientras se levantaba: "Su madre se llama Meta." Más tarde comprobé que el papel quemado era el que contenía este nombre.»

Todo eso duró apenas un cuarto de hora.

J. Maxwell nos refiere lo siguiente: «Conocí a Reese en casa de M. B., en mayo de 1912. Me pidió que escribiese siete frases en siete pedazos cuadrados que él mismo recortó de una hoja de papel de luto que tomó del escritorio de la señora B. Mientras yo escribía, Reese se marchó a una pieza vecina, alejada unos 5 o 6 metros. Las puertas quedaron abiertas; podía verme, pero naturalmente no habría podido ver lo que yo estaba escribiendo. Además, se hallaba conversando con algunas personas. Me había recomendado que anotase el nombre y el apellido de mi padre, el apellido de uno de mis profesores y cinco preguntas a mi elección. Yo escribí: «1. Marie-Angéline Mougenot; 2. Eveline; 3. ¿encontraré un editor para mi novela?; 4. ¿tendrán éxito mis libros de criminología?; 5. ¿cuál es mi mayor defecto?; 6. ¿se producirá algo que deseo?; 7. ¿volveré a vivir en mi casa antes de jubilarme?»

Acto seguido doblé cada uno de los recortes cuadrados de papel y los guardé conmigo. Reese no los tocó en absoluto. Me pidió que pusiera una pregunta en cada uno de los bolsillos laterales de mi pantalón, otra en cada bolsillo inferior del chaleco. Me dijo de apoyar un papel en mi frente, luego que lo pusiera en la silla y me sentara encima. En cada una de mis manos, tenía dos preguntas. Luego me hizo apoyar el pedazo de papel que tenía en mi mano derecha sobre su frente, tras lo cual cerré la mano guardando dentro dicho papel. De inmediato, escribió en inglés: Dentro de ochenta y ocho días encontrará un editor. Después escribió: Seguramente se realizará el acontecimiento que usted desea. Usted irá a vivir a su casa antes de lo que cree. Llegará a jubilarse. Luego escribió: Su madre —Eveline— tuvo cuatro hijos, de los que usted es el primogénito. Es verdad, le dije, yo soy el primogénito y mi madre tuvo cuatro hijos. Al llegar al nombre de Eveline, se levanta y me dice que lo reemplace por el de Marie-Angeline. Cuando a mi vez me levanté para reunirme con mis amigos, escribe bruscamente Mouguenot, que reproduce (con un leve error) Mougenot.»

Maxwell añade: «Reese no tocó en ningún momento los pedazos de papel. No salieron ni de mis manos ni de mis bolsillos. Mis facultades de observación estaban bien alertas.»

Hereward Carrington, que estudió muy especialmente la prestidigitación, efectuó el mismo experimento con idénticos resultados; quedó plenamente convencido de que se trataba de auténtico caso de clarividencia y no de un truco, por perfecto que fuera.

Edison ha hecho referencia a experimentos que le parecieron concluyentes. Va a una pieza alejada de la habitación donde se hallaba Reese y escribe: «¿Hay algo mejor que el hidróxido de níquel para una batería de materias alcalinas?» Luego entró en la habitación donde estaba Reese, quien le dijo de inmediato: «No hay nada mejor que el hidróxido de níquel para una batería de materias alcalinas.»

Dos años más tarde anuncian a Edison la visita —inesperada— de Reese. Entonces Edison escribe en letra microscópica el vocablo Kemo y se lo guarda en un bolsillo: «¿Qué acabo de escribir?» le pregunta a Reese, y éste responde sin vacilar: «Kemo.»

El Dr. Thomson, médico alienista y escéptico confeso, quedó absolutamente convencido de la lucidez de Reese después de haber tenido una entrevista con el clarividente.

A raíz de una denuncia, Reese fue arrestado en los Estados Unidos por *disorderly conduct.* Reese apeló y compareció ante el juez Rosalsky, quien estaba asistido por dos miembros del ministerio público, Flint y Boswich. También se hallaban presentes dos reporteros. Ante estas cinco personas, evidentemente escépticas y probablemente muy prevenidas contra Reese, éste demostró rotundamente su clarividencia. Le pidió al juez Rosalsky que escribiera algo en tres pedacitos de papel, los doblase y los guardara en tres bolsillos diferentes, mezclándolos para que no pudiese reconocerlos. Luego el juez sacó de sus bolsillos uno de los papeles y lo apoyó contra la frente de Reese. «Usted me pregunta, dijo el clarividente, cuánto dinero tiene en determinado banco; usted tiene quince dólares.» La respuesta era exacta. En cuanto al segundo papel, siempre cerrado: «En este papel está escrito el nombre de una de sus exmaestras, miss O'Oconnor.» También leyó la tercera frase.

En definitiva, el juez Rosalsky absolvió a Reese.

La conclusión que podemos sacar de todos estos experimentos, aun cuando Reese sea una persona de moralidad poco clara, es que su clarividencia es innegable.

El caso Stéphane Ossovietski

Ossovietski no es un médium profesional. Es un caballero polaco, ingeniero de profesión, que se presta a experimentos a pesar suyo. Su buena fe es indiscutible; y sin embargo, en ninguno de nuestros experimentos hemos dejado de obrar —y le pido perdón a mi amigo Stéphane— como si fuera un pérfido y un cabal prestidigitador.

En principio, citaré mis propios experimentos. No son ni más ni menos concluyentes que los otros. Confirman a los otros y son confirmados por ellos.

Conocí a Stéphane Ossovietski en una cena íntima celebrada en Varsovia, en abril de 1921. Al terminar de cenar, dio a mis amigos Geley y Geo Lange evidentes pruebas de cierta facultad paranormal. Le pedí entonces que me visitase al día siguiente en el Hotel Europa, para hacer una prueba con él. Consintió muy amablemente. Llegado el momento, escribí tomando todas las precauciones necesarias para que mi escrito no trasluciera su contenido, la siguiente frase, que acto seguido puse dentro de un sobre: «El mar nunca parece más grande como cuando está tranquilo. Sus furias lo empequeñecen.» Entonces Stéphane Ossovietski tomó el sobre cerrado y estrujándolo un poco dijo: «Veo mucha agua. (Yo dije: "Muy bien.") Es algo bien difícil, no es una pregunta, es una idea suya. (Volví a decir: "Muy bien." El mar nunca es tan grande como... no puedo ver bien. (Dije: "Es perfecto, admirable.") El mar es tan grande que al lado de sus movimientos...»

Este experimento fue muy hermoso, excepcionalmente hermoso, no sólo porque Ossovietski dijo que se trataba de la amplitud del mar, sino también porque agregó esta asombrosa frase: «Es una idea suya.» Y, en efecto, en uno de mis libros —inédito, un florilegio de pensamientos aún no publicado— había escrito esa frase sobre el mar, que reproduje en el papel que luego puse en un sobre y ya cerrado se lo entregué a Ossovietski.

Luego escribí un número de cuatro cifras y también guardé el papel en un sobre que fue debidamente cerrado. El número fue leído sin error.

Yo había recibido dos cartas, cuyo contenido ya conocía. Tomo una de ellas para que Ossovietski adivine su contenido. Pero Stéphane está fatigado y me propone que dejemos el experimento para el día siguiente. Como yo debía partir justamente al día siguiente, Geley efectuó en esa fecha, 1 de mayo, el experimento de la carta dentro de su sobre, carta cuyo contenido era absolutamente ignorado tanto por Geley como, por supuesto, por Ossovietski. Sin titubear, Stéphane Ossovietski dijo: «Es una señora llamada Berger. Se habla de una señora Berger. El señor que escribió la carta tiene unos cincuenta años. Es una invitación que viene de un lugar próximo al mar. La señora Berger tiene treinta y tres años, está casada. Es una carta escrita muy rápida, desordenadamente: el que la ha escrito es un hombre musical.»

En efecto, en esa carta mal escrita e incoherente, mi amigo R. Berger, de Berlín, me invitaba a dar conferencias en esa ciudad y me proponía ser huésped de la señora de Berger.

Claro que hubo algunos errores. En principio, Berlín no está cerca del mar. Pero la invitación de la señora Berger y sobre todo el nombre Berger son lo suficientemente demostrativos como para excluir la hipótesis de una coincidencia.

Dos años después, volví a realizar una serie de experimentos más decisivos con Stéphane Ossovietski.

Experimentos que me parecen concluyentes.

El primero se llevó a cabo delante de Geley y de mí, en el Hotel Europa.

De entrada, Stéphane Ossovietski quiso que le vendáramos los ojos. Pero pronto lo convencimos de que esa oclusión de los ojos por una venda,

procedimiento muy estimado entre los antiguos magnetizadores, no significaba gran cosa, y que sería mejor poner el papel dentro de un sobre opaco. Entonces, dando la espalda a S. O., trazo sobre el papel, con mi lapicero, el primer dibujo que me viene a la cabeza. Geley está entre nosotros dos. Es absolutamente imposible que S. O. vea lo que estoy haciendo. Doblo el papel en cuatro y lo pongo en un sobre que cierro debidamente; luego se lo paso a S. O. que, tras palparlo, me dice luego de un minuto: «Es una cruz, le haré el dibujo.» Y dibuja una cruz exactamente igual al original: cuatro puntos rodean la cruz.

El sobre era bien opaco. El papel estaba plegado en cuatro. Por lo demás, en la habitación había una iluminación deficiente, sólo una lámpara de techo. Ningún espejo. Por último, S. O. no miró el sobre, o apenas si lo hizo. Lo tuvo en la mano, lo palpó bien, casi siempre manteniéndolo detrás de su espalda.

El siguiente experimento es aun más interesante: excluye la posibilidad de que se trate de telepatía.

El día de mi partida para Varsovia, la condesa Anna de Noailles, que se interesa apasionadamente en las investigaciones psíquicas, me había enviado a mi casa de París tres sobres, cerrados por la goma que llevan de ordinario los sobres. Yo ignoraba por completo el contenido de esos tres escritos que numero al azar n.º 1, n.º 2, n.º 3. Se los muestro a Ossovietski diciéndole que escoja uno. Escoje al azar el n.º 3, que yo guardo cuidadosamente en mi cartera para dárselo al día siguiente. Llegado ese momento, lo toma, lo palpa febrilmente durante largo rato (cerca de tres cuartos de hora). Sabe que es la señora de Noailles. Pero nada más. Yo tampoco. A esta sesión asisten Geley, la novia de Ossovietski y sus dos hermanas. De más está decir que ninguna de las cuatro personas ha tocado la carta.[37] Por otra parte, Geley y yo miramos permanentemente la carta, que no deja de las manos de Ossovietski.

Éstas son las palabras textuales de S. O.: «No hay nada para mí (lo que quiere decir que en esta carta no se habla de mí). Es algo de un gran poeta francés, diría que Rostand. Algo de *Chantecler.* Cuando ella habla del *Chantecler,* escribe algo del gallo. Hay una idea de luz en la noche, una gran luz en la noche, luego Rostand dice el bello poema de Chantecler... Pero también hay otra cosa, dice después de masajear durante media hora el sobre. Las ideas de la noche y de la luz aparecieron antes que el nombre de Rostand. También hay dos líneas, dos líneas, una palabra con dos líneas debajo.»

El experimento posterior fue del mismo género. En un primer momento S. O. se resistió a participar, ya que estos experimentos lo aburrían bastante. Pero yo le dije que si consentía a protagonizar uno más, le regalaría un autógrafo de mi ilustre amiga Sarah Bernhardt. Luego le mando un telegrama a Sarah Bernhardt, quien me responde con una carta que no abro y le pido a Ossovietski que la lea antes de abrir el sobre. Evidentemente, yo no tengo la menor idea de lo que está escrito en dicha carta.

37. Allí se lee textualmente: «La noche, qué hermoso es creer en la luz.» Edmond Rostand. Verso perteneciente al Chantecler; lo dice «el gallo».

La lectura fue dificultosa. Duró cerca de dos horas y media. Finalmente, dijo: «La vida, la vida, la vida, cuatro o cinco líneas, y más abajo la firma de Sarah Bernhardt, una firma ascendente.» Por último, llega a lo siguiente, que transcribo para testimoniarlo de una manera más personal que si lo comentara: «La vida parece poca cosa porque no es más que odio», es un término tan francés que no puedo decirlo, es un término de siete letras. Signo de exclamación.

Ahora bien, Sarah Bernhardt había escrito: «La vida nos parece bella porque la sabemos efímera. Sarah Bernhardt» con un signo de exclamación.

Vemos que la semejanza es asombrosa y que supera en mucho cuanto puede ser atribuible al azar. La palabra efímera tiene siete letras y hemos comprobado que ni S. O. ni otros amigos polacos sabían lo que significaba.

El experimento siguiente fue llevado a cabo en condiciones un tanto diferentes. Era el fin de una gran cena. Había muchos invitados y varios de ellos, con poco rigor científico, pidieron a S. O. que adivinase las frases o las cifras que escribían, cosa que hizo con éxito. Entonces, estando lejos de S. O., escribí en un pedazo de papel, tomando todas las precauciones para que nadie pudiera ver lo que escribía, la palabra «tú». Arrugué el papel hasta convertirlo en una bolita que S. O. puso en la palma de su mano, estrechando en seguida la mía, de modo que la bolita quedó entre las dos manos. Al cabo de tres o cuatro minutos, me dijo: «Es una cifra.» Yo permanecí impasible. «Es muy corto.» Idéntica impasibilidad. Agregó: «Veo una T», y precisó: «La raya transversal de la T. tiene dos pequeños trazos verticales.» Dije: «Es cierto.» «Hay también una cifra, un cero y otra cifra, 1.» (Dije: «Muy bien.») S. O. agregó en voz baja: «No es yo.[x]» Fingí no haberle oído. Entonces me dijo: «Déme un papel que voy a escribir lo que dice.» Y escribió: «Tú.»

Tales fueron los únicos experimentos que hice con Ossovietski.

Los experimentos que llevaron a cabo Geley y otros científicos con Ossovietski no harán sino ampliar y fortalecer las conclusiones que yo saqué de los míos.

El 12 de septiembre de 1921, Geley recibe ocho cartas, ocho sobres lacrados, dos escritos por él mismo y los otros seis por otras personas. Al final de una cena íntima con amigos comunes, Geley le muestra a S. O. los ocho sobres lacrados. S. O. coge uno al azar.

Éste es el informe de Geley: «Sé que el sobre proviene de Sudre o de Magnin, pero no logro ver nada más», dice S. O. Luego toma el sobre y camina a grandes pasos por el salón y termina por decir: «Es muy corto, sólo algunas palabras. La escribió un hombre. Se habla de Polonia. Es una expresión de deseos, no está firmada.» Entonces abro el sobre y veo, entre varias hojas de papel opaco, una esquela doblada por el medio, que dice: «Gran éxito en Varsovia.»

Le presento otro de los sobres. Ignoro el contenido, le digo, solamente sé que se trata de una carta de Sudre. Ossovietski dice entonces: «Se refiere a la

x. Las tres «cifras» corresponden a «tú», *toi* en el original.

humanidad, mejor dicho al hombre. Es una criatura, la más tonta de todas, intuyo la tontería, es un proverbio, son ideas de uno de los hombres más importantes de los tiempos pasados, yo diría que Pascal; el ser humano es débil, nada más que un débil junco, la debilidad, y también el junco más pensativo.

Ahora bien, lo que Sudre había escrito era: «El ser humano es un junco, el más débil de la naturaleza, pero es un junco que piensa. Pascal.»

Otra reunión se efectuó en casa del príncipe Lubomirski. He aquí lo que cuenta Geley: «Yo había reconocido por el sobre una de las dos cartas escritas por mí, pero ignoraba de cuál de las dos era la que le estaba presentando. Ossovietski dice: "Es un caos, hay cuatro o cinco ideas, es una sopa de ideas, algo que nada, no tiene que ver con la escritura, es un pez. ¿Qué relación entre este pez y Polonia? Es una exclamación, ¡viva Polonia! Hasta siento deliciosas fragancias. Hay una numeración."»

El contenido de dicha esquela era:

1. Un paisaje oriental, camellos;
2. Un dibujo representando un pez;
3. Un repique de campanas;
4. El perfume de la mimosa;
5. ¡Viva Polonia!

No está de más hacer constar la identidad existente entre el original y las respuestas:

1. La numeración —de las cinco proposiciones— ha sido indicada;
2. También mencionó el dibujo de un pez;
3. Habló de una fragancia;
4. Reprodujo textualmente: ¡Viva Polonia!

En cambio, no fueron indicados ni el paisaje oriental ni el repique de campanas.

Esta vez, Geley se halla solo con Ossovietski. El primero de ellos anota algo en un papel apoyándose en la mesa; luego pone el escrito dentro de un sobre muy opaco. S. O. lo toma y estruja:

«No es una pregunta; hay allí un sentimiento religioso, una plegaria, algo muy profundo, una llamada a los hombres heridos, asesinados. No, no es eso. Nada hay que mencione más que una llamada a la oración. ¿Dirigido a quiénes? A cierta casta de hombres... Mazzi...»

Geley había escrito: «Nada más conmovedor que la llamada a la oración del amuédano.»

Geley le da una carta a S. O., una carta cuyo contenido conoce y que está envuelta en varias hojas de papel opaco (además del sobre). Unos veinte minutos después, S. O. dice:

«Estoy en un jardín zoológico, hay una lucha, un gran animal, un elefante. ¿No está en el agua? Lo veo nadar con su trompa. Veo sangre.»

Entonces dice Geley: «Está bien, pero falta algo.»

Y Ossovietski: «Un momento, ¿no está herido en la trompa?»

Responde Geley: «Muy bien» y agrega: «En efecto, había una lucha.» S. O. dice: «Sí, con un cocodrilo.»

Geley había escrito: «Un elefante que se bañaba en el Ganges fue atacado por un cocodrilo, que le cortó la trompa.»

El último ejemplo que citaré concierne al solemne experimento realizado en el congreso de Varsovia de 1923.

Mr. Dingwall, especialmente delegado por la Society for Psychical Research de Londres,[38] había traído de Inglaterra una carta que describe de la siguiente manera: «Tres sobres opacos son puestos uno dentro del otro. El que contiene a los otros dos, el sobre exterior, es de papel marrón. El segundo, es negro, y el tercero, rojo. En este último sobre hay una hoja de papel de carta doblada en dos con un dibujo y algunas palabras. El sobre exterior está cerrado con goma y lacrado. Sus cuatro rincones han sido traspasados con una aguja. Además, Schrenck-Notzing ha pedido al señor Fowcett por un lado, y al señor Neumann por el otro, que escriban sendas frases en una hoja de papel blanco. Esas frases fueron escritas en el Hotel Europa. Schrenck-Notzing las puso luego en dos sobres que cerró y lacró en dos partes. Acto seguido, los presenta a Stéphane Ossovietski, que dice con respecto al primero:

"Fue escrito en el restaurante del Europa, pertenece a un hombre de treinta y cuatro o treinta y cinco años, con barba, que habla poco".

Estos datos indican que Neumann fue el autor de dicha carta, lo cual es cierto. Pero S. O. no ve nada más. Con respecto a la segunda, dice Ossovietski: "Veo a un hombre que se asemeja al señor Wette", pero no añade nada más.

Respecto de la tercera carta, mucho más importante, preparada por Mr. Dingwall, Stéphane da muchos detalles: "Hay allí, dice, un dibujo hecho por un hombre que no es un artista, algo rojo con esta botella, un segundo sobre rojo, un cuadrado dibujado en el ángulo de la hoja: la botella está muy mal dibujada, algunas letras que no puedo leer. Antes de 1923, hay algo que no logro leer, una fecha o una ciudad, está escrito en francés; la botella está un poco inclinada, no tiene corcho, está hecha de varias líneas finas. Este envoltorio que me presentan está constituido así: 1. un sobre gris por fuera; 2. un sobre oscuro, verdoso; 3. un sobre rojo. Luego un papel blanco doblado en dos."

Entonces Mr. Dingwall, cogiendo el sobre declara que había tomado todo tipo de precauciones para que el sobre no fuese abierto, de lo que se deduce que su anterior descripción del envoltorio destinado al experimento bien podía no corresponder a la realidad. Y en efecto, así sucedió. Ante la emocionada asamblea, Mr. Dingwall cortó el primer sobre y sacó el segundo, negro verdoso, luego, cortando el segundo, sacó el tercero, rojo. Y dentro del rojo, se vio un papel doblado en dos. Toda la asamblea aplaudió, ya que hasta ahí el experimento era un éxito. Pero éste fue mucho más grande cuando se comprobó que el dibujo visto por Ossovietski era exactamente igual al dibujado [39] por el representante inglés.

38. *Comtes rendus du Congrès international* de Varsovie, 1924. Paris, Presses Universitaires, 1924, p. 201 a 204.

39. Se trata de una botella en el centro de un rectángulo al que le falta un lado.

Mr. Dingwall había escrito en francés una frase que S. O. no logró leer, pero al pie había escrito, Aug. 1923 y S. O. había dicho: "Antes de 1923 hay algo que no logro leer, una fecha o una ciudad."

El jefe de Estado polaco, general Pilsudski, había puesto en un sobre cerrado (sellado con el sello del Ministerio de Guerra) un escrito que sólo él conocía. Era un regla de ajedrez, cuatro cifras que S. O. leyó correctamente.

¿Cómo no reconocer, ante tales demostraciones, que la realidad del sexto sentido es tan sólida y evidente como la propiedad anestésica del cloroformo, o la fijación del oxígeno en los glóbulos rojos de la sangre? Es un capítulo de fisiología, tan firme como otros capítulos de la fisiología clásica.

Observaciones personales con Ludwig Kahn

Me referiré detalladamente a estos experimentos, puesto que yo mismo verifiqué la mayoría de ellos. Desde ya, espero que no se me reproche que insista tanto en mis experimentos en detrimento de los comentarios que podría hacer sobre otros ajenos. Pero no es porque los crea mejores, sino porque al participar directamente en ellos pude observar todas las particularidades de la experimentación, y evaluar entonces su importancia.

En Alemania, Kahn ha dado las primeras e indiscutibles pruebas de clarividencia al profesor Schottelius, de Friburgo.[40]

El profesor Schottelius quedó tan convencido de las extraordinarias dotes de Kahn, que escribió lo siguiente: «Un estremecimiento recorrió mi espalda. Algo semejante a lo que había sentido cuando vi el primer Zeppelin. Esta sensación sólo la experimenté tres veces en mi vida.[41]»

Diversos informes de magistrados, expertos y médicos alienistas coincidieron en ratificar el poder supranormal de Kahn. El Dr. Heymann, encargado por el tribunal para efectuar una indagación al respecto, hizo ingresar a Kahn en una clínica psiquiátrica de Karlsruhe, y, en su informe, declaró más tarde que Kahn leía, por medios diferentes a los de la percepción normal, el pensamiento escrito.

Nadie se atreverá a pretender que expertos, magistrados y alienistas estaban inclinados a creer antes de constatar, o que intentaban favorecer a Kahn.

Al resumir los resultados, comprobaremos que Kahn logró leer sin la ayuda de sus ojos muchísimas esquelas varias veces dobladas y mantenidas en las manos cerradas del experimentador.

En 1925 y 1926, Kahn se prestó a varios experimentos que me parecen concluyentes.

40. Schottelius, *Ein Hellseher (Journal für Psychologie un Neurologie,* 1913, XX, p. 256).

41. Luego de uno de mis experimentos con Kahn, efectuado en casa, uno de mis invitados, el general Ferrie, eminente colega y amigo, se quedó a solas con el clarividente. Al cabo de algunos instantes entró en el salón donde estábamos nosotros; estaba pálido y emocionado, y nos dijo: «Es asombroso, ha leído lo que escribí».

El primero de ellos fue llevado a cabo el 4 de febrero de 1925 en el Instituto Metapsíquico.

Después de este primer experimento, admirablemente exitoso, hubo otro al que asistí. En esta sesión tomaron parte varios de mis distinguidos colegas de la Facultad de medicina de París. Los profesores Cuneo, Gosset, Laignel-Lavastine, Lardennois, y además el profesor Santoliquido y el Dr. Humbert, representante de Suiza en la Sociedad de la Cruz Roja.

El experimento, realizado ante un auditorio compuesto por eminentes médicos escépticos, tuvo un éxito rotundo. Una vez que los papeles habían sido mezclados y distribuidos, Kahn no los tocaba más. Nosotros los guardábamos dentro de la mano. Y sin embargo, los leyó correctamente. Además, y sin equivocarse nunca, Kahn decía el nombre del que había escrito tal o cual esquela.

El resultado era maravilloso, inverosímil e inesperado. Al llegar a casa, todavía estupefacto, me pregunté si, a pesar de las apariencias, no habíamos sido víctimas de un notable prestidigitador. Y aquella misma noche, cerca de las once, le telefonée a Osty y le dije: «Desconfiemos, es demasiado hermoso. Debe haber una trampa. Sólo creería en la realidad de ese experimento si lo hiciera de nuevo, pero a solas con Kahn.»

Kahn consintió al nuevo experimento. Al día siguiente (8 de febrero) vino a casa; eran las ocho de la noche. Me dijo que escribiese dos frases en dos papeles y Kahn no tocó en absoluto esos papeles. Mientras yo los escribía, él estaba en la otra punta de la biblioteca, dándome la espalda. Aun dotado de una acuidad retiniana poderosísima, no hubiera podido ver lo que escribía. En cuanto terminé, doblé los papeles en ocho, y sin que él los tocase, cogí uno en la mano derecha y otro en la izquierda. Pasado un minuto de duda, me dijo: «En el papel de la mano derecha, hay: ¿Cuál es el nombre de mi padre? (exacto). En la mano izquierda (que yo no había abierto): ¿qué edad tiene mi hijo mayor? (también exacto).»

Este irreprochable experimento me entusiasmó y a la vez me dejó estupefacto. Me satisfacía, y ya no tenía ninguna duda, pero Kahn quiso recomenzar.

Esta segunda vez, mientras yo escribo, él se retira a una sala contigua, cuya puerta permanece cerrada. Por consiguiente, estoy completamente solo en la biblioteca y escribo algunas frases en cuatro papeles diferentes. Cuando termino, pliego cada uno de ellos en ocho y llamo a Kahn. El recinto está bien iluminado; Kahn se halla a 1,50 metros de mí. Sin que el clarividente los haya tocado, pongo uno de los papeles bajo un cuaderno, sobre una mesa bien iluminada; me quedo con uno en la mano derecha y otro en la izquierda. El cuarto, siempre doblado, lo quemo con un fósforo hasta que no es más que un poco de ceniza.

No sé en qué mano se encuentra tal o cual papel, ni cuál he quemado.

Kahn me dice: «En el papel de la mano derecha, hay: "Virgilius Maro."» Abro la mano: Era exacto. «En el papel de la mano izquierda: "Verdad de los Parineos"» (por Pirineos), exacto. Respecto del cuarto papel bajo el cuaderno, que ni Kahn ni yo habíamos tocado, me dice: «En marcha»; lo cual

era exacto. En cuanto al papel quemado, luego de una vacilación más o menos larga, Kahn dice: «Shocking.» Era exacto.

Así, en cada uno de estos experimentos, que me parecen y me siguen pareciendo decisivos, Kahn no tocó los papeles. No pudo leerlos, puesto que estaban doblados en ocho, y sería realmente absurdo hablar de azar.

Mi mujer había permanecido en su habitación, sin asistir a ninguno de los dos experimentos. Le pedí que viniese a constatar la asombrosa clarividencia de Kahn. Entonces, sola en su habitación (separada de mi biblioteca por un gran cuarto), escribió en cuatro papeles blancos sendas frases. Luego entra en la biblioteca con los papeles doblados en ocho. Como en el caso anterior, quemamos uno con un fósforo hasta reducirlo a ceniza. Kahn permanece de pie, más o menos a un metro de donde estamos sentados en una mesa. Con respecto a los otros tres papeles, mi mujer coge uno en su mano derecha, otro en la izquierda (manteniendo ambas cerradas); yo cojo el cuarto en mi mano derecha, que luego cierro. Entretando, Kahn permaneció de pie, sin tocar ninguno de los papeles. Así como él no los ha tocado, nosotros ignoramos cuáles son. Ahora bien, Kahn no se equivocó ni una sola vez. Respecto del primero, el que mi mujer tenía en la mano derecha, dijo: «La modestia realza el talento.» (Exacto.) Para el papel de la mano izquierda: «El silencio es oro.» (Exacto.) Respecto del papel que tengo en la mano: «El perro es el amigo del hombre.» (Exacto.) En cuanto al papel quemado, tras un minuto de vacilación, y luego de haber solicitado tocar la mano de mi mujer, Kahn dice: «Quien lejos viaja, cuida su moutura» (exacto —moutura por montura—).

Estos experimentos no dejan lugar a dudas.

El 21 de febrero, se realizó en casa un experimento contando con la presencia de mis colegas y amigos Daniel Berthelot y el general Ferrié, miembros de la Academia de Ciencias, y del Dr. Osty.

La primera parte del experimento fue conducida por el general Ferrié. Pasó a la biblioteca y allí escribió tres frases en tres papeles que Kahn le pidió doblara lo máximo posible. Mientras el general escribía, Kahn, acompañado por Berthelot, permanece en la antecámara. Osty y yo nos quedamos en el salón. Al cabo de un tiempo, Kahn entra con Berthelot, se reúne con nosotros en el salón; Kahn queda solo con el general Ferrié. De acuerdo al relato del general Ferrié, Kahn permanece de pie a 1,50 metros del general, que está sentado; éste procede a doblar los papeles. Luego pone uno de ellos sobre la mesa, bajo una copa. Antes de que esto último suceda, Kahn toca con el dedo índice el papel, por un instante. Pero no hará lo mismo con los otros papeles, que el general conserva en las manos. El propio general los abrirá, una vez que Kahn haya leído el contenido. Comienza la prueba. Señalando con el dedo el papel que está debajo de la copa, Kahn dice: «Electrodos, bombilla tres electrodos» (exacto) —(bombilla de tres electrodos). Indicando la mano derecha del general, dice: «Hipótesis de Waggener» (en lugar de Weggener) (correcto). Señalando la mano izquierda: «La salud es el bien más precioso» (exacto).

El general afirma que a su juicio el experimento es ampliamente de-

mostrativo y que «Kahn no pudo valerse de artificio alguno para enterarse del contenido de los dos papeles que mantenía en sus manos cerradas».

Sin embargo, un psicólogo alemán poco dado a la metapsíquica hizo algunas objeciones a dichos experimentos.[42] Max Dessoir dice que los experimentos de Kahn con Schottelius no tienen mucho valor.[43]

Por mi parte, quiero responder aquí a las objeciones de otro psicólogo alemán, Albert Moll.[44]

Moll supone que, a pesar de nuestros testimonios, no obstante nuestra vigilante atención, Kahn tocó y escamoteó los papeles. Pero esto es un evidente error y una afirmación sin pruebas. En muchos casos, los papeles no fueron siquiera rozados: éstos estaban expuestos a plena luz, Kahn estaba de pie a 1,50 metros de distancia, todos sus movimientos eran cuidadosamente vigilados. Eso sí, algunas veces, muy raras veces, Kahn los rozó con la punta del dedo, pero mientras el experimentador, ya sea D. Berthelot, la señora Le Ber, el general Ferrié o yo mismo, lo mantenía bien doblado y cogido en su mano.

No es posible suponer que un papel doblado en ocho dejara traslucir lo que estaba escrito. Por otra parte, en un experimento a todas luces positivo, yo deseché el error (que sería inverosímil).

Moll insiste mucho en un argumento que le parece de sumo valor, cuando en verdad es bastante mediocre. Kahn, dice el impugnador, es indudablemente (¿?) un prestidigitador, en consecuencia hay un truco. Lo cual implica este extraño razonamiento: 1. debe haber un truco; 2. por consiguiente, hay truco.

Recomiendo que se relea fielmente el informe de nuestros diversos experimentos; a través de esa lectura veremos que si hay truco, aún no ha sido descubierto, ni por Moll ni por ningún otro. ¿Cómo es posible que un papel escrito, cuyo contenido sólo yo conozco, y que mantengo en mi mano cerrada, pueda llegar a ser integralmente leído por la vía sensorial normal? Esto es lo que habría que explicar. Hasta entonces, me inclino a creer en una vía extrasensorial.

En resumen, la clarividencia de Kahn no equivale a la comprensión de lo que está escrito, sino a su lectura.

Es muy probable que Kahn no comprenda «Atraidem Agamemnona», y sin embargo, lo ha leído. Éste es un caso muy diferente del de Ossovietski. La clarividencia de este último implica no sólo la lectura exacta de las palabras, sino además, y simultáneamente, la comprensión de la idea general.

Profesor Charles Richet

42. Ver asimismo el estudio del Dr. Osty (capítulo XI) sobre Ludwig Kahn.

43. *Von Jenseits der Seele*, Stuttgar, 1920. p. 134.

44. Ver mi respuesta a Albert Moll: *Une critique inoperante, Revue métapsychique*, 1926.

5

Los sueños verídicos

Los experimentos de laboratorio sobre los mamíferos superiores y el ser humano, prueban que el sueño [x] *es necesario para mantener el equilibrio biológico. No obstante, aún se ignora a qué necesidad corresponde en la organización del sistema vivo los sueños premonitorios, las manifestaciones oníricas de la clarividencia.*

Es posible que esos sueños sean más frecuentes que lo que creemos y más rápidamente olvidados que los otros. Sin embargo, su utilidad suele manifestarse en la vida práctica, como nos lo muestra uno de los testimonios citados más abajo, donde un magistrado descubre a los autores de un homicidio a consecuencia de un sueño. Pero, ¿no es acaso posible que haya una utilidad del sueño, más sutil y hasta más fundamental, que hasta el momento ignoramos?

Hay una categoría de sueños, caracterizados por signos peculiares, que no tienen relación con la causalidad del mundo exterior, así como tampoco con el estado de nuestro organismo ni con los pensamientos y emociones habituales de nuestra vida. Me refiero a sueños que tienen una relación con el porvenir, sueños proféticos, misteriosos en su origen y su naturaleza y que merecen un análisis particular.

Los falsos científicos omiten estudiarlos... por incapacidad o por desdén: tienen miedo de encontrarse con lo maravilloso, y de parecer supersticiosos.

x. Sueño: en el sentido de acto de representarse algo mientras se duerme.

Estos científicos hablarán gustosamente de los centros nerviosos, de la circulación de la sangre, de las neuronas, de todo cuanto constituye la parte material del sueño, pero omitirán su parte más elevada, esa mediante la cual el ser humano parece desprenderse de este mundo y de su propio cuerpo, para entrar en regiones desconocidas, desafiando entonces, de algún modo, el espacio y el tiempo.

Y sin embargo, este aspecto del problema del sueño nos atrae irresistiblemente. ¿Qué pensar de los sueños que nos advierten de una desgracia o de un peligro, de un acontecimiento importante que se llevará a cabo lejos de nosotros, de las precauciones que debemos tomar y de los actos que debemos realizar para obedecer a una autoridad «superior»? ¿Acaso puede decirse que este conocimiento claro y preciso del porvenir es siempre producto de la imaginación, tan caprichosa en sus fantaseos y secundada por el azar? ¿Acaso no sería el signo indubitable de ese milagro cuya posibilidad y realidad tratamos de establecer? ¿No debemos reconocer que también este conocimiento supera el poder de la imaginación?

Confieso que estos interrogantes me interesan de una manera muy distinta que el papel que desempeñan (por lo demás tan difícil de precisar) las alternativas de la irrigación sanguínea cerebral en la evolución del sueño.

En principio, es preciso exponer los hechos; luego le buscaremos una explicación.

El primer ejemplo se refiere a los sueños premonitorios de una muerte. El testimonio pertenece a lady Sudely; he aquí una carta suya fechada el 6 de enero de 1887.

«Cuatro años antes de mi matrimonio, C. W... formaba parte del grupo de mis amigos, pero no del de los más íntimos. Poco después de mi boda, ella se hizo religiosa y entró en un convento. Aunque nos había gustado reunirnos, en adelante tuvimos muy pocas ocasiones de encontrarnos durante los cuatro años y medio que transcurrieron entre mi casamiento y su muerte. Creo que sólo la vi una vez con su hábito religioso. En julio de 1882, me enteré de que estaba enferma; pero como yo tenía muchas otras preocupaciones, nunca pensaba en ella. En la noche del 27 de septiembre de 1882, soñé que estaba de pie junto a mi cama, vestida de religiosa, diciéndome: "¿Por qué nunca vino a verme" Yo le respondí: "¡Vive tan lejos" Ella replicó: "Estoy mucho más cerca suyo de lo que usted imagina." Este sueño me dejó tan impresionada que a la mañana siguiente se lo conté a mi hija mayor y ese mismo día escribí una carta a la hermana de C. W... para tener noticias suyas. Adjunto su carta. Me parece conveniente subrayar que yo no compartía en absoluto las opiniones religiosas de C. W... y que el único lazo que existía entre nosotras se debía a que habíamos sido amigas cuando niñas.»

Estas líneas de lady Sudely venían acompañadas por una carta de su amiga, fechada en Middleton Lodge, Bournemouth, el 30 de septiembre, que comenzaba así: «Recibí su carta el miércoles por la noche y me sorprende que no sepa usted que C... nos ha sido arrebatada el lunes 25. Más extraño aún es que haya soñado con ella en la noche del martes.» La carta continuaba di-

ciendo que «la muerte sobrevino tan rápida e imprevistamente, que ni siquiera se tuvo el tiempo de avisarnos y sólo recibimos un telegrama cuando ya todo había terminado». Sin embargo se sabía que C... estaba enferma. El 17 de diciembre de 1887, miss Hansburg Tracy, la hija mayor de lady Sudeley (E. Gurney), me dice que recuerda perfectamente lo que su madre le había contado de su sueño, a la mañana siguiente.

«Me acuerdo que al despertarse aquella mañana, mi madre me dijo que había soñado con su amiga mis W... un sueño que sentía necesidad de escribir en seguida para preguntar por ella.»

A este caso podemos agregarle otro análogo, también tomado del archivo de Gurney. Está fechado el 14 de mayo de 1888 y dice así:

«Hace algunas semanas, me sucedió un hecho sumamente curioso. Una mañana, a primera hora, me pareció que me hallaba en medio de una gran cantidad de ramos y de coronas de flores completamente blancas, en tanto que cerca de mí un hombre alto y joven, de consistencia nebulosa aunque perfectamente nítido, nos miraba. En seguida advertí que era una amigo de otro tiempo, pero muy cambiado. En realidad, la última vez que lo vi, hace diez años, era casi un niño.

A partir de esa misma mañana le comuniqué a algunos miembros de mi familia que H. B... había muerto y que yo había asistido al arreglo de las flores dispuestas para sus funerales.

A la semana siguiente, supe por su hermana que H. B... había muerto, siendo enterrado el mismo día en que yo lo había visto. Seis semanas antes alguien me dijo que estaba de regreso de la India y que sus familiares temían mucho que estuviera enfermo del pecho.

Le señalo este caso por ser reciente. Uno de mis hijos y su mujer, que entonces vivían conmigo, pueden confirmar todas mis palabras.»

De la señora A. Thompson (Kent), 15 de junio de 1888:

«Me acuerdo que durante mi estadía en B..., en marzo de 1888, la señora C. B..., dijo mientras comíamos que había tenido *una especie* de sueño. No recuerdo todos los detalles, pero es evidente que en el sueño todo era muy nítido y preciso. Ella estaba en una habitación en medio de flores blancas con las que formaba ramos; en ese momento vio junto a ella la figura nebulosa de H. B..., uno de sus amigos de infancia. Agregó que temía que estuviese muerto. Algunos días más tarde llegó una carta donde se nos anunciaba su deceso. Al comparar las fechas, no quedó duda que la señora C. B. había tenido aquel sueño el mismo día de los funerales de H. B...»

Los siguientes sueños corresponden a otra categoría: aquella en que durante el sueño, agentes o entidades inteligentes vienen a advertirnos de un gran peligro; estos sueños tienen un carácter objetivo.

«Tuve muchos sueños proféticos, nos dice Alfred V. Peters. De niño, vivía en una casa próxima al Támesis cuyas aguas inundaban sus orillas durante las mareas primaverales. En un sueño, yo me paseaba a lo largo de un canal; en el momento en que me agachaba para recoger un fragmento cúbico de pizarra, vi llegar corriendo a un pariente que me gritaba: «¡ Regresa en seguida!

Ve y dile a tu madre que la marea subirá rápidamente y que las aguas invadirán la casa», a la vez que una voz llegada del espacio decía: «¡Recuérdalo!» Poco después, todo sucedió como lo había anunciado el sueño. Yo andaba a lo largo de un canal; me agaché para recoger un fragmento de pizarra el pariente que había visto en sueño corre hacia mí, diciéndome las palabras que ya había oído en ese mismo sueño, y la marea invadió nuestra casa.

En otra ocasión, me hallaba, también en sueños, al borde del canal y vi un cortejo fúnebre, pero aunque sentía que se trataba de uno de mis familiares, no pude acercarme al cortejo, ya que algo me retenía. Este sueño se concretó cabalmente. Tuvo lugar la inhumación de un tío muy querido; los miembros de mi familia siguieron el ataúd, pero por entonces yo estaba tan enfermo y débil que no logré acercarme al cortejo, no pudiendo entonces tomar parte en la ceremonia fúnebre.

Sueños simultáneos idénticos en diversas personas

Los sueños correspondientes a la tercera categoría son aquellos que se producen al mismo tiempo y de igual modo en varias personas, sin que hubiera acuerdo previo.

M. W. Schweikert, de Feldkirch, cerca de Muchich, escribió al *Zeitschrift für Spirtismus* (13 de julio de 1901) relatando el siguiente caso: «La mujer de uno de nuestros amigos soñó recientemente con albaricoques. Al despertar, pensó de inmediato en su sueño. Su hija de cinco años, que hasta ese momento permaneciera dormida, fue a la cama de su madre y dijo: "Mamá, ¡qué rico olor a albaricoques hay aquí!" Debo decir que la niña no tenía motivo aparente alguno para hablar de albaricoques...»

El redactor del *Zeitschrift* hace la siguiente reflexión al respecto:

«A menudo, los casos de transmisión de pensamiento se producen al mismo tiempo durante el sueño del que capta y del que envía. A este fenómeno, bastante conocido, se le da el nombre de "doble sueño".

Si dos personas dormidas tienen el mismo sueño, con plena concordancia de los detalles, el fenómeno no puede tener sino dos clases de causas. O bien 1.º) los dos cerebros fueron afectados por una tercera causa común; o bien 2.º) la causa de dicho fenómeno reside en uno de los dos cerebros, cuyas imágenes se transmiten en forma inconsciente al cerebro del otro durmiente.

El primer caso puede presentarse si, por ejemplo, se produce en la calle un ruido que los dos durmientes interpretan de la misma manera. Así, según Abercrombi, un ruido hizo que un hombre y una mujer soñaran que los franceses habían desembarcado en Edimburgo, acontecimiento que por entonces se temía en todas partes.

Freligrath nos da un ejemplo del otro caso: «Yo pensaba seriamente, dice, en emigrar a Norteamérica. Por entonces, mi madre leyó, no recuerdo

bien en qué libro, algo sobre la dama blanca del castillo real de Berlín, a la cual se la veía en estado de fantasma barriendo una habitación.

Mi mujer recordó que una vez, hacía ya tiempo, yo le había hablado de una aparición análoga —de una dama blanca— en el castillo de Detmold; así es que un día, a mi llegada del trabajo, me preguntó si también esa dama había sido vista barriendo una habitación. Por la noche, traje importantes noticias de los Estados Unidos; hablamos mucho sobre mi proyecto de emigrar y olvidamos el fantasma. Ya en la cama, daba vueltas y más vueltas sin poder dormirme; mi mujer se despertó y me preguntó si me sentía mal. «No, le respondí, pero me siento perseguido por un sueño. Desde el momento en que me vuelvo a dormir, veo a la dama barriendo los aposentos del castillo de Detmold y sin embargo nunca oí decir que se mostrara barriendo.» Entonces mi mujer me contó que la pregunta que quería hacerme le había venido a la mente durante el sueño...»

Schubert habla de un psicólogo que, en la época en que era mayordomo en casa de un terrateniente, tuvo exactamente el mismo sueño que el hijo mayor de éste. Mirville menciona el caso de un hombre que siempre tuvo sueños idénticos a los de su mujer. Por ejemplo, si soñaba con un amigo muerto, su mujer lo veía al mismo tiempo en sueños, en idéntico lugar, con igual vestimenta, etc. El profesor Nasse cuenta que una madre soñó que estaba sentada a la mesa junto a sus hijos, a quienes tenía la intención de envenenar con una bebida. Les preguntó sucesivamente cuál de ellos estaba dispuesto a beberla; algunos aceptaron, otros querían seguir viviendo. Cuando salió de ese terrible sueño, oyó gemir a unos de sus hijos, de once años de edad, y al preguntarle qué le pasaba, supo que le había transmitido su sueño.

Fabius cuenta lo siguiente: una mujer de La Haya tenía la costumbre de anotar día tras día todo cuanto sucedía en la familia, para enviarle luego estos pormenores a su hija, que vivía en América. Por su parte, la hija hacía lo mismo. Un día, la madre soñó que la nave que transportaría las posesiones de su hija, que preparaba su regreso a la patria, naufragaría. Le contó este sueño a su hija, pero su letra se cruzó con una carta en la que ésta contaba un sueño idéntico al de su madre, Schopenhauer dio también ejemplos del mismo género.

Justi cuenta que su mujer y él tuvieron la misma noche el mismo sueño simbólico referente a la muerte de su hijo de nueve años. Tres días más tarde, el niño murió.

Las visiones fantasmales de la vidente de Prevost, aparecían en sueños a las personas que dormían en la misma habitación que ella. Una vez, una persona que la cuidaba durante una enfermedad, tuvo la visión del padre de la vidente; ésta dormía apaciblemente, pero al día siguiente contó que había soñado con su padre. El hermano y la hermana de la vidente, que residían lejos de ella, tuvieron aquella noche el mismo sueño.

No es sorprendente que se transmitan visiones místicas de ese género, ya que, aunque de origen diferente, son idénticas a las normales desde el punto de vista del proceso cerebral.

La sensación de «ya visto»

En la última categoría hallaremos los sueños que no tienen la misma importancia, muchos de los cuales podrían deberse simplemente a una coincidencia fortuita, tal como a menudo sucede en la vida.

El caso siguiente, publicado por C. Flammarion, apareció en la *Révue des Sciences Psychiques,* del mes de noviembre de 1901.

«En 1868, escribe Paul Leroux, yo tenía diecisiete años y estaba empleado en una tienda de ultramarinos propiedad de un tío mío, en el n.° 32 de la calle Saint-Roch. Una mañana, después de saludarnos, todavía bajo la impresión del sueño que había tenido esa noche, me contó que en ese sueño él se hallaba en el umbral de su puerta cuando vio venir por la calle Neuve-des-Petits-Champs un autobús urbano de la Compañía de los Ferrocarriles del Norte; el vehículo se detuvo frente a la puerta de su negocio. Desciende su madre y el autobús continúa su camino, llevándose a otra señora que estaba con mi abuela; dicha señora, vestida de negro, tenía un canasto sobre las rodillas.

Los dos nos divertimos bastante con ese sueño que tan poco tenía que ver con la realidad, pues mi abuela nunca se hubiera atrevido a venir desde la estación del Norte hasta la calle Saint-Roch. Mi abuela vivía cerca de Beauvais, y cuando tenía deseos de pasar unos días con sus hijos en París, escribía casi siempre a mi tío, su preferido, quien iba a buscarla a la estación, de donde la traía invariablemente en un coche de punto.

Sin embargo, a la tarde de ese mismo día, cuando mi tío miraba pasar la gente desde el umbral de su negocio, al mirar mecánicamente hacia la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs, vio doblar un autobús del Ferrocarril del Norte que se detuvo justo ante su puerta.

En ese autobús había dos señoras, una de las cuales era mi abuela, que en ese momento descendía; luego el vehículo continuó su camino llevándose a la otra señora, idéntica a la que mi tío había visto en su sueño, es decir, vestida de negro y sosteniendo un canasto sobre sus rodillas.»

Supongamos, agrega el narrador, que el despensero de la calle Saint-Roch no le hubiera contado su sueño a su sobrino. ¿Qué habría ocurrido entonces? Impresionado por asistir a la escena del autobús en la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs e inmediatamente poseído por la sensación de «ya visto», le habría contado el sueño de la noche precedente a su abuela, a su sobrino y a quien hubiera querido escucharle. Tal vez la abuela, el sobrino y los otros le hubiesen creído, pero también es probable que hubiesen exclamado un tanto apresuradamente:

«¡Ha sido engañado por una ilusión que le hizo creer que la primera percepción del hecho se produjo durante un sueño!»

Por suerte, el tío de Paul Leroux le había contado el sueño antes de que se produjese en la realidad; y no cabe duda que se trataba de un sueño premonitorio. Nos equivocaríamos si supusiéramos que el recuerdo de haber soñado la escena, recuerdo que hace posible la sensación de «ya visto», es siempre una ilusión, un error de la memoria.



El teniente coronel De Rochas d'Aiglun, administrador de la escuela politécnica.

El tío de Leroux se acordaba perfectamente del sueño que había tenido unas horas antes, y estaba acompañado por un hombre que lo conocía, por consiguiente no pudo haber sido presa del turbio misterio que necesariamente acompaña a la sensación de «ya visto», cuando el que percibe no logra darse cuenta del origen de dicha sensación.

De haber transcurrido algunas semanas, o algunos meses, antes de que se concretara el sueño, y por lo tanto el recuerdo de éste hubiera borrado de la memoria consciente del despensero y de su sobrino, entonces es muy posible que los dos se hubiesen esforzado, quizás inútilmente, en comprender por qué la escena del ómnibus no era una novedad para ellos.

Esta observación basta para explicarnos por qué no son más numerosos los casos que sirven para probar que la paramnesia suele resultar de un sueño premonitorio. O recordamos cabalmente el sueño y hasta se lo contamos a alguien (y entonces se trata, sin discusión, no de una paramnesia, sino de un sueño premonitorio; o bien el sueño no ha dejado ninguna huella, o sólo una huella muy vaga, en nuestra memoria consciente, y entonces el vínculo entre la sensación de «ya visto» y el sueño ya no es evidente, volviéndose controvertible.

Pero si los sueños premonitorios existen —y hay centenares de ejemplos bien documentados— deben necesaria y fatalmente dar lugar a casos de paramnesia, cuando dichos sueños no dejaron una huella bien clara en el subconsciente de quien los captara.

Se podrá poner en tela de juicio la realidad de los sueños premonitorios, controvirtiendo la exactitud de la observación de los hechos; pero, de admitírselos, no se podrá negar la consecuencia que se desprende de eso, porque su evidencia no admite dudas.

Una vida anterior

El teniente coronel Rochas se ocupa de los sueños retrospectivos o atávicos que nos hacen vivir por unos instantes la vida de nuestros antepasados, que nos permiten ver y sentir lo que alguno de nuestros mayores más o menos cercanos vieron y sintieron. Walter Scott dijo indebidamente de estos sueños que configuraban una sensación de preexistencia y que constituían en que un ambiente, un paisaje o una casa que no conocíamos nos resulten repentinamente conocidos, y familiares, provocando en nosotros esta exclamación de sorpresa: «¡Pero si ya he visto antes esta casa!»

Sueños ancestrales, escribe Letourneau, que a través de una especie de herencia, nos hacen ver y sentir aquello que nuestros antepasados vieron y sintieron.

Así, algunos piensan que hay en estos sueños un fenómeno de herencia física y otros un fenómeno que estaría relacionado con nuestra preexistencia o con la reencarnación. Sin embargo, se requieren argumentos más serios que los habituales para hacernos creer que ya estuvimos antes en esta tierra, en este lugar, en esta casa, en medio de este paisaje, y que a la vista de ellos despierte nuestro recuerdo. Para explicar lo ilusorio de tal percepción bastaría una simple semejanza entre ese paisaje y un sitio cuyo impreciso recuerdo se apagara en nuestro inconsciente.

Ninguna otra explicación nos parece satisfactoria. Es posible que algunas substancias de los filamentos cromáticos del núcleo de la célula cerebral hayan conservado moléculas de nuestros antepasados, pero sabemos que, muy amenudo, todas las células de nuestro cuerpo se renuevan y desaparecen en el lapso de una vida.

Según el doctor Lux, para que un hecho ancestral dé lugar a la serie de hechos complementarios, capaces, por su unión, de reproducir el suceso atávico, sería necesario que las moléculas ancestrales que constituyen el soporte de la huella psíquica permanezcan en el cerebro del descendiente, es decir del que está soñando, en la misma medida en que ellas se hallan en el cerebro del antepasado, sin que haya intrusión alguna de nuevas moléculas albuminoides capaces de añadirse o combinarse químicamente con las moléculas ancestrales, lo cual haría variar las relaciones de contigüidad intracelulares e intercelulares establecidas en el antepasado gracias a las corrientes de influencia nerviosa que surcaban de un lado a otro su cerebro. Pero esto nunca sucede, ya que las influencias paternal y maternal han modificado la disposición de las moléculas cerebrales.

Los sueños ancestrales no nos enseñan nada. En cambio, los sueños proféticos, tan frecuentes en la mística cristiana, atraen nuestra atención y nos interesan más: la fe explica aquello que la razón constata y no comprende. De tal modo, respondemos por anticipado al desaliento evidente que impregna la parte final de un interesante artículo que Rochas d'Aiglun escribió sobre los sueños y que dice así:

«Confieso que frente a la precisión de ciertos detalles, no podemos sino admitir que la previsión del porvenir es algo tan real que desconcierta tanto el entendimiento de los espiritualistas como el de los materialistas.[45]»

La premonición verídica de Berard

Un poco antes de ingresar en la magistratura, M. Berard hizo una expedición a las montañas de Cévennes; a la caída de la tarde, pidió alojamiento en una posada perdida en un agreste desfiladero. A la noche tuvo una horrible pesadilla, quizás provocada por la fatiga del día. En la pesadilla veía que el posadero y su mujer se acercaban a su cama sin que él tuviera la fuerza de levantarse de la cama y gritar. El hombre tenía un gran cuchillo de cocina en la mano y le cortaba la garganta, mientras su mujer, sujetándole los brazos, le impedía defenderse.

Cuando no se movió más, los dos asesinos lo tomaron por la cabeza y los pies y lo echaron en el pozo de la basura. Se reincorporó bajo la impresión de que la basura lo asfixiaba.

La pesadilla había sido tan espantosa que el joven magistrado se despertó bañado en sudor y presa de una indescriptible crisis nerviosa. Se vistió rápidamente y salió. Al abandonar la posada donde pasara tan mala noche, miró largamente al hombre y la mujer; tal vez porque todavía estaba bajo la impresión del sueño que lo había atormentado, le pareció que tenían aspecto de bandidos.

Un año después, Berard fue nombrado juez sustituto justamente en la cabecera del distrito que incluía el lugar donde había dormido tan mal. Al hacerse cargo del puesto, fue informado de una instrucción judicial que desde un año atrás apasionaba a toda la comarca.

Un oficial del ministerio, ya no recuerdo si escribano o ujier, había desaparecido un día del año precedente, justamente cuando acababa de cobrar una gruesa suma de dinero. Todo hacía pensar que el desdichado había sido asesinado y, hasta el momento, los asesinos permanecían en la impunidad. Sin embargo, en los días en que se hizo cargo Berard, varias denuncias anónimas afirmaban que, la noche de su desaparición, el escribano o ujier se había demorado en una posada de donde nadie lo había visto salir.

Con motivo de estas denuncias, el juez de instrucción titular había hecho arrestar a los posaderos, marido y mujer, e invitó a Berard a que asistiera al interrogatorio, de la pareja sospechosa.

Cuál no fue la sorpresa de Berard al comprobar que las dos personas arrestadas eran los dueños de la posada del espantoso sueño. De inmediato tuvo una intuición y pidió al juez que lo autorizara a interrogarlos personalmente; los posaderos negaban tenazmente cualquier participación en el supuesto crimen.

45. *Annales des sciences psychiques*, mayo-junio de 1901.

Pero Berard les dijo abruptamente: «Ustedes son los culpables, lo sé muy bien puesto que los vi cometer el crimen. Usted —dirigiéndose al hombre— degolló a la víctima con su cuchillo de cocina, y entre los dos llevaron el cadáver hasta el pozo de la basura donde todavía debe estar.»

Los dos posaderos se estremecieron, como si ante ellos estuviera el espectro del hombre que habían matado; anonadados, se echaron de rodillas y confesaron su crimen. Al día siguiente, el cadáver del funcionario fue hallado en el pozo de la basura.

¿Comunicaciones sobrenaturales?

En los libros santos, sobre todo en el Nuevo Testamento, y también en la vida de los santos, hallamos muchos testimonios de comunicaciones proféticas y divinas ocurridas durante el sueño.

Pensemos, con Lesueur, en los sueños proféticos de San Bruno. Acostado sobre las baldosas de la iglesia de Molesnes, extenuado de fatiga y hundido en un hondo sueño, San Bruno ve cómo tres ángeles le anuncian el auxilio y la protección de Dios para la fundación de la orden de los cartujos. También en un sueño misterioso, San Hugues ve caer siete estrellas a sus pies, que luego se levantan y lo conducen a través de los desfiladeros de la montaña, hasta la agreste meseta llamada Cartuja.

Al día siguiente, seis caminantes dirigidos por San Bruno, se presentan en su morada, van hacia la montaña en busca del lugar desierto donde quieren vivir y morir en el rigor de la penitencia y concretan así el sueño profético del santo obispo de Grenoble.

«Uno de los de presentimiento más notable que conozco es el que tuvo por protagonista, no hace mucho, a uno de los oficiales de la flota de Su Majestad surta en la rada de Portsmouth. Un día, cuando todos los oficiales estaban en el comedor, un joven teniente, M. P., posó repentinamente cuchillo y tenedor, rechazó el plato que se le servía y empalideció. Cubriéndose la cara con las dos manos, se levantó de la mesa y salió del comedor.

El capitán, creyendo que estaba enfermo, envió a otro de sus oficiales para que averiguara cómo se hallaba M. P.; en un primer momento M. P. no quiso decir nada, pero terminó por confesar que había sido presa de la sensación, súbita e irresistible, de que un hermano suyo que por entonces estaba en América había muerto.

"Murió, dijo, el 12 de agosto, a las 6 de la mañana, estoy completamente seguro." Nadie pudo convencerlo de que era pura imaginación de su parte. Poco después, una carta ratificaba su presentimiento. En efecto, su hermano había muerto en Carrupore, en el momento preciso en que su muerte había sido mencionada.»

He oído sobre muchos casos de gente que regresa apresuradamente a su casa porque presienten el incendio.

Maxime de Caldenrrod estaba fuera de su domicilio cuando, de pronto, fue presa de una ansiedad tan grande respecto de su familia que se sintió obligado a volver a su casa y sacarlos a todos de ella. Apenas habían salido, un ala se desmoronó. Caldenrrod nunca había pensado que pudiera ocurrir semejante accidente ni tenía motivo para esperar que sucediera tal cosa; la causa de ese desmoronamiento fue un defecto localizado en los cimientos.

Stilling nos cuenta un hecho idéntico. El profesor Boehm, que enseñaba matemáticas en Marburg, estaba una tarde reunido con un grupo de amigos cuando sintió una imperiosa necesidad de regresar a su casa. Sin embargo, como se sentía muy bien tomando té con sus amigos y por otra parte no tenía nada de especial que hacer en su casa, por un momento logró vencer esa sensación que, poco después, volvió con tal fuerza que le fue imposible resistirla.

Al llegar a su casa, halló todo como lo había dejado, pero se sintió impulsado a cambiar la cama de lugar; una vez más, se resistió a aceptar ese misterioso mandato y también una vez más, tuvo que ceder. Por absurdo que fuera, sintió que debía hacerlo. Llamó a la criada y entre los dos corrieron la cama al otro ángulo de la habitación. Hecho el cambio, se sintió liberado y volvió a casa de sus amigos. La reunión terminó a las diez. Volvió a su casa, se acostó y se durmió.

A medianoche le despertó un gran estrépito: se había desprendido una gruesa viga, arrastrando en su caída parte del cielo raso.

Reflexionemos en esta observación de Franz Hettinger, teólogo de la universidad de Wurtzburg:

«Cuando nos hemos compenetrado del pensamiento de que estamos ligados y formamos parte de un todo con el universo entero, con nuestro sistema solar y nuestra tierra, y sobre todo con la naturaleza que nos rodea; cuando estamos convencidos de que nuestra esencia está continuamente atravesada e influida, aunque no lo sepamos, por las radiaciones vitales de todas las esferas, nos sorprendemos mucho menos de ciertas percepciones misteriosas de nuestros nervios y de ciertos presentimientos extraordinarios.»

Admitimos, como un hecho constante, el instinto de los animales porque no podemos discutirlo. ¿Pero el presentimiento en el ser humano es más incomprensible que el instinto? Ambos van juntos, son paralelos uno del otro. El instinto de los animales es la percepción inmediata de cuanto concierne a su conservación, y el presentimiento es la sensación inmediata de los cambios que se preparan.

«Es muy cierto, dice Goethe, que en algunos casos las fibras sensibles de nuestra alma pueden transponer nuestros límites corporales, mediante el presentimiento o la visión real de nuestro futuro. Desconocemos los movimientos y las influencias que ejercen sobre nosotros el medio ambiente, así como la relación que éste tiene con nuestra alma (...) A menudo, mientras estaba con un amigo y mi mente se hallaba embebida de un pensamiento, sucedía que mi amigo era el primero en hablar de lo que precisamente ocupaba mi mente. Así, un alma puede actuar sobre otra por su muda presencia.»

El doctor Macario cuenta el hecho siguiente:

«El jueves 7 de noviembre de 1850, en el momento en que los mineros de la carbonería de Belfast volvían al trabajo, la mujer de uno de ellos le recomendó que se cerciorara de que la cuerda que sirve para bajar al fondo del pozo estuviera en buen estado.

"Soñé, le dijo, que alguien la cortaba durante la noche". En principio, el minero no dio mucha importancia al aviso de su mujer; sin embargo, se lo dijo a sus compañeros.

Desenrollaron el cable de la vagoneta de descenso y, para sorpresa de todos, comprobaron que se hallaba entrecortado en varios puntos.

Minutos más tarde, los trabajadores iban a subir a la vagoneta sostenida por el cable en cuestión, de modo que se habrían precipitado al vacío.»

De tal modo, el sueño, esa segunda vida del ser humano, torna más íntima nuestra comunicación con el mundo visible, y a través de la concentración profunda que lo acompaña, nos permite oír las voces de lo alto. Apariciones, misteriosas advertencias, presentimientos que se prolongan hasta entrada la vigilia, sueños proféticos de nuestra vida y también de relaciones y correspondencias difíciles de ahondar.

E. Meric

6

Ver los colores con los dedos

Jules Romains, de la Academia francesa, autor de Los hombres de buena voluntad, *ha realizado una minuciosa investigación respecto de la posibilidad que tendrían ciertos individuos de percibir colores o caracteres impresos con los dedos. A este fenómeno se lo denomina «visión paróptica». Mucho antes de que los estudiosos rusos o norteamericanos se dedicaran a estudiar dicho fenómeno, Romains lo definió y sacó conclusiones asombrosas por su precisión y su justeza. «Vivimos en una época muy extraña», escribía en un artículo publicado en la* Presse médical,[46] *en el que trataba este tipo de visión. «A ciertos sectores profesionales, la información sobre nuevos descubrimientos o investigaciones en curso llega rápidamente (...) Por el contrario, otros acontecimientos tardan decenas de años en ser conocidos por todos aquellos de nuestros contemporáneos que, en razón de su idoneidad, tienen el deber de informarse antes que ningún otro.»*

Ahora bien, la totalidad de los trabajos sobre percepción y la lectura de los colores mediante los dedos no nos pone invariablemente ante la presencia de una facultad realmente paranormal como la telepatía. Podría tratarse de la percepción de radiaciones emitidas por los colores; en consecuencia, el tegumento humano tendrían posibilidades de percepción más amplias que las admitidas hasta el presente.

Después de un período de ocultamiento, tan prolongado como poco justificable, la visión extraretiniana ha cobrado actualidad.

46. 15 de febrero de 1964, páginas 479-480.

Cuando publiqué mis trabajos [47] y solicité la atención de calificados estudiosos, en general obtuve una respuesta satisfactoria.

Pero así como fui alentado por diversos médicos, algunos de los cuales apoyaron públicamente mis investigaciones, ciertos pontífices de la Sorbona pusieron mala cara. Siento una especial gratitud por el gesto del Dr. André Cantonnet, jefe del servicio de oftalmología del hospital Cochin, quien, el 10 de enero de 1923, tuvo la elegancia de organizar en su servicio, una sesión de verificación para médicos de esa especialidad. Esta sesión fue llevada a cabo tomándose todas las precauciones necesarias; sus resultados fueron plenamente satisfactorios. Asimismo dejo constancia de que el 8 de diciembre de 1920, el mismo Dr. André Cantonnet publicó un artículo muy favorable a mi tesis en la *Presse médical.*

Estoy convencido de que, a lo largo de su carrera, un médico tiene muchas ocasiones de efectuar observaciones que, sin ser consecuencia de un indicio clínico y todavía menos de un deseo expresado por el paciente, lo llevan, como médico, a presentir más o menos confusamente la existencia de fenómenos análogos a los que yo he descrito.

Debería exponer detalladamente los métodos que seguí, describir los pequeños aparatos que utilicé, y por lo menos dar cuenta de algunos de los cientos de experimentos que realicé para determinar rigurosamente las condiciones físicas, psicológicas y fisiológicas del fenómeno. Pero no es posible hacerlo, ya que desbordaría los límites habituales de un artículo.

Por el momento, creo que lo mejor, al menos para mostrar hasta qué punto los resultados enarbolados en el presente por investigadores soviéticos y norteamericanos no son más que rudimentos y simples trabajos de aproximación comparados con los resultados que obtuve hace ya más de cuarenta años, lo mejor, pues, es rememorar los más representativos de esos resultados. Antes de hacerlo, insisto una vez más *en el hecho de que todos estos resultados fueron obtenidos en base a pacientes trabajos experimentales. Por lo demás,no he dejado de someter tal o cual de mis hipótesis a la autoridad de algunos de mis amigos especializados en física, cuya opinión negativa hubiera bastado para que yo reviviera todo el trabajo.*

1. El tegumento humano contiene diversos dispositivos y estructuras de orden microscópico, que interesan el tejido nervioso y son morfológicamente conocidos. Los histólogos confieren a dichos dispositivos y estructuras facultades funcionales, en particular *sensoriales;* pero no todas estas facultades han sido debidamente verificadas.

2. Dichas facultades deben ser examinadas de muy cerca. Pero el método histológico solo no está en condiciones de poder hacerlo. Todo lo que atañe a la facultad sensorial exige el concurso de la experimentación psicofisiológica.

3. Sería imprudente afirmar *a priori* que, respecto de esas facultades, no

47. *La visión extra-retinienne et le sens paroptique* (1.ª edición), Gallimard, 1920.

hay que tomar en cuenta más que las funciones sensoriales actualmente conocidas y clasificadas. El método de *detección* utilizado por la psicología experimental contemporánea nos demuestra, precisamente, que es posible que haya en el ser humano funciones mentales, superiores o inferiores, que la experimentación ordinaria no ha logrado determinar, quedando entonces *por descubrir.*

4. Ahora bien, nuestros experimentos ponen fuera de duda la existencia (en el ser humano) de una *función paróptica,* es decir de una función de percepción visual de los objetos exteriores (colores y formas), sin que intervenga el mecanismo habitual de la visión ocular.

5. La luz, en el sentido usual de la palabra, es el agente excitante de la percepción o visión paróptica.

6. La opacidad, la transparencia, la translucidez de los objetos, la reflexión de las imágenes por los espejos, etc., son percibidas e interpretadas por la visión paróptica de igual modo que por la visión ocular.

7. Las variaciones de *intensidad* de la luz tienen sensiblemente el mismo efecto sobre la visión paróptica que sobre la visión ocular.

8. No obstante la visión paróptica acusa cierta nictalopía [48], más acentuada con respecto a la visión de los colores que a la de las formas.

9. La visión paróptica implica una *percepción de los colores* del espectro cualitativamente idéntica a la percepción mediante los ojos.

10. Sin embargo, parece que le corresponden límites espectrales más extendidos del lado del ultravioleta.

11. La visión paróptica es extra-retiniana, es decir que ocurre sin que la imagen se forme en la retina, sin que ésta sea excitada.

12. El tacto no interviene en la percepción paróptica.

13. La *mucosa nasal* desempeña un importante papel en la percepción paróptica de los colores; por el contrario, parece no desempeñar ninguno en la percepción paróptica de las formas.

14. Sin embargo la percepción paróptica ocurre aun sin la intervención de la mucosa nasal.

15. La percepción de los colores mediante la mucosa nasal no es en absoluto de orden olfativo; es decir que no consiste en un reconocimiento de olores propios a las sustancias tintóreas. Es una percepción específicamente *óptica.*

16. A condición de que tenga cierta amplitud, cada región de la periferia del cuerpo es capaz de garantizar por sí misma cierto grado de visión extraretiniana (percepción de las formas y de los colores).

17. El mínimo de amplitud necesaria oscila entre algunos centímetros y un decímetro cuadrado de superficie tegumentaria. Varía según la región que se considere.

Cuanto más numerosas y más vastas sean las regiones de la periferia que participan, mayor es el poder de la visión paróptica.

19. La importancia funcional de las diversas regiones varía.

48. Nictalopía: aptitud para ver mejor cuando declina la luz.

20. Los caracteres generales del espacio paróptico son los mismos que los del espacio visual (ocular).

21. La proporción es la misma tanto para la visión paróptica como para la visión ocular.

22. Las localizaciones parópticas en el espacio presentan una diferencia angular con las localizaciones comunes. Esta diferencia tiende a desaparecer con la educación paróptica. Quiero decir con esto que cuando se invita al agente a señalar con el dedo la posición que ve parópticamente en el espacio, indica invariablemente un punto cuya dirección hace ángulo con la situación del objeto percibido por el método ocular. Pasará algún tiempo antes de que aprenda a localizar correctamente.

23. La percepción paróptica del contenido del espacio es *sucesiva* antes que *simultánea.*

24. El *poder separador* de la visión extraretiniana existe, en nuestros experimentos, entre 1/100 y 1/300, en condiciones normales.

25. La función paróptica existe en estado latente en el ser humano común. Se despierta gracias a una técnica especial.

26. El órgano del sentido paróptico son los *ocelos,*[49] organitos microscópicos situados en la epidermis.

27. El ocelo es un órgano visual rudimentario pero completo. Posee un cuerpo refrigerante, una retina ocelar y una fibra óptica.

28. Cada ocelo puede formar una imagen basta que corresponde a un poder disociador individual igual o inferior a 1/10.

29. Los ocelos están agrupados en umbelas. Cada umbela se asemeja a un ojo compuesto.

30. Gracias a la disposición convergente de las fibras, las imágenes ocelares son sistemáticamente recogidas. Dichas imágenes son propensas a formar, por fusionamiento, una imagen central mucho más rica, que corresponde a un poder disociador teórico mucho más elevado que el poder disociador individual de los ocelos.

31. La proporción de los ocelos explica: a) que resulta inútil un aparato de acomodación; b) que se produzcan ciertos fenómenos aberrantes como la pseudo-visión a través de los cuerpos opacos (visión a través de los tejidos).

32. Aunque no sea posible determinar el emplazamiento del o de los centros parópticos, hay motivos para considerar: a) una conexión entre el centro óptico cerebral y el centro paróptico; b) la situación extracerebral del centro paróptico principal o al menos de un centro paróptico secundario.

33. La percepción paróptica es compatible con el estado habitual de la conciencia.

34. Para llegar a la conciencia, requiere una educación metódica y nueva de la atención.

49. Aquí, y en los seis párrafos siguientes, no se trata de resultados obtenidos de experimentos indiscutibles, sino de una hipótesis explicativa que me parece la más verosímil, al menos hasta el presente. El ocelo fue descubierto por Ranvier, quien le atribuye una función táctil (menisco de Ranvier).

35. Solamente puede manifestarse en ausencia de toda perfeccin visual corriente.

36. Es conveniente diferenciar en la visión extraretiniana una visión *homocéntrica* y una visión *heterocéntrica.*

37. La teoría indica y la experiencia muestra que los ciegos (salvo en los casos de lesión cerebral) son los sujetos más calificados para que se les eduque el sentido paróptico.

38. Aplicando una técnica apropiada, y después de algunas sesiones de ejercicio, es posible obtener los primeros signos de dicha función en los ciegos.

39. En el ciego, la función paróptica presenta exactamente las mismas características que en el clarividente.

Ninguna de estas proposiciones, que datan de 1920, fue planteada a la ligera. No esperaba que se me creyera simplemente porque las había enunciado, sino porque se repetirían mis experimentos (cuyo procedimiento yo indicaba en detalle), completándolos o corrigiéndolos en caso necesario. Tal es, en mi opinión, lo que debe hacerse con cualquier descubrimiento.

Pero sin duda era esperar demasiado de nuestra época y de su condicionamiento intelectual.

Ahora no puedo menos que regocijarme con el renovado interés que se demuestra por la visión extraretiniana, pero resulta muy amargo comprobar lo poco que se ha avanzado en cuarenta años. Lo prueba el hecho de que no tenga ninguna necesidad de modificar, ni siquiera con notas, el texto de la edición original aparecida en 1920. Lo que no habría ocurrido si, tal como entonces lo deseaba, otros investigadores hubieran retomado mis trabajos, completándolos o corrigiéndolos.

También es amargo, amargamente irónico ver que este renacimiento del interés por la visión extrarretiniana no es debido a algún agregado que un investigador hubiera hecho a mis trabajos de 1920, sino a que, actualmente, científicos extranjeros proclaman, casi excusándose por su audacia, resultados que representan a lo máximo el veinte por ciento de lo que yo obtuve. En efecto, ellos se limitan a señalar, en forma francamente rudimentaria, un fenómeno cuyas condiciones y mecanismo yo había estudiado en detalle, además de haber tratado de enunciar sus leyes. Y por supuesto, aquello ha sucedido ignorándome completamente. Digo: por supuesto. Porque si al menos hubieran echado una ojeada a mi tratado, se habrían evitado el ridículo de «descubrir» lo que yo consideraba como un B-A BA hace cerca de medio siglo. Es un poco como si hoy en día los físicos anunciaran con bombos y platillos que intuyen la existencia de radiaciones misteriosas, diferentes de la luz y capaces de atravesar los cuerpos opacos.

En verdad, vivimos en una extraña época. En ciertos sectores la información se expande rápidamente. En cuanto una cantante de music-hall llega a un aeropuerto norteamericano, ya se nos informa sobre el acontecimiento, casi simultáneamente con su llegada, y a menudo lo pasan por televisión. Por el contrario, otros acontecimientos, claro que no tan importantes, tardan decenas

de años antes de llegar justamente a esos contemporáneos nuestros que tendrían que ser los primeros en procurarse la información.

Esta vez, espero ver satisfecho mi deseo de 1920: que, en alguna parte del mundo, un equipo de jóvenes científicos inscriba la visión extraretiniana en su programa de trabajo; y no para balbucear el B-A BA de la cuestión, sino para continuar, desarrollar, y si es preciso corregir, el trabajo experimental y las conclusiones claramente expuestas más arriba.

¿Es posible desarrollar la facultad de visión extraretiniana?

Al punto que hemos llegado, surge espontáneamente una idea: la visión extraretiniana tiene los caracteres de una función común a todos los individuos de nuestra especie, al menos en calidad de función latente. Cada hombre posee los organitos periféricos necesarios. Es probable que tales organitos funcionen en todo momento y en cualquier persona; en consecuencia, deben formarse imágenes elementales en los *ocelos:* las *fibras* transmiten excitaciones que componen y sistematizan gradualmente. Pero la conciencia corriente del ser humano no las acoge. O bien se pierden en algún centro nervioso sin dar lugar a ningún hecho físico; o bien irán a enriquecer alguna conciencia secundaria, más allá de las fronteras tradicionales de nuestro yo.

De todas maneras, no vacilamos en decir que cada uno de nosotros es la sede de fenómenos parópticos, cuya conciencia no está informada en absoluto. Por lo tanto, debemos preguntarnos si no es posible situarlos en la órbita de la conciencia corriente.

Ya que el cambio de régimen, experimentalmente provocado, no tiene virtudes milagrosas. No es sino un procedimiento brutal, masivo, que modifica bruscamente el horizonte de la conciencia. Pero lo que dicho cambio obtiene mediante una especie de violenta discontinuidad, ¿no podríamos obtenerlo mediante una operación más progresiva, mediante una extensión o un ahondamiento de la conciencia corriente, sin interrupción.

Por lo tanto, mi propósito es «despertar» en mí mismo la función paróptica, tomando las precauciones necesarias para permanecer, además, en las condiciones propias a la conciencia corriente.

Mis experimentos llevaron mucho tiempo, fueron muy trabajosos; sólo he podido llevarlos adelante al precio de un considerable derroche de voluntad y apoyado por las previsiones de la teoría. Pero dieron excelentes resultados, a la vez que me revelaron nuevos aspectos del problema.

Permítaseme observar que sería inútil emprender una serie semejante de experimentos sin estar en posesión de algunas garantías sobre la lucidez, y hasta diría «la objetividad» de su propia introspección. El experimentador debe conocer con precisión su grado de sugestibilidad. Si es una persona propensa a confundir lo percibido y lo imaginario, si no posee cabalmente el «sen-

timiento de lo real», más vale que se abstenga. Al contrario, una superacuidad de conciencia puede resultar muy ventajosa.

¿A través de qué procedimientos provocar la aparición, en su propia conciencia, de la facultad extraretiniana que suponemos latente, apartándose lo menos posible de las condiciones normales, es decir, en particular, sin que la continuidad de la memoria y la nitidez de la reflexión crítica sean atenuadas?

A falta de precedentes, a falta de experiencia, al principio no hay otra alternativa que ir a tientas.

La práctica de los experimentos objetivos —efectuados sobre otro— nos proporciona algunas enseñanzas, pero más bien conciernen a los resultados esperados que a los medios que es preciso emplear.

Es probable, a priori, que la atención voluntaria y la concentración de la conciencia sean elementos indispensables para llevar a cabo este tipo de experimento. Pero no es nada fácil prestar atención a algo que todavía no es «actual», ni concentrar el pensamiento en un punto no definido. Por consiguiente, estamos limitados a buscar una especie de «silencio de la conciencia», y a acechar en este silencio el más leve indicio.

De tal modo, el investigador habrá de pasar por un primer período de estepa muy poco alentador y que puede prolongarse durante bastante tiempo.

El dispositivo del experimento es simple: vendarse cuidadosamente los ojos, concentrarse, poner frente a uno, a corta distancia, un objeto bien visible —una tapa de libro o de revista, una hoja con escrituras u otros signos, números bajo un armazón—, tener la firme voluntad de ver el objeto; imitar, si es preciso, los gestos comunes a las personas dotadas de clarividencia paróptica; y sobre todo exigirse el máximo de atención perceptiva. Resumido en algunas palabras, el programa parece simple. Pero aplicarlo resulta particularmente complejo y arduo.

En principio, nos vemos obligados a reconocer que el hombre actual, tal como nuestra civilización y nuestros métodos mentales lo han formado, no está familiarizado ni tiene idea alguna de lo que es la atención. Nos atribuimos una gran capacidad de atención, porque somos capaces de leer, sin distraernos mayormente, un informe de física de cien páginas. No nos damos cuenta de que, en realidad, esas cien páginas no son sino una sucesión rápida de hechos, imágenes y perspectivas renovadas sin cesar, de excitaciones imprevistas y rejuvenecidas sin cesar. Nos tiene sin aliento un desfile fantasmagórico o cinematográfico. Asimismo, nos sentimos muy orgullosos de poder meditar horas y horas sobre un problema: no advertimos que la idea central del problema es el tocón de innumerables ramificaciones, y que nuestra mente se entretiene siguiendo tan pronto una como otra de esas direcciones divergentes y caprichosas. Pero la atención verdaderamente fija sobre algo, bien asida a un objeto inmutable, y que de algún modo la exprime para extraerle todo su contenido, esa atención no es completamente desconocida. A este respecto, un filósofo «profundo», un gran matemático, no son más que recién nacidos. Por el contrario, cualquier asceta, desde los faquires de la India hasta ciertos empíricos moder-

nos, pasando por los extáticos cristianos, tendrían mucho que enseñar sobre el tema a nuestros pensadores más penetrantes.

Claro está, nuestra atención es discursiva, en el sentido que «discursivo» significa «corredor». Tenemos habilidad para seguir ideas que huyen. Pero basta con que la presa se inmovilice, para que se nos escape, ocupados como estamos por nuestro impulso.

Por consiguiente, lo primero que debemos aprender es a estar atentos. Una vez realmente dispuestos, se progresa con bastante rapidez. La falta de resultados inmediatos obedeció, en mi caso, a dos razones:

1. Yo me figuraba, no sé bien por qué, que las primeras sensaciones parópticas debían manifestarse como estados localizados en el interior, como visiones en cierto modo intracerebrales, y para descubrirlas yo adoptaba la actitud del hombre que trata de precisar un recuerdo o una representación imaginaria. Me esforzaba por ver «en el interior».

Lo que siguió me demostró que aquella era una actitud viciosa. En efecto, lo que debemos hacer es tratar de ver «fuera de nosotros», alcanzar al objeto en el lugar, en la distancia en que se halla; es preciso olvidar que tenemos los ojos vendados, no hay que pensar en los ojos ni en cualquier otro proceso de percepción. Debemos obrar como si tuviéramos naturalmente el poder de entrar en contacto directo con cosas exteriores presentes, como si el «medio» y los objetos que lo componen se nos ofrecieran, se afirmaran en nosotros sin intermediario alguno. En una palabra, todo ocurre como si estuviésemos dotados de una percepción inmediata.

2. A consecuencia de una mala interpretación de lo que había constatado en algunas de las personas que se prestaron a los experimentos, creí que debía orientar la visión hacia signos, palabras, impresos, números. Ahora bien, más adelante me di cuenta de que tales ejercicios implican una función ya desarrollada. Es plausible imponer la práctica de tales ejercicios, ya que permiten un control más riguroso y también porque el cambio de régimen abrevia prodigiosamente las etapas a cumplir. Pero si lo que se busca es descubrir por medio de la introspección las primerísimas luces del fenómeno paróptico, es necesario ejercitarse en ver objetos más voluminosos y brillantes, por ejemplo un mueble, el montante de un marco dorado, una esfera de cristal, etc. Lo primero que se debería hacer es tratar de percibir no ya un objeto en particular, sino el «derredor», la luz exterior, el espacio, por vaga y confusa que en un primer momento nos resulte esa percepción.

El desarrollo de una función

Antes de que se manifestara el primer y débil signo de visión, transcurrieron diez sesiones, repartidas a lo largo de un mes y cuya duración individual no llegaba a una hora. Estas sesiones fueron cansadoras y decepcionantes, pero

de ningún modo infructuosas. En principio, allí aprendí los rudimentos de la atención. En segundo lugar, comprobé hasta qué punto es imposible que un hombre de mi constitución —es decir normal— se sugestione, por poco que sea. Me ha sucedido tener en la mano un objeto bien familiar, una tapa de libro, cuyos detalles hubiera podido reproducir de memoria. Imaginaba sin dificultad el objeto, pero ni por un segundo tuve la impresión de verlo.

Me admiraba también la lúcida tranquilidad con la cual una conciencia normal separa lo imaginario de lo percibido, con qué segura e irrecusable espontaneidad se niega a tomar sus deseos por realidades. Aconsejo este experimento menor a los teóricos de cierto idealismo.

La sesión siguiente duró varias horas con breves intervalos de descanso, que no fueron suficientes para contrarrestar el gran derroche de energía que requirió de mí (derroche que hubiera podido apreciarse fácilmente desde el exterior: aceleración respiratoria, aceleración cardíaca, tensión muscular, etc.); pero obtuve un resultado. Entreví, no con nitidez, pero con una objetividad, una «exterioridad» asombrosa, imposible de imaginar sin haberla experimentado, los objetos siguientes:

La tapa amarillenta de un folleto, bajo la forma de una mancha marrón-amarillenta sin contornos precisos y sin detalle alguno, que veía desplazarse o cambiar de dimensiones si el objeto era desplazado.

Un maletín amarillo de cerraduras niqueladas, el propio maletín como una masa muy confusa, vagamente coloreada de amarillo-rojizo, las cerraduras como rayas un poco más brillantes.

De una manera todavía más vaga y huidiza el entarimado de la habitación y la pared más iluminada.

Y sobre todo, tuve la impresión global de que la noche opaca donde me hallaba encerrado durante las sesiones precedentes, cedía el lugar a una luz débil y turbia, comparable a la que subsiste en el medio de un largo túnel, luz que apenas revela las formas más destacadas de algunos objetos.

Añado que dicha entrevisión era vacilante y discontinua. Duraba aproximadamente dos o tres minutos, luego volvía el negro absoluto durante un buen cuarto de hora.

Me interesa subrayar que en el transcurso de esta sesión, mantuve una actitud crítica muy vigilante como si hubiera estado examinando una copa por el microscopio. Y aunque sumamente interesado por esta apariencia de resultado, evité sacar alguna conclusión.

Después de un intervalo de dos días, recomencé los experimentos; esta vez la duración fue de cuatro, cinco y hasta seis horas por día. Por supuesto, estos experimentos eran demasiado largos. Sesiones de una hora hubieran dado los mismos resultados con menos fatiga, pero no pude resistir el entusiasmo de la investigación.

Las nueve sesiones posteriores no hicieron sino confirmar los resultados de las precedentes. Me ejercité con otros lugares, con otros objetos; pero me parecía que la función sólo se desarrollaba imperceptiblemente.

La décima sesión marcó un brusco progreso (y ello desde su comienzo).

1. Tuve la impresión de una claridad general más intensa. 2. Conseguí discernir objetos más numerosos y más diversos, con una forma y coloración mejor definidas. En especial, distinguí por vez primera objetos pequeños, o más exactamente aquellos objetos que presentaban, en sección plana, como rasgos de escaso espesor (una llave, tijeras, etc.) 3. Los períodos de oscuridad se hicieron menos frecuentes, más cortos, y en cierto modo me sentí capaz de ponerles fin voluntariamente.

Dos sesiones ulteriores confirmaron plenamente estos progresos, y me permitieron multiplicar las observaciones, que yo anotaba entre dos ejercicios.

En la sesión posterior, nuevo aumento brusco de la función paróptica, pero en un sentido completamente imprevisto y que yo no había buscado en absoluto. Me di cuenta de que era capaz de visión heterocéntrica, y en particular de visión external. Un poco más adelante examinaremos estos importantísimos resultados.

Siguieron ocho sesiones de larga duración, durante las cuales me dediqué cómodamente a la práctica de diversos tipos de experimentos, mediciones y verificaciones.

Después, suspendí la serie de experimentos subjetivos, en principio para darme un respiro necesario, y también para dedicarme por entero a la preparación y posterior realización de mis experimentos con ciegos.

Así, la serie subjetiva estuvo compuesta de treinta y una sesiones, representando un total de al menos ciento cincuenta horas de observaciones y experimentos efectivos. Por lo tanto, cada uno de los resultados que expondré más adelante no está basado en una impresión fugaz, en una constatación no reiterada sino en pruebas y experimentos recomenzados hasta la saciedad, en el rigor de una razón tan puntillosa, exigente y hasta inoportuna como era posible.

En cuanto a los resultados, las treinta y una sesiones se distribuyen en cuatro períodos:

Un período preparatorio de diez sesiones, sin resultado aparente.

Un período de nueve sesiones, en que se manifiesta una función paróptica ya más perfeccionada.

Un período de ocho sesiones, caracterizado por el notable aumento de la función.

Es muy probable que el lector no consiga dominar un sentimiento de rechazo. Seguramente se pregunta si no ha entrado en un mundo fantasmagórico, donde se sueña despierto, y donde nada parece garantizar su verosimilitud. Si es así, le ruego que insista en dominar dicho sentimiento, ya que procede del fondo de nuestro antiguo terror de lo sobrenatural. Los científicos que quieran recomenzar por su cuenta estos experimentos subjetivos —digo los científicos, por que lo desaconsejo vivamente a cualquier otra persona que no esté familiarizada con los métodos experimentales, y que no lleve el espíritu crítico «en la sangre», pues sólo Dios sabe qué absurdo terminará por descubrir—, los científicos que se tomarán el trabajo de continuarlos comprobarán que tales experimentos se desarrollan en condiciones tranquilizadoramente prosaicas. Tal vez se sientan impacientados por la monotonía de los esfuerzos y la

lentitud de los resultados, pero no se sentirán más turbados ni más desorientados que si se entregasen a experimentos sobre su propia acuidad visual o sobre su aptitud para apreciar los intervalos musicales.

Por consiguiente, no me demoraré en probar que no he sido víctima de la autosugestión, la ilusión, etc. No se trata aquí de un conocimiento basado en el testimonio. Cuando un físico ha hecho al microscopio el censo de los iones de un gas sometido a un campo eléctrico, no se toma el trabajo de probar que no estaba soñando. Señala sus procedimientos y sus resultados. Los que dudan siempre tendrán la ocasión de verificarlo.

Me opongo terminantemente a esa tendencia consistente en tratar ciertos hechos psicológicos como «prodigios» que requerirían levantar un acta e instruir un proceso. El testimonio individual tiene sentido cuando se trata de saber lo que Napoleón decidió en la víspera de Eylau. Pero no tiene ninguno cuando lo que se plantea es conocer las propiedades del radium, la función de las cápsulas surrenales, o el mecanismo de la visión binocular.

Dicho esto, paso a clasificar y enunciar los resultados de los experimentos subjetivos, sin omitir compararlos con los resultados de los experimentos objetivos[50]. Tanto las concordancias como las divergencias tendrán un valor didáctico.

1. ¿Cuáles son las condiciones en que se revela la función paróptica? En principio, es necesario poder fijar la atención con cierta intensidad, y aprender por tanteos a dirigirla, en el transcurso de un período preparatorio. Luego hay que tomar una actitud mental que lleve a la percepción exterior; el objeto que intentamos ver no hay que buscarlo dentro de uno, sino fuera de uno; y para ello utilizar nuestros hábitos visuales anteriores. Por ejemplo, si queremos tratar de ver parópticamente una pared situada a dos metros, debemos comportarnos exactamente como si se tratara de ver esa pared con nuestros ojos; al mismo tiempo, es cierto que nuestros mecanismos de acomodación y de convergencia oculares participarán bajo la venda. Su papel no será nulo, pondrán a la conciencia central en un estado apropiado para la percepción de objetos en el espacio. Nuestros ojos, aunque físicamente en reposo, es decir no siendo la sede de ningún fenómeno óptico, intervienen psicológicamente indicando a la conciencia «posturas» cómodas.

Es lo que llamo la «actitud cerebro-visual de acomodación»; aun cuando, a mi juicio, no haya motivo para considerar la existencia de un mecanismo fisiológico real de acomodación en los ocelos. Y de todos modos, este mecanismo no contaría para las distancias de varios metros (ya que las dimensiones del ocelo lo vuelven superfluo).

En consecuencia, se trata de un efecto totalmente psicológico, o de una seudo-acomodación.

En lo concerniente a los gestos propios de las personas que se prestan al experimento, sólo más tarde aparecerá su razón de ser subjetiva.

50. A la que llamaremos brevemente *serie O.*, ya que denominamos *Serie S* a los experimentos subjetivos.

Comparación con la serie 0.

El período preparatorio existe en ambas series. En la serie 0 corresponde a los cuatro o cinco primeros cambios.

En la serie 0 dicho período parece incomparablemente más corto. Es porque en la serie S intentamos reproducir, a escala insensible, lo que el cambio obtiene masivamente. Así, de un lado hay continuidad y del otro discontinuidad.

Es muy probable que el papel que desempeña la atención sea el mismo. Pero en la serie 0 el participante se beneficia con una brusca concentración de energía mental, lo cual no le sucederá, aunque se esfuerce, al que participa en la serie S.

En lo que respecta a la actitud cerebro-visual de acomodación, en la serie 0 el participante la adopta ingenuamente, sin rodeos. Se le ordena «ver». No se ocupa de su venda, no se formula preguntas: simplemente mira.

2. ¿Cómo se efectúan el aprendizaje y el desarrollo de la visión extraretiniana?

En principio, hay visión confusa de objetos voluminosos, con aristas, protuberancias o planos parciales brillantes.

Al intentarse la visión de objetos más pequeños, se produce un fenómeno muy interesante: la pluralidad de imágenes. Es decir que si me esfuerzo en ver una llave, por ejemplo, durante varios segundos veré una especie de pestañeo, una danza de imágenes muy fugaces, inciertas, incompletas, que no ocupan el mismo lugar en el espacio, ni tienen exactamente el mismo tamaño, y que acaban por resolverse en una imagen única, también bastante inestable. Luego esta zona retrocede, la sombra se disipa poco a poco.

Comparación con la serie 0.

Es probable que un participante que empiece distinguiendo grandes cifras, ya posea una visión extrarretiniana capaz de aprehender fácilmente los contornos de un objeto voluminoso. Pero es lógico —sino psicológico— orientar al participante hacia ejercicios de lectura que se presten a todas las formas de la verificación y la medición. Esta observación debe tenerse muy presente si se trata, no de estudiar especulativamente la función, sino de provocar su aparición con objetivos prácticos y también con la intención de mejorar su educación.

La pluralidad de las imágenes es casi imposible de constatar. Pero no tiene nada de improbable. En este caso, correspondería al tiempo de elaboración. No podemos menos que observar que el hecho subjetivo de la pluralidad de las imágenes está en armonía con la hipótesis de los ocelos.

El aumento del alcance parece ser un fenómeno idéntico en las dos series. Está relacionado con el mecanismo psicológico de la pseudoacomodación.

3. Para que la percepción se produzca es necesario un tiempo de trabajo previo o de elaboración. Alrededor de un minuto.

Este tiempo parece sustentar operaciones muy diversas entre sí: síntesis de las imágenes elementales, pseudo-acomodación, etc. Su duración varía de

acuerdo al tamaño del objeto o del detalle que se quiera ver, cuanto más pequeño sea éste, más largo es el tiempo.

Comparación con la serie 0.

El fenómeno es semejante en las dos series.

En la serie 0, no hemos evaluado la relación existente entre la duración de la elaboración y el tamaño de los objetos. Debe tener el mismo sentido.

El lapso de esta duración es el mismo en las dos series.

Jules Romains
de la Academia Francesa

7

El don de las lenguas

El proceso por el cual el niño aprende a hablar es todavía en nuestro tiempo objeto de estudios psicológicos y biológicos. También las comunicaciones animales son tema de numerosos trabajos. La lingüística es una disciplina de permanente debate, prueba de la vitalidad de los investigadores pero también de la amplitud de nuestra ignorancia sobre el fenómeno de la palabra, del establecimiento de un sistema de signos y signos. En tales condiciones, ¿qué decir del «don de los idiomas», de la «xenoglosia», de la «glosolalia»?

Sin embargo, no faltan las observaciones que demuestran que algunos individuos son capaces de emplear momentáneamente idiomas que jamás aprendieron, por ejemplo el griego o el ruso. Puesto que no es posible hasta el presente explicar científicamente dicho fenómeno (la teoría espiritista sostiene que espíritus de difuntos hablarían por la boca de los médiums), es preciso retener algunos hechos más que sugerentes.

Ernest Bozzano ha realizado al respecto una encuesta profunda. Los ejemplos que cita son comparables, al menos en un aspecto, a los descubrimientos hechos en un campo diferente, la paleontología. Esta ciencia de la vida pasada, basada en los fósiles, ha suscitado varias teorías que intentan explicar los mecanismos de la evolución de las especies. Mientras la evolución biológica, que consiste en una complejización de los organismos desde los más simples hasta el ser humano, es ya una certidumbre científica, las teorías que pretenden dar cuenta de la evolución aún carecen de confirmaciones de tipo experimental. Se ignora cómo se produce aquello que se constata. Lo mismo ocurre con respecto a los médiums que súbitamente hablan idiomas que desco-

nocen. Proponer explicaciones del fenómeno resulta así siempre plausible. Ernest Bozzano inscribe sus investigaciones en el ámbito espiritista: «Una entidad espiritual ajena al médium, escribe, empleaba la laringe de éste para sus propios fines». Hay otras explicaciones posibles, aunque ninguna de ellas esté suficientemente fundamentada.

A pesar de que el espiritismo no es una doctrina científica en el sentido estricto del término, sino una forma de fe religiosa, tiene el mérito de estimular a muchos de sus adeptos a que investiguen y efectúen los experimentos necesarios para aclarar el misterio; y estas investigaciones, claro que cuando no son fraudulentas, son muy dignas de atención.

El término «xenoglisia» fue creado por el profesor Charles Richet con el propósito de distinguir claramente la «mediumnidad poliglota» propiamente dicha, en la cual los médiums hablan o escriben en idiomas que ignoran completamente, y que a veces desconocen hasta los asistentes, de los casos readicalmente diferentes (no obstante una semejanza nada más que aparente) de «glosolalia», en los cuales las personas sonambúlicas hablan o escriben en pseudo idiomas inexistentes elaborados en los trasfondos de su subconsciente: pseudo idiomas que en ocasiones son «orgánicos», es decir que están compuestos de acuerdo a reglas gramaticales.

Inútil sería ocuparnos de esta última categoría de fenómenos, que no tienen nada en común con la «mediumnidad poliglota», como tampoco con las manifestaciones metafísicas en general, aunque fenómenos de «glosolalia» puedan a veces intercalarse en manifestaciones supranormales auténticas. Lo cual no debe sorprendernos, ya que en ninguna rama de la metafísica es posible evitar las interpolaciones del subconsciente.

Si bien es cierto que los fenómenos de xenoglosia siempre se han dado con frecuencia en metafísica, no lo es menos que, cuando los agrupamos y analizamos, comprobamos que nos suelen ser transmitidos puramente en forma anecdótica, con una carencia tal de detalles complementarios que no se los podría utilizar con fines científicos. Esto es tanto más lamentable cuanto que a menudo se trata de episodios muy importantes y evidentemente auténticos. De lo que se deduce que los hechos que expondré seguidamente son muy poca cosa ante la importante masa de material recogido. Por suerte, entre todos los casos que he podido agrupar, hay bastantes que me fueron relatados con una precisión satisfactoria.

Desde el punto de vista de la clasificación de los hechos, digamos que los fenómenos de xenoglosia se producen en diversas modalidades: por «automatismo parlante» (posesión mediúmnica); por mediumnidad auditiva (clariaudición), cuando el médium repite fonéticamente las palabras percibidas subjetivamente; por «automatismo motor» (psycografía y tipología); por «voz directa», y por escritura directa.

Dicho esto, paso sin más tardar a exponer mi tema.

Casos de xenoglosia obtenidos por automatismo parlante y mediumnidad auditiva

Aunque sensiblemente diferentes una de la otra, estas dos modalidades de realización de los fenómenos xenoglósicos presentan entre ellas cierta analogía dado que ambas provienen de un mismo fenómeno, más o menos profundizado, de «posesión mediúmnica» y a veces se desarrollan entremezcladas una con otra. Por consiguiente, al clasificarlas no es posible separarlas.

Comenzaré citando un caso clásico por excelencia: el de la hija del juez Edmonds.

Helo aquí resumido por el profesor Richet en su *Traité de Métapsychique:*

«El caso más asombroso es el de Laura Edmonds, hija del juez Edmonds, que fue Presidente del Senado y miembro de la Corte Suprema de Justicia de New York, personaje de gran inteligencia e indiscutible lealtad. Su hija Laura, ferviente católica, muy piadosa, solamente hablaba inglés. En la escuela había aprendido algunas palabras de francés, pero esto era todo cuanto sabía de idiomas extranjeros.

Sin embargo, un día (en 1859), el juez Edmonds recibió la visita del señor Evangelides, de nacionalidad griega, quien mantuvo una conversación en griego moderno con Laura Edmonds. Durante esta conversación, a la que asistieron varias personas, Evangelides se puso a llorar, pues Laura le informó sobre la muerte (en Grecia) de su hijo. Parece ser que ella estaba encarnando la personalidad de un amigo íntimo de Evangelides, muerto en Grecia, llamado Botzaris (hermano del conocido patriota). De acuerdo a lo declarado por Edmonds, por intermedio de Botzaris Laura pudo hablar griego moderno y saber que el hijo de Evangelides acababa de morir en Grecia (hecho que luego fue confirmado).

Y Edmonds añade: «Negar el hecho es imposible, ya que es demasiado evidente; sería como negar que el sol nos alumbra. Considerarlo como una ilusión, tampoco sería posible, pues en nada se diferencia de cualquier otra realidad fehaciente y de un momento cualquiera de nuestra existencia. Ello ocurrió en presencia de ocho o diez personas, todas instruidas e inteligentes. Nunca habíamos visto antes a Evangelides. Aquella misma noche nos lo había presentado un amigo común. ¿Cómo pudo comprender y hablar griego, lengua que ni siquiera había oído hablar?»

Debemos reconocer que después de tantos años de transcurrido este acontecimiento, y a pesar de los importantes progresos que se hicieron en el campo de las investigaciones metapsíquicas, nadie estaría en condiciones de responder a las preguntas del juez Edmonds, salvo que repitiera la misma que el propio Edmonds había formulado, conforme a la cual el fenómeno mencionado implicaba necesariamente la intervención directa y en el momento del amigo difunto de Evangelides.

Podemos completar el resumen del profesor Richet agregando que, aun cuando el caso de Evangelides es el más notable de todos los que se han reali-

zado con el mismo médium, debemos tener presente lo siguiente: en otras circunstancias el médium (Laura Edmonds) llegó a conversar en ocho o diez idiomas distintos. Escribe el juez Edmonds:

«Mi hija no sabía más que inglés y muy poco de francés; sin embargo, llegó a conversar en francés, griego, latín, italiano, polaco, húngaro, así como en varios dialectos indígenas. A veces no comprendo lo que dice, pero el que habla con ella comprende siempre sus palabras.»

Todo el mundo está, puede, en las mismas condiciones para percibir la alta significación teórica que deriva de la circunstancia según la cual el médium, en estado de vigilia, no comprendía el sentido de las palabras que pronunciaba automáticamente. En efecto, esta circunstancia demuestra manifiestamente que se hallaba en un estado parcial de «posesión mediúmnica», durante el cual una entidad espiritual ajena al médium empleaba la laringe de éste para sus propios fines. Tal es la única solución racional del problema, porque la hipótesis de las «personificaciones subconscientes» combinada con la de la «criptestesia», no son valederas desde el momento en que el médium no comprendía el idioma en que conversaba.

Se me podrá objetar que cuando la «criptomnesia» provoca la aparición de frases en idiomas ignorados, que el sensitivo ha oído o leído distraídamente, éste no comprende las frases que pronuncia o escribe. De acuerdo, pero no se trata más que de fragmentos de frases incoherentes, sin relación alguna con situaciones del momento; lo que no tiene nada en común con el hecho de conversar racionalmente en un idioma que no se comprende.

Volviendo a nuestro tema, hago notar que si solamente en una parte de los episodios de xenoglosia el médium no comprende las palabras que salen de su boca, entonces debemos deducir que el médium se hallaba en estado de vigilia. Por el contrario, cuando comprendía, estaba en estado de «trance»; por supuesto que en estas condiciones no era el médium quien comprendía; la que se comunicaba era la personalidad mediúmnica.

En fin, no estará de más comparar el caso de Laura Edmonds con otros semejantes que cuentan los antiguos magnetizadores, quienes no lograban explicarse cómo era posible que cuando se preguntaba a sus sonámbulos en latín, en griego o en hebreo, por ejemplo, comprendían y respondían correctamente; pero en compensación, esos intermediarios no sólo no estaban en condiciones de responder en la lengua utilizada, sino que además no conocían la significación de las palabras que constituían las preguntas a las que acababan de contestar. Esta aparente incoherencia, que tanto desconcertaba su criterio de magnetólogos, se explica hoy en día por el hecho de que aquellos sonámbulos leían el contenido de la pregunta en la mente de aquel que los consultaba, mediante la captación de su pensamiento.

En el caso de Laura Edmonds, se producía el fenómeno inverso; ella era capaz de hablar automáticamente en diez idiomas diversos que ignoraba totalmente, pero en cambio no comprendía el sentido de lo que decía. Esto hace resaltar claramente la diferencia que existe entre los estados sonambúlicos y las condiciones propias de la posesión mediúmnica: es decir que, en el primer caso,

la facultad supranormal de la «lectura del pensamiento» ponía a los sonámbulos en condiciones de comprender las preguntas formuladas en idiomas que desconocían; pero como el subconsciente no posee facultades capaces de enseñar lo que uno nunca aprendió, resultaba que los sonámbulos no estaban en condiciones de expresarse en idiomas que ignoraban. Por el contrario, en el caso de Laura Edmonds el supuesto milagro se cumplía porque ella era un médium en estado de «posesión mediúmnica»; es decir que en realidad, la entidad que hablaba por su intermedio no era la personalidad de Laura Edmonds, sino una entidad espiritual que usaba momentáneamente su laringe.

Hay otro caso clásico que merece ser resumido aquí, aunque no tenga el valor teórico del precedente. Se trata del caso de Ninfa Filiberto, y nos fue minuciosamente relatado por el Dr. Nicolás Cervello, de Palermo, en un opúsculo titulado: *Histoire d'un cas d'hystérie avec cérébration spontanée* (Palermo 1855). Una señora inglesa que residía en Palermo, Mrs. Whitaker, tradujo dicho trabajo, que apareció más tarde en el *Journal of the Society for Psychical Research* (diciembre de 1900); a la cual siguió una traducción francesa publicada en los *Annales des Sciences Psychiques* (1901).

Se trataba de una muchacha de dieciséis años que, en 1848, sufrió graves accesos de crisis histéricas con fases de sonambulismo. El Dr. Cervello escribe al respecto:

«El 13 de septiembre, durante una de esas fases de sonambulismo, Ninfa Filiberto nos hablaba con una gran volubilidad en lenguaje que no comprendíamos; se hubiera dicho que era su lengua materna. Supusimos que era griego, ya que en un nuevo trance, escribió: «Estuve en Atenas; vi aquella ciudad; la gente habla el mismo idioma que yo»...

El 14, no comprendía ni griego ni italiano, pero hablaba y comprendía exclusivamente el francés (lengua que sólo conocía muy imperfectamente)... Cuando se le dijo que había hablado griego, se puso a reír, y dijo que nunca había aprendido griego ni otro idioma que el suyo propio; que ella era una parisiense residente en Palermo. Se burlaba de nuestro acento y de nuestra pronunciación...»

El 15, habla inglés, idioma que ignoraba por completo; en dicha ocasión, charló largamente con dos ingleses, MM. Wright y Frederic Olway. Al respecto, observa el Dr. Cervello:

«Luego, hablando en excelente inglés, manifestó su sorpresa de que tardaran en traerle su té... (Mrs. Whitaker señala que en Sicilia nunca se bebe té por la mañana). Acto seguido, Olway se dirige a ella, y ambos sostienen una animada conversación... Aquel día, su voz sonaba como apagada y, por momentos, expiraba totalmente. En tales instantes, cuando no podía hacerse oír, recurría a un ingenioso procedimiento: pedía un libro en inglés y entonces, mientras lo sostenía con una mano, con un dedo de la otra indicaba distintas palabras, llegando así a componer la frase que quería decir.

El 16, nos anunció que era oriunda de Siena, y nos describió minuciosamente las obras de arte de dicha ciudad. No sé si otros tendrán la misma opinión, pero en cuanto a mí concierne, el puro toscano en que hablaba sonaba

tan maravillosamente como el inglés. Es imposible adquirir las dulces modulaciones de esta lengua armoniosa sin haber nacido en el país... Permaneció en ese estado hasta el 18... Había predicho que su parálisis desaparecería por completo ese día; así sucedió. Lo más curioso fue que a medida que la parálisis desaparecía, la enferma, que hasta ese momento había hablado en puro toscano, pasaba en la mitad de una frase al dialecto siciliano que era su lengua materna; más adelante no recordó ninguno de los idiomas que había hablado de modo tan milagroso...»

El Dr. F. Halm, que transcribe íntegramente el caso en los *Annales des Sciences Psychiques,* le agrega los siguientes comentarios:

«Es evidente que los hechos precedentes provocarán interpretaciones diversas, según sean interpretadas por un médico o por un ocultista, debido a su carácter insólito y a su complejidad. El neurólogo, basándose en la multiplicidad de accesos convulsivos, de fenómenos motores y sensoriales, y en su apariencia proteiforme, verá una forma anormal, aberrante de histeria, claro que admitiendo la dificultad que implicaría tratar de hacer entrar ese caso en el cuadro clásico de la histeria...

El ocultista, sea o no médico, al encontrarse en la imposibilidad de hacer admitir todos los hechos observados en la categoría de los fenómenos histéricos, buscará otra explicación: pero, dado que ni el automatismo psicológico, ni la conciencia subliminal, ni la exteriorización de la sensibilidad o de un doble bastan para determinar la notable y asombrosa capacidad que tenía la paciente para hablar y comprender un idioma que jamás había oído ni aprendido antes, no tendrá más remedio que atribuirla a la influencia de espíritus que se encarnan en la paciente. Puesto que está descartada cualquier posibilidad de fraude y de simulación de parte de la enferma o de las personas que la rodeaban, nos queda, en efecto, ese hecho extraordinario, maravilloso, de la substitución de la lengua materna de la paciente por una lengua extranjera que nunca —o apenas— había oído y que de pronto habla corrientemente, con facilidad y con una corrección casi absoluta, sin cometer falta alguna contra la naturaleza de esa lengua que parece haber vivido, sin acento extranjero y con todos los matices de entonación deseados...»

No puedo menos que adherir al juicio del Dr. Halm. En cambio, el crítico inglés del *Journal of the S. P. R.* afirma que el hecho de que la sonámbula hable corrientemente el idioma inglés no es concluyente desde el punto de vista científico, porque se carece de detalles al respecto, debido a que el diálogo en inglés no fue transcrito. Claro que si se hubiera pensado en contratar un taquígrafo que conociera el inglés, el caso Filiberto habría adquirido un valor teórico bien diferente. Con todo, tal como está, no me parece menos importante, sobre todo si tenemos presente el testimonio de dos señores ingleses que mantuvieron una larga conversación con Ninfa Filiberto, y el de seis señores palermitanos que fueron invitados a concurrir a la sesión debido a que conocían y hablaban el inglés. (No olvidemos que la sonámbula se burló de su pronunciación defectuosa de este idioma.) Por lo tanto, creo que ante la presencia de ocho personas que testimonian en forma unánime que la so-

námbula había conversado largamente con ellos en excelente inglés, no quedan dudas al respecto, y en consecuencia el caso de Ninfa Filiberto resulta suficientemente demostrativo.

Casos de xenoglosia por «voz indirecta»

Con respecto a esta categoría, es preciso hacer una observación de orden general que no carece de interés: es decir que en los experimentos de «voz indirecta» los casos de xenoglosia constituyen un fenómeno bastante frecuente, a tal punto que casi no hay médiums de esta clase que no nos den excelentes ejemplos de xenoglosia. Parecería, pues, que las comunicaciones mediúmnicas por «voz indirecta» se prestan muy especialmente a la producción de imágenes poliglotas. Esto tendríamos que atribuirlo a la circunstancia de que tal forma de mediumnidad permitiría que la entidad que se comunica permaneciera lo bastante independiente del psiquismo del médium como para estar en condiciones de expresarse en un idioma ignorado por este último; en tanto que, de manera general, tal cosa no sería posible mediante la «psicografía», porque ésta se verifica gracias a la transmisión telepática del pensamiento de la entidad que se comunica con el médium; entonces, el médium la traduce subconscientemente a su propio idioma, salvo en los casos en que la personalidad que se comunica consigue ejercer una influencia más o menos directa en los centros cerebrales del lenguaje, hablado o escrito, del médium (posesión mediúmnica).

Desde el punto de vista científico, los fenómenos de xenoglosia que se verifican por «voz indirecta» muestran dos ligeros inconvenientes en comparación con los obtenidos por «psicografía». El primero es que el idioma ignorado por el médium, en el que se llevó a cabo la conversación, raramente es también ignorado por los asistentes a la sesión, ya que las personalidades que se comunican se dirigen a parientes y/o relaciones que hablan el idioma en cuestión. El otro inconveniente consiste en lo siguiente: como las conversaciones se celebran en plena oscuridad, es muy difícil que los experimentadores puedan tomar nota de inmediato; de esto resulta que generalmente no se haya conservado ningún documento que testimonie la autenticidad de los hechos. En tales condiciones, dichos episodios no suelen tener más que una forma puramente anecdótica, nada científica. Aun cuando gracias a testimonios irrefutables, no podríamos poner en tela de juicio la realidad de los hechos, no poseemos datos suficientes para calcular como es debido su importancia.

Frente a tal situación, sólo presentaré pocos casos en los cuales los diálogos no fueron registrados de inmediato. Por el momento, son muy pocos los casos en que esta regla ha sido observada.

No es menos cierto que este inconveniente volvió científicamente utilizables los admirables episodios de xenoglosia obtenidos con excelentes médiums del pasado, entre otros Mrs. Everitt y Mrs. Wriedt.

En relación a la mediumnidad de Mrs. Wriedt, se publicaron numerosos

libros y opúsculos, que consulté inútilmente con la esperanza de encontrar casos de xenoglosia lo bastante detallados como para ser incluidos en una clasificación científica: Ni los libros del vicealmirante Usborne Morre, ni los informes de Mr. James Coates, ni tampoco los de Miss Edith Harper pueden ser utilizados con ese objetivo. Miss Harper realizó una serie de cuarenta y cuatro sesiones con Mrs. Wriedt, respecto de las cuales dice «que se redactaron informes precisos de todas las sesiones, basados en las notas de los taquígrafos que asistieron a todas las sesiones». Esto es importante y satisfactorio; pero Miss E. Harper se limita a publicar un resumen general de tales informes, en los que habla de los fenómenos de xenoglosia en los siguientes términos:

«Al analizar nuestros experimentos, constatamos en ellos dos rasgos característicos teóricamente importantes: el primero es que a menudo se oían dos, tres y hasta cuatro «voces indirectas» que charlaban simultáneamente con un número igual de experimentadores; el otro consiste en que hemos obtenido mensajes en idiomas y dialectos totalmente desconocidos por el médium; entre otros el francés, el alemán, el italiano, el español, el noruego. En esta última ocasión, entre los concurrentes se hallaba una señora noruega, muy conocida en los medios políticos y literarios, respecto de la cual se manifestó una «voz directa» gruesa y viril que, hablando noruego, dijo pertenecer a su hermano, dando luego su nombre. Entonces se inició una conversación muy activa entre los dos, siempre en noruego, con enorme alegría de parte de la señora. Finalizada la conversación declaró que su hermano le había hablado de la feliz existencia que llevaba en el mundo espiritual. En otra ocasión, una «voz directa» se dirigió a una señora hablando en español con una volubilidad extraordinaria. Nadie sabía que dicha señora sabía español, pero para gran sorpresa nuestra la oímos responder con presteza en español al espíritu, que expresó su satisfacción por poder hablar en su lengua materna.»

Como hemos podido verlo, los «hechos» citados por Miss E. Harper parecen auténticos ejemplos de xenoglosia. Lamentablemente los informes que se publicaron sobre las mencionadas sesiones carecen, repito, de sello científico.

En las relaciones del vicealmirante Usborne Moore, encuentro un experimento que merece ser destacado, porque se presta de manera muy elocuente a demostrar una verdad conocida desde hace largo tiempo: que los experimentadores contribuyen a determinar de una manera más eficaz de lo que se piensa los éxitos de los experimentos. Esto es lo que dice Moore:

«Mrs. Wriendt no logra nada cuando intenta la prueba a solas. Hace algunos años, y a título de ensayo, Mrs. Wriendt pidió que a la sesión asistieran solamente seis sordomudos provenientes del hospital de Flint (Michigan). En aquella sala, nadie, fuera del médium, estaba, pues, en condiciones de pronunciar palabra. Ahora bien, no se obtuvo ninguna manifestación, salvo algunos movimientos del portavoz, que tocó a dos de los sordomudos causándoles un vivo espanto. Naturalmente, nadie esperaba que semejantes experimentadores pudieran oír las «voces»; pero lo que debemos retener, porque reviste un interés teórico, es que a pesar de la presencia de seis personas, el médium no logró oír el menor murmullo. Notemos que basta con que el médium se halle acom-

pañado por una persona capaz de balbucear unas pocas palabras, por ejemplo una criatura, para que se manifieste sin falta la «voz directa».

Ninguna otra prueba mejor que ésta para demostrar el importantísimo papel que desempeñan los asistentes con respecto a la producción de fenómenos mediúmnicos; prueba indiscutible de ello es que si los asistentes no poseen por entero y sin ninguna tara el sistema cerebro-espinal, con sus correspondientes órganos, no es posible obtener manifestaciones de «voces directas».

La célebre personalidad mediúmnica de «Imperator», había explicado a Stainton Moses que el médium es sobre todo un centro de condensación en el cual se reúnen los fluidos substraídos a los asistentes y que, en consecuencia, el éxito de las manifestaciones depende en gran parte de las personas que forman el grupo. Así, basta la presencia de un solo individuo fluídicamente o psíquicamente negativa para neutralizar la producción de fenómenos, o, lo que es peor, para provocar falsas manifestaciones, ya que el estrato onírico subconsciente del médium toma entonces la iniciativa y convierte la sesión mediúmnica en un experimento sonambúlico e hipnótico. Por tal motivo, «Imperator» había prohibido a Moses que invitase a personas ajenas al grupo que había constituido. Ahora bien, desde este punto de vista, el experimento efectuado con los seis sordomudos es muy valioso, ya que demuestra mejor que otra cosa, que la personalidad de «Imperator» sabía lo que decía. Y lo que sobre todo sorprende en este experimento, es que demuestra que los asistentes proveen sustancias especializadas, conforme a las manifestaciones que se producen. En nuestro caso, parece que las «voces directas» no se manifestaron porque los seis experimentadores estaban desprovistos de fluidos vitales localizados en la región laríngea, y también quizás a que sus centros cerebrales del lenguaje hablado estaban atrofiados.

Debemos tener esto muy presente, sobre todo si queremos evitar fracasos y mistificaciones subconscientes y, a la vez, pretendemos obtener el máximo rendimiento de los médiums.

Los dos episodios siguientes también fueron obtenidos con la mediumnidad de Mrs. Wriedt. Quien nos lo cuenta es el conde Chedo Mijatovich, ministro plenipotenciario de Servia ante el gobierno británico. Este hombre se ha consagrado con una admirable perseverancia al estudio de las manifestaciones por «voz directa», habiendo llegado a reunir un importante material al servicio de las investigaciones psíquicas.

Extraigo el siguiente caso del libro del vicealmirante Usborne Moore: *The Voices*. El conde Chedo Mijatovich empieza por decir:

«Soy un diplomático de carrera, que representé al gobierno de Servia en Rumania, luego en la Puerta Sublime y por último en la corte de la reina Victoria de Inglaterra y del rey Eduardo VII. Además, soy miembro de varias Sociedades científicas inglesas y del continente. Estoy convencido de que estas notas personales no dejarán de evidenciar de que soy hombre acostumbrado, desde hace muchos años, a pesar los hechos y las palabras, con plena conciencia de la responsabilidad que suponen.

Asentadas estas premisas, el conde Mijatovich dice que al enterarse de

que el médium Mrs. Wriedt se hallaba en Wimbledon, localidad vecina a su residencia, organizó una sesión con ella el 16 de mayo de 1912. Fue a Wimbledon acompañado por uno de sus amigos, un croata de Agram, el Dr. Hinkovich. El conde continúa escribiendo:

«De repente, para gran sorpresa de mi amigo croata, se oyó una voz gruesa y nítida que le dirigía la palabra en croata. Era la voz de uno de sus viejos amigos, doctor en medicina, muerto no hacía mucho de paro cardíaco. Durante algún tiempo, siguieron charlando en su lengua materna; yo escuchaba y comprendía cada palabra. Inútil agregar que era la primera vez que Mrs. Wriedt oía el acento y las inflexiones de la lengua croata.

Tanto a mi amigo como a mí, nos impresionó profundamente el resultado de la sesión, que más adelante referí a otros amigos como el experimento más maravilloso de cuantos tomé parte. También se lo conté a la profesora Margueritte Selenka, célebre mujer de ciencia alemana; a su pedido, concerté otra sesión con Mrs. Wriedt para el 24 de mayo.

Al comienzo de la sesión, apareció la forma fluida de William Stead, pero sólo permaneció visible durante unos diez segundos. Luego reapareció otra vez, más nítidamente. Acto seguido, William Stead conversió largamente con la señora Selenka, y un poco conmigo...

Cuando desapareció, oí con alegría la voz de mi madre, y pude conversar largamente con ella en serbio.»

Tales son los pasajes de la relación del conde Mijatovich citados por Moore. Puesto que se trataba de conversaciones en su propio idioma, tanto en el caso de conde como en el de su amigo croata, no es posible pensar que, si los experimentadores oyeron hablar a las personalidades mediúmnicas en serbio y en croata, se hayan equivocado, puesto que sería poner en tela de juicio su conocimiento de idiomas que les son propios.

Ahora me limito a extraer sólo tres episodios de xenoglosia de la serie obtenida por Denis Bradley con el médium Valiantina.

El primer episodio se verificó en el transcurso de la segunda sesión de Bradley en casa de Wickoff. Como uno de los experimentadores tuvo que ausentarse, a Wickoff se le ocurrió reemplazarlo por su cocinera y su bodeguero, con el propósito de ver si se producía alguna novedad. La cocinera era española, y se encontraba en los Estados Unidos desde hacía unos meses; no sabía inglés.

Mr. Bradley transcribe así la manifestación que se produjo con la cocinera, Anita Ripoll:

«Lo que siguió causó estupefacción. Cuando el portavoz tocó a Anita, ésta lanzó un grito. De inmediato una voz salió del portavoz y, dirigiéndose tiernamente a ella, exclamó: «¡Anita, Anita!» Acto seguido, se inició una conversación apasionada, versátil, intensamente meridional entre la cocinera y su marido fallecido. Yo no podía seguirla, ya que desconozco el español, pero todos podíamos percibir los sentimientos que ambos expresaban. Las palabras seguían a las palabras, las frases a las frases, con una exhuberancia netamente latina. Ni el marido ni la mujer parecían asombrarse de la naturaleza paranormal

de su coloquio. Esas dos almas simples, que se habían amado recíprocamente en la tierra, y que probablemente nunca habían meditado sobre la supervivencia futura, aceptaban la situación como si se tratara de la cosa más corriente del mundo.

Wickoff seguía la conversación palabra por palabra; en un momento dado, no pudo resistir las ganas de tomar parte en la conversación, y dirigiéndose en español al «espíritu» José.

De inmediato, José y Anita cambiaron de idioma y empezaron a hablar en su dialecto nativo, que, como lo supimos más tarde, era vasco mezclado con un español empobrecido. También nos enteramos de que, mientras vivieron juntos, los dos esposos habían hablado siempre su lengua española y ambos ignoraban el idioma inglés, habiendo entrado al servicio de Wickoff tan pronto como desembarcaron en los Estados Unidos.

Durante la sesión, cuando hablaba con Wickoff, José hablaba en buen español, pero cuando se dirigía a Anita, lo hacía invariablemente en su dialecto nativo.»

No estará de más observar que desde el punto de vista probatorio, el episodio que acabo de transcribir es invulnerable, ya que nadie podría aventurarse a sospechar que el médium sabía el oscuro dialecto de un pueblo español, y que, además, lo supiera hasta el punto de hablarlo tan fluidamente como un nativo. Sin contar que la intervención de la cocinera en la sesión fue decidida repentinamente aquella misma tarde, de manera que el médium no pudo haberse preparado para la gran farsa, informándose en detalle de la vida pasada de la cocinera. Por otra parte, reparemos en el incidente de «José», quien, desde que advierte que uno de los asistentes comprende el español y escucha la conversación que mantiene con su mujer, cambia bruscamente de lenguaje para sustraerse a los oídos indiscretos.

Ernest Bozzano

8

Conclusión sobre la mente y el cerebro

Cada uno de los dieciséis capítulos precedentes de este volumen, escritos por especialistas, plantea problemas nuevos y difíciles a los hombres de ciencia y a los filósofos. Pero también dan algunas respuestas, clarifican los datos que, al comienzo, se presentan con una forma exteriormente confusa.

¿Cuál es la finalidad de esta búsqueda a través de lo extraño? Su finalidad no consiste, como podría creerse apresuradamente, en obtener informaciones marginales sobre el hombre y el universo. La parapsicología es más bien el estudio original de hechos que son desde siempre, desde que el hombre piensa, objeto de reflexión. Más allá de la polémica sobre la existencia de la clarividencia o de los sueños premonitorios hallamos, en efecto, la preocupación de comprender mejor los sistemas vivos, la naturaleza de la mente y de la conciencia. Esta búsqueda podría, escribe el profesor Price, «transformar todas las concepciones intelectuales en que se basa nuestra civilización».

En este capítulo, el Dr. John R. Smythies, psiquiatra, expone las principales concepciones propuestas desde la Grecia antigua en adelante sobre las relaciones entre el cerebro y la mente. ¿De qué modo pueden integrarse a este ámbito los descubrimientos de la parapsicología?

A continuación de este estudio, el lector hallará un debate entre el autor y otros científicos y parapsicólogos reunidos durante un congreso en Amsterdam. Se verá entonces hasta qué punto las opiniones están lejos de ser unánimes, y que hasta los fenómenos psi más firmes y concretos, suscitan teorías abstractas inciertas.

La naturaleza de la mente y su relación con el cerebro constituye tal vez el problema más antiguo, más delicado y seguramente más importante de todos cuantos se ha planteado el ser humano con respecto a su propia naturaleza. Ya fue planteado en términos verdaderamente modernos en la Grecia clásica; en los dos milenios posteriores a la época de Platón y de Aristóteles se elaboraron importantísimos estudios debidos a filósofos, psicólogos y neurólogos. Sin embargo, la controversia está a la orden del día. Según los tiempos, predominan ésta o aquélla «solución» al misterio, pero, aunque acogida con invariable entusiasmo, casi en seguida deja aparecer su punto débil y sus errores. Debilidades y errores la tornan vulnerable a la solución siguiente, que muchas veces no es sino una recuperación y corrección de la hipótesis anterior... Pero la polémica continúa.

Ahora bien, en todas las polémicas surgidas respecto de este tema, podemos comprobar la existencia de dos grandes corrientes. La mayor parte de los filósofos y de las teorías toman el partido del «monismo» o del «dualismo». Algunos han dicho que un ser humano no es otra cosa que un cuerpo físico cuyo comportamiento complejo y voluntario, su organización y tendencias, constituyen la mente. Otros afirmaron que el ser humano posee un cuerpo físico al que se relaciona o corresponde de una manera o de otra, *además,* una mente humana. Entre los argumentos tradicionales concernientes a las relaciones entre el espíritu y el cerebro, algunos han llegado a entremezclarse, de modo tal que un filósofo puede ser monista con respecto a ciertos puntos y dualista respecto de otros. No obstante, este problema sigue estando en el centro del pensamiento filosófico.

Es posible presentar de otra manera la diferencia entre las dos escuelas, diciendo que el monisto sostiene que, teóricamente se puede hacer un balance científico de cualquier experimento y de cada conducta humana recurriendo a conceptos corrientes de física. De acuerdo a este criterio, el ser humano sería un mecanismo físico complejo, en cuyo funcionamiento y comportamiento ningún principio, ninguna entidad o ley desempeñaría papel alguno, fuera de aquellos que podemos representar enteramente apelando a conceptos corrientes de física. En otras palabras: llegado el caso, es posible reducir toda psicología a la neurología, a la neuroquímica y, en resumidas cuentas, a la biofísica. Por el momento, ésta es la escuela que prevalece en el campo de las ciencias neurobiológicas.

Por el contrario, los dualistas afirman que, aun cuando muchos experimentos y conductas humanas puedan ser explicados por la doctrina positivista, otros requieren explicaciones de índole diferente.

Conforme a su criterio, queda un núcleo irreductible de acontecimientos mentales ontológicamente alejados de los acontecimientos físicos y, por tal motivó, no pueden ser explicados recurriendo a los habituales criterios de física.

El concepto ambiguo y permanente de alma

Esta controversia resulta mucho más clara si la consideramos en su perspectiva histórica. Prácticamente en todas las culturas primitivas encontramos ideas sobre la separación del alma, o bien respecto de la existencia de otros mundos con su jerarquía de espíritus, dioses, demonios y otros elementos de lo sobrenatural. En el transcurso del desarrollo histórico de la civilización occidental, los babilonios, los egipcios, etc., estaban obsesionados por «el otro mundo» y las relaciones que el hombre mantenía con él. Griegos, romanos, celtas y galos tenían complicadas teorías explicatorias sobre el alma humana y los otros mundos: lugares divinos o semidivinos, situados en islas encantadas, o en altas montañas, o bajo tierra o mezclados sutilmente a nuestro mundo. Tales ideas fueron desarrolladas al extremo en numerosos misterios que florecieron por entonces, misterios cuya expresión filosófica suprema proviene de Platón. Una buena parte del origen de esas creencias tiene que ver con fenómenos alucinatorios o con los sueños, que en aquella época se tenía por realidades.

Debió parecer sumamente natural que una parte del cuerpo humano abandonase el cuerpo mientras se duerme, o en estado de trance, para regresar a las extrañas regiones del sueño. Es probable que la existencia de alucinaciones y de imágenes eidéticas [51] desempeñaran un papel todavía más importante en el nacimiento de la creencia según la cual había regiones que sólo podían ser entrevistas, así como individuos semejantes a dioses que tenían la dificultad de recorrer el mundo aunque no fuesen humanos. La psico-teología cristiana instituye el concepto de alma, a la que sitúa en el cuerpo, separable y distinta, como dogma fundamental que todo hombre de razón debía aceptar sin discusión. Los grandes filósofos del renacimiento filosófico de los siglos XVI y XVII absorbieron, desde su juventud, esta creencia omnipotente y culturalmente determinada, como fundamento esencial de cualquier opinión razonable, y se puede considerar que dicha creencia constituye el tronco a partir del cual surgieron todas las teorías siguientes.

Pero cuando el dogma no satisfizo a los filósofos, éstos trataron de expresar esa doctrina inmemorial con una forma filosófica moderna a fin de completar, con la nueva física, el campo esencial del saber humano. Para Descartes, la mente era una substancia espiritual cuya existencia constituía el objetivo más firme de nuestro saber. En efecto, Descartes llegó a dudar de todas las sensaciones y de todos los objetos, pero, al hacerlo, no podía poner en duda que dudaba de sí mismo y, puesto que la duda era una manifestación del pensamiento, enunció la siguiente máxima: *«Cogito ergo sum»*.

Durante aquel tiempo, los médicos habían descubierto las causas físicas de nuestras percepciones. Se hizo evidente que nuestra percepción del mundo exterior dependía de una sucesión de fenómenos físicos compleja y fortuita: el paso de los rayos luminosos, su incidencia sobre la retina y sus consecuencias en el sistema nervioso. No obstante, algunos se preguntaron si esta mecánica

51. Eidética: que se refiere a la esencia de las cosas.

física complicada podía estar en relación con la substancia espiritual no extensa de la mente «aquello que, en nosotros, percibe y piensa». Descartes hizo una elección poco afortunada al situar el lugar de esta interacción en la glándula pineal pero, como por entonces no se sabía gran cosa sobre el cerebro, sus especulaciones fisiológicas escaparon durante un tiempo a la crítica científica.

En el transcurso de los trescientos años que siguieron, los filósofos se dedicaron a rellenar el foso que les había dejado Descartes. Examinemos este foso. De un lado, estaba el mundo material cuyo atributo esencial era la extensión. Tal era la gran máquina matemática de Galileo, formada de átomos que se movían conforme a leyes naturales; el cuerpo humano era parte integrante del mecanismo. Asociado a cada cuerpo humano viviente, encontrábamos una mente, una substancia pensante sin extensión. Ahora bien, se pensaba que la mente no sólo contenía el yo, lo que percibe y piensa, sino también muchas otras cualidades secundarias de los objetos. Aquello que constituía la *res extensa* era únicamente las cualidades de los objetos, tales como su extensión y su tamaño, cualidades pasibles de un tratamiento matemático.

Todas las propiedades no geométricas, tales como el color, el sonido y el olor, estaban situadas en la mente. Se creía que esta interacción ejercía funciones complejas sobre el organismo físico a través de la minúscula e insignificante glándula pineal. Pero esta solución servía solamente para multiplicar los problemas. Si las dos substancias son independientes, ¿cómo puede haber una interacción? ¿Cómo es posible que la mente, carente de extensión, pueda conocer algo del mundo físico? Y así, con el espíritu estrechamente alojado en una pequeña porción del cerebro, el problema quedó sin solución.

El nacimiento de la biología

Bajo la vigorosa influencia de Hobbes y de sus sucesores en nuestro tiempo, los materialistas científicos, muchos fueron los que acabaron por considerar todo aquello como un fárrago de disparates, engendrado por la odiosa supervivencia del animismo en el campo de la ciencia. Hobbes nos enseñó que el alma no es más que un nombre dado a las actividades pensantes del cuerpo, y que dichas actividades no son otra cosa que el movimiento de los átomos en el organismo físico.

Los siglos posteriores a Descartes y Hobbes asistieron al surgimiento de la biología y del estudio del sistema nervioso. Es posible expresar la anatomía y una gran parte de la función del sistema nervioso en términos anatómicos y fisiológicos simples, tales como neurona, fibra, impulso y sinapsis, todo lo cual pertenece de manera característica a la *res extensa*. Recién cuando fue necesario abordar el problema de las funciones superiores del cerebro, reaparecieron los viejos enigmas metafísicos.

¿No es el cerebro un mecanismo físico que da al organismo respuestas motrices aprendidas y adecuadas a datos sensoriales diversos? ¿O bien el cerebro es la única de las máquinas físicas que posee, además de sus funciones

servo-motrices automáticas del organismo, una función de enlace con la mente? El pensamiento, la imaginación, la percepción y las emociones ¿no son acaso otra cosa que el movimiento de los impulsos nerviosos en ciertas partes del cerebro? ¿O no son esos fenómenos cerebrales más que el substrato de otros fenómenos mentales correlativos, es decir los pensamientos, las imágenes, los objetos percibidos y las emociones? Las dos tendencias defendieron abundantemente su verdad. Veamos brevemente algunos de sus argumentos. En favor de la escuela monista, se ha dicho que:

1. Nadie ha conseguido demostrar objetivamente la existencia del alma. Si abrimos el cráneo de cualquier persona, no descubriremos otra cosa que una masa gris gelatinosa; allí no hay alma alguna, ni el más mínimo rastro del fantasma eternamente invisible que tiraría de los hilos entre bastidores.

2. Las lesiones cerebrales pueden incidir en todas las funciones mentales sin excepción, hasta suprimirlas totalmente, provocando la ceguera, la idiotez, la agnosia, las modificaciones de la personalidad y un sinnúmero de trastornos neuropsiquiátricos.

3. Nunca se han encontrado otros ejemplos del alma fuera de la observación del comportamiento complejo de los organismos. Los filósofos del lenguaje han tratado de demostrar que el término alma no es más que un término genérico que abarca ciertas actividades del organismo, así como también tendencias y propensiones a reaccionar conforme a determinados modos.

El dualista puede responder a estos argumentos diciendo:

1. Que la prueba de la mente no es sino la que cualquier hombre puede dar de la existencia y de la naturaleza de su propia mente. «Pero no puede usted afirmar», se dirá, «que usted no piensa, que no duda, que no ama ni odia, que no percibe imágenes ni siente el dolor. Esas actividades y esos pensamientos, esos dolores y emociones son, en sí mismos, fenómenos de la mente, y es justamente su agrupamiento lo que constituye vuestra mente consciente. Es evidente que una sensación de dolor o un pensamiento no son más que una vaga parte de su cerebro, como tampoco el dolor o el pensamiento se asemejan a un grupo de impulsiones que progresarían en vuestro cerebro de neurona en neurona.» Además, se sostendrá que, por este camino, los fenómenos de la mente lógicamente no pueden ser idénticos a un fenómeno cerebral cualquiera, por dos razones: el yo y los pensamientos no son entidades espaciales y no pueden, en consecuencia, ser idénticas a una parte o a un aspecto cualquiera de una entidad espacial como el cerebro. Luego, las imágenes son entidades espaciales pero es imposible asociarlas geométricamente con alguna forma de impulsión nerviosa cerebral; por lo tanto, no pueden serle idénticas.

2. Las lesiones del cerebro y sus enfermedades muestran tan solo que los fenómenos cerebrales tienen una relación con los fenómenos de la mente. Por supuesto que los datos médicos no indican que los fenómenos de la mente son *idénticos* a los cerebrales.

3. El hecho de que jamás encontremos mente independiente de un cuerpo indica únicamente que la idea de una mente independiente de un cuerpo sobrepasa nuestra pobre capacidad de exploración. Estamos en condiciones de

explicar de manera plausible por qué la idea de una mente desencarnada sobrepasa nuestro entendimiento. El análisis lingüístico mostrará cómo nuestros antepasados, que elaboraron nuestro lenguaje, veían la naturaleza y el lugar que ocupaban en ella. También mostrará, como lo hizo Whorf, que los antepasados que tenían concepciones de la naturaleza diferentes creaban lenguajes radicalmente diferentes (comparemos el inglés con el hopi...) y cuyo análisis lingüístico nos pondría frente a teorías metafísicas completamente diferentes en cuanto a la naturaleza y el lugar que ocupaba en la mente.

El organismo humano recibe informaciones extrasensoriales

Además, por todos los ejemplos que podríamos extraer de una conversación corriente (ejemplos que vendrían en apoyo de una teoría metafísica determinada), no cabe duda que encontraremos muchos otros que sostendrían un sistema metafísico opuesto. La técnica de algunos de los filósofos contemporáneos (por ejemplo Gilbert Ryle) consiste en no escoger en el lenguaje común más que las afirmaciones concercientes a la mente que vienen en apoyo de su propia posición antidualista, ignorando y eliminando cualquier otra. De esta manera, expresiones tales como «me vino una idea al espíritu [52]», «en aquella época tenía la mente en otra cosa», o «su mente estaba invadida por sombríos presentimientos» provienen del lenguaje común y poseen una lógica bien diferente de expresiones como «un espíritu [53] muy dotado», que están subordinadas a una estructura con arreglo a un análisis jerárquico. Tales expresiones recalcan la palabra mente en calidad de entidad, y hasta en calidad de entidad espacial.

El dualismo está en condiciones de hacernos presentes los descubrimientos de la parapsicología, que en los últimos tiempos nos dieron la prueba racional de que el organismo humano es capaz de recibir informaciones sobre acontecimientos pasados pero también sobre el porvenir, sin recurrir a la intermediación de ninguno de los sentidos admitidos.

Así, resulta sencillamente falso decir que todas las actividades de la mente son actividades físicas (en el sentido convencional de física) del organismo, ya que, en el actual estado de nuestros conocimientos, la precognición contradice cualquier explicación física posible, así como también lo harían muy probablemente la telepatía y la clarividencia. Asimismo, el dualismo podrá decir que el cerebro es indudablemente capaz de inhibir ciertas actividades autónomas de la mente.

Y esta inhibición puede ser contrarrestada por diversos procedimientos,

52. Por: mente.

53. Ibid.

tales como reducir un ámbito sensorial a su más simple expresión, o bien emplear mescalina para desencadenar la acción autónoma de la mente en forma de fenómenos hipnagógicos o alucinatorios.

El monismo replicará entonces al dualismo que el conocimiento que tenemos en nuestra propia mente nunca podrá ser sino subjetivo y que, por consiguiente, nunca podremos utilizarlo para trabajos científicos importantes, puesto que tales trabajos requerirán siempre y exclusivamente hechos objetivos y flagrantes. Una posición más extrema consistiría en negar toda experiencia y todo fenómeno de la mente, en provecho de una teoría drástica del comportamiento, en la cual se consideraría que las sensaciones reducidas, las imágenes, etc., participan del comportamiento verbal del sujeto.

A estos argumentos, el dualismo podrá responder diciendo que la historia natural constituye la primera etapa de cualquier ciencia. Es decir, que debemos mirar en derredor de nosotros para poder descubrir lo que hay en el mundo antes de abordar la continuación del trabajo científico, de iniciar los experimentos, de formular hipótesis, y así sucesivamente. Ahora bien, si, tal como lo afirmaron muchos observadores perspicaces, es un hecho que existen sensaciones e imágenes que nos son propias, entonces corresponde a la ciencia clasificar estos fenómenos y no, en cambio, considerar que más valdría ignorar o negar a priori su existencia.

Una certidumbre más fuerte que las teorías filosóficas

Naturalmente, en nuestra investigación sobre el mundo material aparente, sólo tomaremos en consideración hechos patentes susceptibles de observación. Un planeta al que hubiera visto un solo individuo no podría ser conceptuado «planeta astronómico». Pero esto no prueba en absoluto que no existan mundos de la mente de carácter privado que cada cual puede observar. Esto tampoco significa que el observador no sea capaz de comparar las entidades que descubrirá en su mundo privado, por el intermedio de una comunicación que establecería con los otros observadores. Estoy tan seguro de que mis imágenes son entidades espaciales como de la existencia de objetos materiales, y esta certidumbre es más fuerte que mi creencia en la verdad de cualquier teoría filosófica. Así como el profesor Price dice que sus propias imágenes poseen cierta dimensión espacial, yo puedo, a mi vez, estudiar mis imágenes, advirtiendo entonces que tienen las mismas características... Y cuando el profesor Broad enuncia ciertos hechos a propósito de sus datos sensoriales personales, yo puedo comprobar que las mías corresponden a lo que Broad dice de las suyas. De esta manera, que todos admiten y que por consiguiente deviene objetiva, podemos llegar a conocer cierta categoría de hechos: un observador único podrá estudiar ciertos casos particulares, pero si son varios podrán estudiar diferentes elementos. Y esto es tan cierto, que nos permite decir que cualquier

teoría que niegue la existencia de lo que cada uno de nosotros es capaz de descubrir en su propia mente, es una teoría metafísica sumamente extraña y que no merece sino nuestra desconfianza.

En la herencia que nos legó Descartes, hay un falso problema y varios problemas verdaderos. El falso problema, frecuentemente confundido con uno verdadero, consiste en preguntarse cómo es posible que una substancia no extensa pueda tener una interacción (o relaciones causativas) con un cerebro dotado de extensión, y viceversa. Sin embargo, Ducasse demostró que no hay ninguna razón a priori para que las relaciones causativas no unan a las entidades extensas con otras que no lo son.

Berkeley fue el primero en abordar el verdadero problema. Recalcó que, al situar las propiedades secundarias en la mente, las propiedades primarias también tendrían que hallarse ahí ya que todos los argumentos que se proponían para demostrar la presencia de las unas se aplicaban igualmente a las otras. De todos modos, agregaba, hablar de un color no extenso era absurdo.

Sólo recientemente se sacaron algunas conclusiones de las observaciones de Berkeley. Ahora no podemos defender con éxito la existencia de fenómenos mentales que hemos verificado, ¿estamos en condiciones de hablar de la naturaleza de dichos fenómenos y de su relación con los fenómenos cerebrales? Creo que sí y que hemos descubierto el error fundamental de Descartes.

Como recordaremos, Descartes establecía una distinción entre lo mental y lo material, basándose en la extensión espacial: los hechos materiales eran hechos espaciales, pero no los hechos mentales.

En verdad, esto parece apropiado para el yo. Pero ¿qué decir respecto de las imágenes? ¿Acaso una imagen no tiene una extensión espacial? ¿No se hallan en la mente? Pero entonces, ¿cómo es posible que una mente no espacial pueda contener imágenes espaciales? Seguramente que partes de una imagen tienen una relación espacial con otras partes de la imagen, y ésta, en su totalidad, tiene relaciones espaciales con otras imágenes. La imagen consecutiva de una luz circular es, en sí misma, un *círculo*. Así llegamos a la nueva teoría sobre la mente, enunciada muy claramente por el profesor Price, según la cual, al tener otro espacio que el espacio material, la mente es en sí misma espacial. En consecuencia, es posible dar una definición precisa de la mente: es una serie de imágenes (y tal vez un puro ego, y también datos sensoriales, pero en este caso nos basta con las imágenes) que poseen, para un individuo, cierta extensión en un espacio que le es propio.

Por consiguiente, el universo cosmológico no está constituido solamente por un mundo material, sino por un espacio-tiempo y muchos mundos imaginarios (íntimos, mentales). Las imágenes pueden tener sólo relaciones causativas, sin la menor relación espacial, con hechos materiales, es decir ciertos fenómenos cerebrales. En este caso, nos hallamos frente a un universo espacio-tiempo múltiple. Por otro lado, las imágenes pueden tener relaciones a la vez causativas y espaciales superiores con los objetos materiales, en cuyo caso vivimos en un mundo de *n* dimensiones, tal como lo sugirió el profesor Broad.

La ventaja que presenta esta nueva teoría sobre la teoría cartesiana tradicional son las siguientes:

1. Conserva la unidad del organismo humano, de suma importancia para las ciencias neurobiológicas. La mente no es sino una parte suplementaria del organismo.

2. Puesto que la relación entre la mente y el cerebro es una relación entre dos entidades extensas, podemos recurrir a métodos matemáticos para abordar el problema. El desarrollo conveniente consiste en crear a partir de la geometría de *n* dimensiones que conocemos, una física de *n* dimensiones. Luego podremos someter esta teoría a la prueba de la experiencia.

3. Esta teoría nos señala con precisión el lugar donde se sitúa la mente, y nos informa de la razón por la cual no podemos observar la mente del prójimo como observamos la nuestra o los objetos materiales. Asimismo explica que las observaciones que hacemos respecto de nuestros propios estados mentales, incluidos nuestros propios datos sensoriales, están relacionados con nuestras observaciones de los objetos materiales. Así, esta teoría esclarece uno de los problemas más difíciles que encuentran los filósofos contemporáneos: la controversia sobre los datos sensoriales. Podemos decir que Descartes se equivocó al tomar el puro yo por la mente, así como confundiendo la división entre las propiedades de los objetos con una distinción ontológica entre los objetos y la mente.

Las construcciones del sistema nervioso

Esta nueva teoría disipa igualmente una de las paradojas más asombrosas de la filosofía: el célebre intervalo temporal que aparece en la percepción. La mayor parte de los sabios aceptan inconscientemente en su vida cotidiana la teoría filosófica de la percepción, conocida con el nombre de «realismo ingenuo». Esta teoría afirma que los datos sensoriales visuales, en el sentido en que lo entienden Broad y Price, es decir la totalidad de las superficies coloreadas que se ofrecen a nuestra experiencia inmediata, son los propios objetos materiales. Del mismo modo, considera que los datos sensoriales constituyen una experiencia directa del cuerpo físico.

Esta teoría se opone a la evidencia neurológica, la cual afirma que nuestras experiencias dependen esencialmente de estados cerebrales. Las pruebas neurológicas son lo bastante numerosas como para demostrar que nuestros datos sensoriales, incluidos los somáticos, no pueden ser idénticos a objetos exteriores sino únicamente a estados cerebrales precisos. Si le sacásemos el cerebro a un niño para conectarlo con una computadora gigante que enviase estímulos apropiados a los nervios sensoriales, el individuo en cuestión llevaría una vida común perfecta; de hecho, viviría cada vida que le programásemos.

Los campos sensoriales de la conciencia no son la aprehensión directa de objetos materiales exteriores, sino que son construcciones del sistema nervioso.

En otros términos, los mecanismos fisiológicos de la percepción no funcionan como un telescopio, sino como la televisión. La segunda dificultad que presenta la teoría del realismo ingenuo es el intervalo de tiempo en la percepción, originado por la rapidez finita de la luz. Si miro el cielo durante la noche, veo un punto minúsculo que centellea, una estrella. La expresión: «Veo una estrella» describirá correctamente este fenómeno. Pero no es menos cierto que ese minúsculo punto centelleante participa de la estrella a millones de años-luz de distancia, conforme a su alejamiento. La estrella actual material, «hoy», no la verán sino mis descendientes en algunos millones de años. Si, en cambio, abandonamos el realismo ingenuo para comprender que aquel pequeño punto luminoso es una construcción de un sistema nervioso, entonces no caeremos en esa trampa.

Por lo expuesto, podemos concluir insinuando que la física y la cosmología modernas se basan en una presunción enorme y probablemente errónea, para la cual no tienen prueba alguna. Según dicha presunción, el espacio de la conciencia y el del mundo material son un único y mismo espacio, cuando en realidad es muy posible que se trate de espacios diferentes.

John R. Smythies